



LIOVA
CORRE
HACIA
EL PODER

MARCOS AGUINIS

SUDAMERICANA

Lectulandia

El creador del Ejército Rojo, el líder —con Lenin— de la Revolución Rusa de octubre de 1917, el intelectual que generó la idea de la “revolución permanente”, ese es el protagonista de esta nueva obra de **Marcos Aguinis**. Es el mismo León Trotsky, en su infancia y juventud, el que le permite al autor una proeza literaria: una novela de iniciación que sigue las huellas de una transformación apasionada y que culmina en la construcción de un personaje clave, que cambió la historia del siglo XX.

Aguinis nos introduce en una historia fascinante, los entresijos, los claroscuros de un momento único cuya cima es la revolución bolchevique, hito mayor del comunismo. Con naturalidad, el texto se aferra a los oscilantes destellos ideológicos del protagonista y sus circunstancias, pero su trabajo mayor, su delicada orfebrería, es la de descubrir la esencia del hombre por sobre todas las cosas; un hombre con sueños que se pueden trocar en realidad. La acción de Liova (como llamaban a Trotsky de pequeño) nos lleva desde la infancia hasta la cumbre, pasando por los primeros escritos en Odesa, los destierros en Siberia, las fugas por la estepa llena de lobos, su formación a través de media Europa, los amores encontrados y los perdidos, las contradicciones, la familia, las traiciones, los grandes nombres (Máximo Gorki, Lenin, Rosa Luxemburgo) y los gestos de una domesticidad que desarma. Esta novela, provista de una intensidad asombrosa, arroja nueva luz sobre el personaje pero se lee —virtud de todas las narraciones cinceladas por **Marcos Aguinis**— como un vibrante relato de aventuras.

Lectulandia

Marcos Aguinis

Liova corre hacia el poder

ePUB v1.0

GONZALEZ 08.09.12

más libros en lectulandia.com

© 2011, Marcos Aguinis
c/o Guillermo Schavelzon & Asoc, Agencia Literaria

ePub base v2.0

A
*Martín y Michelle,
Ariel y Marina,
Hannah y Naomi,
Uriel y Mijal, ocho gemas de mis cuatro hijos*

—¿Por qué Dios creó a los hombres?
—Para que le cuenten historias.

Reflexión popular

Preludio

El niño que sería Zar

1

La gota pura

Odesa, 1890

Era peligroso que un adolescente como Liova leyese periódicos. Bastaría que comentase algunas noticias para que lo expulsaran del Instituto. El bueno de Monia pretendió convencerlo de que eran una pérdida de tiempo; y sólo le permitió que, además de libros, tuviera acceso a folletines frívolos o a las revistas dedicadas al teatro y la ópera. Yo no estuve de acuerdo. Intuía que ese muchacho se las iba a ingeniar para enterarse de lo que pretendíamos mantener fuera de su conocimiento.

—Es nuestro deber, Fanny —insistió Monia, mi marido.

El rumor de alguna injusticia generaba en Liova su inmediata solidaridad con la víctima, fuese periodista, escritor, músico o actor. Decía que eran seres superiores, porque se atrevían a manifestarse contra el Zar y sus ministros.

Un día Monia le confió un proyecto que venía pergeñando desde hacía mucho: publicar una revista literaria, no política. Hasta contrataría un dibujante. Mientras paseaban por el bulevar, Liova le sugirió un nombre para esa revista: *La Gota*. Dijo que sería la gota maravillosa de la nueva cultura rusa, y se ofreció a contribuir con escritos, corrección de textos y una intensa distribución entre los estudiantes.

Cuando alumbró el primer número tuvo la osadía de levantarse de su asiento en la clase de literatura, caminar hacia el profesor erguido sobre su cátedra, mirarlo a los ojos azules y depositar en su mano un ejemplar. Hizo una reverencia de cortesano y volvió a su sitio con la máxima serenidad que podía simular. Algunos compañeros entraron en pánico. El docente se ajustó las gafas y contempló la cubierta. Hizo un mohín, le vibraron las puntas aceitadas de sus bigotes y las cejas se elevaron hacia el techo. Se expandió un silencio terrorífico. Poco después el docente llamó a otro estudiante sentado en el fondo del aula y pidió que leyese en voz alta una poesía de esa revista titulada “La gota pura” que Liova, precisamente, había firmado con seudónimo. El muchacho la recitó con una dicción mediocre.

—¿Qué les parece? —preguntó el profesor.

—Aceptable —contestaron algunas voces.

—Sí, es aceptable —coincidió con una mueca—, pero quien firmó esta poesía no sabe medir los versos.

Se dirigió entonces a Liova, como si hubiera descifrado su seudónimo:

—¿Sabes qué son los dáctilos?

—No, señor, no lo sé —confesó vacilante.

—Les voy a explicar —y dedicó el resto de la hora a iniciarlos en los enigmas de la métrica.

—En cuanto a la revista —concluyó despectivamente—, su existencia no hace falta. Dejen en paz el océano de la literatura para los verdaderos literatos y utilicen un cuaderno para hacer ejercicios. Que un chico de alma tan limpia como una “gota pura” se corone Zar... ¡bueno! Algo difícil, ¿no?

Ni Liova, ni Monia, ni yo misma habíamos tenido hasta ese momento noción de que las revistas de estudiantes también estaban prohibidas en los establecimientos de enseñanza. Que hasta su distribución era un delito. Nuestro protegido se había salvado. Pero esa peripecia fue el anuncio de los combates que llevarían finalmente a su expulsión.

Un nuevo docente de alemán generó odio desde el primer día. Lo apodaban “el Francés” por su elegancia, pero había nacido en Suiza. Y quería que el idioma alemán superase al ruso. Para colmo de la paradoja, despreciaba a los “brutos” alemanes.

Un día se excedió y amonestó al estudiante Wacker sin razón alguna. Estaba furioso por una causa ajena a la clase y masticaba una pastilla tras otra para calmar la acidez de estómago. El desaliñado Wacker le vino bien a su rabia.

Liova dijo a su compañero de banco que transmitiese la iniciativa de dar un “concierto” de repudio al Francés. La voz corrió de asiento en asiento. Liova trataba de disimular su protagonismo, pero lideraba la acción. No era la primera vez que se ponía en práctica ese método de protesta. Lo habían aplicado a los profesores de dibujo y geografía. El concierto consistía en zumbar a coro con la boca cerrada cuando terminaba la clase, antes de que el docente llegase a la puerta. Éste no podía acusar a nadie, porque todos mantenían sellados los labios y aparentaban sorpresa. De modo que, apenas el intolerable Francés se dispuso a salir, desde los últimos asientos se alzó un rumor potente, como el rugir del mar. El profesor se volvió con ira, se plantó en medio del aula y enfrentó al enemigo. Los alumnos, sobre todo los que estaban en los primeros bancos, procuraron poner cara de ángeles. Pero el ruido no se detenía. El docente se dirigió de nuevo a la puerta. Los faldones de su traje aleteaban como si quisieran alzar vuelo. Su retirada fue seguida por un coro más resonante aún, que lo acompañó a lo largo del pasillo como una pandilla de diablos.

Al día siguiente se presentó acompañado por el inspector, a quien llamaban Carnero por unos ojos vidriados que, además, transmitían estupidez. Adelantó el mentón y descargó un discurso lento, trabajoso, porque intentaba sortear los verbos

rusos que no dominaba bien. Su mirada cadavérica caía como una plancha sobre cada cabeza. Luego, haciendo crujir los dientes, mencionó a los chicos que tenían fama de rebeldes.

—Cada uno de estos malos estudiantes son culpables de la fechoría —sentenció.

Fueron condenados a dos horas de reclusión. El resto, incluido Liova, pudo irse.

La sorpresa vino a la mañana siguiente. El desgreñado Wacker lo esperaba en la puerta sin asomo de gratitud.

—Hoy te la van a dar duro, amiguito. Nikolai te acusó ayer. Te echarán la culpa de todo.

—¿Nikolai? ¿Ese antisemita de mierda?

No tuvo tiempo para enfrentar a Nikolai, porque un bedel lo detuvo apenas ingresó al Instituto y ordenó que se presentase de inmediato ante el rector. Liova empezó a transpirar. Caminó por el pasillo que se consideraba un despeñadero hacia la muerte. Arribó a una alta puerta llena de adornos labrados. Tras ella debía arder el infierno. Dio un golpe imperceptible. Al rato se abrió la puerta y, en el fondo de la sala, aguardaba el rector. Le hizo señas para que se acercara.

Advirtió la presencia de otras personas en los oscuros sillones laterales. Vio también al Francés, con su mano sobre el estómago. El rector indicó que permaneciese parado frente a su escritorio. Leía unos papeles para dilatar el tiempo y no decía palabra. Liova permanecía rígido, sin saber cómo dejar quietos sus dedos, que recorrían la tela del pantalón. Por fin Júpiter, con una voz lenta y cargada de repugnancia, leyó el informe. Varios estudiantes lo habían acusado de numerosas inmoralidades. ¿Inmoralidades? A Liova se le fue la sangre de la cara. Wacker —a quien había pretendido desagraviar con el concierto— era un felón que se había explayado con imaginativa elocuencia. Y tras él varios compañeros. Imposible explicar.

El rector, sin dar tiempo para un descargo, ordenó que regresara al pasillo. Pero no con palabras, sino extendiendo su eléctrico índice, como se hace con los perros. Allí Liova aguardó nervioso, apoyándose de vez en cuando contra un armario. El bedel lo vigilaba ceñudo.

Volvió a abrirse la puerta y el rector, desde su sillón en lontananza, ordenó al bedel que despachase a Liova a su casa y citara a sus padres.

—Mis padres viven en el campo, lejos de aquí.

—Dígale —continuó Júpiter, dirigiéndose sólo al bedel— que entonces los encargados de su educación en Odesa sean los que se presenten ante mí.

El chico se sintió devastado. De la cumbre caía al abismo. El profesor de literatura se afinaba las puntas del bigote y quizá recordaba su poema “La gota pura”, donde se pretendía algo tan alocado como reemplazar al monarca de todas las Rusias. El bedel lo acompañó con gruñidos hasta el aula para que retirase las pertenencias.

Allí se topó con Wacker. Otros delatores tuvieron vergüenza y bajaron los ojos.

Liova se arrastró hacia nuestra casa como una mula cargando piedras. Arrojó el gabán sobre un sillón. Lo atontaba la injusticia. Con voz sufriente refirió la historia completa, sin esconder detalles. Yo lo escuché en estado de shock. Mi marido murmuró al cabo de unos minutos que no se debía suponer que todo estaba cerrado, porque en la bendita Rusia había apelaciones, influencias y hasta sobornos.

Liova se recluyó en su cuarto y acomodó los libros como quien se despide.

Acompañé a Monia a la entrevista con el rector. Negociamos que se formase una junta de profesores para revisar el expediente. Liova, muy deprimido, presentía que esa junta sellaría la implacable expulsión de todos los institutos de enseñanza. No tuvimos que esperar mucho para saberlo. El panorama se oscureció cuando en la segunda entrevista escuchamos los acordes de la marcha fúnebre. El rector confirmó que el jovencito León Bronstein, en efecto, había sido expulsado.

—¿Expulsado? —repetí sin aliento—. ¿Y la junta de profesores?

La junta había propuesto tres tipos de sanción. La más inclemente era prohibirle cursar en cualquier otro establecimiento del país; una intermedia sólo le cerraba las puertas del Instituto San Pablo y la tercera, la más benigna, le permitía volver a sus aulas luego de una penitencia y un nuevo examen. La junta prefirió la segunda sanción, es decir expulsarlo del Instituto, pero aún no había firmado el acta.

Monia recurrió al catálogo de sus vínculos más importantes y, con dinero, en una semana pudo lograr la sanción tercera, la más benigna.

Exaltado por el final feliz, Liova salió a la calle, corrió hacia el puerto, se extravió en un laberinto de grúas y estibadores, miró los barcos que salían e ingresaban, saludó a los carruajes con pasajeros, alzó un ramo de flores que se le había caído a una dama y se lo ofreció a otra, lanzó carcajadas de loco, empujó una caja con sedas de Oriente que obstruía una calle y regresó a la noche con el cabello revuelto y la ropa sucia. Se dio un baño y empezó a reordenar los libros que había condenado al abandono. Al día siguiente, antes del alba, fue al Instituto para averiguar los temas del “nuevo y estricto examen de evaluación”. Se puso a estudiar.

Cuando meses después reingresó a las codiciadas aulas, volvió a encontrarse con los mismos compañeros. Unos lo habían traicionado, otros defendido y una franja había optado por el silencio. Se sintió raro. Muchos ya no le hablaban.

Los exámenes finales se realizaron con pompa. El rector abría cada sesión con una postura cordial y entregaba a cada uno el sobre con los temas. Al leerlos, los estudiantes sentados en sus angustiantes pupitres sentían mareos y se agarraban la cabeza. Pero Liova no tropezó con dificultades importantes y, sereno, respondió al capcioso interrogatorio. En los últimos minutos sobrevino la sorpresa de que algunos docentes, siempre lejanos y hostiles, empezaran a revelar clemencia. Se paseaban entre los jóvenes, les permitían espiar los libros guardados en las mochilas, y hasta

susurraban las respuestas.

—También son humanos —le dije después a Liova.

Yo no intuí que nuestro sobrino pisaba el primer peldaño de una dramática conversión, que pronto ocurriría en Nikolaiev, hacia donde viajó para cursar el séptimo y último año. Ni Monia, ni yo, ni el resto de la familia, ni él mismo, sospechábamos entonces que correría a conquistar un poder que cambiaría el mundo.

2

Profecía

El *mohel* llegó tarde. ¡Maldito sea! Lo recuerdo bien. Tarde, muy tarde. Lo esperábamos impacientes. Una porquería de tipo. Apareció en un carruaje tan destartalado como él mismo. Pero lo conducía un muchacho robusto. El viejo debía practicarle la circuncisión a mi hijito. Se había emborrachado con vodka durante el viaje. No entiendo dónde consigue kopeks para comprarse tantas botellas. El diablo lo lleve. Su pelo, sus aladares y su barba barrosa eran más largos que las de un perro de las nieves. Sólo dejaban lugar para los ojos. Ojos enrojecidos por el vodka. Hubo que sostener de los brazos al canalla. Y ofrecerle mucho té con limón. Además, mojar sus sienes con vinagre para que terminara de despabilarse.

Mientras operaba a mi hijito, yo ni miraba. No fuese a rebanarle todo. Pero lo hizo con la rapidez del rayo. Y una precisión de relojero. Mientras trabajaba susurraba una oración que se le enredaba en los pelos. Era hábil y hasta dormido podía hacer una circuncisión perfecta. Después de la ceremonia comió y bebió con más voracidad que los buitres. Los dedos de la mano izquierda abrían un túnel entre sus bigotes y la barba para que los alimentos llegasen a los dientes. Al cabo de una hora de masticar se tumbó sobre un sillón.

Los familiares de Ana me preguntaron de dónde había sacado semejante monstruo. Yo decía la verdad: me lo habían recomendado en Bobrinez.

De súbito el *mohel* gritó. Dio un respingo que hizo caer una silla. Se tapó los ojos. Necesitaba impedir que lo perforase una extraña luz, aunque no había luz fuerte en la sala debido a las ondulantes paredes de adobe y a las cortinas que mi mujer había colgado de las ventanas. Ese miserable parecía querer escapar de algo.

—¡La luz! —gritaba—. ¡La luz!

—¡Qué luz ni luz! —pregunté al cochero que lo había traído.

—Tiene visiones —dijo.

—¿Visiones? ¿Qué clase de visiones?

El *mohel* descerrajó un largo aullido de lobo. Una mujer le volcó más vinagre sobre la frente y su pelambre transpirada. Otra corrió a buscar una ristra de ajos.

—¡Las ristras de ajos expulsan a los malos espíritus! —recordó una tía.

El cochero pidió que rodeáramos al *mohel*, que escuchásemos sus mensajes.

—Le llegan del cielo —agregó con repentina veneración.

—¡Qué cielo! —protesté furioso y señalé el techo de paja rubia—. ¿Esa paja es el cielo?

—En el *palio* dicen que adivina.

—¿Adivina? ¿Eso dicen en el *palio*?

—Que tiene poderes.

La barba se le mojó con espumarajos. Entre sus estertores sólo podía entenderse que se refería al Zar.

—El Zar... el Zar... —repetía.

—Qué quiere con el Zar.

—Dice que lo matarán dentro de dos años —interpretó el joven—. Lo vino repitiendo en todo el viaje.

—¡En dos años! ¡Matarán al Zar! —primos, tíos y otros parientes se llevaron las manos a la cabeza—. ¡Acusarán a los judíos!

—¡Embustero! ¡Loco! —arrojé un almohadón sobre la repugnante bola de pelos que hacía tan peligrosos anuncios; me tiré encima para asfixiarlo.

La gritería retumbaba tras de mí. Muchas manos se clavaron en mis hombros para desprenderme del viejo delirante.

—¡Los cosacos vendrán a degollarnos si se enteran de lo que dice este irresponsable! ¡Que no se meta con el Zar!

—¡En dos años! —insistió.

—¡Que se calle! —exigí al cochero, como si fuese quien lo gobernaba—. ¡Las paredes oyen! ¡Provocará un *pogrom*!

—Son visiones —insistió el joven.

—¡Son locuras!

—Esta almohada es sagrada —se sublevó mi mujer al recuperarla del piso—. ¡Sobre ella circuncidaron a Lióvushka!

—¡Que este borracho se vaya! —ordené al cochero—. ¡Llévatelo ya mismo!

El *mohel* seguía hablando.

—Estalló... estallará una bomba bajo el tren... bajo el tren del Zar... Habrá muchas muertes.

—¡Llévatelo!

—Este niño ocupará... ocupará el trono del Zar...

—¡Por Dios! Ahora complica a mi hijo. ¡Fuera!

—Ocupará el trono del Zar... —repetía.

Entre seis hombres conseguimos levantarlo. Seguía burbujeando palabras.

—Ocupará el trono...

Lo metimos a empujones en el carruaje. Agitado por el esfuerzo y la rabia, puse en la mano del angustiado cochero un manojo de billetes.

—¡Márchate al galope! ¡Al galope!

Libro Uno

La saga de los Bronstein

Primera etapa

El Edén

Iánovka
(1879-1888)

1

La corriente del tiempo

Nadie. Ni siquiera Iván pudo explicarle a Liova el cálculo del tiempo. Un primo de mi mujer, Abraham, intentó. Era, por lo demás, un tipo arrogante. Preguntó de buenas a primeras:

—Vamos, pequeño, di en qué año estamos... ¡Ah, no sabes! Bueno, estamos en 1885. Repítelo, que he de volver a preguntar.

Liova no entendía.

—Estamos en el año 1885 —agregó mi mujer con dulzura—, y luego vendrá el año 1886.

El niño seguía sin comprender.

—¿El año tiene nombre? —preguntó.

Su mente se revolvía ante ciertas novedades. Si el año tiene el nombre de “1885”, ¿por qué lo necesita cambiar por “1886”? Liova imaginaba el tiempo como algo estable. Igual a la gran piedra que hace de escalón a la entrada de nuestra vivienda.

El año 1885 fue penoso. Mala cosecha y un accidente. Feo accidente. Mi niño aprovechó nuestro descuido. Se sentó en el pescante de la calesa que había traído Abraham. Aplastó un latigazo sobre el lomo del caballo. Y salió al trote. Pronto alcanzó el galope. Furioso galope. Dejó atrás la casa, el granero, la huerta. Se perdió en el campo abierto. ¡Maldición! Cuando me di cuenta salí a la carrera. Era imposible darle alcance. Unos peones, desde lejos, le gritaron que tuviese cuidado con la zanja que se abría un poco más adelante. El caballo se había desbocado, su hocico derramaba espuma, sus ojos no veían hacia dónde volaba. Liova vio la zanja y empezó a tirar de las riendas. Su cuerpecito no tenía fuerza para detener al animal. Desde lejos yo veía cómo tensaba las piernas, acostado sobre su espalda. Entonces sucedió algo tremendo. Soltó las riendas y pegó un salto hacia la grupa de la bestia. ¡Era un suicidio! Se tambaleó sobre su lomo. Yo me había clavado las uñas en las palmas. Estaba aterrorizado ante la inminencia de perder otro hijo. Pero mi pequeño atrapó las crines y pudo arrimarse a la cabeza del animal. Le agarró las orejas y las tiró hacia atrás hasta arrancarlas casi. El caballo se encabritó, pero comenzó a

disminuir su velocidad. De súbito alzó las patas. Estaban a pocos metros del desastre. El largo relincho fue acompañado por un viraje. Volcó el coche y rodó el caballo. También Liova. Mi hijo quedó entre las patas, salvándose por milagro. Hacia él corrieron varios peones. Enseguida, jadeante, llegué yo mismo. El niño tenía lastimada la cara, los brazos, las piernas. Sin aire, temblando, enloquecido, le di un par de bofetadas. Yo no podía hablar. Los peones se ocuparon de levantar a mi chico y llevarlo a casa. Seguí el cortejo trepidando furia. Furia. Furia.

Para reconciliarme, dos días más tarde le ofrecí un regalo. Ir a la legendaria Elizavetgrad, donde tenía que vender parte de mi cosecha. Se puso a saltar de alegría. Salimos al amanecer, cuando se sonrojaba el horizonte. Hicimos escala en el pueblo de Bobrinez. Allí cambiamos los caballos. Al anoecer llegamos a otra aldea. Una aldea más chica, pero con un nombre feo: “Piojoso”. Nombre comprensible, porque los piojos eran más abundantes que el pasto. Decidí que durmiésemos en un granero, sobre sacos de trigo. Liova me pidió detalles sobre esa aldea. No había detalles para agregar a los piojos. Otra vez salimos temprano luego de frotar nuestro cuerpo con un ungüento casero contra los granos provocados por los bichos. Más adelante Liova me contaría sobre las picaduras de los bichos que abundan en las cárceles, más insoportables que estos piojos esteparios.

Al mediodía siguiente ingresamos por fin en la blanca y maravillosa Elizavetgrad. Allí vio mi pequeño por primera vez las famosas veredas. Veredas junto a los muros de las casas. Casas que se sucedían en línea como una guardia de honor. Todas con tejados verdes o rojos. Había girasoles, margaritas y rosales en los jardines, y flores más pequeñas en los balcones. Vio tiendas irreales, con hombres y mujeres quietos llamados maniqués. No eran personas de verdad, tuve que explicarle. En algunas esquinas hacían guardia agentes uniformados. Éstos sí eran de verdad.

El vanidoso Abraham regresó a Iánovka unos meses después. Quiso darle nuevos conocimientos a mi niño. Acababa de llegar un telegrama que anunciaba la muerte de un pariente. El telegrama pasó de mano en mano porque lo queríamos tocar, como si de esa forma acariciásemos su cadáver. Liova preguntó cómo los telegramas podían trasladar noticias desde tan lejos. Abraham respondió con una sonrisa burlona:

—Por un alambre.

—¿Dónde está el alambre?

—Eso no te importa. Importa que los telegramas son unos papelitos que llegan por un alambre.

—Sí, pero, ¿cómo viaja ese papelito por el alambre?

—Lo empuja la electricidad.

—¿Qué es la electricidad?

Abraham suspiró, fastidiado.

—Mira, por el alambre pasa una corriente que marca signos en una cinta de papel.

¡Repítelo!

—Por el alambre pasa una corriente que marca signos en una cinta de papel.

—¿Entendiste entonces?

Liova se rascó la cabeza.

—No... ¿La corriente marca los signos? ¿Y quién se los marca a la corriente? Porque cuando se escribe una carta...

—¡La carta es otra cosa! Viaja por tren, de la estación de tren la llevan a la estación de correos y de la estación de correos un cartero la entrega en las casas.

—Si viaja por tren, ¿para qué hace falta el alambre con esa corriente llamada electricidad?

Abraham empezó a dar vueltas por el comedor, inflado de ira.

—¡Te explico cómo funciona el telegrama y tú vuelves a mezclarlo con las cartas! Paremos aquí: lo entenderás cuando seas más grande.

Liova acompañó a su madre cuando llevó de regreso a Bobrinez, en una calesa, a una señora joven. Ana me contó que se llamaba Matilde y de sus delicadas orejas colgaban grandes aros. Un flequillo bailaba sobre su frente. Liova no le sacaba los ojos. Yo tampoco había dejado de mirar su cara y sus pechos durante las horas que pasó en casa bebiendo té. Nos dijo que montaba a caballo, cultivaba tulipanes y criaba los famosos perros San Bernardo. Ana también me contó que a lo lejos, en el camino, aparecieron unos postes.

—Son del telégrafo —dijo la mujer con una sonrisa, al advertir su curiosidad.

—Ah, para los telegramas. ¿Cómo se pone el telegrama ahí?

Ella explicó que los mensajes se entregan en determinadas oficinas. Allí trabaja un personal especializado en marcar signos. Los signos viajan gracias a la energía eléctrica que corre veloz por el alambre. Esos signos simbolizan letras. Las letras son transcriptas sobre papel. El papel es el telegrama.

—No veo la corriente —se quejó Liova.

—Va por dentro. Esos alambres son tubitos muy angostos y por dentro camina la corriente.

2

El cachorro de león

David Bronstein, mi obstinado marido, me llevó de su alquería en escombros hasta una granja cercana —también en escombros— que había arrendado a un Coronel retirado. Puedo decir que recién ahí comenzó nuestra vida en común. La negociación con el viejo y mezquino Coronel había sido muy difícil. Ese militar no sabía cómo hacer rentable la granja, y tampoco se resignaba a que en ella viviese un judío. Tras largas cavilaciones optó por decirle a David: lo acepto a usted porque entiende o simula entender algo de agricultura. Cerró la operación mirándole fijo los bigotes enrulados, la barba partida al medio y sus anchos hombros. Pero sólo accedió a venderle cien hectáreas y alquiló ciento sesenta adicionales, incluida la vivienda. Puede estar muy contento, dijo el Coronel.

David había decidido mantenerse alejado del *palio*, ese ghetto horrible de imprecisos kilómetros, donde debían amontonarse los judíos por orden del Zar para que fuesen controlados sus movimientos, para convertirlos en chivos expiatorios de cosacos, mujiks y huliganes cada vez que aumentaba el descontento. Prefirió transformarse en un campesino solitario y antisocial, como lo había hecho su propio padre. Dejar la rutina de mantenerse encorvado sobre las letras de la Torá, el Talmud, fabricar artesanías o comerciar baratijas. David no toleraba las masacres que perpetraban los *pogroms*, con delincuentes que se llevaban todo lo que podían, violaban mujeres, quebraban las cabezas con piedras, abrían a sablazos el abdomen de las embarazadas y, como postre, quemaban las chozas. Y lo enfurecía aún más el llanto impotente de los deudos.

La estepa ucraniana de Jersón es la más fértil del mundo, repetían todos, como un rezo. Era cierto: brotaban caseríos y pequeños poblados que se dedicaban a la producción agrícola y ganadera. Su proximidad con el mar Negro también había generado leyendas sobre navíos fabulosos que volaban hacia Jerusalén. Sólo quienes adherían a la mística sionista se decidían a emprender tamaña aventura. Y no eran pocos.

La granja alquilada al Coronel se llamaba Iánovka, en homenaje a su propio

apellido. La vivienda tenía cinco habitaciones pequeñas; la más amplia servía de comedor. Todas sus gruesas paredes fueron levantadas con adobe. Los techos habían sido impermeabilizados con pasto rubio metido con fuerza entre las cañas, pero durante las lluvias igual se filtraba el agua y gotas sonoras como monedas caían sobre los recipientes de latón que distribuíamos sobre el piso de tierra, pronto convertido en barro.

Cerca surgieron otras granjas de griegos, serbios y búlgaros, todos miserables, analfabetos y más o menos antisemitas. David se atusaba los bigotes antes de visitarlos con algún obsequio para desactivarles la hostilidad. Entre ellos también reinaba una subterránea discordia por conflictos inmemoriales, pero se unirían para atacar a un judío.

El cuerpo de David generaba respeto. Se había enamorado de mí cuando me vio por casualidad en la sinagoga de Odesa. Decía que nunca le dolió tanto el pecho. Corto de palabra y de cultura, pidió ayuda a un rabino que, mirando su traza, procuró hacerlo desistir: Ana per... per... pertenece a una familia pobre pero dis... distinguida, le explicó el hombre, que sufría de tartamudez. David no quiso abandonar la lucha. Entonces el rabino, emocionado, aceptó ir hacia una guerra perdida. Pero le exigió: antes de las presentaciones te... te... te... bañas con... con jabón y un cepillo du... duro, de caballo, vestirás ropa nueva y te... te... te... recortarás los... los pelos salvajes.

El primer encuentro con mis padres fue difícil por las dificultades expresivas del rabino y el prudente silencio de David. Bebían con parsimonia el té de un inagotable samovar de bronce mientras se estudiaban los rostros, las manos, los gestos. David apenas conseguía dominar los resortes de su mirada, que disparaban hambrientos hacia mi rostro con tanta insistencia que me ponía roja. Pero no me sentí incómoda; por primera vez estaba frente a un hombre de verdad, no a pretendientes cremosos.

Papá decidió punzar a David con interrogantes, como por ejemplo Qué piensa de su futuro. Pero David era primitivo, no idiota. Evitó referirse a su futuro nublado y contó anécdotas sobre su propio padre, que se llamaba León. León, mi padre, fue un verdadero león, carneaba ovejas con un cuchillo sin melladuras y transportaba bolsas de remolachas. Calló un minuto y agregó: León, mi padre, en un *pogrom*, rompió la nariz de cuatro asesinos antes de que un puñal le atravesase la espalda.

Me conmovió el relato y lo asocié con personajes de Pushkin. El rabino acudió a ejemplos bíblicos para facilitar un acuerdo matrimonial, pero el acuerdo no pudo concretarse debido a la fatiga que provocaba su epiléptica lengua. Cuando se fueron confesé a mis padres Papá, Mamá, ese joven me entusiasma. Ellos me contemplaron perplejos y dijeron Ana, ¿adónde fue a parar tu inteligencia? ¡Es un rústico! ¡Un ignorante!

Les dije sin rodeos quiero casarme con él, incluso acompañarlo a la alquería, y

me contestaron que había perdido el juicio, que sobraban pretendientes mejores. Yo contesté sí, los estúpidos, los grasosos. Pero esos candidatos son mejores, replicó mamá. Mejores para ustedes, no para mí. Entonces mis padres trataron el asunto de forma confidencial con primos y tíos. Por unanimidad opinaron que yo estaba loca. Intentaron exiliarme en casa de unos parientes que vivían lejos, hasta que se me fuera el capricho. Pero yo me mantuve firme e insistía: quiero casarme con David Bronstein. Obtuve la boda. Al rabino la sorpresa le borró la tartamudez, ya que era el primer triunfo de su carrera. En el casamiento sobró la comida, pero se mezclaron como nunca el júbilo y la pesadumbre. Me indignaba que algunas viejas repitieran tan joven y bonita para casarse con alguien tan bruto.

Fuimos al campo, a la granja de Iánovka. Intenté buscar belleza en cada detalle, los bosques de abedules, el trigal dorado, los rosales, las frescas paredes de adobe. Soñaba ser la amorosa protagonista de una novela. David manifestó su ternura gastando los primeros ahorros en la suscripción a una biblioteca circulante que llegaba una vez por mes en un carro tirado por dos matungos. Yo le dije Gracias y él me dijo Te lo mereces. También aceptó descansar los sábados y guardar las principales fiestas judías, aunque ya le habían dejado de importar la religión y los rituales. Yo de nuevo le dije gracias.

Tuvimos ocho hijos, pero sólo sobrevivieron cuatro. Al quinto lo llamamos León, en homenaje al bravo abuelo que había muerto en un combate. Nació en 1879, exactamente el mismo mes y día en que, treinta y ocho años más adelante, protagonizaría la revolución que cambió al mundo. Fue un anuncio del cielo.

Desde pequeño Lióvushka ocupó el centro de mi vida. No me avergüenza confesarlo. Solía tenderse sobre la alfombra de lana del comedor para contemplarme y enamorarme. Le encantaba mirar cómo leía las novelas que me prestaba la biblioteca. Cada mes llegaba el ruidoso carro y su conductor, un viejo entendido, recomendaba alguno de sus volúmenes ordenados bajo la lona. Había libros religiosos y novelas clásicas o nuevas. Yo elegía tres o cuatro títulos. Cuando el bibliotecario decía ésta le va a encantar, yo contestaba me la quedo. Lióvushka se interesaba por las tapas forradas en tela o cuero, algunas con dibujos que parecían de oro. Enseguida su curiosidad se desplazó a las letras de las páginas interiores, que llamaba hormigas. Son hormigas, mamá. Le fascinaban esas hormigas alineadas que transmitían secretos a mi dedo índice, con el cual me acostumbré a leer.

Liova preguntaba: ¿te gustan esos cuentos?, y yo le decía sí, mucho. ¿Qué cuentan? Historias largas. ¿Qué historias? Historias sobre diferentes personas. ¿Las conozco? No todavía. Las quiero conocer.

Los tres hermanos de Lióvushka se llamaban Alexander, Elizabeta y Olga. Los mandamos a la escuela de un pueblo cercano. Lióvushka no fue aceptado porque era muy chico aún, y lloraba por esa discriminación. Se despertaba temprano para ver

partir a sus hermanos. Nos conmovió. Entonces convencí a David de compensarlo con una joven institutriz búlgara que vivía a pocos kilómetros. Era un lujo desusado en la región, sólo los ricos y los aristócratas contrataban institutrices. La chica tenía unos dieciséis años. Arribaba en una liviana calesa dos veces por semana. Le enseñó a dibujar las letras cirílicas y los números. En pocos meses Lióvushka sabía leer y me perseguía por la casa para demostrar sobre los libros que ya entendía el significado de cada hormiga. ¡No son hormigas, son letras!

En la época tibia estudiaban bajo la sombra de un manzano. Una tarde ella descubrió que se movía un misterioso brillo en la hierba y dijo: ¡mira, Lióvushka, es una tabaquera enterrada! ¿Será de oro? Escarbó con una ramita de abedul. La tabaquera se desenrolló mágicamente y se transformó en una serpiente que huyó silbando. La chiquilla empezó a gritar ¡ay, ay, ay! y corrió hacia mí para contar el percance. Lióvushka llegó después, más divertido que asustado. Pero esa noche acordamos despedirla, sin imaginarnos el pataleo de nuestro hijito.

Desde niña aprendí que la educación incluye el trabajo. Por eso a toda mi descendencia le inculqué esta norma: ustedes, chicos, deben saber barrer, cocinar, lavar, coser, cultivar el huerto y ayudar en las faenas de la granja, trabajar en el pesebre, el establo, el granero, los jardines y la recolección de frutas. También visitar los rosales blancos, los amarillos y los rojos para rociarlos, matar los insectos con agua hirviente y podarlos con amor. Liova se solidarizaba con los insectos y reprochaba mi espíritu asesino, gritándome ¡son letras esas hormigas! no las mates, y yo lo consolaba riendo: no te aflijas, sólo les sirvo un rico té, mira cómo se retuercen de gusto.

Un día tuve una fuerte discusión con mi marido por alguna estúpida razón. La consecuencia es que dejó de hablarme. Opté por la paciencia. David trabajaba de sol a sol junto a los peones y una tarde le entregaron un telegrama: había muerto el odioso propietario, el coronel Ianovsky, y vendría su viuda, que seguro pretenderá que evacuemos la granja. Se acercó a mi lado, bajó la cabeza, susurró una disculpa y pidió que volviésemos a hablar. Nos espera una catástrofe, murmuró, y tendremos que volver a empezar. No supe qué decir. Deberemos apretarnos en otra alquería minúscula, agregó, vaya a saber dónde, conseguir que alguien nos alquile tierra o, lo peor de todo, pasar una temporada en el *palio*.

Al rato me preguntó ¿cómo deberíamos recibir a la Coronela? Se tironeó los bigotes hasta hacerse doler, para que le brotase una idea, pero no apareció ninguna. Entonces dijo sólo tú, Ana, puedes ayudarme en esta emergencia, y yo abrí las manos. ¿Cómo? Creo que debemos agasajarla, agasajar a esa vieja puta.

Estuve de acuerdo, convenía demostrarle que también sabemos portarnos como en la gran ciudad. Lo tranquilicé un poco, reuní a las mujeres que sabían cocinar y acopíé harina, frutas, quesos, hortalizas, té, vodka. Le sugerí: elige el mejor de tus

vehículos y transfórmalo en una carroza de ensueño, como las que circulan por las avenidas de Odesa. Sí, Ana. Pero, además, tienes que ponerle asientos tapizados, una alfombra mullida, almohadones para los pies y la espalda, techo de lona pintada con colores vivos. Sí, Ana. Lo arrastrarán cuatro caballos jóvenes bien enjaezados. ¿Cuatro? Sí, cuatro, más otros dos de auxilio. Sí, Ana. Tienes que impresionarla desde que pise el andén de la estación.

David e Iván —nuestro técnico que todo lo sabe— recorrieron treinta kilómetros de estepa y llegaron a tiempo. Bajaron del tren varias personas, pero sólo una requirió el auxilio del guarda. Era una mujer corpulenta, vestida con cargados encajes negros y un gran sombrero de seda. David hizo una reverencia y dijo soy David Bronstein, bienvenida. La Coronela extendió su despectivo índice hacia los baúles que le estaban sacando del vagón. David e Iván los trasladaron al carruaje. Después instaló en el suelo un banquito de madera para que ella subiese con absoluta comodidad. Una vez sentada sobre almohadones y sus pies acomodados sobre la alfombra, abrió su sombrilla y ni siquiera dijo gracias.

Los animales iniciaron el trote. Al rato pasaron a un galope alegre para lucirse también. Iván sostenía las riendas y no necesitaba recurrir al látigo. Las ráfagas tiernas del campo cultivado traían fragancia de girasoles, cebada y maíz. Ella no habló, concentrada en aspirar esos aromas que escaseaban en la ciudad.

Apenas los vi aproximarse corrí a buscar el ramo de flores que tenía preparado. Le di la bienvenida más melosa posible y la conduje hacia la habitación de las niñas, que había reacondicionado con primor. ¡Tanto esmero para que nos expulse!, me dije con los labios sellados. Había trasladado hacia allí mi cama matrimonial, con sábanas que olían a lavanda. La ondulada pared ostentaba un gran espejo, donde la propietaria podría mirarse de reojo su cara invadida de arrugas, a las que disimulaba con un maquillaje pesado. Yo había tenido la precaución, además, de instalarle dos sillas recién tapizadas, una pequeña mesa con mantel bordado, alfombras desde la puerta hasta el fondo y cubrí las aberturas con visillos de color rosa. La solemne mujer se quitó el sombrero y aprobó la decoración con dos palabras: está bien. Acto seguido me comunicó sus gustos culinarios. Cuando se lo conté a David, dijo que esa puta vieja debía suponer que los alimentos judíos contienen veneno. Pero sólo se había referido a platos elementales: caldo de gallina, *borsht* y pescado a la parrilla. Le pregunté si además aceptaría pollos asados y el condimento de cebollas fritas.

Dos horas más tarde, luego de tomarse un baño y cambiar la vestimenta por otra más liviana, pero también prolífica en encajes, se puso a beber té de nuestro samovar. Tenía a su alcance azúcar de remolacha y bizcochos variados que masticaba con su dentadura postiza. Nos miraba tomándonos examen.

Continuamos el operativo de seducción pese a los nubarrones. La llevamos a recorrer los senderos que se abrían entre rosales y girasoles hasta el alto granero,

rodeado por verdes setos de boj. Estaba dividido en varios compartimientos donde se amontonaba el trigo, la cebada de ásperas agujas, las resbalosas simientes de lino, las perlas llenas de aceite de la colza y una avena suave como las caricias de un plumero. La Coronela miraba con sospecha y David aumentaba su nerviosismo, porque entendía que pronto nos echaría sin contemplaciones.

De repente ella se desvió hacia un bosquecillo de acacias. Arañó con sus uñas la nevada savia de los troncos y la devoró como a una golosina. Nos miramos perplejos, eso sólo lo hacen los pobres muertos de hambre. ¡Qué manías tienen los ricos! Al regresar le ofrecí masitas recién espolvoreadas con semillas de amapola para que se quitase el gusto de la savia. Devoró las masitas.

Pasaron tres, cinco, siete jornadas y esa mujer no daba signos de querer marcharse ni de expulsarnos de la granja. Me siento bien aquí, ustedes son hospitalarios, concedió. David me transmitió a la oreja: ¿nos prepara el chubasco? Mi pequeño Lióvushka no entendía por qué derramábamos sobre ella tantas atenciones, si esa vieja enfundada en ropas estafalarias no charlaba con los niños y miraba con desdén a los labriegos. Tampoco ahorra algunas críticas, como decir Ana, bajo el alero he descubierto nidos de gorriones y en las paredes se esconden muchas culebras. Le contesté señora, echo agua hirviendo a las culebras; además, muchas son arrancadas por las cigüeñas con sus largos picos.

Una tarde descubrí a tiempo dos culebritas que Lióvushka había deslizado bajo la almohada de la Coronela. ¡Se las merece!, protestó feliz y algo enojado porque le frustré el operativo.

Mi hijito se asustó mucho cuando un día trajeron del campo a una jornalera adolescente mordida por una víbora. La muchacha lloraba y decía ¡me voy a morir! Lióvushka me agujoneaba con sus ojazos y preguntaba qué era morir. ¿Es peor que el dolor de una mordedura? Sí, contesté. Con un elástico ató su pierna por encima de la rodilla para que no se difundiera el veneno, y Lióvushka seguía preguntado, ¿por qué la atas, si le duele? Después te explico. Tatiana proveyó un barreño con suero de leche, mientras David y unos peones acondicionaban el carruaje. La llevaron al hospital de Bobrinez. Tuve que explicarle a Lióvushka qué es el veneno y qué es morir, pero me resultó más fácil lo del veneno, porque sobre la muerte ni yo misma sabía cómo satisfacer su curiosidad. La tuvieron que dejar internada hasta que pareció superado el riesgo. Volvió y se puso a trabajar, pese a que le rogábamos que no hiciera demasiados esfuerzos. La pierna de la mordedura estaba protegida por un vendaje disimulado con una media. Su ganancia fue que a partir de entonces todos los demás jornaleros la trataron de señorita.

La Coronela ya se había marchado sin exigirnos abandonar su propiedad.

Un día Lióvushka se escapó con el aguador para cazar hurones. Se fue sin avisarnos. El aguador era un experto que se divertía con las ocurrencias de mi niño.

La técnica consistía en echar agua en sus madrigueras, pero hacerlo muy lento, para evitar que fuguen. Luego había que esperar, palo en mano, que uno de los animalitos asomara su hocico de piel suave y húmeda. El aguador le explicó que los hurones viejos resisten mucho tiempo, porque aprenden de sus sufrimientos anteriores. Tapan el hoyo con el trasero, para que no ingrese más agua, pero al segundo cubo deben salir para inspirar aire ¡y ahí se les da con el palo! ¿El sufrimiento enseña? ¿No se puede aprender sin sufrir?, le preguntó Lióvushka.

Bueno, basta de charla, ahora debemos cortar sus patitas y atar sus cuerpos a una cuerda, para venderlos. ¿Todo esto es para vender, no es para divertirnos? Nos divertimos también, pero pagan un *kopek* por cada hurón muerto. ¿Es mucho? Algunos dicen que es poco y sólo entregan la cola para recibir ese pago. ¿Sólo la cola? Los hurones son una plaga y muchos cazadores hacen trampa. ¿Trampa? Sí, para ganar más. ¿Qué tipo de trampa? ¡Uh, hay muchos tipos de trampa para ganar dinero! por ejemplo, fabricar varias colas con la piel de un solo animal, para hacerle creer al comprador que recibe más piezas. ¡Qué pícaros! Pero los compradores ya se han dado cuenta del engaño y por eso ahora también exigen las patitas.

Lióvushka regresó mojado y lleno de tierra, le dije que no me gustaban esas tareas. ¡Pero gano dinero, mamá!, se justificó. No necesitas ese dinero. ¿No? Prefiero que te quedes sentado copiando dibujos. ¿Cuáles prefieres? Prefiero los de Edipo ciego y su hija Antígona, que te conté ayer. Es triste la historia de Antígona, mamá, no me gusta. Te la voy a contar mejor, así te gustará, ella es una heroína que se opone a un tirano. ¿Qué es un tirano?

3

La legión de cadáveres

Víctor había aparecido en Iánovka traído por su padre Timoteo, un aristócrata que llegó a la granja para solicitar ayuda. ¿Ayuda? ¿Puede un aristócrata ser pobre y necesitar ayuda? Papá encogió los hombros.

Timoteo repetía sin ruborizarse que le resultaba imposible afrontar sus deudas. Se dedicaba al degradante trabajo de escribir cartas, instancias y descargos para los campesinos analfabetos, cuyos mordidos kopeks lo ayudaban a sobrevivir. Se había transformado en el servidor de sus antiguos servidores, una ofensa que debía tragar como si fuese una cucaracha viva. No quedaba alternativa. Sus dos hijos no sabían leer y no podía pagarles una institutriz. Mamá le preguntó por qué no los había enviado a una escuela pública, pero dijo que sólo las institutrices saben enseñar, como se asegura en su familia desde los tiempos de Iván el Terrible. Luego de cansadores rodeos Timoteo fue al núcleo de la cuestión: quería que uno de sus hijos, llamado Víctor, ahí presente, aprendiera artesanías con nuestro Iván. Lo consideraba el único medio para evitar que se convirtiese en un ladrón.

Recuerdo que desde el primer día me molestó Víctor, que era tres años más grande que yo. No me gustaba su cara de tarado mental, con los dientes tan salidos que le impedían cerrar la boca, y una mirada de burro. Mis padres accedieron enseguida y llamaron a Iván para que aceptase al inesperado discípulo. Todos brindaron con coñac, menos Víctor y yo, que aún no teníamos edad.

De mala gana accedí a colaborar con Víctor y enseñarle a manejar algunas herramientas. No obstante, pese a su aspecto de idiota, aprendió rápido, lo cual confirmó mis sospechas sobre su perversidad. Cuando lo tenía cerca solía desviar mi mirada hacia el almohadón de Iván para cerciorarme de que ahí abajo estaba su puñal magnífico, por si lo debiese usar en mi defensa.

El decadente Timoteo y su mujer venían a la granja para enterarse sobre los progresos de su hijo. Entonces cenábamos juntos. La esposa, pintarrajeada con más colores que un tucán, no cesaba de hablar. Sentía la obligación de insistir ante sus benefactores —nosotros, unos plebeyos, y judíos para colmo— en que en su juventud

había vivido en un palacio con arpas doradas, cortinas de terciopelo, lámparas de cristal, trajes de seda y perfumes importados de París. Al hablar salpicaba con saliva y trocitos de pescado. Timoteo le hacía señas para que cerrase el pico, pero volvía a ser su compinche cuando partían. Sí, compinches y de lo peor. Introducían bajo la manga terrones de azúcar y manojos de tabaco. Eran unos ladrones impúdicos, aunque pretendían honrar la decencia repitiendo que su misión en la vida, ahora, consistía en impedir que sus propios hijos se convirtiesen en ladrones. Esa bajeza y sus contradicciones me causaron lástima y odio. Eran una pareja venida a menos que no sabía sacarle el pecho a sus dificultades. Estaban perdidos.

Y aquí llega una aventura inolvidable que compartí con Víctor.

Los peones solían acudir todos los días al taller de Iván. A uno se le habían cortado las riendas de su buey, otro quebró su arado, un tercero tenía mellada la hoz, a un cuarto se le había partido la horquilla. Nuestro mago recibía las solicitudes en medio de su ejército de herramientas, pero cuando eran muchos los que llegaban a la vez, les rogaba paciencia porque trabajaba solo, con la escasa ayuda de Víctor y mía. Un labriego le exigió más eficacia; estaba enojado porque le había dicho que volviese en cuatro días, lo cual era una falta de respeto. Iván contestó que antes no podía. Entonces el labriego lo insultó. Iván caminó hacia él, lo aferró por los hombros, lo hizo girar y lo echó a patadas. Horas después se produjo un tumulto: varios peones llegaron para darle una tunda a Iván, quien corrió hasta su cama y sacó el puñal con incrustaciones. Víctor y yo nos asustamos, agarramos formones de acero y, temblorosos, nos paramos junto al tallerista. Era la primera vez que probaba la guerra. Podíamos terminar muertos, porque desde la multitud enardecida brotaron gritos que suelen preceder a un *pogrom*: ¡Iván, eres la puta de un judío! ¡Un maldito judío!

—¡Mueran los judíos! —agregaron los demás alzando sus puños.

Nadie lo esperaba, ni se entendió cómo hizo, pero irrumpió mi padre con un látigo de varios metros. La turba se sorprendió un instante, aunque enseguida reanudó sus amenazas. Querían despedarnos a Iván, a mi padre y a los minúsculos aliados que éramos Víctor y yo. El tallerista entregó a papá su puñal y le quitó el látigo. Yo retrocedí asombrado al ver cómo Iván convertía el interminable y fino cuero del azote en una serpiente que zigzagueaba lejos, silbando. Enroscó los cuellos de tres peones y les hizo chocar las cabezas. Enseguida el cuero bajaba hasta al piso, como si tuviese vida, y se hundía en la tierra para atar varios tobillos; y de un solo tirón provocó caídas que rompieron el círculo de agresores. La víbora volvió a elevarse y silbar por el aire aplastándose sobre varios hombros. Lastimó orejas y quemó brazos.

Papá aprovechó la perplejidad de quienes se le habían acercado para darles punzadas con el cuchillo. Yo sostenía mi formón, pero sólo tenía ojos para mirar los dibujos que hacía en el aire esa culebra gigantesca conducida por la virtuosa mano de

Iván. El látigo no cesaba de infligir rayones en las mejillas, cortar pantalones, desgarrar camisas y pegar en los riñones con raras curvas a distancia.

La batalla no cesaba porque llegaban más peones. Iván nos indicó que retrocediésemos hacia un ángulo donde se amontonaba el aserrín. Cuando subimos a la cumbre del montículo, mientras con su mano derecha proseguía la azotaina, su izquierda activó el fuelle. De súbito se levantó una densa nube de aserrín, como granizo, que dio en la cara y los ojos de los peones sublevados. Enceguecidos, comenzaron a huir, algunos sobándose el cuerpo y otros agarrándose piernas, cuellos, brazos y cabezas sangrantes.

Cuando cesó la batalla David abrazó a Iván. Yo me puse a investigar la textura de la anguila de cuero que manejó el tallerista como si hubiese sido uno de los héroes fabulosos que aparecen en las novelas de mi madre.

El conflicto no había terminado. Al día siguiente se produjo una huelga llena de resentimiento. Los labriegos se tumbaron bajo los árboles para demostrarle a mi padre su profundo disgusto. Ya no peleaban, sino que se convertían en una parte agónica de la naturaleza. Mamá rogó a papá que temporizara, pero él insistía que no era bueno aflojar ante una pandilla que había arrastrado a gente pacífica. Mamá se rebeló, como de costumbre. Pidió ayuda a varias mujeres para cocinar en grandes ollas el popular *borsht*, una *casha* espesa y, además, pasteles de mijo. Luego llevaron la comida en un carro hacia la multitud tendida bajo los árboles. Fueron recibidas con hostilidad, pero aceptaron el obsequio. Con Víctor me arriesgué a introducirme entre los peones. Deambulamos un par de horas. Escuché que varios se quejaban de no tener dónde dormir, otros que no podían alimentar a sus familias. Algunos eran viejos y nervudos, con la piel agrietada por el sol del verano y el hielo del invierno. Los más favorecidos estaban acompañados por una mujer y algunos hijos. La mayoría había llegado a pie desde lejos, alimentándose con raíces; no se diferenciaban de los animales. Era cierto, no se diferenciaban de los animales y por primera vez tomé conciencia de algo tan horrible.

Mamá les aseguró que iba a entregarles melones, leche cuajada y pescado seco si levantaban la huelga. Al rato la huelga era levantada. Besé a mamá, la verdadera triunfadora de esta guerra sin heroísmo. Pero faltaba una consecuencia. Una consecuencia inesperada e increíble.

Atraída por el olor de la comida emergió en el horizonte una ancha línea de espectros que avanzaba con las manos tendidas hacia delante. Como los ciegos. ¿Como los ciegos? ¡Eran ciegos de verdad! Habían perdido la vista por desnutrición crónica. Brotaban de la tierra como emponzoñados hongos después de una lluvia. Caminaban vacilantes, chocaban entre sí. Algunos se desplomaban y eran abandonados como si fuesen excrementos. Su destino no era otro que pudrirse sobre la estepa y ser comidos por las aves de rapiña. Sin cesar, con paso de autómatas,

avanzaban hacia nosotros. Formaban una alucinante legión de cadáveres. Pero sus figuras de pesadilla no generaron lástima entre los peones, porque tratarían de quitarles sus exiguas raciones. Los labriegos se pusieron de pie y empezaron a echarlos como si fuesen langostas. Los empujaban y les pegaban con trapos y palas. Escupían, insultaban. Unos cuantos fueron heridos por hoces y tridentes. Una batalla de pobres contra pobres no es menos feroz que la de los ricos contra el campesinado y la servidumbre. Presencí atónito esa carnicería inverosímil. Algo así nunca me habían contado. La pelea no tenía visos de aminorar hasta que mi madre corrió de un lado al otro prometiendo a gritos, con las venas del cuello hinchadas, traerles más comida.

Los ciegos se derrumbaron sobre la hierba tocándose unos a otros, palpando el suelo o acariciando el tronco de algún árbol. Estaban resignados al verdugo o tenían la leve esperanza de recibir un mendrugo. Varias mujeres empezaron a distribuir bolsas con pescado seco, tanto a los peones como a los ciegos, para evitar nuevas riñas. Víctor ayudaba, y sus protruidos dientes superiores parecían temblar de angustia. Yo ayudaba también, pero con repulsión, no era fácil saber quién de los ciegos tendidos estaba desmayado o quién había muerto. Caminé por entre esa sucia alfombra de cuerpos. De vez en cuando me arrodillaba para ayudarles a encontrar su bocado, que atrapaban ansiosos, sin fuerzas para masticar. Finalmente huí atacado por el vómito y me arrojé sobre los almohadones del comedor.

Al día siguiente, cuando los espectros ya se habían alejado hacia la tumba que era el infinito de la estepa, empecé a imitarlos con las manos tendidas, la boca abierta, los ojos quietos, el paso inseguro. Era un niño destruido por la pesadilla de esas visiones. Papá se escandalizó.

—¡Qué es eso! ¡No te hagas el estúpido!

Mamá advirtió mi estado de pánico y, abrazándome, propuso contarme una historia donde los malditos y feos son el producto de un hechizo que termina por romperse.

Víctor, a mi lado, tenía envidia de esta madre dulce, inteligente y llena de coraje. Como luego tuvo envidia del amor que me profesaba Alexandra, también inteligente, también llena de coraje.

El taller y las fábricas

Un atestado taller era el ámbito secreto de Iván “el poderoso”, como le decía Lióvushka, porque le encantaba mirarlo hacer prodigios con sus incontables herramientas. Según rumores, las había robado de otro taller a unos cincuenta kilómetros, cuando decidió fugarse porque lo azotaban en lugar de pagarle. Al aceptarlo papá en nuestra granja decidió no hacerle jamás preguntas sobre los vericuetos de su pasado. En este taller mantenía un orden que sólo él entendía. Garlopas, pinzas, serruchos, martillos, destornilladores, clavos, latas, engrudos y otros utensilios colgaban de las vigas o se amontonaban en los rincones. Arreglaba puertas, ventanas, carros, mesas, sillas, columnas y hasta era capaz de fabricar hoces y espadas. También reunía trozos de la dura y amarilla madera de boj para sus artísticas piezas grabadas.

Lióvushka le descubrió un puñal con el mango incrustado en piedras. Me dijo a la oreja Mamá, las piedras de ese mango son preciosas, como las de las historias que cuentan tus novelas. Pero yo le pregunté Lióvushka, ¿qué reacción tuvo Iván cuando le descubriste semejante tesoro? Dijo que era para defenderse y con suavidad sacó el puñal de mis dedos y lo acomodó de nuevo bajo su almohada de plumas. ¿No pensó que lo volverías a sacar? ¿A sacar de ahí? No, Iván sabe que soy su amigo.

Golpeaba el hierro sobre la ardiente forja y su torso desnudo se cubría de sangre ante el fulgor de las llamas. De sus bigotes goteaba un sudor humeante. También reparaba máquinas a vapor y segadoras, limpiaba las calderas, fundía el bronce, torneaba bolas de madera y metal, ajustaba relojes y tapizaba los muebles. Hasta había llegado a construir una bicicleta, que se disputaron Lióvushka y sus hermanos.

Por las tardes se sentaba a fumar, entregado a recuerdos de los que nunca hablaba. ¿Dónde había estado? ¿Quién le enseñó sus artes? ¿Tuvo alguna novia? Mantuvimos la promesa de no hacerle preguntas. Mi niño se acercaba silencioso a esa suerte de estatua y le tironeaba el bigote para ganar su atención. Era evidente que admiraba sus manos velludas salpicadas de puntos morados, como si hubiesen recibido las esquirlas de un tiroteo. Una cicatriz por herida de hacha le cruzaba el pulgar zurdo.

Eran manos de mago y de guerrero.

Iván pudo resucitar una vieja carabina a chispa y propuso que toda nuestra familia aprendiese a disparar con ella. Había que saber resistir los frecuentes ataques pogromistas en la soledad de la estepa. Logró convencernos y nos puso en fila, inclusive a las mujeres y también al pequeño Lióvushka, que era el más entusiasta. La prueba consistía en apagar una vela encendida disparándole desde unos diez pasos. Nadie lo conseguía. David sostenía la escopeta con menos elegancia que sus hijos, que yo misma. Pero apagó la vela. Dijo Soy un judío irreconocible, ¡hasta me defenderé con armas de fuego! ¿Qué dirían en *el palio*?

Nuestro vecino, el molinero, gustaba darse una vuelta por el taller de Iván. Para no ser menos, narraba las atrocidades que había cometido cuando soldado en la última guerra. También se refirió a las fábricas, una novedad en nuestro país.

Lióvushka preguntó ¿qué son las fábricas?

Al molinero le gustaba dar lecciones y explicó: son talleres, pero cien veces más grandes que éste. Se juntan miles de hechiceros alrededor de los tornos, forjas, cadenas y cintas transportadoras. ¿Sabes qué son las cintas transportadoras? Bueno, ya te enterarás. Pero te aclaro que en las fábricas existen herramientas más fuertes que los caballos. El ruido de esos talleres es insoportable, comparado con los ruidos de aquí. Nadie puede escuchar a otro si no le grita a la oreja, ¿te das cuenta? Las fábricas producen mucho, mucho, por toneladas. ¿Sabes qué es una tonelada? No importa. Por toneladas se miden los grandes fardos con telas y máquinas más grandes que tu casa.

En premio a su trabajo tan inteligente mis padres decidieron que Iván compartiese nuestra mesa. Allí solía narrar historias que daban risa, porque lo mostraban como un eterno perdedor, lo cual era falso. Yo distribuía la comida. Primero le llenaba el plato a mi esposo, luego a cada uno de mis hijos en orden decreciente, después a Iván y por último a mí. Practicaba el respeto jerárquico que me habían enseñado en la casa paterna de Odesa.

Iván nos dejó fríos cuando reveló que también sabía arreglar pianos. Exclamé ¡pianos! ¿Dónde aprendiste?

Miró el techo y encogió los hombros: era uno de sus secretos. David comentó entonces que una mujer arruinada, que vivía a unos ocho kilómetros, vendía todo su mobiliario, que incluía un piano viejo. Yo me excité y dije David, tenemos que ir enseguida. David meneó su cabeza, arrepentido por haber volcado una información tan comprometedor. Pero no podía dar marcha atrás, menos ante el ímpetu avasallador de su familia en pleno. Con Iván subimos al carro que habíamos acondicionado para la Coronela y galopamos la distancia que mi impaciencia tornaba infinita. Con poco dinero David compró un sofá de cuero y tres sillas vienesas. Pero yo quería el piano, aunque era evidente que no le quedaba una cuerda sana. Iván me

tranquilizó al decir Patroncita, puedo reponerlas. Trasladamos el instrumento al carruaje y lo depositamos en el taller.

Lióvushka contempló embelesado al hechicero que desarmaba el armatoste que me había generado tanta ilusión. Pero se encogía ante los lamentos de las agónicas maderas que se desencuadernaban como en un naufragio. Iván barría ratas muertas y un par de gatos se ocuparon de las que saltaban vivas.

Para resucitar el piano debió invertir casi todo el invierno. Reparó sus costillas, sus bases, sus costados. Después laqueó de un negro deslumbrante el exterior. Había arrancado las cuerdas herrumbradas y visitó los caseríos de la zona para comprar repuestos. Blanqueó las sucias teclas con ácido y por último usó un acordeón, que sólo tocaba los domingos a la mañana, para afinar los sonidos. El piano volvió a lucir su antigua gloria. Era increíble, un verdadero milagro bíblico. Yo había tomado unas lecciones en Odesa cuando pequeña e hice vibrar *Mi amado Agustín* una, dos, tres veces hasta que mis hijos y mi esposo se animaron a acompañarme con voces destempladas y palmas felices.

Los dolores de Rusia

Una abeja se había posado sobre los pétalos de un girasol. Liova arrancó una hoja de salvia y la recogió. Pronto sintió una punzada horrible y corrió chillando a mi taller, donde le extraje el aguijón clavado en su muñeca. Después lo unté con un líquido que esfumó el dolor. Lo fabricaba con tarantelas.

—¿Con tarantelas?

Sí, le mostré cómo las tenía nadando en un frasco de aceite. El curioso niño preguntó cómo las cazaba. Es fácil: ato un pedacito de cera en el extremo de un hilo que introduzco por el agujero. Las patitas de los bichos se pegan a la cera. Entonces las retiro y guardo en este aceite. Liova se apasionó, juntó cera, varios hilos y se dedicó a la caza de tarantelas. Reunió casi un centenar.

—¡Ahora podré curar los dolores de toda Rusia! —exclamó feliz.

Además le encantaba trepar al granero y arrojar desde arriba sobre los colchones de trigo. Se enterraba hasta la cintura. Decía disfrutar el fresco del galpón y respirar gozoso el polvillo que nublaba el aire.

No sólo visitaba a diario mi taller, sino que le gustaba acercarse al único molino de la zona, cuyo perfil se alzaba sobre un monte como si fuese un castillo. En su entraña funcionaba noche y día una máquina a vapor. Durante el verano llegaban los mujiks con las parvas para moler y se quedaban durmiendo bajo las estrellas. El dueño de ese molino era un gigante de brazos robustos que perdió un ojo peleando en la guerra. Dictaba el precio y destrozaba a golpes cualquier resistencia. El chico, escondido entre las bolsas, fue testigo de escenas brutales. Una de ellas lo dejó temblando horas, y sólo se tranquilizó cuando le hice terminar en mi taller la construcción de una silla.

Me dijo que un campesino se había quejado por la desaparición de una brida de su aparejo. Otro murmuró que había visto al hijo de otro labriego poniendo la misma brida en su caballo. A las pocas horas reapareció la brida, pero en el carro del padre del chico sospechoso. Este hombre, de mirada sombría, se santiguó vuelto hacia Oriente y reconoció en voz alta que el robo lo cometió el monstruo que parió su

mujer. Juró arrancarle las tripas. Como no le creyeron, atrapó a su hijo por el pescuezo, lo derribó en tierra y se puso a azotarlo con la brida robada hasta dejarlo inconsciente sobre un charco de sangre.

En esos días mi patrón decidió no llevar más su cosecha al molino, porque un serbio le había explicado que podía venderla directamente a un mayorista en el puerto de Nikolaiev. Liova me preguntó asustado si el molinero, al enterarse del cambio, se vengaría de su padre. No, le contesté, porque tiene muchísimo trabajo. Por otra parte, a mi patrón le vino bien el consejo del serbio. Incluso me contó que tu madre le ayudó a escribir una carta a la Coronela ofreciendo comprarle más campos. ¿Qué contestó? Contestó que lo haría con gusto si no fuese por un nuevo *úcase* que prohibía la venta de tierra a los judíos. A cambio, proponía arrendarle otros lotes.

Liova llegó corriendo a mi taller para rogar mi ayuda. Corrimos a la casa y vi que mi patrón daba puñetazos a la mesa hasta conseguir partirla. Maldecía el *úcase* mientras seguía rompiendo sillas con sus falanges fracturadas. Ana y los otros niños imploraban que se calmase. Yo lo agarré por la espalda y sujeté sus brazos hasta que empezó a serenarse. Entonces se derrumbó extenuado.

Me ocupé de lavarle las heridas con agua jabonosa y luego aplicarles un tenso vendaje. Mi patrón dejaba hacer, pero de pronto rompió a llorar. Dolía en el alma contemplar a ese luchador fuerte y valiente convertido en una temblorosa masa de moretones. Liova me miraba asombrado, no comprendía la causa de tanta furia, pero creo que percibía la razón más honda: había sido objeto de una injusticia. La injusticia era intolerable para su papá. Y después fue el motor de su propia vida. Se arrastró hacia sus piernas extendidas sobre el sofá y le tironeó el extremo inferior de los pantalones para que lo mirase. Mi patrón levantó un poco la cabeza, sonrió a su hijito y le acercó la mano vendada a sus cabellos.

6

El paraíso nevado

Iánovka en invierno era otra cosa. Se contraía como una fruta seca en la helada quietud. Sólo el molino reparado y el mágico taller trabajaban. Ciertos días la nieve era buena, con copos pequeños y consistentes. Pero había que sacarla de las puertas y ventanas antes de su endurecimiento. Teníamos que calzar botas altas, no salir sin gorro de piel y cubrirnos el cuello y las orejas con bufandas. En las estufas se quemaba paja que los criados traían en grandes brazadas desde rincones protegidos. Era divertido arrojar manojos al fuego y ver cómo sus agujas se convertían en llamaradas de luminosos colores. No existía chimenea, así se concentraba mejor el calor. Una plancha de hierro se ponía al rojo y reverberaba el ambicionado calor. Pero era un calor que también consumía el oxígeno. Un día Iván me rescató junto a Elizabeta y Olga del comedor lleno de humo.

La nieve se acumulaba en el alféizar de las ventanas. A lo lejos se veían los contornos oscuros de los abetos, circunvalados por una cegadora blancura. Cuando llegaba el ocaso, los breves esplendores del día se apagan tras una neblina rosa. La oscuridad invernal es larga y dormitábamos en la penumbra, apretados sobre almohadones rellenos con plumas de ganso y tapados con una espesa cobija. Nos contábamos a media voz las historias que habíamos escuchado a mamá.

El gigante irrumpía a veces, dejando entrar una ráfaga de hielo. Vivía a unos kilómetros de distancia. Usaba botas enormes, inflada pelliza y un gorro de piel que le tapaba las orejas. Su barba florecida de hebras de hielo gritaba a las sombras.

—¡Buenas tardes, muchachos!

Encendía una cerilla y nos descubría acurrucados en el sofá. Era Piotr, el Monstruo de las Nieves, que gustaba caer de sorpresa. Pero repetía otra sorpresa, que a fuerza de repetirse ya ni era sorpresa: detrás suyo entraban ovejas y gallinas cuyos cráneos Piotr había enterrado antes de que el Coronel construyese la granja, así quedaba protegida de los malos espíritus. Yo veía a los tranquilos animales resucitados que subían a la mesa, caminaban por el sofá, se colgaban de una viga y amenazaban con hacer caer los objetos allí prendidos. Antes de congelarnos, yo

corría a cerrar la puerta que el Monstruo solía dejar abierta, aunque los animales quedasen adentro.

Otras veces aparecían los animales solos, sin Piotr. No sabía cómo echarlos. Entonces me arrojaba con lo que hubiese a mano y salía para llamarlo. Gritaba su nombre y le rogaba que viniese a sacar las ovejas y gallinas. Eran, sin embargo, animales pacíficos. Emanaban un desagradable olor que, según mi hermano, provenía de nuestras flatulencias. Por fin llegaba mamá, quien encendía la lámpara y se producían grandes sombras entre los espacios iluminados. En pocos minutos el samovar echaba humo y en ese humo se disolvían los animales. Mamá era más poderosa que Piotr.

De los ocho hijos que tuvieron mis padres la mitad falleció de difteria o escarlatina. Para impedir contagios nos prohibieron visitar los cuartos de la servidumbre. Yo no me podía resistir a ninguna prohibición, así que me las arreglaba para frecuentar a la cocinera de pómulos salientes y una nariz quebrada por el puñetazo de su marido. Quería encontrarme con su hijita apenas dos años mayor, muy bella y de ojos siempre llorosos. Me gustaba quedarme solo con Maia, secarle las lágrimas mezcladas con mocos y contarle las historias de mamá hasta hacerla sonreír. Ambos juramos evitar que nuestros padres se enterasen de esos encuentros. Ahí empecé a convertirme en un revolucionario.

Le pregunté a Iván —mi maestro y confidente— cómo podía conseguir que el padre de Maia no siguiese pegando a su mujer. Iván suspiró. ¿No tienes respuesta?, reproché. Iván me miró fijo.

—A ella debe gustarle.

—¡Estás loco!

Años después recordaba las caricias de esa chiquilla y despertaba con la entrepierna húmeda. Sin entender mucho, tuve vergüenza. El derrame venía precedido por una sensación terriblemente placentera y potente, como la electricidad que conducía los telegramas. ¿Algo así debía gustarle a la mamá de Maia?

Por esa época, en pleno invierno, papá arrendó más tierras. Aunque no las pudiese comprar, las haría producir como si fuesen propias. Molesto con la Coronela, prefirió las de otra viuda a la que llamaban Teskaia, también brava de carácter. Esta mujer se había vuelto a casar, pero con un pope. Unía su riqueza a las glorias de la religión. El pope había sido viudo, aficionado al naipe, la música y el vodka. Un día llegó la pareja para inspeccionar la explotación de las tierras que había arrendado al judío David Bronstein. Después de una caminata mis padres los agasajaron con pollo asado y pasteles de cereza. Al terminar, el pope aprovechó la momentánea ausencia de su esposa, que se había ido a orinar, para acercarse a la cocinera y susurrarle a la oreja que sus labios habían sido hechos por Dios para besar y ser besados. La pobre mujer quedó paralizada y más roja que un ají. Antes de que se diera cuenta, el sacerdote le

arrancó un zapato, lo llenó de vodka y sorbió haciendo gárgaras. Yo miraba atónito y mamá huyó hacia el dormitorio. La cocinera despertó de su anestesia, le quitó el zapato y se precipitó al exterior, tropezó en el umbral y terminó por destruirse por completo la nariz entre los duros montículos de nieve. Poco después ella, Maia y su marido se fueron para siempre.

El pope sonreía feliz por su extraña victoria. Sacó del bolsillo una cigarrera de plata y, mientras encendía el tabaco mediante firmes chupadas, cambió de tema como si tal cosa. Dijo que su mujer era una gran lectora, pero sólo se fijaba en los diálogos, porque la aburrían las descripciones largas. Extraña forma de leer, murmuró mamá.

Regresó la severa Teskaia y no le gustó lo que acababa de difundir su marido. Cuando el sacerdote también se fue a orinar, ella decidió vengarse y contó que solía viajar al pueblo sin sotana para atrapar mujeres.

Cuando partieron fui al taller de Iván. ¿Por qué hablan mal uno del otro?

—¡Porque les gusta!

Entonces era lo mismo que pasaba con los padres de Maia. Qué complicados son los adultos, pensé.

Más raro que el pope era Samuel, otro vecino. Decían que estaba loco. Solía visitarnos algún sábado por la tarde. Había sido educado como un noble, porque hablaba francés, conocía algo de literatura y tocaba el piano. No podía casi usar la mano izquierda por un accidente, pero decía que le sobraba con la derecha. Sus uñas largas castañeteaban sobre las teclas. Por lo general empezaba con una polonesa, seguía con una simplificada rapsodia de Liszt y terminaba sin coherencia alguna con tristes melodías de sinagoga. Vestía cuellos duros y jamás dejaba de lucir corbatas con un alfiler restallante. En la conversación hacía lo mismo que con el piano: saltaba de un tema a otro, y no le importaba qué opinaban los demás. Por ahí arrojaba uno de los almohadones al piso y se paraba sobre su funda bordada para mirarse en el espejo y arreglar su alfiler de corbata. Hablaba sin cesar. Chupaba el cigarrillo hasta que su brasa le quemaba los labios. Hacía más de diez años que no cambiaba una palabra con su mujer, una vieja obesa que, sin embargo, lo seguía como un perro.

Tenía un hijo alto que se cubría la órbita derecha con una venda, porque se había volado el ojo en un intento de suicidio luego de insultar a un oficial en el ejército. Con mucho dinero Samuel evitó que lo fusilaran. Desde entonces el joven debía llevar un salvoconducto de idiota en el bolsillo, que su padre le hacía mostrar una y otra vez para que se supiera el mucho dinero que debió gastar para salvarle la vida.

Le dije que me gustaría conocer su residencia, a la que Samuel calificaba de palacio. Tras mucho insistir, en el comienzo de la primavera, el hacendado loco me llevó en su ágil faetón tirado por caballos con arneses de plata. Por primera vez conocí un jardín de estilo francés, con sus geométricos canteros, flores ordenadas y el coqueteo de pavos reales en plena exhibición de su plumaje.

Volví años después, en una de mis vacaciones, y se me pegó a la cara el horror de la decadencia.

La elegante tapia del jardín se había caído, los canteros morían exhaustos y no quedaba una sola flor. Samuel tuvo que vender hasta el faetón y los caballos con sus arneses para saldar deudas. El hijo tuerto apareció en el taller para rogarle a Iván que le prestase una carabina: quería matar a sus padres y después volarse el ojo que le quedaba. Yo traté de calmarlo, pero sólo obtuve como respuesta el certificado de idiota que el tembloroso muchacho me frotó en la nariz y estaba condenado a portar todos los días de su existencia.

Un mar de palomas

Los domingos solía presentarse Iván armado de peine y tijeras, y cortaba el pelo de toda la familia. Después nos sentábamos a comer. Durante las sobremesas el tallerista fumaba su pipa y lanzaba al aire anillos de humo. A veces uno de mis hijos recitaba un poema recomendado en la escuela. Otras veces nos divertíamos jugando a las cartas o al ajedrez, y ahí mis chicos competían en hacerle trampas a David, que jugaba sin poner atención y reía cuando lo derrotaban.

Al término de unas horas yo prefería sentarme en mi sillón para disfrutar de la lectura. Me concentraba en uno de los libros de la biblioteca circulante y me ayudaba con el índice que viajaba de izquierda a derecha, renglón por renglón, mecanismo que fascinaba a Lióvushka. Afuera se paseaban amistosas cigüeñas que comían las culebras arrancadas del techo o de las paredes de adobe. Por las ventanas ingresaba el aroma de los rosales bien regados.

Durante la Pascua los niños pintaban huevos. Encantaban esas diversiones inocentes. La nueva cocinera, Tatiana, conocía mejor que nadie ese arte, y se aplicaba a enseñarlo con mucha paciencia. Regalaba un par de huevos pintados a cada niño y cada niño a su vez procuraba pintar otro con colores más excéntricos. Detrás de la bodega aprovechábamos una suave pendiente para echarlos a rodar. Ganaban los huevos que, pese a los choques, no se rompían. Era un juego en el que nadie podía triunfar siempre, aunque pusiera su máximo empeño. Pero excitaba observar cómo algunos evitaban ser golpeados y rodaban unos milímetros su ancha cintura mientras otros los atacaban. Contemplando esa escena Lióvushka dijo: Así se comporta la gente.

Pocos obreros permanecían en la granja todo el año. La mayoría venía para la cosecha. En el verano acudían de a cientos. Cuando la recolección prometía ser buena, corría la noticia con rapidez y la provincia de Jersón se llenaba de gente. Muchos arribaban a pie, luego de caminar un mes entero. La pobreza era compacta y nadie quería perderse la oportunidad que brindaba un estío reventado de mieses. Los segadores cobraban su salario más la comida, compuesta por melones, *borsht*, leche

cuajada y pescado seco; a veces sandías. Las mujeres, por igual trabajo, recibían algo menos. Algunos segadores eran esqueletos con tendones y un poco de músculo; su piel gris estaba cortada por la sequedad. No obstante, solían cumplir jornadas de diez horas. Los viejos cobraban un ligero excedente debido a su experiencia, no por respeto; hasta se los premiaba de vez en cuando con una ración de vodka. Todo el sistema desbordaba injusticias.

Una mañana Lióvushka entró corriendo en el comedor después de lavarse de prisa, porque todos se lavaban de prisa. Bebió té con leche y comió pan blanco con manteca. Me descubrió sentada frente a un caballero muy flaco, vestido con un traje remendado pero limpio. Le dije dale los buenos días, Lióvushka, este señor va a ser tu maestro.

El caballero lo saludó con ternura, como siempre hacen los maestros en presencia de los padres. Mientras mi hijo se sentaba en un rincón, me puse a discutir el lado financiero, porque deseaba pagarle un poco en rublos y otro poco en sacos de harina. El maestro, llamado Isaac, le enseñaría en su escuela de la vecina colonia alemana. Aprendería ruso, aritmética y Biblia en hebreo.

A los pocos días mi marido lo llevó en su calesa. Se alojaría en casa de mi sabihondo primo Abraham. La minúscula aldea se extendía a los lados de una zanja por donde corría un arroyo sucio: de un lado habitaban familias judías y del otro las alemanas. En el sector alemán las casas parecían más limpias, unas techadas con tejas y otras con cañas pintadas. Se veían caballos, vacas y corderos. En el barrio judío, por el contrario, las viviendas lloraban abandono y circulaba por sus patios un ganado miserable.

Las clases tenían lugar en la casa de Isaac, donde se reunían once niños. Después Lióvushka me contó muchos pormenores. Había olor a ajo y encierro. En un pizarrón aprendían a escribir con tiza los caracteres rusos y luego les enseñaba a empuñar la pluma sobre un block de papel. Las lecturas de la Biblia se hacían a coro, tras lo cual debían traducir sus versículos al ídish. Lióvushka se enteró de que tanto el ídish como el hebreo se escribían de derecha a izquierda, mientras el ruso de izquierda a derecha. Preguntó la razón. Entonces el maestro le dijo Liova, intenta grabar algo sobre una piedra como hizo Moisés, y tendrás la respuesta.

La mujer del maestro, más redonda que un oso, solía entrar en la clase. Un día irrumpió enojada para criticar la harina que Isaac había comprado. Mostró su palma llena de polvo y, cuando su marido acercó la nariz, ella se la restregó en la cara. ¡Huele mal!, gritó. Se fue riendo. Los chicos celebraron esa burla, pero el maestro miró hacia la puerta con ganas de ahorcarla. Lióvushka fue el único en solidarizarse con el pobre hombre y buscó un repasador para que se limpiase la harina. Estuve orgullosa del noble gesto que tuvo mi niño.

Abraham, pese a su arrogancia, hizo lo posible para que Lióvushka se sintiese

cómodo. En una cena le regaló el hueso del muslo de un pollo que acababa de comer para que lo quebrase con los dientes y chupase su delicioso contenido. Le dijo Lióvushka, a ese hueso no lo daría por menos de diez rublos.

La casa de Abraham quedaba a la entrada de la colonia. En el otro extremo vivía un judío alto, flaco y sucio que solía robar caballos. Lo llamaban El Ladrón de Caballos, precisamente. Tenía una hija con fama de hacer favores a cualquiera. Entre las dos puntas de la aldea trabajaba noche y día un joven sombrerero de barba tan colorada como los tomates. Su esposa se presentó ante Abraham con furia, como si Abraham fuese un juez, para acusar a la indecente hija del Ladrón de Caballos por querer acostarse con su esposo a cambio de algunas gorras. ¡Haga algo!

Abraham no lo tomó a pecho y dijo: estimada señora, ¿no será que esa mujer confundió al gorrero con alguno de los caballos que suele robar su padre?

Ella aplicó un golpe al samovar, que rodó por el piso, y salió dando un portazo. Al día siguiente, cuando Lióvushka regresaba de la escuela, vio mucha gente que gritaba, escupía y arrastraba por la calle a una joven, la joven impúdica que intentó seducir al gorrero. Tuvo lástima de la chica, me contó, pero también lo asustó el poder tremendo, incontenible, que alcanza en la calle la furia de la gente. ¡Se convierten en lobos!

Unos años después Abraham enviudó y se casó con esa joven agraviada y arrastrada de los pelos. Pero antes la previno de que no se debía dejar tentar por los fabricantes de gorras, sean colorados, negros o blancos. Parece que se llevaron muy bien. Abraham lo confirmó con otra de sus frases soberbias al afirmar somos el uno para el otro.

También me enteré de que mi hijito vio a hombres impacientes que aprovechaban cualquier excusa para deslizarse al dormitorio de la cocinera que trabajaba en la casa de Abraham. Cuando ella informó que estaba por tener un hijo, Abraham la insultó, pero luego decidió pedir mi ayuda. Acudí de mala gana. Los gritos de la parturienta hicieron temblar la colonia durante toda la noche. Lióvushka se coló hasta el oscuro y maloliente cubículo. Entró cuando la cocinera ya tenía al bebé sobre su pecho y decía ¡miren, miren qué hermoso es y cómo apoya la mejilla sobre su manecita!

Me incomodó la presencia de Lióvushka, no tenía edad para estas cosas. Lo saqué del cuarto a la rastra. Pero él me dijo: ¿no te da pena? Quedé paralizada y exclamé ¡por Dios!

A la semana murió el recién nacido. Lióvushka se daba cuenta de que los mayores no queríamos escuchar sus preguntas. Era difícil contestarle a todo y, al mismo tiempo, ocultar, distorsionar, inventar. La desgracia aceleró nuestra decisión de ponerle fin a esa etapa en la atípica escuela, porque hasta había empezado a encariñarse con el enclenque maestro. Al despedirse de Isaac se dieron la mano mirándose a los ojos. Lióvushka me confesó que no lo olvidaría nunca porque era una

buena persona castigada por malas personas.

De regreso en la granja encontró una nueva diversión, que era copiar los libros que yo leía. Así mejoraba su letra y captaba la forma en que se desarrollaban los relatos, me dijo. Era muy inteligente o se le había metido un demonio. Aprendió de memoria algunas páginas y las recitaba durante la cena, para asombro general. Le surgió la idea de escribir textos propios y compuso unas poesías. Combinaba las palabras de uso vulgar que oía en el taller con las cultas de los libros. Yo le criticaba las palabras vulgares, pero a Lióvushka la intuición le decía que eso estaba bien, porque tenía el sabor de lo prohibido. Y lo prohibido lo fascinaba, aunque a mí me encogía el corazón.

Para Navidades, mientras tomábamos el té, irrumpió en el comedor un río de enmascarados haciendo piruetas. El hecho fue tan súbito que Lióvushka, pese a su imaginación, no pudo frenar el miedo. El resto de la familia rió y se dispuso a gozar la representación. Los enmascarados actuaban con solemnidad y parecían encontrarse en el enorme salón de un palacio, no en una sala con paredes de adobe.

Los hombres y mujeres se saludaban haciendo reverencias. Se trataban entre sí con una elegancia que bordeaba el ridículo. Usaban grandes sombreros, ropas coloridas y antifaces negros los hombres, y pañuelos blancos las mujeres. El tramo más asombroso fue el discurso de “El emperador Maximiliano de Austria”.

Por primera vez mi niño conoció el mundo virtual de la escena. Más grande fue su perplejidad cuando le dije que el principal personaje era Pedro, un modesto peón que había sido soldado. Al día siguiente se deslizó al galpón de la servidumbre armado de lápiz y papel, buscó a Pedro desnudo de disfraces, y pidió al degradado “emperador Maximiliano” que le dictase su monólogo. El hombre no quería, pero Lióvushka le rogó con su característica tenacidad. Hasta que por fin se sentaron junto a la ventana opacada por la nieve y consiguió escribir los versos del comediante. Sin la misma magia, por supuesto, porque estaba vestido con una camisa rota y tenía olor a estiércol.

A los quince minutos apareció David en la puerta. Enojado, gritó ¡Liova, vete de aquí!

Pasó el resto de la tarde llorando en el sofá. Le dije a David ¡te has portado como un buey!

Para Lióvushka, sin embargo, mejor que mi consuelo fue visitar a Casimiro Antonovich. Era un vecino que tenía grandes colmenas alejadas de la zona dedicada a las caballerizas, porque las abejas, según él, no soportan el olor del caballo. Repetía que esos sabios insectos liban de los árboles frutales, las acacias blancas, la colza aceitosa, el trigo rubio y hasta los gruesos tallos del euforbio. Sus graves palabras sonaban como poesía. A menudo se presentaba en nuestra granja con grandes fuentes donde los panales de miel nadaban en su oro fluido. Y a Lióvushka le tentaba meter

sus deditos. Un día Iván le propuso ir a lo de Casimiro para olvidarse de la riña con el impulsivo David. No visitar sus colmenas, sino el palomar. ¿El palomar? ¡Sí, verás un mar de palomas!

Después me contaron su sorpresa.

Casimiro los recibió alegre y ofreció té con bizcochos. En la mesa había varios platos con manteca, cuajada, miel, quesos. ¿No se nos hará tarde?, preguntó Lióvushka en voz baja, como si no quisiera espantar a las aves que debían andar cerca. Debemos tener paciencia, contestó Casimiro, hay que darles tiempo a que se apacigüen, el anochecer las apacigua.

Cuando se extendió la penumbra, Casimiro alzó una pequeña linterna y pidió que lo siguiesen. El palomar era un desván largo y negro, cruzado por vigas. Se aproximaron en silencio, casi arrastrándose. El aire olía a rata muerta, a polvo, y se sentía el asqueroso roce de las telas de araña. Las suelas pisaban sobre excrementos de variada consistencia y producían un tenue crepitar. El hombre apagó su linterna y susurró aquí están, ¡agárrenlas!

De pronto sucedió lo indescriptible. En medio de las tinieblas estalló un aleteo infernal. El desván trepidaba y por el aire cruzaban plumas como flechas. Estallaba el mundo. Todavía hay más, alentó Casimiro, sigan, sigan, métanlas en el saco. ¡Ya tenemos bastantes!, dijo Iván al rato y se echó el saco al hombro. Los tres salieron rumbo a la casa. Lióvushka e Iván agradecieron a Casimiro y volvieron caminando a la granja. En esa noche de plenilunio las copas de los árboles estaban cubiertas de sal. Durante la marcha siguió repiqueteando en la cabeza de mi hijo la terrorífica agitación de las palomas. Ahora, junto con Iván, les tenían que construir una nueva residencia. El espacio que quedaba bajo el techo del taller, entre dos planos de paja y cañas, era adecuado para ese propósito. Lióvushka podría subir a visitar las aves por lo menos diez veces al día.

Con puntualidad Lióvushka se dedicó a proveerles agua, mijo, trigo y pan. Al cabo de una semana aparecieron huevos en uno de los muchos nidos que se habían formado. Pero el regocijo fue corto, porque las palomas aprovecharon un descuido para salir volando, pareja tras pareja. Rumbearon hacia el viejo palomar en línea recta, como si hubiesen planificado la huida. Lióvushka se preguntó: ¿qué tenía de más hermosa la primera cárcel? Sólo quedaron las parejas con alas cortadas; pero al cabo de otros ocho días, cuando volvieron a crecerles, también abandonaron el sitio que con amor les habían construido. Si un palomar las asfixiaba, todos los palomares son lo mismo, todos son grandes jaulas, son prisiones. ¿Qué tiene de mejor una prisión que otra? Algo deben de tener, contestó Iván mientras encendía su pipa: también a los hombres y mujeres nos gustan ciertas prisiones. Lióvushka se quedó mirándolo, pero ya no se atrevió a seguir con ese tema.

8

El olor de los puertos

Llegó el año 1888. Para los supersticiosos muchos números iguales prometen grandes acontecimientos. Me dan risa los supersticiosos. Pero esos tres ochos seguidos producían cosquillas. ¿Podía ser que en ese año ocurrieran cosas? Una cosa importante fue que, junto con mi Ana, aceptamos que Liova fuese a Odesa. A esa decisión la impulsó un tercero, el primo Monia, un joven bondadoso. Muy culto, además. Había venido por una temporada para mejorar su tuberculosis. El aire de la estepa era saludable. Se dedicaba al periodismo y la estadística. No sé qué es la estadística.

—Ven acá, jovencito —dijo Monia—, ¿te gustaría estudiar en Odesa?

Le enseñó cosas que Liova ignoraba. Por ejemplo, cómo se toman los vasos por fuera sin meter los dedos. Cómo debía lavarse los dientes. Cómo usar los cubiertos (y me di cuenta de lo mal que yo mismo comía). Cómo pronunciar ciertas palabras de forma correcta. Le mejoró las matemáticas. Era fundamental para ser aceptado en un buen colegio, decía. Monia se expresaba con suavidad. Vestía elegante, incluso en el campo. Sabía todo.

No obstante, por momentos se ensombrecía. En alguna de sus miradas descubrí la razón. Una razón ingenua: él veía el abuso y la miseria en el campo. Pero así funciona el mundo. Yo no era ni soy especialmente severo, le dije. Trato a los peones con cierta distancia, es verdad. Pero la distancia me permite actuar como patrón. Un día el capataz azotó a un pastorcito con su fusta por haber dejado los caballos en el abrevadero hasta la noche. Estuvo mal el pastorcito y se le fue la mano al capataz. Monia murmuró entre dientes:

—¡Qué brutos!

En Odesa no saben cómo se vive y se trabaja en el campo. No saben que debemos ejercer presión. Muchos vagos son capaces de comerse a los patrones. En la ciudad no saben que debemos estar alertas. Que debemos recordarles todo el tiempo quién es quién.

Antes del viaje llevé a Liova hasta la colonia alemana para que un sastre le

confeccionase ropa nueva. Y un zapatero le fabricase tres pares de calzado. Después llenamos el carruaje con obsequios para los parientes. Tarros de manteca, vasos llenos de confituras, frutas secas, bolsas con azúcar, cajas repletas de galletitas espolvoreadas con semillas de girasol. Y tantas otras cosas.

La despedida de Liova fue triste. Aunque tenía que haber sido alegre. Lloraba Ana, que fue quien más quería verlo estudiando en Odesa. Lloraban sus hermanas, tal vez para no ser menos. Hasta lloraba un poco Alexander, su hermano mayor. Liova estaba conmovido. O asombrado. Asombrado porque se daba cuenta de que le teníamos mucho cariño a pesar de sus travesuras. Iván no lloró, pero le entregó un regalo impresionante. Era un faetón de juguete con las rueditas aceitadas y muchos adornos que brillaban como estrellas.

Supe qué pasó en las horas y días siguientes. Lo supe por las cartas de Monia.

Monia y Liova fueron hasta la ciudad de Nikolaiev. En su puerto embarcaron hacia Odesa. Mi hijo no salía del asombro que le producían los sucesivos descubrimientos. Nikolaiev era enorme en comparación con Elizavetgrad. Luego el muelle, con sus mercaderías, sus pasajeros, sus olores y la cantidad de naves. Le pareció irreal el agua ondulante y gris, más plana que la estepa. Lo mareó subir a un vapor grande y pesado que podía flotar. Se asustó con la ronca bocina que anunciaba el comienzo del viaje. El río Bug cambiaba del color gris al chocolate. En las márgenes del río había mucha vegetación.

Se aproximaron al mar. Cambiaron los olores, los vientos. Monia contó que Liova empezó a correr de proa a popa, sosteniéndose de las barandas. Contemplaba la expansión del oleaje. Gotitas saladas le golpeaban las mejillas y las lamía encantado. Hasta se inclinó sobre el borde para alcanzar el agua con sus dedos y sentir cómo corría entre ellos haciéndole cosquillas.

El puerto de Odesa era un sueño (es un sueño, lo sé). Estaba soleado y vibraba mucha actividad. Junto a los coches de distinto porte se amontonaban grúas, fardos, sogas, cadenas, carros y estibadores. A mí también me habían impresionado cuando vi todo eso por primera vez. Liova preguntaba. Monia debió repetir, señalando con su índice: grúas, fardos, sogas, cadenas, carros, estibadores.

Eligieron un coche de alquiler entre los muchos que esperaban junto al muelle. Recorrieron avenidas y bulevares. Mi hijo bebió un paisaje desconocido: palacetes, alamedas, monumentos, hombres y mujeres vestidos con elegancia, que a mí también me habían impresionado cuando visité Odesa por primera vez. Se detuvieron frente a un edificio alto. Daba albergue a una escuela de niñas. Su directora iba a casarse con Monia. Era la novia de Monia. Y los estaba esperando. Las maestras presentes se agitaron y besaron a mi niño como a un muñeco. Nunca había recibido tantos besos ni caricias en la nuca, las mejillas, el pelo. Tampoco había recibido tantas palabras de elogio: a su mirada, a su sonrisa, a su susto. ¡Qué feliz estaba!, escribió Monia.

Fanny se llamaba su prometida. Vivía en el mismo edificio donde trabajaba. Le había preparado a Liova una camita en el rincón de su propio cuarto, aislándolo con una cortina. Agregó una silla, un arcón para que guardara la ropa y colgó un espejo redondo. No precisaba más.

Debía levantarse temprano, higienizarse y ponerse a estudiar todo el día. Nada de travesuras. Su examen de ingreso demandaba trabajo. A las nueve de la noche se acostaba. Monia nos escribió que Fanny le enseñó muchas cosas. Saludar por la mañana. Lavarse a menudo las manos. Tener las uñas limpias. Dar las gracias cuando le servían algo. No llevar comida a la boca con el cuchillo. Ser puntual. No interrumpir una conversación. Se enteró, y yo también, que muchas palabras que para nosotros eran rusas en realidad eran ucranianas y muy defectuosas.

En pocos meses empezó a familiarizarse con la mejor literatura. Esto enorgulleció a Ana, que repetía de memoria los títulos de las obras recomendadas, algunas de las cuales ella había leído.

Unos meses después hubo casamiento. Para el casamiento de Monia y Fanny se efectuaron los ritos de siempre y recibieron abundantes regalos de la parentela. Nosotros también les hicimos un regalo, más hermoso y costoso de lo que se acostumbra porque brindaban una generosa hospitalidad a nuestro hijo. Ambos nos agradecieron con una larga y hermosa carta. Nos dijeron que, como celebración especial, fueron al teatro y llevaron a Liova. Estaban felices de percibir la felicidad del chico, que les había contado sobre la única función de teatro que había visto en su vida, *El emperador Maximiliano*. Le explicaron que eso había sido vocacional, imperfecto, apenas una aproximación.

—¿Te das cuenta? —dije a Ana para reivindicarme—. Yo lo sabía, por eso me enojé cuando fue a que Pedro le dictase su estúpida parte.

En su detallada carta Monia y Fanny dijeron más. Nuestro hijo tiritaba de emoción en el teatro verdadero. Y ellos no dejaban de emocionarse. Contemplaban su apetito por absorber cada frase, cada escena. También la hermosura de la dorada sala. Las luces. El telón bordado. El escenario que trasladaba a otro mundo. Liova pellizcaba los brazos de la butaca al mirar a los personajes vestidos con trajes raros. Pero cuando los actores hablaban, lo hacían con tanta naturalidad que ponían la piel de gallina. En los momentos que uno formulaba una pregunta a otro, Liova se tentaba por contestar desde su butaca. Era tan intensa su identificación con los personajes que se sentía dentro del escenario. En el entreacto no quiso moverse. Dijo que le iban a quitar su sitio. ¡No te lo van a quitar! explicó Fanny riendo. Pero Liova se aferró de los apoyabrazos y les hizo saber que de ahí no se movería hasta el final.

Un mes después fue mudado a la casa del flamante matrimonio. Mi mujer les escribía cartas y más cartas, llenas de gratitud.

Liova mismo nos escribía mucho. En sus relatos decía que gozaba de más confort

que un noble. Sin embargo, a menudo se refería a Iánovka. La recordaba con nostalgia. Tenía presentes el comedor familiar, el taller de Iván, los rosales, el granero. Los ojos de Ana lagrimearon y a mí se me anudaba el gáznate. Incluso compuso unas poesías que nos mandó sin mostrarlas a sus primos por miedo a las críticas. Me parecieron muy buenas. Ana asintió, pero cuando estuvo más tranquila dijo que a Liova le faltaba madurar. ¿Madurar? Sí, madurar su forma de expresarse, porque usa demasiados adjetivos. ¡Qué importan los adjetivos!, comenté sin preguntarle qué mierda son los adjetivos.

Monia agregó otro dato conmovedor. Que nos puso mal. Lo hubiera callado. Dijo que había descubierto en el cristal de la ventana humedecida por el frío las palabras Papá y Mamá dibujadas con el dedo. A veces Liova lloraba por la noche. Me dio ganas de viajar a traerlo de regreso. Pero mi mujer se opuso: ¡debe seguir en Odesa! ¡Qué error! Pasaban otras cosas. Muchas otras cosas. De haberlas sabido, no hubiera dudado en traerlo de vuelta.

Segunda etapa

La ciudad

Odesa
(1888-1896)

1

Vientos liberales

Mis ideas y las de mi mujer eran liberales. Con Fanny reconocíamos los beneficios que trajo a Inglaterra y al mundo la Revolución Gloriosa de 1688. De allí proviene no sólo el avance de Europa, sino la Revolución Americana, con su Constitución admirable. Más de un siglo después de esa Revolución Gloriosa y trece años después de la Americana, recién estalló la Revolución Francesa. En otras palabras, la Revolución Francesa no fue la inspiración, sino la consecuencia de otras revoluciones. Pero en el marxismo se acentúan los méritos de la Revolución Francesa en lugar de la inglesa, que fue anterior y esquivó la violencia.

En Inglaterra nació el liberalismo. John Locke y David Hume fueron colosos. Los leí y releí. También le gustaban a Fanny. Pero al principio no me animaba a conversar sobre esos temas con Liova, porque los jóvenes se entusiasman, son impulsivos y pueden llevar esas ideas a lugares donde espía el gobierno. En su presencia evitábamos la política. Durante las conversaciones que manteníamos con algunos amigos sobre sucesos inquietantes, los temas flotaban de forma elíptica, como por ejemplo “fue el año en que asesinaron al zar Alejandro II”. Parecían referencias neutras, como si dijésemos “en tal época se descubrió América”. Tanta prudencia empezó a enfadar al muchacho.

Bajo la gestión de Alejandro III aumentó la severidad. Este Zar pretendía vengar el asesinato de su padre, que había sido tolerante y progresista. Quiso reimponer la dureza tradicional. Aumentó la explotación campesina y el desprecio hacia la servidumbre. Las cosas han empeorado ahora bajo el actual Nicolás II. Rusia marcha a contramano de la historia.

Un compañero de Liova en el Instituto San Pablo era Vladimir. Al principio simpatizaron. Era rojo, fornido e hijo de un coronel. Al cabo de unos meses este muchacho pasó a ser el segundo de la clase, precedido por Liova. Pidió autorización a sus padres para invitarlo un domingo a su casa. Yo no puse reparos, aunque sospechaba que la cosa terminaría mal. En efecto, me contó que fue recibido con desdén. El militar le hizo preguntas hostiles. En las tres horas que pasó allí tuvo una

sensación de desasosiego por la reiteración de temas vinculados a la religión y la autoridad. Los padres de Vladimir, en base a ese interrogatorio, decidieron que su hijo no debía proseguir con esa amistad. Después supe que un pariente del coronel había ganado prestigio en Odesa por sus trabajos en las *Centurias negras*, ferozmente antisemitas, y que inventaron un libelo de larga y sanguinaria vigencia llamado *Protocolos de los sabios de Sión*.

El choque con otro compañero fue todavía más grave. Sergei había ingresado en medio del curso y se comportaba como un elemento extraño. Sobresalía por su altura y tosquedad, aunque se aplicaba al estudio. Aprendía de memoria y sus dificultades en el razonamiento le generaban cómicos enredos. Si el profesor de geografía mostraba un mapa, Sergei empezaba a recitar: “Los mandamientos de la ley de Dios que Nuestro Señor Jesucristo dio al mundo...” Después de la clase de geografía venía la de religión, y entonces recitaba teoremas de geometría. A Liova se le ocurrió hacer durante el recreo una observación crítica sobre el director del Instituto y Sergei lo encaró rabioso.

—¿Cómo puedes hablar así del señor director?

—¿Por qué no? —se asombró Liova.

—Porque es un superior. Y si un superior te manda caminar de cabeza, hay que hacerlo de cabeza.

Liova quedó estupefacto. Me comentó el episodio y yo le expliqué, haciendo una elemental psicología, que su estúpido compañero no hacía más que repetir lo que en su familia ordenaban a los siervos: caminar de cabeza.

2

El novato

Reconozco que mi estancia en lo de mis primos Monia y Fanny me proporcionó frustraciones y deslumbramientos.

El primer golpe fue mi fracaso en el examen de admisión al famoso Instituto San Pablo. Pero Fanny dijo que el revés no se debió a mi desempeño, sino a la pobreza del soborno que había llegado de Iánovka. Desde 1887 imperaba el *numerus clausus*, que limitaba el ingreso de judíos en colegios y universidades. Cuatro meses después, tras otro examen y un incremento de la coima, pude entrar. Mi madre brincó de alegría, más que yo. Mi futuro estaba asegurado... creía ella.

Mientras, Monia deambulaba por diversas ocupaciones. Ganaba algo con la traducción de tragedias griegas, le pagaban un adicional por añadir notas eruditas y también redactar cuentos para niños. Además, hacía lúcidas críticas a las obras de historiadores, lo más calificado de su producción. Con el tiempo mejoró su tuberculosis, o quizá no existió esa enfermedad, sino un diagnóstico apresurado. Abrió una pequeña editorial. Gracias a su talento pudo sortear escollos y convertirla en una casa de prestigio.

Tuve el privilegio de seguir sus peripecias. Visitaba a menudo la imprenta como si fuese un taller mágico, tan mágico como el de Iván. Me familiaricé con numerosos manuscritos, algunos redactados con letra prolija, otros con letra indescifrable. Monia aseguraba que la caligrafía develaba el carácter del autor. También me gustaba encuadernar. Pronto me ofreció corregir pruebas. En la imprenta embriagaba el ruido de las impresoras y el olor de la tinta.

En todas las familias más o menos acomodadas los criados gravitaban. Dacha se llamaba la criada de mis anfitriones. Era graciosa y empezó a deslizarme secretos eróticos. Después del almuerzo, cuando en la casa se entregaban al descanso, yo me escurría a la cocina donde ella, sin dejar su trabajo, me contaba sus aventuras prohibidas. Hablábamos en voz baja, casi al oído. Yo sentía el calor de su piel y el contacto de sus pechos. Entonces no pude frenarme y la besé en la mejilla. Ella simuló enojarse, pero ante mi susto adolescente sonrió enseguida y me devolvió el

beso. Después me enseñó a besar en la boca con los labios abiertos. Entonces sufrí la vergüenza de sentir electricidad en el bajo vientre y unas descargas que me mojaron los pantalones. Quise escapar, pero Dacha me retuvo. Fue a traerme otros pantalones y dijo que me cambiase.

—La próxima vez saldrá mejor.

Seguimos experimentando besos. Al día siguiente Dacha llevó mi mano a su pecho, y la metió bajo la ropa hasta que sentí la erección de su pezón. Volví a derramarme. Ella sonrió. Dijo que no valía la pena cambiarme, sino seguir acariciándonos. Al rato, por primera vez y sobre las baldosas de la cocina, penetré a una mujer. Desde entonces quise repetir a diario esa sensación deleitosa. Pero a veces ella no lo consideraba prudente. Mi deseo se había vuelto frenético. Para disimular, no la miraba delante de otros, porque bastaba verla para que se me abultase la bragueta.

Dacha no sabía leer ni escribir y pedía que le redactara cartas a su marido, quien había emigrado a la Argentina. Necesitaba dinero para viajar y unírsele. Yo hacía más contundentes y dramáticos sus mensajes. Monia escuchó tras la puerta el dictado y, cuando estuvimos solos, aclaró que ese emigrante no era su marido.

—¡Qué importa! —repliqué—. Necesita ayuda.

Dacha desapareció sin dar explicaciones. No se despidió de nadie, ni siquiera de mí. Supuse que huyó para tener un hijo secreto. Una noche me despertó una pesadilla. Estaba transpirado y sentía culpa porque yo la había embarazado. Caminé a los tumbos por mi habitación. El miedo me impedía pensar. Ni siquiera se me cruzó la idea de que Dacha hubiese tenido sexo con otro. Sólo me martillaba la convicción de que los niños engendrados en la clandestinidad terminan muertos. Siempre.

Antes de esos acontecimientos había sufrido una fea iniciación en el Instituto San Pablo. No olvidaré el primer día. Salí de la casa de mis primos con el flamante uniforme, una gorra adornada con cintas amarillas y la luciente escarapela de metal que ostentaba, entre dos hojas de trébol, las iniciales del colegio. En mi espalda cargaba un bolso con los textos forrados, una cajita para el lápiz, la goma de borrar y lápices de colores. Me sentía armado como un caballero. Suponía que la gente se daba vuelta para mirar mi estampa. De repente un muchacho alto y sucio se plantó delante de mí con una barra de hierro. Echó la desgredada cabeza hacia atrás, con desdén, tosió haciendo ruido y me estampó un salivazo en la hombrera. Después siguió su camino sin decir palabra. Quedé transformado en una estatua. No lo pude entender hasta años más tarde. Ese joven prepotente había sido maltratado por la vida, tenía los pantalones rotos y andaba con zapatos agujereados; seguro que debía trotar las calles para servir a crueles señores. Se sintió agraviado por el adolescente soberbio que era yo en ese momento. Cuando salí del estupor recogí unas hojas de castaño para limpiarme la hombrera. Después continué la marcha, acongojado.

Nos reunieron en la iglesia. Me senté en un banco y pegué un brinco cuando explotaron los sonidos del órgano. Nunca había escuchado un estruendo semejante. Los potentes acordes se volcaban en catarata, con graves y agudos que anunciaban el fin del universo. Junto al altar apareció un pope con vestimentas relucientes y una pesada estola bordada con hilos de oro y plata. Aunque era un colegio luterano, la religión oficial en el país era la ortodoxa rusa y se otorgaba a uno de sus representantes el privilegio de inaugurar las clases. El pope guardó un terrorífico silencio para imponer más solemnidad. Luego tendió sus manos hacia delante, con expresión acusadora y un minuto más tarde empezó su discurso. Tenía fruncido el leñoso entrecejo y sus dientes se asomaban como en el hocico de los lobos. Le entendía apenas su alemán gracias a mis elementales conocimientos de ídish.

—¿Qué dice? —preguntó en ruso mi vecino.

—Nada nuevo... Ser buen estudiante, vivir en armonía con los compañeros.

El segundo día fue mejor.

Pronto me destacué en las cuentas y copié a satisfacción un texto breve. El profesor de matemáticas lo elogió delante de la clase y me puso la máxima nota. También me elogiaron en la hora de alemán. Conté a mis primos estos primeros éxitos, pero jamás dije una palabra sobre el salvazo que hirió mi hombrera.

En el Instituto se impartía la enseñanza religiosa, obviamente, pero cada alumno cultivaba su credo; era una de las pocas libertades que existían en el duro régimen zarista. A los ortodoxos rusos les daba clase un pope, a los protestantes un pastor, a los católicos un cura y a los judíos un encorvado rabino.

El pope sobresalía por razones extracurriculares: era sobrino del obispo y, según corría la voz, favorito de las damas. Tenía los rasgos de un Cristo rubio, con cabellera abundante, barbita recortada y untuosidad en los gestos. Pero jamás sonreía. Al llegar la hora de religión ingresaba en el aula con la majestad de un rey y los alumnos nos separábamos. Los de otra confesión debíamos salir, un poco avergonzados. Al pasar junto al pope no quedaba más remedio que rozar su dorada túnica y soportar su mirada llena de desdén.

3

Literatura

No me gustó la simpatía que empezó a unirlo con Sergei Sitievsky. Sergei era periodista y ganó algo de prestigio como escritor de novelas cortas. Su defecto era una extrema adicción a la bebida, que le generaba culpa. Y ahogaba su culpa con más bebida. Le teníamos lástima y no sabíamos cómo ayudarlo. A Liova le tomó cariño cuando hablaron de literatura. El muchacho era una esponja que ya había absorbido una vasta lista de autores. Después de preguntarle qué había estudiado, Sergei propuso hacerle un test con dos textos breves. Liova dudó, porque no los había leído. Además, Sergei asustaba por su condición de escritor. Y ser escritor, para Liova, equivalía a la inmortalidad del Olimpo. Advertido de su engorro, Sergei le dijo:

—Aguarda, te voy a leer los textos.

Lo hizo en voz alta. Su tono era estupendo. Luego puso en manos del adolescente unas hojas de papel.

—Escribe algo.

—¡Pero si no puedo! —replicó—. ¿Qué voy a escribir?

—No te pongas nervioso —le acarició la cabeza—. Escribe sin preocuparte de lo que baja a tu pluma.

Liova tardó en dibujar la primera palabra. Siguió otra, después otra. Tras unos segundos de duda tachó las líneas anteriores y empezó de nuevo. Ya le empezaban a llegar ideas. Las volcó sin prudencia, tal como aparecían en su mente. Una hora después regresó Sergei y el muchacho pudo entregarle un pliego cubierto de frases. Nunca había tenido tanto miedo. Por sus venas no corría sangre, sino arenilla. No estaba frente a un profesor, sino ante un genio. El hombre acarició los bordes del papel. Sus ojos empezaron a brillar.

—¡Bueno, bueno! Escucha lo que has escrito aquí, ¡es magnífico!... —y se puso a leer en voz alta—: “El poeta vivía abrazado a la naturaleza que tanto amaba, y cada uno de sus sonidos, los alegres como los tristes, encontraban eco en su alma”.

Sergei levantó un dedo.

—Está perfecto: “Cada uno de sus sonidos, los alegres como los tristes,

encontraban eco en su alma” —repitió.

Cuando cenaba en casa, Sergei animaba la sobremesa recitando de memoria, con grandilocuentes gestos actorales, sátiras y comedias. Su inevitable borrachera —bondadosa, vacilante— no disminuía su autoridad literaria, sino que añadía comicidad a los versos.

De cuando en cuando invitaba a Liova para cortos paseos. Yo temía qué pudiese decirle en esas ocasiones. Según el muchacho, eran los instantes en que más brillaba su inteligencia y buen humor. Pero también le gustaba divagar sobre lo divino y lo humano. En una de esas caminatas le contó el argumento de *Fausto*. Liova sorbió cada palabra. Por el tono de voz se dio cuenta de que Sergei escondía un angustiante secreto. En lugar de finalizar de modo tranquilo, dijo de súbito: “Pues bien, Margarita dio a luz una criatura antes de casarse...” Respiró hondo y dejó de hablar. Algo parecido le ha pasado a Sergei, nos confesó Liova, apenado. Parecido a qué... —pregunté. Liova no contestó, se dio vuelta y fue a su dormitorio. No volvió a tocar el tema, ni yo a preguntarle.

Por entonces nos entusiasmaba un drama de León Tolstoi llamado *El poder de las tinieblas*. Lo consideraban una obra insuperable. Ya era un autor celebrado y sospechoso a la vez. Desde el Gobierno prohibieron su representación. Por medio de un amigo conseguí una copia y, cuando el muchacho se iba a dormir, la leíamos con Fanny.

—¿Puedo leerla también?

—No, amiguito, es un poco temprano todavía para ti.

Escondíamos el pequeño volumen sobre una cornisa. Una tarde en que Liova se suponía solo en la casa, aprovechó para empezar su lectura. Me hice el distraído, no pensé que le haría daño.

—¿Qué te pareció? —lo sorprendí.

Meneó la cabeza. Y me dio una lección:

—¡Qué complicados son los adultos! Pude leerlo hasta la última página. No me impresionó como una obra insuperable. Los pasajes crueles, como el estrangulamiento de un niño, y otro en el que se habla de cómo crujen los huesos, no me asustaron.

¿Su futuro es la crítica literaria? Después me contó sobre otra obra que sí lo había conmovido. Durante las vacaciones había descubierto en casa de sus padres, en la parte superior de un viejo armario, un librito prohibido. Desde los primeros párrafos tuvo el presentimiento de enfrentarse con algo inusual. Era un proceso por violación y asesinato de una joven. Las páginas estaban llenas de pormenores médicos y jurídicos que le helaron la sangre. Allí, me dijo, se sintió de verdad perdido en un bosque lúgubre y lleno de amenazas. No había salida.

Antes de entrar en el tercer curso pasó una temporada de verano en casa de otro

pariente, en las afueras de Odesa. Allí concurrió a una función de teatro vocacional en la que un compañero del Instituto desempeñaba el papel de criado. Era un chico débil, con el pecho hundido y la cara llena de granos. Liova conquistó enseguida su amistad y le rogó que lo dejase actuar en otra pieza. Eligieron *El caballero avaro* de Pushkin. A Liova le correspondió el papel de hijo y a su amigo el de padre. Exaltado de pasión, dedicaba horas enteras a memorizar los versos. ¡Lo embargaba una emoción indecible! Pero pronto se vino todo a tierra, porque los padres de su amigo le prohibieron tomar parte en las funciones que, según ellos, eran dañinas. No se equivocaron: al reanudarse las clases el chico no pudo asistir más al Instituto. Liova lo esperaba todos los días, pero su compañero desapareció para siempre. Ni tuvieron la gentileza de informar a los estudiantes qué había sucedido. Prefirió imaginarlo en un hospital importante, donde grandes doctores le devolvían la salud. Pero había muerto de tuberculosis.

La fascinación por el teatro lo siguió poseyendo durante años. Avanzó hacia la grandilocuencia de la ópera italiana, que se puso de moda en Odesa y dejaba en un nivel inferior a la alemana. Durante meses estuvo enamorado de una soprano que tenía un nombre misterioso: Giuseppina Uget, y que le parecía un ángel sobre las tablas. Gastaba sus ahorros para conseguir lugar en algún rincón del teatro y amarla desde lejos. No cesaba de canturrear sus arias. Liova es muy sensible con el arte y será escritor, me dije. En eso no me equivoqué.

4

El forastero

Liova regresó a Iánovka durante las vacaciones. Estaba cambiado. Lo deformaban sus gafas. Gafas grandes, horribles, recetadas antes de tiempo. Para Ana eran un progreso y se puso contenta. Le besó la mejilla, lo abrazó, dijo que anunciaban su éxito universitario. Ya parecía un doctor. Pero nuestro hijo recién avanzaba en el Instituto. Yo no pensaba igual. Sus gafas eran un arnés. Ridículo, además. Propio de las ciudades. Una degeneración. ¡Cómo ponerse en medio de la cara ese artefacto! En la estepa nadie anda con máscaras. Liova decía que no podía leer a cierta distancia, ni reconocía el contorno de los árboles ni de los animales. Por supuesto que no le creí, porque no era un viejo para ver tan mal.

Tuvo que esconder sus gafas. De noche las guardaba bajo el colchón, en un duro estuche. Tenía miedo que yo las rompiera. Pero no se las rompería. Estaba acostumbrado a tolerar cosas peores.

Fuera de ese detalle, me di cuenta que Iánovka le encantaba. Cambió sus ropas elegantes por las rotas del campesino. Así debía ser. Se sintió libre de las presiones que aguantaba en Odesa. Y pasó horas en su ámbito más querido, el taller de Iván. Algunas mañanas galopaba hasta Bobrinez. Allí, en la diminuta villa, se paseaba tranquilo con sus espantosas gafas dándose aires de intelectual. Una tarde cayó del caballo porque una piedra le dio en medio de la espalda. Se la había tirado un chico rodeado de cómplices. Lo miraban muertos de risa. En el campo no gustan los “doctores” vanidosos.

Pero Liova no era vanidoso. No. Le encantaba provocar, eso sí. Había provocado con sus gafas y después tuvo la ocurrencia de volver a provocar por otros medios. Un día quiso hacerse notar poniéndose ropa elegante para ir al trabajo. Más ridícula que sus gafas. Sacó de su baúl prendas demasiado finas. No sé para qué las había traído. No sé por qué Monia le permitió transportarlas a Iánovka, donde nadie las usa. Y bien, se las puso. Hacía calor, no era el clima agradable de Odesa. Era el calor de la estepa en verano. Un fuego. A su rebeldía la empujaba el disparate. Vistió un caliente traje de lana. ¡De lana! Con un talle ceñido, al revés de nuestras camisas grandes y

ventiladas. Se puso un cinturón de cuero con hebilla de bronce. Cubrió su pelo con una gorra blanca adornada con un escudo y cintas amarillas. Un payaso. Lo miré con rabia. Quise ordenarle que se cambiase. Pero me callé. Me callé para que él mismo reconociera su conducta de idiota.

Salimos al campo. Marchó a mi lado con desubicada prestancia, porque dirigíamos la columna de segadores y gavilladores. Nos detuvimos en medio de las mieses y empezamos a cortar con guadañas. Liova no lo había hecho nunca. Antes de irse a Odesa trabajó en el taller de Iván, jugó en el granero, armó un palomar, cazó hurones, coleccionó tarantelas e hizo tareas de la casa y los jardines. Pero no había empuñado una guadaña. El aire parecía provenir de un horno de pan. Los labriegos más afortunados se prendían las blusas con botones de hueso, otros se cubrían con sayas agujereadas y algunos sólo tenían puesta una larga camisa sucia. Sólo Liova estaba vestido como un noble. Gotas de sudor le caían desde la gorra hasta los pies. Eran gruesas y largas como trenzas. Su traje ceñido se mojaba como en una tina. Pero no se aflojó el cinturón, ni desabrochó el cuello, ni abrió la chaqueta. Caprichoso como una mula.

Las guadañas silbaban con notas más hermosas que las de los violines. Liova empezó a golpear con su guadaña. Mal, muy mal.

—¡Trae aquí! —dije molesto—. Te voy a enseñar cómo se hace.

Me paré donde él había estado y lo miré a sus ojos sin gafas, porque no las usaba en mi presencia. Mostré cómo debía empuñar la herramienta. Cómo afirmar los pies en el suelo. Cómo girar la cintura. Cómo inclinar los hombros. Di pasos cortos y suaves. Tanteaba el piso blando para apoyarme con seguridad. Los círculos de la guadaña dejaban rapado el suelo de un modo prolijo. Las mieses segadas formaban bultos redondos. Varios labradores gozaron mi lección, eran los que me tenían simpatía. Otros no, pensaban que yo hago las cosas bien porque el trigo me pertenece.

Me alejé para inspeccionar otro sector. Y para que Liova no se sintiera cohibido por mi vigilancia. Pero alcancé a escuchar que le advertían sus errores apenas reanudó la tarea.

—¡Cuidado, la mies se corta con el filo, pero la punta queda libre!

La tensión no lo dejaba reproducir mi arte. El sudor le tapaba los ojos. Al tercer golpe hincó la punta en tierra. Un segador viejo no pudo contenerse.

—¡A ese paso va a romper la guadaña, jovencito!

La burla también bailó en los ojos de las mujeres. Y esto lo debió haber herido más. Salió corriendo. La ridícula boina con escudo y cintas amarillas cayó sin que él se interesase por recuperarla.

—¡Ve con tu mamita a comer pasteles! —gritó alguien sin contener la risa.

Se cambió e hizo lavar esa ropa de ciudad. Después la guardó en el fondo del baúl. Había aprendido que no todas las rebeliones dan placer. Fue un buen anuncio de

lo que iba a padecer más adelante, cuando se lanzó al abismo.

Mi presunta crueldad era miel en comparación con la de los *uriadniks*. Miel pura. Liova nunca había visto a un burócrata cínico en plena acción, como en esa oportunidad. Un *uriadnik* llegó en su lujoso carruaje y me exigió, con prepotencia de mariscal, los permisos de los jornaleros. Nadie del pueblo podía trasladarse en Rusia sin el debido permiso. Los permisos eran otra herramienta de seguridad que inventaron los servidores del Zar. O el Zar mismo. Así habían inventado el *palio*, el *numerus clausus* y otras cosas horribles.

Comprobó en las planillas que a dos de mis trabajadores ya se les había vencido el plazo. Ordenó que comparecieran enseguida. Uno era viejo y se apoyaba en una muleta quebrada; el otro, su sobrino, era un joven sin dientes. Al llegar a la puerta de la granja hincaron sus rodillas, primero el viejo y enseguida el joven. Tocaron casi el suelo con la cabeza. Suplicaron que les tuviera compasión. Liova, a mi lado, temblaba. El *uriadnik* pidió a sus ayudantes que los atasen como a delincuentes para regresarlos al distrito original. Las víctimas siguieron implorando con lágrimas.

El déspota, fornido y sudoroso, jugaba con su sable desenvainado mientras bebía el vaso de leche fresca que le habían subido desde la bodega.

—¡Sólo gasto mi compasión en los días feriados, y hoy no me toca! —se rió de las víctimas, pateándoles el culo.

Liova se aventuró a pronunciar una suave protesta.

—Usted, jovencito, no se meta en esto.

Mi hija Olga le hizo señas para que se callase. El *uriadnik* terminó su leche y se limpió los labios con la manga. Con tironeos gozosos arrastró a los trabajadores hasta su volanta. Liova murmuró:

—¡Ojalá se muera!

Antes de regresar al Instituto manifestó en la cena sus peligrosas ideas democráticas.

—Hijo, la democracia no se verá en Rusia ni en tres siglos.

En el momento de la partida decidí recordarle que aún lo quería. No con palabras. Las palabras no me salen. Decidí recurrir a un gesto. Y el gesto era acompañarlo hasta Odesa. Un viaje cansador, es cierto. Liova lo interpretó bien, lo interpretó como en realidad era: su padre seco e implacable sentía amor por él, pese a no dejarlo usar gafas.

En el puerto no quise pedir ayuda.

—Ambos somos fuertes —dije—. Carguemos el equipaje como verdaderos campesinos.

Yo subí al hombro los bultos más pesados. Liova protestó, sentía pena de verme agobiado por la carga. Finalmente el peso de los bultos me persuadió de contratar a alguien que llevase al menos los baúles con regalos para los parientes.

Galería de monstruos

Las descripciones que nos hacía Liova de sus profesores en el “famoso” Instituto San Pablo nos causaban susto y risa. Por lo general acentuaba los rasgos de los individuos que detestaba. Tal vez quería divertirnos. Lo cierto es que llegué a tentarme por anotar algunos de sus retratos. Algunos le habrán dejado cicatrices.

El último profesor de física, por ejemplo, tenía una alta bóveda craneana, completamente calva. Lo apodaban “Cara de Dedo”. Aborrecía al género humano, solía repetirnos. Nunca miraba de frente, se movía sin hacer ruido y tenía una vocecita en falsete que, cuando se elevaba, producía espanto, como un cuchillo a punto de clavarse en la nuca. Su actitud, aun con los mejores alumnos, era de desconfianza armada. Había inventado un aparato para probar la ley de Boyle-Mariotte sobre la elasticidad de los gases. Siempre llegaba el momento de repetir su aburrida demostración sobre el funcionamiento de la máquina. Dos o tres chicos debían exclamar:

—¡Vaya un aparato tan bonito!

Y enseguida debían preguntar:

—¿Quién lo inventó?

El docente mentía:

—Lo he construido yo.

El de literatura, en cambio, tenía una expresión astuta y bigotes con punta aceitada, había sido seminarista y mantenía diálogos cordiales, que solía interrumpir mientras elevaba los ojos al techo para repetir algún versículo bíblico. Su santidad no se contradecía con su amor por los regalos. Lo decía frente a toda la clase, sin elipsis. Por esa razón cada semana había que depositarle una ofrenda en el altar de su escritorio. Fanny lo ayudaba a elegir los obsequios y parece que le gustaban, porque a menudo enaltecía el talento de Liova y hasta hacía leer en voz alta alguno de sus trabajos. Pero después susurraba:

—No te olvides del regalito.

El docente de ciencias biológicas era un cadáver con la cara verde. Tenía una

mirada inmóvil y un eterno gesto de fatiga. Sus signos de vida se limitaban a una eterna tos y los esputos con los que llenaba tres a cuatro escupideras por clase. Gastaba su sueldo en vodka y apenas le interesaba enseñar. Terminó degollándose con su navaja con un corte tan furioso que se abrió ambas carótidas. En el Instituto se informó del suceso una quincena más tarde, por el “recato” de sus autoridades.

Las clases de historia estaban a cargo de un hombre elegante, que sobre la nariz llevaba abrochados unos quevedos de oro. Tenía la cara tan redonda que parecía un globo terráqueo. Para mostrar el sur Liova decía que se dejaba una angosta barbita vertical que le tapaba parte de la corbata. Al principio impuso miedo, pero de vez en cuando soltaba risitas de niño. Liova había empezado a amar la historia y me dijo que le parecían elementales los textos que proponía. Pronto lo tentó ponerlo en apuros y, sin advertirme de sus intenciones, me pidió algunas obras que se consideraban heréticas. Buscó preguntas difíciles y se las formuló delante de toda la clase. En una ocasión al profesor se le llenaron los ojos de lágrimas, no soportó su impotencia. Liova dejó de acosarlo. Pero después supimos que su miedo derivaba de la amistad homosexual que mantenía con un comerciante vecino. Terminó sus días ahorcándose en el marco de una ventana.

El encargado de geografía aterrorizaba. Como una máquina loca, de súbito ordenaba guardar un silencio sepulcral. Ni él hablaba. Al cabo de unos minutos se aclaraba la garganta y decía algo. Con frecuencia interrumpía la respuesta de un estudiante tirándole de las orejas. Todos sabían que en ese momento debían permanecer quietos como el mármol. Sólo aflojó las riendas el día de su cumpleaños. Fue muy divertido. Lo felicitaron y esbozó una novedosa y tonta sonrisa, seguida de una alegría inusual. Caminó de una punta a la otra del aula con pasos de baile. Un estudiante le propuso bailar sobre el escritorio. El hombre había perdido la cabeza, trepó a su sillón y, cuando estuvo a punto de enderezarse sobre la mesa, perdió el equilibrio y se derrumbó sobre la primera fila.

La asignatura de alemán estaba a cargo de un suizo macilento y elegante cuyo perfil era tan achatado que parecía haber perdido el hueso de la nariz. Le decían “el Francés”. Calvo total, de bigote y barbita ralas, labios azules y una cicatriz misteriosa en forma de X sobre la frente. Se llevaba la mano al estómago como Napoleón y chupaba pastillas para disminuir su acidez. Aunque su acidez no era sólo digestiva, como cualquiera se daba cuenta de sólo verlo. Los alumnos eran sus enemigos y los miraba con odio. La cicatriz en la frente generaba inagotables hipótesis. Una vez comentó que se la hicieron en un duelo. Más adelante corrió la noticia de que no procedía de un duelo, sino de una operación, en la que le habían quitado un pedazo de carne de la frente para corregirle la falta de nariz. Liova opinaba que lo había mordido una víbora y que el veneno se le había concentrado en los lóbulos frontales.

Quien enseñaba filosofía era un gordo de pies muy pequeños. Por la enormidad

de su abdomen o por el estilo de su sastre, las aletas de su frac empezaban muy arriba del trasero. Lo bautizaron “El que caga parado”. Pero era una excepción respecto al carácter, porque sonreía a menudo y regalaba altas calificaciones.

Al profesor de matemáticas lo llamaban “La Bella Durmiente”, porque se la pasaba con los ojos entornados o cerrados del todo. Es posible que durmiese de verdad mientras hacía resolver ecuaciones en la pizarra o en los cuadernos. De vez en cuando, como si lo sacudiese una pesadilla, se incorporaba de golpe y lanzaba una pregunta extemporánea. Al principio causaba terror, después los estudiantes se acostumbraron a dejar pasar ese instante, porque recaía en su plácida somnolencia y no volvía a formular la misma pregunta.

A esa galería del grotesco solía añadir el tenebroso conserje. Era un sujeto de patillas más gordas que los pepinos. Tenía alma de verdugo y con alegría torturaba a los estudiantes que llegaban tarde con preguntas indecentes. Este hombre —nos explicaban a los padres y tutores— era el látigo que garantizaba la disciplina del Instituto. Dejó de serlo cuando descubrió que la joven a la que estaba tratando de seducir salía con un oficial del ejército. En plena calle le disparó un tiro en la cara y fue recluido en la cárcel para siempre. Nadie lo lamentó.

6

Dramas

Adjunto al Instituto se extendía un predio ruinoso, con una parte convertida en asilo de huérfanos. Que se atendiese a los huérfanos en ese lugar me pareció algo bueno en medio de muchas malas. Una tarde me acerqué, pese a su atmósfera lúgubre. O atraído por esa atmósfera, precisamente. Los niños que salían a pasear durante el recreo vestían blusas de percal azul. Rondaban como idiotas y daban vuelta en torno a sí mismos. Me recordaban a los ciegos que habían invadido Iánovka. Al terminar el recreo un religioso les ordenaba trepar una escalera de piedra para desaparecer en el interior del edificio. Obedecían sin chistar.

Volví solo al mismo sitio media docena de veces y procuré conversar con algunos, pero huían como pájaros. Tenían prohibido mezclarse con gente extraña.

En las ceremonias de Año Nuevo los hacían sentar en la parte más oscura de la iglesia, rodeados por guardianes. Mientras el sacerdote rugía las bendiciones de Jesús a los pobres, los débiles y los huérfanos, los huérfanos de verdad eran tratados como delincuentes. El órgano estremecía con sus estampidos y por momentos amenazaba con apagar las llamas de los cirios. Entonces me levanté y, disimulado entre los pupitres, fui hasta su penumbroso rincón. Tenía en mis bolsillos unos caramelos. Le ofrecí uno al que tuve más cerca pero, aterrorizado, escondió su manita. Desparramé varios sobre el regazo de otros y regresé a mi lugar. Se expandía un estremecimiento por todo el grupo. Hubiera querido que los huérfanos se incorporasen, voltearan a sus guardianes, corriesen hacia el altar, arrancaran las túnicas al pope y desnudasen de esa forma la flagrante hipocresía.

Los ojos alertas del conserje registraron mi operativo. Al terminar la ceremonia me llamó. Perforó mi cara con sus ojos, me aplastó con una filípica y aseguró que todas mis calificaciones sufrirían una merma por ese acto imperdonable.

La situación fue captada por mi compañero Kostia, hijo de un médico. Esperó que se alejase el perro y me felicitó con entusiasmo. Era pequeño y bribón. No se distinguía por su aplicación al estudio, pero salía adelante con su astucia. Kostia habló en su hogar sobre mis notas. Un día llamó a la puerta una señora delgadita y

elegante. Se presentó como la madre de Kostia. Con rodeos solicitó públicamente a mis primos que me dejaran hacer las tareas con su hijo para mejorarle el rendimiento. Mis parientes aceptaron. Y yo también.

El primer día me regaló una sorpresa. Su hermana, apenas mayor, era una belleza perturbadora. Desenvuelta, se acercó a saludarme. Mi pulso se aceleró y empecé a tartamudear. Se llamaba Catalina. Conversamos unos minutos y salió sonriente para dejarnos estudiar. Pero cuando estuve por irme apareció de nuevo, como si hubiese estado espiando tras la puerta. Igual ocurrió en los días sucesivos: entraba, charlaba un poco, se iba y regresaba para el final.

A los dos meses fui invitado a su cumpleaños. Pedí consejos a Fanny para vestir la mejor ropa sin caer en el ridículo. También me ayudó a elegir un obsequio. La casa de mi amigo era un palacete y pareció transfigurado por un bosque de luces y adornos. Nunca había visto tanto despliegue. Incluso me sorprendió la solemnidad con que los padres recibían a los invitados. El papá vestía frac con pantalones grises y zapatos de charol, la mamá un vestido de seda negra con cuello bordado y numerosas cintas. A un lado, para registrar a los invitados, saludaba con inclinaciones de cabeza un sirviente con librea roja.

En el salón ya había grupos de simpatías y rivalidades, juegos e insinuaciones. Me acerqué a los compañeros del Instituto para entrar en ambiente, pero al rato conversaba con chicas y muchachos desconocidos. Un pianista ejecutaba músicaailable todo el tiempo, alternando valeses y mazurcas. Yo no había dado jamás un paso de danza. Pero no hesité en arrojarme al vacío e invitar a Catalina. Mi enamoramiento a primera vista disolvía los frenos.

Ella se dio cuenta de mi ineptitud y con palabras que acariciaban el oído indicó la forma de levantar con elegancia la mano de la mujer, tomarla con fuerza de la cintura, mantener erguida la columna vertebral, no balancear los hombros y avanzar con audacia entre las piernas de ella para girar. En pocos minutos dominaba algo de la técnica y me solté con más brío. Tuve un placer embriagador. Catalina sonreía mientras rodábamos en las esferas del vals y no intenté disimular el bulto que se me había formado en la bragueta. Estaba más suelto de lo imaginable. En eso un joven fornido me la arrancó de los brazos. Confundido y solitario deambulé por las mesas donde relucían fuentes con pasas, nueces, bizcochos, quesos, pasteles, caviar, confitura de guindas y bombones.

Al rato volvió Catalina y propuso dirigirnos hacia un rincón abrigado con tapices. Hasta los sonidos de la música sonaban lejos. Me sugirió bailar sobre una sola baldosa. Era un gran desafío, porque debíamos girar apretados en la tentadora penumbra. Comenzamos a besarnos. Me acarició la nuca, el esternón y deslizó suave su mano hasta el vientre. Hice lo mismo, pero me detuve sobre el imán de sus pechos. Introduje la mano en su escote mientras frotaba mi miembro contra su pelvis.

Entonces Catalina introdujo su lengua entre mis labios y supuse que me iba a desmayar. La acaricié con furia, le pellizqué los pezones y la aplasté contra la pared para meter mi pierna entre las de ella. Nos masajeamos furiosos, sin saber cómo seguir. De repente nos golpeó un estornudo. Vimos a un sirviente espiándonos. Huimos a la carrera mientras ella se arreglaba la ropa y los cabellos.

En el salón nos separamos para evitar sospechas.

En los corrillos se hablaba del amor y sus diversas manifestaciones. Algunos simulaban estatura intelectual refiriéndose a sus segmentos puramente espirituales. Otros sonreían burlones, sin animarse a decir lo que de verdad pensaban.

—Si alguna vez te enamoras —me susurró con tonito de iniciada una chica de labios prominentes y un magnífico busto—, no dejes de decírmelo enseguida.

—¿Para qué querrías saberlo?

Ella me aguijoneó con su mirada pícaro.

—Para darte unos consejos útiles. ¿Me invitas a bailar?

Dos semanas más tarde las chicas organizaron un teatro casero. La representación era de aficionados tan elementales como los que actuaron en Iánovka, sólo que provistos de mejores disfraces. Delante de un gran paño negro salpicado de estrellas recortadas en papel de estaño, la hermanita menor de Kostia apuntaba hacia ellas, para simbolizar la noche.

La desenvuelta muchacha de boca carnosa que me había asediado en el baile se acercó de nuevo para hablarme al oído.

—Y bien, ¿tienes algo para contarme? Estoy ansiosa por ser tu amiga íntima.

—¿Sí?

—¡Ahá!... ¿Quién es ella?

—No te lo voy a decir.

Porfiada, la chica siguió insistiendo. Hacía mohines con sus labios, casi invitándome a besarla.

—¿Por qué no me lo vas a contar? —agregó mimosa—. ¿No te quiere? Sólo dime la primera letra de su nombre.

—Te podría decir el nombre completo, pero no te daré el gusto; me divierte seguir jugando.

—¿Y te privarás de mis consejos? Sé cómo podrías volverla loca de amor.

—Bueno, dame tus consejos.

—¿Ah, sí? Jovencito: te falta mucho todavía... —me palmeó el hombro y se alejó triunfal.

No pude dormir.

A la tarde siguiente fui al palacete para hacer las tareas con Kostia. Reinaba un silencio monacal. Atravesé el jardín bien cuidado, bullente de flores, pero un alfiler me pinchaba el entrecejo. Era la mirada de su hermanita menor, la que había

representado a la noche delante del telón negro cuajado con estrellas recortadas en papel de estaño. No entendí el desdén de esa mirada. Sospeché que el nombre de Catalina había sido develado, así como sus ardientes caricias. ¿Habría sido obra de la despechada joven de labios carnosos y magnífico pecho o habría confesado el sirviente que nos espiaba tras un tapiz?

No pude acercarme a la escalinata que llevaba a la puerta principal, porque se acababa de abrir y la llenó el cuerpo delgado y elegante, pero de súbito enorme, de la madre. Sus ojos dulces se habían convertido en llamas y sus manos en puños.

—¡Váyase de aquí! ¡Váyase y no vuelva nunca más!

Kostia no se dejó ver. Tampoco apareció Catalina. Ni un solo empleado. Me atravesó el cuchillo de la culpa. Traté de descifrar, en medio de un torbellino, cómo se habían enterado de mi abuso. Hasta sospeché de la misma Catalina, frustrada por un manoseo sin culminación. Balbuceé sílabas que ni yo podría entender y salí cabizbajo. En casa evité a mis primos. Me encerré en el cuarto, contraído de dolor.

La mejor poeta de Rusia

Para el feriado de Pascua regresó a Iánovka por una semana, enfermo de la escarlatina que se había pescado en Odesa. Se revolcaba de fiebre, le estorbaban los brazos, las piernas y la cabeza. Yo le examinaba el interior de la boca ayudándome con una vela; lo mismo hacía David, que le aplicaba ahogantes tópicos con nitrato de plata. Habíamos perdido cuatro hijos y no nos resignábamos a otra pérdida más. Decidimos llevarlo a Bobrinez.

No quise iniciar el viaje en día sábado. Aún cuidaba las tradiciones y el sábado era una de las más importantes. Pero dije a mi marido: llévalo con Iván, no podemos esperar, yo iré después. Salieron envueltos en pieles. Se hospedaron en casa de Tatiana, la cocinera que había trabajado para nosotros y nos había enseñado a pintar los huevos de Pascua. Se había casado con un hombre de ese pueblo. No la asustaba el contagio. Llamaron a un médico, que examinó a Lióvushka. Miró su garganta, tomó la temperatura y lo palpó del cráneo a los pies. Dijo: me reservo el diagnóstico. David se molestó: ¿se reserva el diagnóstico y encima me cobra honorarios? Volveré para estudiar la evolución de su enfermedad. No necesito sus estudios, sino el diagnóstico, ¿es o no es difteria? No se lo puedo decir todavía. Y yo no le pagaré hasta que me lo diga. Usted es un bruto. Más bruto es usted, doctor, ¡fuera de aquí! No obstante, mi marido le pagó. Más adelante dijo: quien merecía esos honorarios era Tatiana, porque hizo el milagro de curarlo. Tú no crees en milagros, David, le recordé. No creo, es verdad, pero Tatiana hizo uno.

En efecto, para distraer a Lióvushka, la cocinera le regaló una botella vacía, en cuyo interior había construido una iglesia con pedacitos de madera blanca. Te curará pronto, ¡seguro que te curará pronto! A las pocas horas se le fue el dolor de los miembros, de la cabeza, de todas partes. Tatiana lo atribuyó al poder de esa minúscula iglesia y se arrodilló para rezar. David, asombrado, le dio la razón: ¡es un milagro!

Antes de que se borrara por completo la erupción de la escarlatina, fue a visitarlo Sofía, una muchacha muy inteligente que ya había tenido esa enfermedad. Propuso

leerle cuentos, porque a Lióvushka se le cansaban los ojos. La escuchaba feliz, yo me di cuenta. También me di cuenta de que sus ojos irritados gozaban al mirar los hermosos labios de Sofía. Cada mañana la esperaba con impaciencia. Me confesó: Mamá, tiene poderes sobrenaturales, como la botella con la iglesia; estoy seguro de que no lee, sino que cuenta lo que ve en reinos lejanos. No, hijito, lee. No, mamá, ve maravillas y cuenta lo que ve.

Cuando se sintió mejor, Lióvushka la ayudó a preparar su examen de matemáticas. Sofía, en agradecimiento, propuso otra cosa: escribamos juntos un poema que se llame “Viaje a la luna”. ¡Qué buena idea!

Lióvushka empezó a urdir la aventura. Y sucedió algo curioso, porque apenas él le narraba sus ocurrencias, ella las repetía en verso, con ritmo y rima. Tenía mucha destreza. Esa virtud lo enamoró, estoy segura de que lo enamoró, y no era para menos. Pasadas las seis semanas de la cuarentena que debe respetarse en una escarlatina, David lo llevó de regreso a Odesa. Lióvushka estaba triste por haberse tenido que separar de la talentosa Sofía. Repetía en sueños que era la mejor poeta de Rusia.

Tercera etapa

El pueblo

De Nikolaiev a Moscú
(1896-1899)

1

Camino de Damasco

Nikolaiev era una pequeña ciudad a cuyo puerto papá llevaba sus cosechas. Allí debía terminar mi último año de estudios. Primero fui a vivir con una familia que tenía hijos fanatizados con las nuevas corrientes políticas. El alquiler lo pagaba a regañadientes papá, quien enviaba el dinero con alguien de confianza. Durante las primeras semanas asombré a mis anfitriones con refutaciones a sus utopías socialistas, lo cual agradó a la dueña de casa. Fui sarcástico con el marxismo, al que consideraba una grandiosa falsificación. Gorjeaba un tonito de superioridad en base a lecturas memorizadas en Odesa. Y cuando me faltaba el respaldo teórico, inventaba argumentos. Me gustaba polemizar, como si fuese un deporte. No obstante, siempre decía que mi preferencia se centraba en las matemáticas, una ciencia de verdad, libre de artimañas filosóficas. La señora me escuchaba feliz porque yo, un estudiante de diecinueve años, la ayudaba a disminuir el fervor de sus hijos.

Evgeny, uno de los muchachos, me invitó a la huerta de un jardinero checo llamado Franz.

—Te gustará mucho.

Nos internamos en una callejuela protegida de ambos lados por espesos arbustos, detrás de los cuales se erguían muchos abedules. Torció hacia un sendero más angosto, entre duras plantas de boj. Tuve la impresión de que ingresaba en una cueva. Evgeny apartó ramas cargadas de grosellas y apareció un huerto despejado, al fondo del cual se veía un pabellón color amarillo. Llegamos a su ancha puerta de dos hojas. Estaba entreabierta y pude escuchar voces. Adentro, iluminado por cuatro ventanas, se reunía un círculo de estudios políticos. Franz recibió con afecto a Evgeny, que me presentó como un “eximio estudiante” de Odesa, ahora alojado en su casa. Fuimos invitados a tomar asiento pegando los hombros con los demás concurrentes. El viejo tenía la piel gris y arrugada, pero los ojos se destacaban por su vivacidad. La cabellera y barba desprolijas tenían un color terroso. Era evidente que lo respetaban como a un sabio. Evgeny me había dicho que conocía varios idiomas y recibía textos de distintos países. Gastaba el dinero en esos materiales, que compartía con quienes

lo visitaban. En el círculo predominaban los jóvenes populistas, así llamados porque idolatraban a esa entelequia llamada *pueblo*. Mientras se desarrollaba la conversación bebíamos té y comíamos manzanas.

Algunos eran también estudiantes, pero la mayor parte de la gente era de diversa condición social. Me sobresaltó reencontrarme con Víctor, el imbécil que habían traído a Iánovka para que aprendiese artesanías con Iván. Al instante evoqué a su padre, Timoteo, un aristócrata arruinado, y a su pintarrajeada mujer que salpicaba con gotitas de saliva mientras contaba sus perdidos años de esplendor. También recordé el momento en que ambos hurtaron terrones de azúcar y manojos de tabaco con lastimosa indignidad. Los prominentes dientes superiores continuaban confirmando a Víctor su cara de idiota, pero su cuerpo había adquirido una musculatura insolente. Nos dimos la mano con ligereza. O recelo. Franz empujó nuestras espaldas para que termináramos en un abrazo. Más tarde, y ya distendidos, en una pausa de la conversación “seria”, recordamos al corajudo tallerista Iván, que paralizó con aserrín a los peones sublevados contra mi padre. Evocamos la macabra legión de ciegos que invadió la granja y la comida que mi madre se apuró en llevar a todos para conseguir la paz.

Víctor me contó que se había instalado en Nikolaiev porque murieron sus padres y no tenía dónde vivir. Además, los acreedores le quitaron hasta la ropa. Pudo ser incorporado a un taller metalúrgico gracias a los conocimientos que había adquirido junto a Iván. Ahora quería la revolución socialista con impaciencia, para vengar a su familia. Pero el apacible Franz se acercó para decirle al oído que la palabra “revolución” debía ser pronunciada en voz baja, porque hasta en su modesta huerta habían ingresado los espías. No era un miedo infundado. En cualquier momento darían el golpe. Y pronto ocurrió, en efecto.

El checo tuvo la generosidad de confeccionar para nosotros una lista de los autores recién prohibidos por el gobierno: John Stuart Mill, David Hume, John Locke, Herbert Spencer, Tchernichovsky. Esa veda orientó mis preferencias. Cada uno de los nombres vedados sonaba como un nuevo profeta. Franz también nos proveía noticias que los periódicos escamoteaban. Me conmovió saber que unos estudiantes de San Petersburgo se resistieron a jurar lealtad a Nicolás II. ¡Fabulosa valentía! Fueron expulsados de la universidad y condenados a sufrir años de cárcel. Antes, durante su coronación espléndida, millares de espectadores habían sido atropellados, heridos y muertos porque gritaban contra los abusos de la autocracia.

La palabra socialismo, pese al rechazo de muchos, me sonaba hermosa. Sólo la arruinaba —creía entonces— el árido influjo marxista. Le debilitaba su lado heroico, aunque me agradaban algunas definiciones. Yo seguía siendo un humanista romántico.

En la huerta atrapé mi atención una chica llamada Alexandra, bonita y elocuente.

Tenía algunos años más que yo. Su seguridad embriagaba. Movía sus largos y expresivos dedos al hablar. Miraba de frente, sin atisbo de timidez, y le gustaba arrinconar a sus contrincantes con preguntas filosas. Era la persona más atractiva del círculo. Sin rodeos, se proclamaba discípula de Marx. Yo quería llamar su atención y me pasé a la vereda opuesta.

—¿Consideras que ese alemán radicado en Londres fue infalible? ¿Y si los documentos que desempolvó en el Museo Británico eran falsos?

—No digas tonterías. Los escritos de Marx tienen tantos documentos que los falsos, si los hubiese, pierden relevancia. Además, su cultura fue tan amplia y tan sólida que no había ardid capaz de engañarlo.

—¡Pero pretende basar todo en la economía! Es un reduccionista, quiere meter el mundo entero en un pequeño frasco, como si fuese la lámpara de Aladino.

—No confundas la fantasía de un cuento con las pruebas de una ciencia.

—Ciencia son las matemáticas, la física, la química, la biología, no los delirios.

—Marx no delira: estudia evidencias y saca conclusiones.

—De evidencias ciertas se pueden sacar conclusiones estúpidas.

—¿Has leído a Marx?

—Un poco.

—Un poco... —sonrió irónica—. Cuando termines de estudiarlo bien, no pensarás igual.

—Te has enamorado de ese viejo.

Sus grandes ojos se apoyaron sobre los míos. La palabra enamorado quedó vibrando. No era una palabra inocente. Yo me estaba enamorando de Alexandra y, tal vez, Alexandra lo acababa de advertir. Pero mi enamoramiento exigía proseguir el combate. Sólo me entrego después de una lucha. Acepto que es doloroso pero, ¿quién asegura que el erotismo no lo es? Una ocurrencia equivalente a una aguja me sobresaltó en el acto. ¿También me estaba enamorando del marxismo? Me incomodé. Semejantes debilidades iban en contra de mi autoestima. Aunque me estuviese enamorando, Alexandra debía entregarse a mis brazos, no yo a los de ella. Necesitaba derrotarla para quererla de verdad. Que sus ojos me miraran con devoción, que sus labios anhelasen los míos, que sus largos dedos penetraran golosos en mis cabellos. Para conseguirlo debía continuar con mi tozudez antimarxista. Debía frustrarla con mis argumentos. Demostrarle que ese alemán barbudo y lleno de forúnculos era un mentiroso.

—Tu amado marxismo es seco como el polvo e insulta la inteligencia. Al hombre lo convierte en un insecto controlado por fuerzas que jamás podrá dominar. Pero el hombre es más que un insecto, puede llegar a ser héroe o mártir. La economía, Alexandra, no es suficiente para explicar al héroe ni al mártir.

—Sí lo explica, en forma indirecta.

—También la religión explica todo.

—El marxismo no es una religión. ¡Despierta, Liova, es una ciencia! Ya lo puedes inyectar en tu cerrado cerebro.

—¡Alexandra, pareces la sacerdotisa de un nuevo culto! —la pinché con esa frase, que dije incorporándome y haciendo una reverencia de pope.

Se quedó callada. Su silencio me produjo miedo. Temí haber exagerado. En vez de conquistarla, podía perderla. Acomodé mis anteojos, corrí un mechón de mi frente y volví a sentarme. Bajé la guardia y ella quiso fulminarme en el siguiente minuto. Víctor me palmeó el hombro para tranquilizarme. El resto de los compañeros pensaba que no se justificaba mi exceso de ironía. El viejo Franz se estaba quemando los dedos con su cigarrillo y en su mirada relampagueaban reproches. Cualquiera se daba cuenta de que en la sala querían lapidarme. Preferían escucharla a ella, amable e informada, no a un chiquilín exaltado.

Mi necesidad de conquistarla no me dejó quieto. En mi corazón llameaban nuevos retruécanos, citas de lecturas, racionalizaciones. Días después la dejé hablar unos minutos y volví al ruedo. Me expresé en un tono más dulce, pero siempre peleador. Buscaba hacerla caer de rodillas. Pero a mis parrafadas vehementes respondía con las suyas, salpicadas de gracia. Alexandra era firme. Algunos de sus argumentos empezaron a circular por mi sangre. Sus ojos eran potentes como faros y su cabello oscuro recogido en la nuca aumentaba la luz de su rostro. Nadie, ni siquiera el astuto Franz, comprendió que actuábamos como niños incapaces de comunicarse en el oleaje del amor. Alexandra poseía cierta experiencia política, había dejado de ser ingenua y exhibía convicciones coherentes. Mis burlas apenas la molestaban y, a menudo, le producían una indulgente sonrisa.

En secreto me puse a estudiar los textos de Marx y Engels. No lograría demolerla sin conocer su terreno. Junto a los libros tenía un cuaderno donde anotaba cada presunto error de ese dúo. Pero ambos eran precisos y revelaban pocas grietas. ¿Se estaban imponiendo en mi espíritu? Imposible negar que algunas de sus páginas eran brillantes. No encontraba forma de destruirlas. Contenían datos objetivos e interpretaciones ingeniosas. Les sobraba cultura. Hacían gala de fortaleza en sus hipótesis. Fortaleza, no arrogancia. Los respaldaba una enciclopedia de conocimientos. Eran alemanes serios. ¡Unos malditos alemanes que doblaban mi resistencia antes de que yo pudiese doblar la de Alexandra! Lo peor es que comenzaba a sentir vergüenza por muchas de mis argumentaciones anteriores, tan equivocadas. Debí haberle parecido un idiota engreído. Por eso Alexandra no acababa de enamorarse. ¿Cómo se iba a enamorar de un idiota? ¿Debía pedirle disculpas? ¿Reconocer que me había equivocado? Decidí asestar un golpe.

Durante la siguiente reunión en la huerta, cuando nos acomodamos sobre las sillas y bancos de la modesta salita, me paré con el fin de darles una solemne noticia.

—¡Hice mi camino de Damasco! —exclamé.

Me enfocaron decenas de miradas perplejas. ¿Camino de Damasco?

—Resultó doloroso, pero vi la luz, como Pablo —añadí.

—¡Qué luz!

—Me ha ganado la razón marxista —confesé.

A Alexandra le brillaron los ojos negros y se estremeció de pies a cabeza. Al percibirlo, me flaquearon las rodillas. De súbito ella saltó hacia mí, su enemigo tenaz, y me estrechó en un abrazo que expresaba más que una fraternidad aséptica. La sorprendida ronda contempló esa escena inverosímil, porque nunca deja de turbar el instante en que dos oponentes se hacen amigos. Y lo manifiestan con tanto entusiasmo. También intuyeron que el abrazo incluía algo más que una confluencia de ideas. Yo le olía los cabellos y la piel suave, gozaba el relieve de su cuerpo, la consistencia de su busto. Nos tuvimos que despegar para evitar el escándalo, pero las sensaciones de ese minuto deleitoso se me grabaron como la marca a fuego en la piel de los animales.

Estábamos cerca de Año Nuevo. En varias reuniones los antiguos rivales y actuales aliados comentamos las hipótesis marxistas. Yo, el converso, quería demostrar cuánto había aprendido con mis atentas lecturas. Pero jamás superaría a la brillante Alexandra, que siempre lograba añadir reflexiones novedosas. Seguía siendo la diosa de esa huerta convertida en templo. Cada vez más adorada por toda la congregación. Algunos le escribían poemas que depositaban sobre su falda, como si fuese un altar. Yo no quería ser su monje, sino su amado. Jamás le escribiría una línea. Era un novato caído de Odesa, que pasó su infancia en la irrelevante granja de Iánovka, pero capaz de hacerle frente. No iba a caer de rodillas. Al contrario, necesitaba que me admirase, que sintiera mi fuerza. Entonces me arrasó un ataque pueril, imperdonable. Para dominarla del todo, cometí la peor idiotez de mi vida.

—¡Malditos sean los marxistas y cuantos desean enfermarnos con su aridez! —exclamé en el brindis de fin de año, al levantar la copita de vodka.

Todos quedaron de una pieza.

Alexandra me miró desconcertada, luego furiosa. La electricidad recorría sus venas y se le soltó el cabello. Miró al pasmado Franz, miró al resto de los asistentes. Estrujó en sus dedos su vaso. Aún contenía líquido y me lo arrojó la cara.

—¡Nunca volveré a estrechar tu mano! ¡Imbécil!

Recogió su abrigo, su gorro, y partió indignada, sin despedirse de nadie. Los compañeros me encerraron en un anillo hostil, dispuestos a pegarme. Yo no me iba a defender, no merecía defenderme. Un fino temblor y un rechinar de dientes que no pude evitar desactivaron el ataque. Estuve a punto de desmayarme y caí sentado en el suelo.

Sequé con mi manga el alcohol que me había arrojado la mujer más inteligente de

mi vida. La había expulsado con la irresponsabilidad de una bestia. Era imposible encontrar una frase que reparase mi crimen. También el apóstol Pablo, luego de su visión en el camino de Damasco, sufrió una etapa de ceguera.

Para ahogar mi desesperación me apliqué a componer un drama, basado en la polémica de un populista lleno de ideales con un marxista sometido a las ambiciones de los mercachifles. Aunque fuese en el terreno de la escena, quería aún devolver a Alexandra su bofetada líquida. Seguía dominado por el impulso de ganar su amor mediante la lucha. En el primer acto hice flaquear al marxista (Alexandra), pero en el segundo éste recuperaba sus fuerzas sin que yo pudiese impedirlo. Era un combate en el que la pluma se negaba a obedecer mis deseos. El personaje marxista tenía más sangre, no lo podía evitar. Mi propósito de descalificar a Alexandra volvió a fracasar y rompí el manuscrito. ¡La política es una mierda!

Los asiduos de la huerta, ignorando a los espías que nos controlaban, decidimos iniciar una acción práctica. Víctor había propuesto una revuelta que beneficiara a la gente: impedir un aumento de las cuotas en la biblioteca pública. Lo contemplé con admiración; no sólo había dejado de ser o parecer estúpido, sino que era más imaginativo que muchos de los concurrentes. Y yo tenía la oportunidad de recuperar el respeto perdido.

En las siguientes semanas nos dedicamos a conseguir apoyo para la asamblea de socios, donde impondríamos el deseo popular. Hicimos una colecta con el fin de inscribir gente que no disponía ni de un triste kopek. Agitamos las aburridas calles de Nikolaiev con volantes escritos de puño y letra. Nuestro objetivo sonaba rebelde y altruista. En la asamblea conseguimos una primera victoria al conseguir que se formasen dos bandos, cosa que nunca había sucedido en esa institución. Transmitíamos alegría y comenzamos a gritar que éramos nosotros, los jóvenes, quienes de veras representábamos la democracia. Hombres de levita entallada y mujeres con sombreros elegantes se sintieron incómodos ante la inesperada provocación. No pudieron, sin embargo, detener nuestro triunfo. Vivimos un delicioso ensayo de revolución que nos regaló algo de fama local. El grupo de la huerta empezó a ser motivo de leyendas y miedo. Pronto llegaron las consecuencias.

2

El hijo pródigo

Mal. Su conducta es pésima. Ni Ana, que siempre lo defendía, aprueba esto. No lo imaginaba. Yo menos. Liova descuidó sus estudios en Nikolaiev. En lugar de estar agradecido por nuestros sacrificios para que terminase una carrera, empezó a leer libros políticos. ¡Era demasiado inteligente! Cómo hizo, no sé. O en realidad esa inteligencia no sirve para nada. Me asusta su futuro. Ana dice que lo arruinaron sus amigos, echa la culpa a sus amigos, es más fácil. Entre los culpables señala al tarado de Víctor, hijo del miserable Timoteo. Ahora Liova no llegará a doctor. Pero yo sé adónde llegará. ¡Llegará a Siberia!... Y ojalá que no sea carne de los lobos. ¿Qué hice para frenarlo? Mucho. Lo encaré sin miel. De frente, hombre a hombre. ¿Y qué me contestó?

—Soy grande para seguir recibiendo tus órdenes.

—Eres grande, es cierto. Pero yo soy más grande. Y sé de la vida. Sé más sin leerlo en los libros.

—Sabes mucho de tu vida limitada a Iánovka y sobre la explotación de los peones.

—¡Basura! —escupí en el piso—. Si yo soy limitado, tú eres un engreído.

—Soy libre.

—No te mandaré ni otro simple kopek.

—Me las arreglaré sin tu dinero, papá.

Le clavé los ojos. Pero no surtió efecto. Ni siquiera bajó los suyos. Estaba endemoniado. No merecía que le diese la mano al despedirme. Entonces no le di la mano. Él tampoco levantó la suya. Giré y me fui sin volverlo a mirar.

Pero volví.

Liova no tenía dinero ni para alquilar una pocilga. Desde que lo echaron de la casa cuya dueña no quería que volviese más fanáticos a sus hijos, se mudó al fondo de la huerta de un checo harapiento. Tuvo la bondad de ofrecerle refugio en un cuarto del fondo. Debía dormir con otros estudiantes o ex estudiantes. Todos vagos. Y locos. Tres de ellos sufrían tuberculosis y no paraban de toser. Supuse que le haría bien a

Liova ese infierno. Que lo haría pensar. Pero me equivoqué. No fue así.

Se convirtió en otra persona. Cambió el uniforme de estudiante por una sucia camisa azul remendada. Estaba irreconocible, con barba y pelo crecidos. ¿Pretendía despistar a los gendarmes? Porque a eso había llegado: a ser un perseguido. Ah, y también agregaba a su vestimenta un palo que le servía de bastón.

—¿Para qué el bastón? ¿No puedes caminar?

—Para que me supongan afiliado a una secta misteriosa.

—¿Qué basura comes aquí?

—Eso mismo, basura. Sopa aguada, *kasha*, *borsht*, pescado seco. La comida de los marginados. La que comen tus peones.

—Y duermes sobre esos camastros, ¿no?

—Sin sábanas, además.

—Muy cómodo, imagino.

—Lo único incómodo es la tos de mis pobres compañeros. Sus salivazos caen como piedras sobre los platos de latón.

—Que no te contagien.

—Tal vez ya estoy contagiado.

Murmuré: ¡Qué estúpido!

Pude entablar conversación con el checo. Parecía bondadoso, pero es el diablo. Un cínico. Trae revistas envenenadas del extranjero. Reúne gente para la revolución. ¡Usted, Franz, lleva a estos muchachos al desastre!, dije. No, van a ser grandes políticos. Y me contó que Liova leía sin parar, que su cultura andaba más rápido que un caballo a galope tendido. También me confió un secreto: Liova se había enamorado de la mujer más interesante de Rusia. Pero la echó con un insulto. Así nomás. Ese viejo irresponsable me preguntó si yo le había enseñado a insultar.

—Yo sólo insulto cuando hay una causa.

—No siempre son visibles las causas —sonrió y sus dientes amarillos me indicaron que era una sonrisa de desprecio.

Claro, pensé, tampoco tus intenciones son visibles, checo de mierda. Pregunté si podía volver a darle ayuda económica, para que viviese y comiese mejor.

—No la aceptará.

—Es demasiado orgulloso —murmuré.

—Sí —contestó—, y por eso enseña matemáticas en casa de familias pudientes.

—Ah —largué una carcajada—, es revolucionario y pide ayuda a los pudientes.

—No pide ayuda: trabaja.

Regresé por tercera vez a esa cueva. La aurora apenas rozaba las paredes descascaradas. Escuché toses y el golpe de los bollos de flema sobre los platos de latón. Me enfureció que siguiese emperrado en este tipo de vida. Abrí la puerta haciendo ruido, para arrancarlos del sueño.

—¿Cómo estás, hijo! ¿Contento?

Liova buscó sus anteojos en el piso. Sus compañeros se frotaban los párpados.

—Me hubieras avisado que venías.

—¿Para qué! ¿Estás o no estás arrepentido? Eso es lo importante.

Liova se incorporó en su camastro y me sostuvo la mirada. ¿Arrepentido? Empezaron a sonar de nuevo las toses. El aire del galpón estaba envenenado.

—Ibas a ser un grande en matemáticas.

—Ya no me interesan las matemáticas.

—Terminarás como esa estudiante que se prendió fuego en la fortaleza de Pedro y Pablo.

—Prefiero la muerte a darle azotes a un campesino.

Lo miré con ganas de cruzarle una bofetada, como cuando se escapó en una calesa y por poco se mató en la zanja. ¿Para qué seguir insistiendo? Hasta un asno sería menos testarudo. Salí dando un portazo que casi derrumbó las paredes.

3

Educación superior

Pavel era un decisivo protagonista en las reuniones en mi huerta y había propuesto comprar libros para los trabajadores. La lectura acelera la revolución, sabemos todos. Podemos conseguir libros baratos, le contesté, pero no es fácil hacerlos llegar a la gente sin que nos pesque la policía. Cada uno distribuirá los que pueda, insistió Pavel. Yo había contratado a un jornalero para que me ayudase en la huerta y Pavel propuso que él también colaborase en la distribución. Era el más confiable, porque no sabía leer ni escribir y no sabría informar qué repartía. Conseguimos los libros a buen precio y empezamos la tarea. El jornalero analfabeto no era tal, sino uno de los espías que se habían infiltrado en mi huerta: depositó sobre el escritorio del comisario gran parte del producto logrado con el vaciamiento de nuestros bolsillos. El comisario procedió a una alegre quema en el patio de la prisión y anotó los nombres de sus inminentes víctimas.

Entonces fue cuando Liova, después del espantoso reencuentro con su padre, propuso aumentar la apuesta. ¿Qué más se podía hacer? ¡Crear una universidad! Lo miramos como se mira a alguien que ha perdido la cabeza. Es fácil, contestó, nos basaremos en la enseñanza mutua, como se hacía en la Grecia de Sócrates. No entendimos su proyecto al principio, pero luego aplaudí. Los demás se unieron a mi actitud. El saloncito de mi huerta resonó con una alegría que no dejaba ver más allá del horizonte. En poco tiempo conseguimos unos veinte alumnos. Liova fue el primero en asumir una cátedra, la de sociología. Se aplicó a preparar el curso, pero en dos lecciones agotó sus reservas teóricas. Otro conferenciante se encargó de la Revolución Francesa, pero se embarulló en las primeras frases y prometió organizar su exposición por escrito. Ambos fracasos dieron al traste con el experimento y en la comisaría, enterados de cada detalle, se mataron de risa. Opinaron que en vez de doblarnos con el látigo y encerrarnos en la cárcel, debíamos iniciar una gira de teatro cómico.

Fracasada la distribución de libros y fracasada la universidad, Liova insistió que no podíamos quedarnos quietos. Estoy seguro de que lo tenía trastornado la culpa por

haber provocado la desaparición de Alexandra. Propuso redactar proclamas y artículos que los mismos autores llevarían a las fábricas y al puerto. Cada uno debía hacer diez copias de los suyos en caracteres de imprenta para facilitar la lectura de los menos ilustrados. Me di cuenta que Liova gozaba el dibujo de cada letra. Fugaba del mundo, no escuchaba mi voz, no respondía al zarandeo de un hombro. Sus anteojos temblaban al ritmo de la nerviosa mano. Casi no corregía, porque las frases le venían con rara perfección.

En poco tiempo las fábricas y los talleres devoraban esas hojitas, que pasaban de mano en mano y algunas eran leídas en voz alta. Estoy seguro de que los trabajadores imaginaban a cada uno de los autores como personalidades extraordinarias.

Liova machacaba en las reuniones que los obreros necesitaban una conducción y nuestro círculo podía cumplir ese papel. Los concurrentes a mi huerta aumentaron su número. Algunos traían un amigo, otros sus mujeres y hasta los hijos más grandes. Las reuniones secretas ya no podían ser consideradas secretas. Para evitar a los espías, entre los probadamente leales resolvimos efectuar encuentros en la profundidad del bosque o junto al río. Pero la policía ya estaba enterada de cada movimiento, de cada palabra. Su intención era darnos un golpe del que sería imposible recuperarse.

Una noche Víctor apareció excitado. Se le había ocurrido un proyecto poderoso. Pero si nos descubrían, seríamos cortados en rodajas. ¿Cuál era ese gran proyecto? Multiplicar cada proclama por cincuenta o doscientos o mil. Llenar las fábricas sin perder tiempo dibujando letra por letra. ¿Cómo hacerlo? Mediante un trabajo nocturno, en el sótano de un ciego. Me sonó demencial, pero Liova sonreía feliz, porque lo había captado. Víctor suministró breves aclaraciones. Necesitábamos velas, glicerina, una estufa, gelatina de mediana calidad, mucho papel y unas hojas de lata. El procedimiento era rústico, pero eficiente. El ciego merecía la confianza del mundo, porque era un auténtico revolucionario que se desplazaba por su sótano de techo bajo como si viese cada detalle. Sus dedos eran más precisos que las pupilas.

—¡Esta aventura no es una aventura, sino una epopeya!

Se multiplicó el entusiasmo. En menos de veinticuatro horas reunimos mucho material y, bajo la curiosidad de la luna llevamos glicerina, gelatina y papel a esa cueva, cuyo ingreso estaba disimulado por una sucia alfombra bajo la cama del ciego. Había que levantar una tapa del piso y descender por una escalinata de madera. Reinaba la oscuridad total y sólo entraba una brizna de aire por la rejilla que daba al melancólico jardín. El techo era tan bajo que a menudo nos golpeábamos la cabeza. El ciego se movía con más seguridad que nadie; dirigía el operativo como un jefe de estado mayor. Los demás nos ilusionábamos con el inminente desmoronamiento del zarismo.

En los astilleros de Nikolaiev regía ya la jornada de ocho horas y sus obreros no

querían huelgas, sino movilidad social, calidad de vida, espiritualidad religiosa. Unos se convirtieron en anabaptistas, otros en cristianos evangélicos. Liova los sorprendió con una serie de volantes llenos de anécdotas bíblicas. Pero abandonó ese recurso cuando los más jóvenes advirtieron que era un anzuelo y se echaban a reír en lugar de aplaudirlo. Había incrédulos que ridiculizaban a los creyentes. Uno dijo que se cagaba en la teología y propuso cantar “¡Somos el alfa y el omega de no sé qué cosa!” El éxito de esa precaria imprenta determinó el fin de la huerta.

Liga Obrera del Sur de Rusia

Nikolaiev ya nos quedaba chica. Me encargaron establecer relaciones con Odesa, a la que yo conocía bien. Fui al puerto con ropa decente, por un rublo compré un pasaje de tercera clase y, al descender la noche, me tendí en cubierta junto a la chimenea para soportar los correazos del frío. La bolsa con proclamas me servía de almohada y el remendado abrigo, de colcha. Cené los trozos de pan que llevaba en mis bolsillos y desperté en la estridente Odesa, cuyos muelles siempre volvían a producirme la impresión de una fábrica.

Me lavé en la tina que usaban los marineros y bajé a tierra firme. Inhalé el perfumado aire de los bulevares y me lancé por las avenidas con una lista de direcciones en mi mano derecha y el pesado bolso atado al hombro izquierdo. Evité el barrio de mis primos, obviamente. Fui a cada domicilio, tiraba el hilo de la campanilla o hacía sonar la aldaba de bronce o me resignaba a golpear la puerta cuando no existían esos medios de llamada. Excepto en cuatro sitios, di con todos los destinatarios. Entregaba un fajo de papeles y daba una breve explicación. En once lugares me invitaron a tomar té con masitas y en dos a quedarme para el almuerzo. Por lo menos en cinco oportunidades me crucé con policías a caballo. Entonces estiraba mi gabán, acomodaba mi bolso y miraba con desafío a la distancia.

En el quinto viaje me quedó tiempo libre. Hacía mucho que no pisaba la biblioteca pública. En el hall me rocé con un compañero del Instituto. Nos miramos en silencio y supimos algo que no necesitaba palabras. Es notable cómo se reconoce la gente que milita en la subversión. Luego de inspeccionar las novedades en el catálogo y echar una mirada a las revistas expuestas sobre lustrosas mesas de dos aguas, se acercó sigiloso y me invitó a caminar. Era como un flirteo, sólo que el loco amor no éramos nosotros, sino el movimiento revolucionario. Él se llamaba Albert y era obrero impresor. Le dije que yo era un impresor novato y trabajaba en un sótano dirigido por un ciego. Nos sentamos en el banco de una plaza, protegidos por las tristes cortinas de un sauce. Me quedaban pocas hojas y se las di a leer. Sus cejas se levantaban con asombro y hasta emitió un breve silbido al chocar con una frase.

Propuso asociarnos en la tarea: desde aquel día no sólo me ayudaría a distribuir los materiales, sino que yo llevaría a Nikolaiev volantes impresos en Odesa. Albert también me iba a donar textos recién publicados en Europa occidental.

A mi regreso dije:

—Nuestro círculo de la huerta, o grupo de chiflados, o lo que diablos fuese, necesita un nombre más potente. Basta de cobardes reticencias. Debe llamarse algo así como “Liga Obrera del Sur de Rusia”. De ese modo podremos atraer a otras ciudades y regiones.

Franz, el impresor ciego, mis tres compañeros tuberculosos y el resto de los camaradas (más los espías infiltrados) aceptaron subir a ese camino triunfal. Sólo faltaba Alexandra, la brillante Alexandra, pero nadie se atrevió a mencionar su nombre.

Redacté los estatutos de la Liga basado en modelos socialdemócratas. Fueron debatidos y aprobados, como se hace en una democracia verdadera. Bebimos un néctar fabuloso y extraño bajo el zarismo: discutir amistosamente, votar. Ahora correspondía difundir la flamante Liga. Copiamos un maremoto de volantes en la penumbra del sótano. Largas horas nocturnas convirtieron ese lugar en la forja de Hefestos. A las fábricas y los talleres llegaron hojas y más hojas. La agresión hirió en el pecho a capataces y directivos, tal como habíamos deseado. Pero no tardaron en ponerse de acuerdo y exhortar a sus obreros a que no leyesen tanta basura. El efecto fue opuesto, porque nos hacían una publicidad indirecta. Empezó a correr la voz sobre “los locos de la huerta”.

El carpintero Zósimo inventó una canción provocativa que elogiaba a Marx. Era un tácito homenaje a la ausente Alexandra. La cantaba al comenzar nuestras reuniones y también cuando se marchaba. Entusiasmado, la cantó cerca de un policía. El policía lo creyó un borracho agresivo y lo arrastró a la cárcel. Allí se aterrorizó al ser despojado de su camisa y ver el brillo del látigo. Le empezó a sangrar la espalda bajo las rayas profundas del cuero. Cuando le dieron con un palo en la cara, rogó clemencia. Otro palo y dijo que iba a confesar. Las lágrimas le impedían ver. Tendido en el piso, declaró que todo el círculo de la huerta era un movimiento terrorista. ¡Usó el vocablo “terrorista”! El comisario anotó cada una de sus palabras y liberaron a Zósimo.

Trastabillando hizo una vuelta para disimular y llegó a la huerta para contarnos su traición. Franz propuso disolver el encuentro de inmediato y reunirnos a la noche en el cementerio. Allí, protegidos por el matorral de lápidas que ocultaría nuestra presencia, distribuiríamos todos los paquetes con proclamas a unos obreros fieles que él mismo se ocuparía de convocar. Su relato nos hizo tomar conciencia del peligro y vaciamos la huerta. Cada uno se fue en distinta dirección. Al oscurecer saltamos la tapia del cementerio y nos fuimos concentrando en un rincón. Desde abajo nos

miraban los muertos y quizá manifestaban congoja. Fue doloroso que recién en ese instante alguien comentase que Alexandra se había marchado a Iekaterinoslav. Estuve a punto de cambiar mi plan de fuga y dirigirme hacia allí, pero ella me hubiera rechazado. Todavía su desdén me revolvía los sesos: “¡Nunca volveré a estrechar tu mano! ¡Imbécil!”

Las detenciones empezaron a la madrugada e incluyeron a casi todos los compañeros, incluidos los tuberculosos. La represión fue más allá de nuestro círculo, porque se abatió sobre obreros, estudiantes y pequeño-burgueses que jamás habían pisado la huerta de Franz. No eran decenas, sino centenas las víctimas. Los mastines estaban hambrientos. Los expertos en torturas se relamían al proveerse de más látigos, bastones y cadenas. Supe que uno de los presos fue desmayado por los golpes; apenas se recuperó pudo arrastrarse hasta la ventana y tirarse al vacío. Otro gritaba incoherencias hasta que lo callaron destruyéndole las órbitas con los planazos de una espada. Un tercero se cortó las venas con un trozo de vidrio.

Nikolaiev quedó sin revolucionarios sueltos. Por las calles se notaba el nerviosismo y la cautela. Por unas horas, sólo por unas ñoras, pude esquivar mi captura.

Amor y cautiverio

Es un sujeto difícil que la está pasando mal. Pero así son los que tienen pasión y talento. Fue muy agresivo su brindis en la huerta de Franz, claro que sí. ¡Insolente y disparatado! Estoy segura de que pretendía decir otra cosa. Lo desdoblaban sus propios conflictos. Lleva un actor en la sangre. Me ama, lo decían sus ojos, y lo decían con insistencia. Yo también lo amo. Aunque ni nos dimos un beso. Sólo nos estrechamos cuando gritó la metáfora del camino a Damasco. ¡Se comparó con el apóstol Pablo, siendo judío y ateo! Su mente es un laberinto... No importa, lo que dijo fue suficiente para que me atreviese a saltar sobre él. Y estrecharlo en el anudamiento más sentido de mi existencia. Se me ha fijado en la memoria. Como una avispa que a menudo pica la piel y provoca calenturas. ¡Cupido encarnado en avispa! Quisiera volver a abrazarlo. Morderle los labios. Sentirlo entre mis muslos.

Me mortifica advertir que sólo lo impresionaba desde el conocimiento. Los demás integrantes del grupo son mediocres; apenas comprendían, pero me adoraban. En cambio él es espinoso. Tiene caprichos. De todas formas, me agradan su rebeldía y su hirsutismo mental. Por momentos se ponía intratable. Yo no me conformaba, por supuesto, con desplazar el erotismo a las discusiones. Creo que ninguna mujer se hubiese conformado.

En Iekaterinoslav recibí noticias sobre su fracasada huida y su actual cautiverio. Lo encerraron en una celda con asesinos vulgares. Es la primera vez que conoce en vivo y en directo esta porción del régimen a la que había imaginado por el testimonio de ex convictos. No se trata de habitar en el desierto como los esenios de la antigua Israel (comparación que Liova hacía respecto a su cubículo en el fondo de la huerta), ni de jugar a la entusiasta proletarización, sino de soportar torturas. Torturas feroces. Lo imagino metiéndose los dedos en su hermosa cabellera para frotarse el cráneo y repetirse que para ser revolucionario hay que pagar, y ese era el precio.

Me contaron que tuvo la osadía de acercarse a los barrotes que dan al corredor y pidió la instalación de un samovar al guardia armado que los vigilaba desde un banquito. El guardia lo miró con una sonrisa y escupió en el piso. Liova le repitió la

demanda y, ante su indiferencia, exigió que se acercase para ver cómo uno de los presos moría de frío. El agente estuvo tentado de volver a escupir, pero inspeccionó desde lejos. En el fondo yacía un hombre con aspecto de cadáver. Insultó y fue en busca de ayuda. Regresó con dos camilleros que sacaron al agónico. Una hora más tarde pusieron un samovar. Liova recibió numerosos abrazos: empezaba a ser líder.

También me dijeron que entre los prisioneros hay un tornero alemán de cincuenta años con robustas patillas y un bigote pluvial, como el del Kaiser. Le gusta entonar canciones pícaras a todo volumen para calmar el hambre. Las salpica con chistes verdes y otros macabros, muy macabros, pero que hacen reír. Repite que nada es mejor que la risa para soportar el frío, los retortijones de vientre y la incertidumbre. Sobre todo la enorme incertidumbre. Cuando estuve presa yo también viví eso: el hambre, la congoja, el frío, la incertidumbre. Ahora sé quién es ese hombre: proviene de la colonia alemana cercana a Iánovka, donde Liova estudió un tiempo.

Lo peor de todo es que la Liga fundada en Nikolaiev con tanta felicidad ha sufrido un golpe atroz. Los esfuerzos invertidos hasta ayer quedan en la nada. Liova fue uno de los últimos en ser detenido, mientras se refugiaba en las afueras de la ciudad. Cayó en la finca de un modesto propietario amigo de Franz. Llevaba una carpeta llena de manifiestos, dibujos y cartas. El propietario de la finca tuvo la cortesía de recibirlo en medio de la noche porque admiraba con ingenuo entusiasmo el espíritu de los jóvenes. Pero es un cobarde. Enterado sobre el contenido de la carpeta, propuso enterrarla al amanecer. No tuvo tiempo: al amanecer aparecieron los agentes, identificaron a Liova y pusieron su ojo sobre el asustado anfitrión. Liova aprovechó una distracción de la policía para esconder la carpeta tras un barril de agua. Para calmar la agresividad de los orgullosos gendarmes la cocinera les sirvió tazones con cuajada. Al desplazarse junto a Liova, éste le susurró que sacara la carpeta y la disimulase en otro sitio. La mujer actuó con virtuosismo, la extrajo sin que nadie se diese cuenta y la enterró bajo la nieve en el fondo de la casa.

Liova fue atado y empujado a patadas hasta la cárcel. Soportó callado los agravios porque suponía la carpeta a buen seguro. Pero un jornalero se puso a limpiar la nieve y dio con un cúmulo de papeles hinchados por la humedad. Los entregó a su patrón para demostrarle que era un trabajador honesto. El patrón comenzó a temblar, recién advirtió que era veneno ideológico y podía condenarlo para siempre. Sin pensarlo dos veces trepó a su carruaje y voló hacia la comisaría. Esa carpeta sirvió para localizar a los pocos revolucionarios que habían logrado escapar.

Las heladas de enero resultan intolerables, más aún en las prisiones. Las conozco bien. Para dormir, los malditos sólo proveen sacos de paja al anochecer. Uno trata de abrigarse con cualquier trapo, encasquetarse un gorro y ponerse calzados que ni siquiera merecen ese nombre. Muchos se sientan en el suelo congelado. Otros caminan sin cesar para obtener algo de calor. Algunos, desesperados, corren de una

punta a otra sin fijarse a quiénes pisan. Por lo general se juntan hombros con hombros y espalda con espalda. Dormir es casi derrumbarse en estado de coma. Espero y deseo que el vigor de Liova le permita sobrellevar ese martirio. Y ojalá pueda fugarse. Difícil pero no imposible.

6

De prisión en prisión

Nunca me llamaron a declarar. El encierro se hacía interminable. Estaba en manos sabedoras de que la incertidumbre duele más que el látigo. Necesitaba leer para quemar el tiempo, pero hasta de eso me privaban. Tras unas semanas pude conseguir unos libros religiosos. Pero era tanta la oscuridad que descifrar las letras demandaba más trabajo que levantar una roca. Apenas tenía fuerzas para conversar con mis compañeros.

De súbito se produjo un cambio. Me sacaron a empellones y, siempre a empellones, como si no pudiera entender el idioma, me condujeron por corredores lúgubres hacia una oficina calefaccionada. Me froté los brazos con deleite. Hasta sonreí, parece. Allí me esperaban dos musculosos gendarmes, que se lamían como tigres ante las heridas que me iban a provocar. Después de unos minutos enigmáticos, entre los dos me empujaron hacia otro corredor y, al abrirse la chirriante puerta de hierro, sentí el chicotazo de una ráfaga. Entré en un patio cerrado cubierto de nieve. La blancura cegadora me obligó a cerrar los ojos. No tuve tiempo de acostumbrarme, porque unos golpes en la espalda me hicieron subir a un carro ocupado por otros policías. ¿Tanta gente para mí solo?

Nadie hablaba, aunque las pupilas enemigas me contemplaban con piedad. Debía parecer un cordero maloliente, despeinado, con la ropa desgarrada y unos trapos envolviendo los pies. Al detenerse el carruaje me eyectaron sobre el piso de nieve. Nuevos tironeos me pusieron de pie y obligaron a entrar en un edificio. Recorrí otro corredor en el que hacían eco los suspiros de los condenados. Por fin nos detuvimos ante una puerta más negra que los muros.

Un gendarme la abrió y enseguida me empujó con repugnancia. Pisé una crujiente alfombra de paja sucia. La luz era mínima e ingresaba encogida por un ventanuco inalcanzable. La celda era tan estrecha que no cabría más de un prisionero. Apropiada para hacerme sufrir la soledad total, pensé. Miré en todas las direcciones a medida que me acostumbraba a la carbonilla del aire. Los revoques estaban descascarados y en ellos distinguí algunas letras que no tenía ánimo de comprender. Palpé el interior

de la puerta áspera, que habían cerrado con candado y pasador. Las paredes estaban frías. Tanteé el piso para descubrir sus irregularidades, pero la paja se extendía por toda la superficie, era una curiosa atención de mis verdugos. Me tendí sin poder abrir los brazos porque las paredes laterales sólo tendrían un metro de distancia; mi cabeza tocaba la pared del fondo y mis pies la puerta. Me comprimí el pecho para disminuir la desesperación.

Dos veces al día me deslizaban la hedionda sopa carcelaria y un trozo de pan negro espolvoreado con sal. Ni una palabra. El silencio es un instrumento de tortura que conocen muy bien los policías sádicos. No escuchaban mi pedido de textos para leer, aunque fuesen religiosos. No me sacaban a caminar ni siquiera por los pasillos. No recibía nada del exterior. Hasta carecía de té y azúcar. Los insectos deambulaban por la celda, porque eran sus reales propietarios y los enojaba mi invasión. Querían devorarme. En esa tarea competían las cucarachas, pulgas, hormigas y chinches. No me proveían ropa para mudarme. Ni agua, ni jabón. No me facilitaron un lápiz con una hoja de papel. Nada. Para darme cuenta del olor que reinaba en ese agujero bastaba mirar el rostro de asco que empalidecía al carcelero cuando entraba por un instante con mis ínfimas raciones.

Me impuse el deber de practicar varias veces por día mil ciento once pasos en sentido diagonal por ese cubículo de dos por uno y hacer circular mi sangre. En esas marchas traté de componer poesías y memorizarlas. Las escribiría cuando me liberasen. En algún momento seré liberado. Me repetía esa certeza como si rezase un rosario, para que predominara sobre la potente y horrible realidad.

Tenía diecinueve años. Los piojos, las cucarachas, las chinches y las hormigas ya no conmovían mi piel anestesiada. La soledad y el frío húmedo parecían un estado normal. No sabía si estaba sano o enfermo. Y a nadie podía interesarle. Hasta que se produjo un milagro.

Una llave se introdujo en el candado y sonó el pasador. Se abrió la puerta. Por primera vez se abrió por completo. El carcelero realizó su conocida mueca de asco al inspirar la pestilente nube que se compactaba en la celda y empezó a desparramar sobre la paja objetos deslumbrantes: ropa limpia, un edredón, una almohada con funda, un peine, jabón, varias hogazas de pan blanco, paquetes con té, azúcar, fiambres, conservas, manzanas y hasta naranjas relucientes. La maravilla me hizo temblar. No podía ser cierto. Mis ojos agrandados interrogaron al gendarme, aunque sabía que era inútil, que no rompería su silencio. Pero lo rompió.

—Esto lo manda tu madre.

Comprendí por el tono de voz que hubo un soborno fenomenal. Así de corrupta era la famosa policía del reino. Quedé otra vez solo, pero acompañado por un enjambre de regalos. Y pensé en mi valiente madre, mi culta madre, mi comprensiva y sensata madre, mi madre sacrificada y audaz.

Pero antes de haber consumido todos los manjares fui embarcado rumbo a Odesa. Allí habían terminado otra cárcel, nueva y más segura, para defender al régimen zarista del terrorismo en ascenso. Supuse que me harían probar torturas más sofisticadas que el hambre, la mugre, el frío, la soledad y los piojos. El viaje en el fondo húmedo del barco fue agradable en comparación con las brutales experiencias soportadas hasta entonces. Pero al descender, con cadenas en pies y muñecas, no me permitieron ver el jolgorio del puerto, ni las hermosas avenidas, ni sus alamedas perfumadas. Fui trasladado de carro en carro, todos herméticos.

Me adjudicaron una celda individual, más amplia y limpia. ¡Qué progreso! También había jabón, mudas de ropa, lápiz y mucho papel. La luz era aceptable porque tenía ventanas grandes, protegidas por vidrio y mallas de acero. Las puertas estaban formadas por gruesos barrotes que permitían hablar a través de ellos y ver también el pasillo. A ambos lados se alineaban docenas de celdas como la mía.

Empecé a entablar conversación con los otros prisioneros mediante papelitos doblados. También inventé un método para comunicarme golpeando los muros, como en el sistema Morse. Regalé a mi vecino algunas de las poesías que había compuesto en mis exasperadas caminatas dentro del agujero de dos por uno.

Los papeles doblados que viajaban de celda en celda me proporcionaron noticias frescas: seguía extendiéndose el movimiento revolucionario y la Liga que yo había fundado en Nikolaiev recuperaba su salud. ¡Me pareció increíble! Tuve que sentarme y mi mandíbula se mantuvo caída sobre mi pecho durante varios minutos. A los pocos días casi me desmayé por otra información: la comprometida carpeta escondida tras un barril de agua y luego enterrada en la nieve fue descubierta por un peón y entregada a la policía, que la usó para atrapar a otros compañeros.

El método represivo era más civilizado, no obstante. Para satisfacer mi tenaz exigencia de lectura ofrecieron prestarme revistas religiosas de la biblioteca que usaban los gendarmes. ¿Suponían que vegetaría en esa cárcel hasta el final de mi existencia y por eso aceptaban ser un poco más bondadosos? Pronto grabé en mi memoria toda la basura que pusieron en mis manos. Ya podía dar cursos sobre sectas y herejías antiguas y modernas, demostrar las enormes ventajas de la religión ortodoxa rusa sobre el catolicismo, el protestantismo, el darwinismo y las heréticas teorías humanistas de Tolstoi. Aprendí irrefutables investigaciones sobre los malos espíritus, los demonios, el príncipe Lucifer y su vasto imperio. Obtuve descripciones detalladas del Paraíso, su geografía interior y hasta el lugar preciso donde aún se encontraba, pero sin meridianos y paralelos para que los pecadores no osaran arrimarse. Fabuloso. Gracias a ese material absurdo había alcanzado la altura de los pontífices.

En la cárcel de Odesa no usaban la técnica del silencio que casi destruyó mi cerebro. O la aplicaban sólo a los novatos. ¡Gran ventaja! Yo era considerado un

prisionero crónico, casi un amigo. Un suboficial cuya nariz era una salchicha salpicada de pozos advirtió que podía intercambiar conmigo sus conocimientos de teología. Quizá lo sedujeron mis anteojos doctorales, quizá mis ganas de hablar. Ese suboficial llegó a confesarme que pegaba a su mujer cuando no le alcanzaba el sueldo, pero luego rezaba y se sumergía en el estudio de los libros sagrados para ganar el perdón divino. Cuando estaba de guardia subía y bajaba las escaleras de hierro que unían las cuatro plantas de la cárcel cantando en voz baja tonadas gregorianas. Dialogamos horas sobre las fantasías que inundaban su trastornada mente.

—Por sólo decir “Madre de Cristo” en vez de “Madre de Dios” le cortaron la cabeza al hereje Arias —narró un día.

—¿Y cómo es que hoy muchas cabezas de herejes están en su sitio? —pregunté.

—Hoy... hoy... —contestó el hombre—, hoy tenemos otras costumbres.

Los locutorios donde los presos recibíamos visitas familiares eran jaulas de madera que nos mantenían separados por una doble reja de hierro. Cuando mi padre vino a visitarme por primera vez, creyó que los prisioneros estábamos metidos todo el tiempo en esos cajones. Fue tan grande su horror que no pudo hablar. Acuciado por mis preguntas movía los pálidos labios sin articular palabra. Estaba desconsolado, no podía entender cómo su hijo había optado por esa vida de mierda, peor que enranciarse en el *pallio*, o consumirse como jornalero trashumante. Pude haberme lucido en la universidad. ¡Qué desperdicio! ¡El futuro que perdí! Ahora era un esqueleto condenado a morir. Me miraba con tanta tristeza y desencanto que casi me hizo llorar.

Mi hermana Olga también vino a la cárcel. Nos miramos con la fuerza de un abrazo enloquecido. Por sus mejillas resbalaban cordones de lágrimas. ¿Cómo estaban nuestros otros hermanos? ¿Y nuestra madre? ¿Cómo el resto de los familiares, en especial los queridos Monia y Fanny? ¿Así que murió el tío Abraham? ¿Continuaba Iván en su taller mágico? Los gendarmes de ambos lados nos exigieron terminar la charla, porque había vencido el plazo. Mientras me arrastraban de vuelta alcancé a pedirle a Olga que me mandase ejemplares de los Evangelios en lenguas extranjeras.

Quedé trastornado. Una Olga tan crecida me produjo felicidad y culpa.

Por fin llegaron los Evangelios en alemán, francés, italiano e inglés. Valiéndome de mis precarios conocimientos fui leyéndolos y comparándolos, versículo por versículo, para aprender cada uno de esos idiomas. El estudio era una pócima insuperable contra la depresión.

Seguían circulando los mensajes clandestinos en papeles doblados. Muchos contenían información del mundo. Supe de la guerra sudafricana, el affaire Dreyfus, los avances de la social-democracia alemana, las convulsiones en China. Se esparció

el rumor de que en Francia había tenido lugar otro golpe de Estado. Pero, ¿eran noticias nuevas o viejas? ¿Funcionaba el célebre cómputo del tiempo que había empezado en 1885? La prisión me había trasladado a otro planeta. Los carceleros eran mi único dato real. Iban y venían por los corredores con sus armas, bastones, látigos y cadenas.

Aún me resistía a entregar mi alma al materialismo dialéctico. El marxismo ya era otro de mis profundos amores pero, como a casi todos, lo hacía preceder por una firme resistencia. Primero debía ser su enemigo y luego pasar al otro extremo y convertirme en un amante demencial. De esa forma me había comportado con Alexandra y es probable que su inteligencia lo haya detectado, aunque no tuvimos ocasión de hablar sobre el asunto. Quizá no lo hablemos nunca, quizá mi destino sea pudrirme en la cárcel.

Moscú

La inmersión de Liova en textos religiosos acabó por despertar su curiosidad sobre algo tan alejado a nuestra formación como la masonería. La masonería ya era maldita para varias religiones y muchos poderes terrenales; él dedujo que, por lo tanto, algo interesante debía tener. Se le ocurrió poner a prueba el método marxista para investigar sus secretos. Tendría que lidiar con los mitos, calumnias y deformaciones que persiguen a esa corriente desde hace siglos. Y ensayaría cuán acertadas eran las premisas de Marx y Engels. Mintió al gendarme-teólogo diciéndole que se proponía aplastar a la diabólica organización y le pidió algo excepcional: un cuaderno de mil páginas. “¿Mil páginas?” “Sí, mil, porque a esa horrible secta no le dejaré nada en pie.” A la semana, un ayudante del oficial llamado Trotsky le entregó el voluminoso cuaderno. Le pareció muy eufónico ese apellido, máxime cuando su portador era un sujeto irrelevante. En ese momento no percibió que la palabra se había grabado en lo más profundo de su espíritu.

Empezó a llenar renglones con la diminuta letra de los miopes, o de los obsesivos, o de los que tienen que ahorrar espacio. Extraía información de los libros y revistas que ahora le llegaban con más generosidad y añadía sus propias ideas. Una vez terminado cada capítulo, lo copiaba en otro cuadernillo que obtenía de contrabando, para mandarlo a las celdas amigas con el ruego de una devolución crítica. Poco a poco desarrolló una voluminosa obra.

Cuando lo sacaron de la cárcel de Odesa para mandarlo a Moscú, el gendarme-teólogo intercedió para que le dejaran conservar su cuaderno. En Moscú el gobierno concentraba centenares de revoltosos antes de mandarlos a pudrirse en Siberia. Era la estación previa al infierno. Y ese cuaderno no iba a cambiar nada.

Mientras, el movimiento estudiantil evolucionaba hacia una insolencia inédita. Y como respuesta, el látigo de los cosacos zaristas amorataba las espaldas de los rebeldes. Los liberales publicaban manifiestos de protesta y la socialdemocracia tendía hilos hacia los obreros y sus agrupaciones aún informes. Crecía el número de detenidos. En las prisiones el descontento se hacía ruidoso. La revolución dejaba de

ser el sueño de los intelectuales pequeño-burgueses y ganaba la calle y los campos.

Liova, dentro de una columna de presos, fue empujado hacia un vagón del tren. En el interior los mantuvieron encadenados. No conformes, los vigilaban con sables y armas de fuego. Pese a la desfiguración que provocaba la vestimenta carcelaria y el abandono físico, Liova descubrió dos personas que le dieron un vuelco al corazón. En el otro extremo del coche estaba Víctor. Se levantó para estrecharlo en un abrazo, pero tres golpes de bastón en sus piernas lo devolvieron al asiento. Cayó rojo de cólera, pero descubrió otra presencia. Fui testigo de su turbación. Se le abrieron tanto los ojos que parecían atravesar los cristales de sus pesados lentes. Era una coincidencia inverosímil, más milagrosa que las de los folletines religiosos. Esa persona era yo.

Me comió con su mirada perpleja. Sentí un estremecimiento y empezamos a dibujar una sonrisa, casi un temblor de sonrisa. Liova ya había olvidado los golpes del bastón. Volvió a incorporarse para llegar a mi lado. También me incorporé. Varias manos nos sentaron con rudeza. Alcancé a ver que un par de gendarmes lo golpeaban a Liova en la frente con las culatas de sus revólveres. En desesperada respuesta le arrancó su sable al gendarme más cercano. Una lluvia de nuevos bastonazos lo hundió en el piso hasta hacerle perder la conciencia. Yo me puse a gritar: “¡Asesinos, asesinos!”

Los demás presos se sumaron. Entonces el escuadrón de vigilancia empezó a repartir más palos sobre cabezas, rodillas, brazos, vientres y hombros. La desbalanceada lucha duró unos minutos. Caímos aplastados, pateados, escupidos, ensangrentados. Algunos fuimos atados a los bancos. Un enfermero se ocupó de curar heridas con indiferencia al dolor y los quejidos.

Mi pelo se había soltado y me cubría la cara pegajosa de lágrimas. Vi que Liova se recuperaba de a poco frotándose la nuca; temí que le hubieran quebrado alguna vértebra. Su primer intento fue buscarme con la mirada. Pero no lo dejaron moverse. Me disparó tiernos mensajes con sus ojos hinchados de frustración. Noté que me acariciaba el rostro y sus pupilas hacían círculos en torno a mis labios. Yo le respondí como nunca lo había hecho antes. Nos sentíamos abrazados. Tan abrazados como en aquella lejana ocasión en la huerta de Franz. Los represores advirtieron nuestra impotente complicidad y soltaron carcajadas. Pero no olvidaron reforzar las ligaduras al asiento. Esa humillación adicional no impidió que de cuando en cuando pudiésemos vernos, parpadear, guiñar y balbucear nuestro amor. Un amor que ascendía mientras el tren cubría otra etapa en su descenso al espanto.

En Moscú nos esperaba un nutrido pelotón de relevo. Ya habían informado sobre nuestra peligrosidad y estaban armados como para combatir un ejército. Bajamos en fila. Nuestros pies se hundieron en la nieve antes de ser introducidos en carros herméticos. En el viaje no pudimos ver ni un trozo de ciudad ni la ciudad podía

vernos a nosotros. Recién se abrieron las puertas en el patio de la cárcel. Nos tironearon como si fuésemos animales. Algunos compañeros rengueaban y otros llevaban vendajes como resultado de los golpes. Liova tenía un intenso dolor de nuca y le costaba girar la cabeza, pero estaba contento de haber salvado por casualidad sus anteojos.

Los pasillos de las cárceles son siempre tétricos. La celda, sin embargo, aportaba una novedad: era grande y podía albergar hombres y mujeres. La luz apenas iluminaba la pared del fondo. En ángulos opuestos colgaban unas cortinas para que hiciéramos las necesidades con cierto decoro.

Enseguida nos buscamos con Liova. Nos apretamos ambas manos, nos contemplamos con éxtasis. Y nos fundimos en un abrazo. Más fuerte que el protagonizado en la huerta de Franz. Tan fuerte como el imaginado en el tren. Nos hurgamos los cabellos y la piel, que ahora tenían el olor del estoicismo. Apretamos nuestros cuerpos enflaquecidos por la desnutrición. Sentimos que aumentaba la fuerza del deseo. Nuestras bocas acariciaron las nuca, las mejillas y terminaron adhiriéndose en un beso largo y hambriento. Caímos de rodillas sobre los lechos de paja sin separar los labios, sin importarnos las miradas ajenas. Después nos sentamos apretándonos los hombros, mi cabeza sobre el cuello de Liova. Fantaseamos con la garganta reseca que nada podría separarnos en el futuro. Nos masajéabamos las espaldas y los hombros para convencernos de que no era un sueño, sino que estábamos juntos, juntos de verdad. Nos escondimos bajo las mantas roñosas y, con el máximo disimulo, hicimos el amor.

Víctor confesó más tarde que nos estuvo espiando lleno de envidia.

Los materiales que llegaban a la cárcel no alcanzaban a proporcionar una información suficiente, desde luego. Pero Liova podía discutir y escribir. Redactaba sobre sus rodillas o sobre mi espalda. Pese a los desacuerdos, o gracias a ellos, mi compañía le generaba inspiración. Produjo panfletos y artículos que conseguíamos hacer circular en las diversas celdas, como si fuesen explosivos. Algunos papeles llegaron a la calle. Una noche, tras disfrutar como locos nuestros cuerpos, tuvo la idea de establecer una imprenta en la prisión, ante las narices de los gendarmes. Transmitió su ocurrencia, que no fue apoyada por nadie. Murmuraron que el ardiente joven terminaría en un hospital de alienados. Como respuesta a semejante rechazo, aumentó su cantidad de escritos. Era un fenómeno de la naturaleza. “No estoy perdiendo la razón, sino que me rodean demasiados idiotas”, masculló.

Un preso fue llevado al patio y sometido a la pena del azote. Varios de sus compañeros, hombres y mujeres, fuimos obligados a presenciar la escena para que nos doblegase el pánico y lo contagiásemos a los demás reclusos. Yo cerraba los ojos y retorcí mis dedos ante cada uno de los golpes. Mientras, otros presos eran condenados a un encierro solitario, cuyos efectos Liova ya había experimentado en

Nikolaiev. Rojo de indignación, con frases exaltadas, nos incitó a efectuar una demostración de repudio. “¡Cómo!” Le salieron palabras venenosas, insultó nuestra pasividad, nuestra pequeñez. Dijo que merecíamos más látigo y más aislamiento por cobardes. Pidió que levantásemos la mano quienes lo acompañarían en su protesta. Yo lo hice enseguida, mientras el resto miraba el piso. “¡Dónde tienen los testículos!”, gritó.

Cuatro hombres y dos mujeres se adhirieron, al rato tres más, a continuación quince.

Cuando nos sacaron de la celda para realizar el paseo diario, Liova exigió al guardia que llamase al alcalde porque tenía algo urgente para decirle. El guardia lo miró asombrado, porque no se había quitado la gorra para hablarle. Los presos que habían levantado la mano formaron un círculo en torno al gendarme. “¡Quítese la gorra!”, ordenó.

“¡Llame al alcalde!!”, aulló Liova con un tono tan fuerte que debieron oírlo en el último ángulo del edificio.

“¡Quítese la gorra!”, repitió el gendarme haciendo sonar el seguro de su arma.

Liova caminó hacia sus ojos y, cuando llegó a dos pasos de distancia, sacó su reloj del raído bolsillo. Elevó su mentón. “Tiene dos minutos para llamarlo”, dijo mientras apretaba el botón con un majestuoso movimiento.

El guardia estuvo a punto de dispararle un tiro cuando ingresó corriendo el alcalde, seguido por un ruidoso cortejo de policías.

“¡Por qué no se quita la gorra!”, exclamó dirigiéndose a Liova, que estaba delante de su grupo con expresión desafiante.

Liova se acomodó los anteojos con estudiada parsimonia, repitió su tic de acariciarse la barbita y, acercándose al alto funcionario, murmuró con cinismo: “¿Por qué no se la quita usted?”

Cuatro gendarmes lo levantaron por los brazos y las piernas y lo condujeron hacia el interior navegando por el aire, mientras se retorció e insultaba. No lo llevaron a la celda, sino que fue arrojado a las tinieblas de un pozo.

“¡Sólo pide algo de clemencia!”, me adelanté furiosa al alcalde.

“¡Brutos! ¡Huliganes! ¡Algún día la pagarán!”, apoyaron otras voces.

Ingresó al trote una columna de bayonetas que nos hincó los hombros, los muslos, la espalda y fuimos empujados hacia el interior. Los gendarmes se dieron el gusto de escupirnos en la cara y reírse de nuestra impotencia. Terminaron por aplastarnos en el fondo de la celda y cerraron la puerta con los sarcásticos ruidos de llaves, pasadores y candados. Caímos al suelo, unos sobre otros, vencidos y acongojados. Presentí que a Liova le esperaba algo peor que el aislamiento.

Dos días después se supo que iba a ser fusilado.

Me paralicé. Lloraba y pedía auxilio a mis impotentes compañeros. Aullaba a

través de los barrotes, exigía que viniese un abogado. Fue inútil. Chirridos de cerrojos y golpes de aceros me arrancaban de una pesadilla para llevarme a otra peor. Órdenes cargadas de desprecio nos obligaron a ponernos en fila y recorrer el siniestro pasillo que desembocaba en el patio de las ejecuciones. Seríamos testigos de su asesinato. Nos abofeteó el aire de la madrugada. Era difícil ver las figuras entre los globos de niebla. Nos dispusieron alrededor de los muros, vigilados por uniformes armados. Yo temblaba. Me aturdían los disparos que dentro de unos minutos perforarían el cuerpo de Liova. Mi corazón disparaba alocado, y podía detenerse en seco. Me costaba respirar. Ruido de metales orientaron mis ojos hacia una arcada de piedra. De súbito vomitó una legión de soldados y, en medio de ellos, reconocí a Liova arrastrado por cuatro verdugos como una bolsa de basura. Lo llamé por su nombre, pero un planazo de espada casi me rompió los dientes. Mis compañeros me aferraron para contenerme. Liova se resistía a caminar, pero consiguieron llevarlo por el aire, pataleando, hasta el poste de la ejecución. Le pusieron la ropa de los ajusticiados y lo ataron con sogas. Se acercó un oficial para leerle la sentencia. Volví a gritar y un soldado me apuntó su bayoneta al centro de mis ojos. Liova me vio, hasta esbozó una sonrisa para darme ánimo. ¡Ánimo a mí!

Tras las torretas empezaba a resplandecer, con el primer rayo de luz, la bóveda dorada de la iglesia que lindaba con la prisión. Le ofrecieron venderle los ojos, pero rechazó esa clemencia. Se formó el pelotón de ajusticiamiento. Su vida iba a ser desangrada por balas anónimas. Sus ideales, su cultura y su sensibilidad se desparramarían en un charco rojo sobre la nieve. Un erguido oficial era el director de orquesta que lucía su experiencia con macabra precisión. Cuando estuvo por pronunciar la palabra decisiva, la que activa los gatillos, hizo silencio. Un silencio prolongado y sorprendente. El mundo quedó detenido. Luego ordenó que retrocediese el pelotón. ¡Que retrocediese! Y comunicó que la sentencia había sido conmutada. ¿Conmutada? Estuve al borde del desmayo. Quienes lo habían adherido al poste mortal se ocuparon de desatarlo y llevarlo de nuevo por el aire hasta su celda. Los demás prisioneros, descompuestos por el simulacro cruel, fuimos llevados al corredor y empujados como ratas.

Diez días más tarde trajeron de nuevo a Liova. Pretendía disimular, pero aún le quedaban las huellas de esa madrugada de horror.

8

Casamiento

Pasaban los meses, pasaban los años. Pasaron dos años y varios meses... El irresponsable de mi hijo sigue de prisión en prisión. Es lo que se había buscado. En varias ocasiones le aconsejé, rabioso, pero no me escuchaba. Desde que terminó sus estudios dejó de escucharme. ¡Pobre muchacho! ¿No recordaba que yo había escapado *del palio*? También él quería, como yo, escapar. Pero de otro *palio*. ¿Tal vez mi modelo de campesino bruto era su *palio*? Quiere cambiar el mundo. Es un soñador, un rebelde. ¡Un ingenuo! ¿Se puede cambiar el mundo? Muchos tratan de hacerlo. Se llaman revolucionarios, socialistas, anarquistas, sionistas. Hasta ahora no cambiaron nada.

Un telegrama me informó que en Moscú habían sellado su destino. Lo mandarían a Siberia, de donde no se vuelve, y si se vuelve, sólo llega un paquete de huesos. Ana le escribió desesperada. ¿Y qué contestó? Contestó para tranquilizarnos. Dijo que aprovechaba su tiempo de cárcel. ¿Cómo? Escribiendo. Dedicaba varias horas a llenar cuadernos. Uno de esos cuadernos acaba de ser publicado en Ginebra. No nos explicó de qué forma se las había arreglado para hacer llegar tan lejos sus papeles. Di un puñetazo sobre el almohadón del sofá: ¡Es inteligente, pero qué manera de perder el tiempo! Ana, curiosamente, se puso contenta. Su hijito ya era un autor de libros. Un escritor. Desde pequeño quiso ser escritor. Y ahora se cumplía ese sueño. ¡Pero bajo qué condiciones!, exploté. ¡Irás a Siberia! Muchos escritores sufren, contestó Ana mientras se secaba las lágrimas.

Después, cuando lo visitamos en Moscú antes de que partiese, contó al oído cómo mandó su libro a Ginebra. Había obtenido la complicidad de un gendarme enojado con el régimen, que llevó sus papeles fuera de la cárcel y los pasó a una cadena de amigos que llegaba hasta la frontera. Su librito no era una novela como las que leía Ana, sino una historia del movimiento obrero en Nikolaiev. ¿A quién podía interesar ese movimiento obrero?, pregunté decepcionado.

Había más. Estaba enamorado de una mujer seis años mayor. Se llama Alexandra. Lindo nombre y dicen que es muy hermosa, además. La conoció en la huerta del viejo

y degenerado checo, donde le metieron las ideas del diablo. Según Liova, Alexandra es la mujer más inteligente de Rusia. Debe serlo, porque lo convenció de seguir su camino negro. El camino de la revolución que terminará con su vida. Se reencontraron en el viaje de Odesa a Moscú. En Moscú los pusieron dentro de una celda colectiva. Ahí les entró otra locura: casarse. ¿Por qué? ¿Para qué?

—Para irnos juntos a Siberia.

—¡Y morir en Siberia!

—Por lo menos no morir solos.

A Liova le alcanzaban las fuerzas para burlarse. Se burló de mí al agregar que le trajese al rabino tartamudo para que efectuase la ceremonia. El mismo rabino que había convencido a los padres de Ana para dejarla casarse conmigo y ahora debía convencerme a mí de que su matrimonio era una maravilla. Le conté que ese rabino se había curado de la tartamudez porque... había muerto, y la muerte cura todos los males. También le dije que no aceptaría su casamiento con una mujer mayor, es algo que va contra las costumbres.

—¡Me casaré igual!

—No puedes —me burlé ahora yo de él— porque eres todavía menor de edad.

¿Y qué me dijo Liova? Que buscase otro rabino tartamudo, en Moscú debía haber varios.

—Son los que convencen más rápido —agregó.

—Por cansancio —dije.

—Por cansancio —aceptó.

Discutimos rejas de por medio. No te dejaré. Sí me dejarás. Eres un chiquilín. Eres un testarudo. Ana tampoco acepta. Mamá acepta, el que no acepta eres tú, porque pasaste lo mismo que yo ahora. No es lo mismo, a mí me despreciaban los padres de ella.

—A Alexandra la desprecia mi propio padre.

Ganó Liova. Y eso que soy duro. Al fin solté mi consentimiento. No hacía falta más. En la cárcel se efectuó la boda. Casi como había sido la mía, es decir triste y llena de malos presagios. Un rabino que no era tartamudo dirigió los ritos. Varios gendarmes vigilaron a los novios y al resto de la familia. Los padres de Alexandra ni siquiera se hicieron presentes. Seguro que estaban más escandalizados que yo por semejante casamiento. Pese al antisemitismo de los gendarmes, permitieron que se instalase el toldito de la *jupá*. El rabino habló y escribió el contrato matrimonial. Liova rompió el vaso de vidrio con un potente taconazo, como indica el ritual. Y con ese gesto furioso terminó la ceremonia.

Ana y mis dos hijas lloraron. Mi hijo mayor guardó silencio. Yo también guardé silencio. Liova besó a Alexandra. Todos nos abrazamos. Abracé a Alexandra porque ya era mi hija política. Miré a Ana diciéndole: es *nuestra* nuera. Liova me abrazó con

intensidad durante varios minutos. No sólo me agradecía. Expresaba más. Expresaba, estoy seguro, su amor hacia mí, un amor que ni yo ni él podíamos volcar en palabras. Además, era la única ocasión en que me podía abrazar porque no estábamos separados por las rejas.

Poco después fueron llevados a la estación de tren rumbo a Siberia. Rumbo a la muerte. La *Katorga*, como le dicen.

Cuarta etapa

El yermo

Siberia
(1899-1903)

1

Hacia el desierto blanco

Fue angustiante pasar de lo malo a lo peor. La cárcel de Moscú ya era familiar y hasta confortable, pero debimos cambiarla por otra enorme, una suerte de vacío cósmico: Siberia. Liova urdió una protesta que modificase semejante destino, porque aprovecharía el tumulto para darse a la fuga. No funcionó. Fuimos empujados con azotes, palos, cadenas y bayonetas a vehículos siniestros. Sin que pudiésemos ver siquiera la calle, nos trasladaron a la estación de trenes. Nos pusieron en fila, vigilados siempre, convertidos en una larga serpiente de hombres y mujeres zaparrastrosos que los vagones iban a engullir. Habían sacado los asientos, de modo que permanecimos de pie o acuclillados en el suelo. Se cerraron las puertas con golpes que perforaban el cráneo; tuvimos la impresión de ser animales conducidos al matadero. El silbato de los guardas fue seguido por el bramar de la locomotora. Varias sacudidas hacia adelante y hacia atrás nos hicieron golpear unos a otros como sandías. Poco a poco la velocidad en aumento redujo las asperezas del traqueteo.

Viajamos horas y horas, noches y días. Dejamos atrás la porción europea de Rusia, cruzamos los boscosos Urales y seguimos hacia la remota Irkutsk. El ritmo de las ruedas por momentos anesthesiaba y por momentos nos hacía tirar de los pelos. La comida y el agua eran escasas. Dormíamos con la cabeza sobre el hombro del vecino. No podíamos leer por falta de luz y suplíamos esa carencia repasando el contenido de libros que otro conocía. Nos preguntábamos: “¿Leíste tal obra?” “No.” “Trata de esto.” Y la desarrollábamos con el máximo detalle que permitía la memoria.

El viaje en el convulso tren ya quebraba las costillas. No terminaba nunca. La locomotora sólo se detenía para cargar montes de leña e insípidos alimentos.

Cuando nos acercamos al punto en que la impaciencia amenazaba con hacernos perder el juicio, el convoy llegó a la estación final. Los quejidos de las ruedas cambiaron de ritmo y se detuvieron con sacudidas chirriantes.

Nos hicieron bajar a un andén donde numerosos policías nos aguardaban con las bayonetas en posición de ataque. La locomotora aún lanzaba sus explosiones. Éramos criminales y éramos peligrosos, pese a estar en Siberia. Pero no habíamos alcanzado

aún su “profundidad”. El tren emprendería el retorno con otros pasajeros y animales de la región. Enseguida nos empujaron —siempre nos empujaban— a unos carros alineados en la calle. Con Liova nos apretábamos la mano, por si los planes del régimen incluían dividir nuestro destino. Viajamos por tierra hacia el río Lena, uno de los ríos más largos del mundo. Nos llevaron hacia un muelle estrecho y, antes de que pudiéramos ver dónde estábamos, los golpes de bastón y el silbido de los látigos nos metieron en una barcaza. Éramos tratados como bultos envenenados que debían desaparecer.

Nos ataron a los barrotes que contorneaban la nave. No teníamos más confort que el piso húmedo, en el que nos sentamos. Enseguida me llamó la atención el aspecto de los compañeros de viaje: gente vestida con túnicas blancas. Muy extraños. También los vigilaban, aunque su aspecto no revelaba asomo de agresividad.

Era otoño y la temperatura era aceptable durante el día. Los bordes del ancho río estaban flanqueados por árboles cuyas hojas se teñían de fucsia y amarillo. Entre sus ramas aún volaban los pájaros. Al atardecer refrescaba y por la noche soplaba el frío que preludiaba la rudeza del invierno siberiano. En el centro de la noche bajaba una temperatura de hielo y por las mañanas nuestros abrigos refulgían escarcha. Solíamos despertar en plena noche para hacer el amor bajo las mantas.

El aire de la mañana se impregnaba de un sol amable y brindaba una sensación que hacía evocar otros tiempos. Yo comprimía con mis dos manos la derecha de Liova: energizaba compartir la felicidad de seguir juntos. Él me miraba contento, porque empezaba a disfrutar la naturaleza; antes no la había valorado, pese a haber vivido en Iánovka. Las oscuras, infectas y malolientes prisiones le hicieron descubrir cuántas maravillas atesoran el cielo, el agua y la vegetación.

Navegamos semanas. La barcaza se deslizaba con bastante velocidad hacia el nordeste. Aumentaban las ráfagas con gotitas heladas. Contándonos libros pudimos olvidar durante horas la presencia de los gendarmes más aburridos que nosotros, pero siempre con las armas listas.

La gente vestida de blanco, que ocupaba un sector de la cubierta, pertenecía a una secta rara. Liova los reconoció enseguida. Había estudiado sectas y herejías en una de sus prisiones hasta convertirse en un experto sobre las locuras que organiza el hombre. Dijo: “Esta secta es muy desagradable”.

Exhibían un rostro angelical. Pero habían escogido el más cruel y absurdo de los senderos: castrarse. Castrarse, sí, eran eunucos por propia voluntad. Se llamaban *skoptsy* (autocastrados, precisamente). Se consideraban los seres más queridos por Dios, ya que su sacrificio extremo merecía el más extremo de los amores. Cantaban y danzaban ritmos melódicos, tranquilos, que alternaban con ritmos frenéticos. Giraban como los derviches, con los brazos abiertos, la palma izquierda mirando hacia abajo, hacia la mundanidad, y la derecha hacia arriba, hacia Dios. Giraban y

giraban como trompos en busca del éxtasis, sin fatiga, sin mareos, o transformaban la fatiga y el mareo en un abrazo angelical. Era una suerte de danza-meditación, ceremoniosa y alienante. Imitaban a los planetas que giran en torno al centro divino. Sus amplias túnicas se convertían en globos. Por momentos parecían desprenderse y tremolar como velas que intentan llegar al cielo y abofetearnos con el asombro. Las túnicas multiplicaban el efecto de su poder y aumentaban la preocupación de los gendarmes. Antes de desplomarse exhaustos cambiaban la coreografía y zapateaban en cuclillas, como los cosacos. Sus talones hacían vibrar la barcaza entera. Estaban seguros de que el espectáculo era imprescindible al jolgorio de Dios.

Los *skoptsy* se basaban en un capítulo del Evangelio según Mateo, cuyo número Liova había memorizado. Decía Mateo que ciertos eunucos son así concebidos en el vientre de su madre y otros son convertidos en castrados por el cuchillo de los opresores; pero hay quienes se transforman a sí mismos en eunucos para ganar el reino de Dios. Ese párrafo estaba inspirado en otro del profeta Isaías. Según Liova, ambos estaban sacados de contexto. “La locura pisotea cualquier lógica.” Pero la manipulación de textos y versículos alcanza para justificar las manifestaciones más ridículas. Me explicó que estos *skoptsy* llegaron a ser tan populares que hasta el Santo Sínodo debió condenarlos para evitar su crecimiento numérico. Por eso el régimen los persigue.

El fundador (que no se castró a sí mismo) fue un trastornado del siglo XVIII que pasó por la cárcel, el manicomio y también lo agasajaron en palacios donde se reunían muchos nobles para manifestarle su veneración. Casi convirtió al zar Alejandro I, lo cual hubiera inscripto una extravagancia excepcional en la historia de Rusia. El fundador vivió mucho, casi un siglo, y alternaba períodos de austeridad con orgías frenéticas. Hasta llegó a proclamarse “reencarnación de Cristo”.

El gobierno no se conformaba ya con mandarlos a Siberia, sino que procuraba exterminarlos mediante la dispersión. Por eso la barcaza se detenía en los precarios muelles o ángulos del río, para hacerlos bajar de a uno. Esperaban que muriesen de hambre, de soledad o masticados por los lobos.

El resto de los presos fuimos llevados más allá y tardamos otras dos semanas en arribar a la pequeña aldea de Usti-Kut. Estábamos en medio del desierto blanco. Terminaba el otoño y las garras del frío ya mostraban su filo mortal.

2

La Katorga

¡Pasamos nada menos que cuatro años de destierro en la provincia de Irkutsk! Mejor dicho, cuatro años los padecí yo solo, Alexandra debió quedarse mucho más. Fue horrible, porque la tuve que abandonar a ella y a nuestras dos hijitas. Ya hablaré sobre ese tormento.

La aldea de Usti-Kut, donde primero nos confinaron, estaba formada por unas cien chozas de madera, refugios apenas elementales. Nos asignaron la última, sobre el borde de la nada. Había un poco de bosque congelado y más abajo fluía el torrentoso Lena. En las inhospitalarias distancias del norte se explotaban minas de oro, donde los capataces deslomaban a la gente condenada a trabajos forzados. Es decir, podíamos haber terminado en algo peor aún. Sobre el río poderoso de vez en cuando ondulaban los reflejos de ese oro maldito. Era un reflejo marrón amarillento, con lágrimas de esclavos. Algunas versiones, no obstante, decían que las minas se habían agotado hacía tiempo y los reclusos murieron sin dejar rastros. Eran los brillos que los difuntos se esmeraban en mantener como denuncia.

Usti-Kut había conocido días de orgías salvajes, con saqueos y asesinatos, cuando por ella pasaban en trineo o lanchones los buscadores de oro. Pero ya estaba todo más tranquilo. Sólo quedaban activas las borracheras que tornaban más peligrosos a los policías y los escasos habitantes. De vez en cuando explotaba la desesperación por inyectar algo de alegría a tanto aislamiento. El vodka llegaba de forma clandestina, pero en esa latitud ya no importaba la legalidad.

Los patrones de nuestra cabaña estaban siempre ebrios, casi en estado de coma. La vida los había degradado a una compacta estupidez. Entraban cucarachas en busca de calor, y nuestros pies las hacían crujir al aplastarlas sin siquiera notarlas, porque tejían una alfombra. Era imposible exterminarlas a todas debido a su fantástica reproducción.

Al anochecer empezaba el festín de las polillas. Caían sobre la mesa, la cama, el rostro. Picaban con inquina. No hubieran bastado las muchas manos de la diosa Shiva para espantarlas. Ante esa plaga era imprescindible abandonar por unas horas la casa

y mantener abiertas las puertas y ventanas, pese a los treinta grados bajo cero. Después nos encerrábamos tiritando, pegados a la estufa.

En verano sufríamos una agresión distinta: las moscas. También virulentas. Moscas así no había visto en Ucrania. Formaban nubes que se lanzaban sobre uno empujadas por un fuelle. Había que defenderse con cualquier instrumento, trapos y golpes, antes de ser asesinado. Su hostilidad llegó al extremo de acosar y matar una vaca extraviada en el bosque, como se repetía de punta a punta en toda la aldea. Por eso debíamos llevar encima de la cara una red hecha con pelos de caballo embebidos en alquitrán. Y cubrírnos desde las manos y el cuello hasta los pies. Eso en el hermoso verano.

En cuanto al otoño y la primavera, no eran mejores. La lluvia implacable nos hacía desaparecer bajo capas de lodo. Así como en nuestro viaje por el Lena empecé a descubrir las maravillas de la naturaleza, los padecimientos de las cuatro estaciones en Usti-Kut me generaron un inextinguible rencor. Alexandra, firme en sus opiniones, seguía elogiando las cualidades de la naturaleza, pese a las polillas, las moscas, el barro, la nieve y el frío. Yo me acordaba de Iánovka, donde disfruté cosas que no equivalían a la naturaleza: el taller de Iván, las lecturas de mi madre, el juego de los huevos pintados, la aventura con el palomar, cabalgatas, viajes cortos. No le encontraba sentido, como hacía Alexandra, al consejo de poetas y novelistas de entregarme a la contemplación del cielo, los verdes y la lluvia. ¡Contemplar qué! ¡Admirar qué! Me enloquecían las picaduras y no podía dejar en paz mis manos en lucha perpetua contra la acometida de los insectos.

Por insistencia de Alexandra volví a estudiar las obras de Marx, que habían llegado de contrabando a la aldea y eran escondidas bajo cerrojo, pero con el guiño cómplice de los gendarmes. Ellos mismos las dejaban ingresar a cambio de algún dinero, así como permitían el flujo de alcohol y tabaco. Leía con una máscara de pelos de caballo cubriéndome la cara, una gorra sobre mi cabeza, guantes toscos y trapos que me cubrían todo resquicio corporal.

El aislamiento programado por la autocracia no pudo vencer la necesidad de comunicación entre los núcleos de desterrados. Los contactos crecían bajo sucesivas capas de hielo, las picaduras de los bichos y la vigilancia de los represores. Iban y venían mensajes que, en algunos casos parecían tratados teóricos. Sobraba el tiempo para escribir. Muchas de las encendidas cartas llegaban a destino, otras quedaban enterradas bajo el lodo o la nieve y algunas caían a las aguas del río que se encargaba de borrar las letras y convertir el papel precioso en indiferente materia orgánica.

La *Katorga*, formada por innumerables campos de concentración en apariencia abiertos, acogía criminales comunes y presos políticos, confundiéndolos adrede. Pretendían que se generase una degradación recíproca mediante peleas. Que las víctimas se destruyesen entre sí, como miserables gladiadores. Esa mezcla también

garantizaba que no se pudiesen unir para una sublevación, porque los criminales despreciaban a los políticos y los políticos a los criminales. Además, cada punto de ese macabro archipiélago estaba separado del próximo por distancias galácticas. La pena griega del ostracismo, considerada la más hiriente de las sanciones, había sido redescubierta por el zarismo. Denominé a esas aldeas “nidos de los olvidados”, y así lo escribí en una de mis cartas que ignoro si llegó a destino.

Conocí a Félix Dzerchinsky y otros jóvenes revolucionarios que llegaron unos meses después. Algunos, como Félix, harían historia. No me cayó bien desde el primer golpe de vista. Era desconfiado y hosco. Su negro y largo bigote bajaba por los costados de sus labios; semejava sucios colmillos de morsa y le aumentaba la expresión de repugnancia. A su frente la ampliaban hondas entradas laterales que brillaban con fulgor mortuario. En las noches de primavera, cuando la lluvia concedía una tregua, solíamos reunirnos en torno a una fogata para cantar y recitar poemas. Félix leyó un poema que había escrito en polaco. Su gesto y su voz sedujeron y hasta transmitió una tenue dicha que se resistía a manifestar en las conversaciones. Era hijo de un hacendado polaco nacido en Vilna. En su adolescencia decidió sublevarse contra una doble opresión: la del régimen y la de su familia. Yo no podía imaginar entonces que Félix llegaría a ser el creador de la *Chekha*, criminal policía de la flamante república soviética, más dura de lo que hubiéramos podido imaginar entonces. Ya en Siberia intentó matarme, porque le disgustó mi réplica a su deseo de pasar a cuchillo a toda la burguesía rusa. Era tan desmedido su odio que le bastó una ironía para encender su criminalidad. Dije que en lugar de Félix debía llamarse Guillotina Oxidada. Nuestro enfrentamiento se agudizó en la reunión siguiente. Entonces optó por mirarme con sangre en las pupilas y morderse los labios.

Una noche me siguió hasta mi choza. Esperó que me quedase solo y saltó sobre mi espalda. Abrazó mi cuello con el brazo izquierdo. Pude ver el resplandor de un puñal en su mano derecha y, antes de que llegase a mi garganta, se la aferré con desesperación. Rodamos sobre el barro. Toda mi fuerza se concentraba en su muñeca, para impedirle manejar el arma. No pude arrancársela y, entre puñetazos y patadas que tenían poco efecto por el espesor de los abrigos, nos enlodamos escupiendo insultos. Pudo soltarse e intentó clavarme el cuchillo en el abdomen. Lo esquivé y salí corriendo. Se me habían caído las gafas y tropecé con un tronco. Casi me desmayó el golpe. Félix aprovechó para volver a saltar sobre mí. Pude rodar a tiempo y la punta se hundió en el suelo. Divisé la luz de una ventana. Volé en esa dirección sin importarme quiénes estaban allí. Empujé la puerta y me introduje como un bólido. Había un conjunto de hombres y mujeres que quedaron paralizados por el asombro. Yo no podía hablar por la agitación. Corrí a un ángulo de la estancia y alcé un palo que parecía esperarme. La gente se levantó con susto y empezó a acercarse. Entonces les dije que un hombre armado intentaba asesinarme. Se asomaron con cautela. No

vieron a nadie. La noche se extendía con una quietud inusual. Me sirvieron té y, cuando pude recuperar el equilibrio, describí apenas a mi agresor, porque lo ocultaba su gorra y bufanda. Evité mencionar su nombre. No estaba seguro de que hubiera sido Félix. Ahora lo estoy.

Peligrosas migraciones

El gobernador de Irkutsk revelaba súbitos ataques de bondad y autorizaba de vez en cuando el traslado a otra aldea de su vasta región. Tal vez no era bondad, sino la certeza de que era imposible escapar de Siberia y podía entonces dejarnos ir de un sitio a otro, porque al fin y al cabo seguíamos en el mismo lugar. Era una suerte de engaño que lo divertía, porque él también necesitaba alguna diversión en ese maldito destino. Decidí aprovechar su gesto. Me había enterado por varias bocas de que convenía instalarnos a unos doscientos cincuenta kilómetros hacia el este, junto al río Ilim. Aunque me alejaba otro poco de Europa, allí vivían conocidos de Nikolaiev. Se trataba de unos populistas que, pese a haber hecho dinero, fueron igualmente desterrados. Pero su dinero les permitía una mejor comunicación con su ciudad de origen y hasta con San Petersburgo.

Alboreó cierta esperanza. Fuimos con Alexandra en un trineo arrastrado por media docena de perros, siempre vigilados por gendarmes aburridos. Hicimos el abrumador trayecto en cuatro días, envueltos por una montaña de pieles. De noche encendíamos una fogata, calentábamos té, sopa y asábamos pescados y conejos. Una vez cenamos el alce que un oficial derribó de un tiro. Decían que había lobos. Llegamos a la otra aldea, escondida entre las montañas que rodean al hermoso lago Baikal. Allí nos dejaron en una pequeña choza provista de más comodidades que las precarias de Usti-Kut.

—Empezamos bien —sonreí.

Y pudimos entregarnos a los placeres del sexo inmediatamente. En ese lugar, por razones que no logro descubrir, estábamos más excitados que nunca. Soplara el viento, cayese la lluvia, congelase el hielo o nos atacaran piojos y mosquitos, nuestros cuerpos se buscaban ansiosos por lo menos dos veces al día. Bajo una sábana en verano o bajo pieles en invierno, estallaba el placer de sentirnos juntos y cómplices.

Nos contaron que la aldea había crecido en los años recientes por la cantidad de deportados polacos que construían caminos para facilitar el acceso a la ciudad de

Irkutsk, sede de la gobernación regional. Ya circulaba un considerable tráfico de mercaderías y funcionaban dos sistemas postales, uno legal y otro clandestino. Habernos ubicado allí había sido una decisión sabia, coincidimos; un auténtico triunfo.

Lo mejor de todo fue conseguir ganarme el aprecio de un mercader rico y audaz, cuyos almacenes de pieles, tiendas con ropa y muchas tabernas bien provistas de alcohol estaban dispersos por una superficie tan grande como Bélgica y Holanda juntas. Era un señor feudal bruto y codicioso al que le habían volado el ojo izquierdo y la mitad de una oreja. Tenía sometidos a miles de tungusos que llamaba con desprecio “mis tungusitos”. No sabía siquiera escribir su nombre. Pero firmaba con un garabato que tenía la fuerza de un cetro real. En su foja pesaban muchas muertes, a las que nadie mencionaba por el nombre, sino que brillaban como credenciales de su poder imbatible. En el trato personal emitía seguridad, tenía voz grave y solía despedirme con un abrazo que me estremecía. Le gustó que yo fuese rápido para los cálculos, que nunca hubiese cometido un error y jamás le hubiese robado un kopek.

Su paga se tornó generosa. Pude ahorrar dinero y financiar el franqueo de los artículos que empecé a escribir sin cesar. Los mandaba a diversas organizaciones revolucionarias. Sentía que había regresado al campo de batalla. Mi cerebro se volvió más caliente que el agua de las locomotoras a vapor. Pero de vez en cuando evocaba los idílicos tiempos de mi adolescencia. El repaso de antiguas aventuras me inspiraba. Miradas con superficialidad, no tenían relación. Pero esas experiencias nutrían el comienzo, el desarrollo y el fin de casi todos mis textos. Iánovka, Bobrinez, Elizavetgrad, Odesa y Nikolaiev se mantenían rozagantes en mi corazón como las flores de un invernadero.

Hasta que por fin, desgraciadamente, el gobernador fue llamado al orden desde la capital. Exigió que regresáramos al caserío de Usti-Kut después de permanecer más de dos años cerca del lago Baikal. Sufríamos por entonces un invierno terrible. Sasha, el rústico siberiano que nos condujo de vuelta, arrancaba con sus manos enguantadas los carámbanos que colgaban del hocico de los caballos, para que no bloqueasen su respiración. Llevábamos sobre nuestro regazo la niña de diez meses que nos había nacido sana y rozagante. Alexandra había estudiado obstetricia en Nikolaiev y dirigió su propio parto dando instrucciones a las mujeres que la ayudaban. Yo nunca había asistido a un parto y creo que pocos tienen la oportunidad de asistir a un alumbramiento tan extraño: la futura madre lanzaba gritos de dolor, pujaba con fuerza y, en las pausas, tenía aliento para indicar a sus ayudantes qué debían hacer.

La crianza no presentó dificultades. Alexandra estaba feliz y yo asustado. No creía posible que sobreviviese a las inclemencias siberianas.

—La gente sobrevive —respondió mi valiente mujer mientras amamantaba.

El poderoso mercader nos proveyó comida y abrigos como pago adicional a mis

tareas contables. Pese a su brutalidad, era un hombre agradecido. Con Alexandra nos reíamos de nuestra propia hipocresía: había estado al servicio de un explotador artero e infame.

En el traslado a Usti-Kut procuramos que el frío no llegase ni siquiera a las mejillas de nuestra hijita. Alexandra inventó una especie de chimenea mediante un tubo que le instaló encima de la boca, por entre las pieles. Era la única forma de mantenerla aislada del hielo. En ese viaje no nos acompañaron gendarmes, pese a que era un trayecto que cualquier recluso tomaría con placer, puesto que lo acercaba a Europa. Negruzcos y densos bosques de abetos descendían hasta las márgenes de los ríos helados. El viento despojaba a sus copas de los mantos de escarcha y les otorgaban el aspecto de pirámides vivas, amenazantes. En medio de esa desolación Sasha descubría mínimos caseríos, donde rogábamos la hospitalidad que nunca era negada. Esa vida era una escuela de imprescindibles gestos solidarios. Instalábamos a la diminuta Elizabeta en un mueble cercano a la estufa y la desenvolvíamos con extremo cuidado. En esa operación, que Alexandra realizaba con pericia, yo miraba ansioso, temiendo que ya no respirase. Nuestro conductor compraba provisiones y cargaba leña para el resto de la travesía.

El aliento se congelaba al salir de los hocicos de los animales y se adhería a las crines. Nuestro trineo constaba de patines largos. En la parte delantera se doblaban hacia arriba. Fuera del ruido del galope, imperaba el silencio. Cuando la luz del día empezaba a desaparecer, se escuchaban gritos lejanos que cortaban el aire.

—Son lobos —maldijo Sasha crujiendo los pocos dientes que le quedaban.

Uno de esos quejidos se dilató por varios minutos, ascendió hasta alcanzar un alto timbre y se mantuvo desafiante. Con Alexandra cruzamos una mirada de terror. Luego vino otro grito, también taladrante. Sasha extrajo el rifle de entre unas mantas enrolladas. No había señal de otra vida que los pinos. Teníamos que detenernos a prender una fogata.

—El fuego nos protegerá —quiso tranquilizarnos. Mientras calentábamos agua en las llamas generosas y crepitantes pude distinguir brillos en la oscuridad.

—No son estrellas —suspiró escupiéndolo a un costado—. Son lobos.

—¿Atacarán?

—No mientras haya fuego. Y un disparo los ahuyentará enseguida. Pero son varios. Tienen hambre, siempre tienen hambre.

El círculo de ojos encendidos se iba estrechando en torno a la fogata. Pese a la oscuridad, reconocí bultos que se movían. Los caballos estaban más nerviosos que nosotros y se apretaban entre ellos. Confieso que me costó dormir, aunque caí exhausto a las pocas horas. Después le dije a Sasha que yo me haría cargo del rifle mientras él se permitía una cabeceada.

En el perezoso amanecer la fogata había disminuido su fuerza, pese a las ramas de

abeto que los tres arrojábamos cada tanto. El círculo de lobos se había acercado demasiado. Entonces el conductor se hizo cargo del rifle, apuntó y estremeció la planicie con un estampido. Oímos el prolongado quejido de la víctima. Sus compañeros emprendieron la fuga.

—Es el momento de ensillar y seguir viaje —dijo.

En unos días terminamos de recorrer los doscientos cincuenta kilómetros que separaban el punto de partida con el de llegada, sin sufrir más accidentes que el temor de un asalto por parte de una legión de colmillos. De vez en cuando se nos volvió a aproximar el aullido famélico de la jauría. Yo entonces empuñaba el látigo, con la esperanza de que fuese un arma tan eficaz como la que había usado Iván en Iánovka, por si no alcanzaba con las balas del rifle.

Al llegar por fin a Usti-Kut fuimos a la misma choza ubicada al término de la aldea, en el límite con la nada. Sus dueños seguían borrachos. Nos reconocieron, sin embargo, y festejaron con gritos a nuestra hijita. Advertimos cuán miserable era esa vivienda en comparación con la que debimos abandonar. Supuse que nos abatiría la estrechez. Pero evitamos conversar sobre esos miedos. Era mejor negarlos y tratar de hallar alguna solución. Me tomé el trabajo de escribir dos veces por semana al gobernador con tenacidad, aunque mis cartas fuesen arrojadas a la estufa sin haber sido abiertas. Le rogaba misericordia por una recién nacida y hasta le mandaba poemas inspirados en los colores de Iánovka. Seguro que también necesitaba algo de tibieza esteparia para escapar del frío asesino de Siberia. Mis poemas contenían tramos cómicos y otros románticos. Deberían mejorarle el humor. Y así fue.

Pasados algunos meses tuvo otro gesto de bondad y autorizó que nos trasladásemos más al sur, a Werjolensk.

En esa localidad la aristocracia del destierro estaba constituida por los viejos *narodniki*. Los marxistas formaban un grupo aparte, nuevo y más reducido. Por aquella época empezaron a llegar los primeros obreros condenados por delito de huelga; habían sido elegidos al azar y muchos no sabían leer ni escribir. Alexandra sentenció:

—Para estos obreros el exilio será una escuela.

Faltaba decir que era una escuela sui generis. Las diferencias de opinión llevaban a énfasis que terminaban a los golpes. También los conflictos íntimos y hasta los sentimentales incrementaban su intensidad. A menudo se llegaba a la tentación del crimen. Y los hubo. También algo más triste: los suicidios. No pasaba un mes sin uno o dos cadáveres con las venas cortadas o una horca en la viga del techo.

En Werjolensk decidimos turnarnos para vigilar a un talentoso y desesperado estudiante de Kiev, que demostró ser un erudito en literatura clásica. Un día vi brillar encima de su mesa unos pedazos de metal; luego supe que había estado torneando balas de plomo para su escopeta de caza. No lo pudimos evitar. Al menor descuido de

sus devotos guardianes apoyó el cañón contra su pecho y apretó el gatillo con un dedo del pie. Fue sentido como un gran fracaso. Esa muerte nos aplastó. Llevamos el rústico ataúd fabricado con las maderas del bosque local y lo depositamos al borde de la fosa, en lo alto de una colina. Queríamos despedirlo con algún rito o un discurso. No hubo rito, nadie era sacerdote y casi nadie ya confiaba en Dios. Tampoco se adelantó uno solo para pronunciar el discurso de circunstancias, porque los prisioneros habíamos aprendido que en esa ocasión las palabras suelen ser falsas. Todos los discursos ante una tumba abierta derraman elogios que se escamotean en vida y pueden ofender al muerto. Alrededor lloraban las tumbas de otros suicidas. Lo enterramos en silencio. Fue el entierro más agobiante de mis años en Siberia.

Aprendí que para soportar el ostracismo, mejor que el vodka y la queja, es el trabajo intelectual. Tuve que reconocer ante Alexandra que sus amigos marxistas eran los que más trabajaban teóricamente y, por eso, aguardaban con mayor esperanza la llegada del cambio.

—Esperan al Mesías —la agredí.

Ella contestó serena.

—No, al Mesías no: a los *tiempos* mesiánicos.

—¡Ah!

Puedo reconocer que en Werjolensk empecé a levantar vuelo. Mis alas se conectaron con un periódico de Irkutsk llamado *Revista Oriental*. Era una publicación provinciana creada por viejos *narodniki*. Pero de forma subrepticia los marxistas infiltraban sus páginas. No les faltaba osadía a esos muchachos. En mi corazón volvió a encenderse el anhelo de publicar y enviaba cartas conceptuosas hasta que apareció la primera. Animado por el éxito, escribí ensayos breves y algunas críticas literarias. Apenas revisados, los mandaba para su publicación. Los editores tuvieron la cortesía de avisarme que no imprimirían todos mis textos, sino algunas colaboraciones breves. Bailé feliz con mi pequeña en brazos. También me sugerían utilizar un seudónimo para evitar la censura. No se me había ocurrido tomar antes esa precaución. Comenzó entonces mi etapa de sucesivos seudónimos. Para encontrar alguno eficiente abrí al azar un diccionario italiano. Di con la palabra “antídoto”. Me acompañaba la fortuna, porque era el que necesitaba. En el acto había advertido que podía dividirlo en dos palabras: mi apellido “Oto” y mi nombre “Antid”. Fue tan perfecto el hallazgo que durante años firmé incontables artículos con el seudónimo Antid Oto.

Quise provocar la sonrisa de Alexandra y le expliqué mi objetivo de verter sutil contraveneno marxista, para acabar con la ponzoña de sus calumniadores.

—¿Apoyarás al marxismo de una santa vez? —preguntó.

—Sí, pero no de forma directa, sino con metáforas y comparaciones exóticas.

—Exóticas... Podrías agregar un poema bucólico, o algún chiste.

—¿Sabes? No es mala idea.

Cuando menos lo esperaba *Revista Oriental* ofreció pagarme tres kopeks por línea. No era mucho, pero ¿qué mejor muestra de reconocimiento? Mis artículos aumentaron en variedad y cantidad. Para seducir al lector hacía frecuentes referencias a los nombres más leídos: Ibsen, Hauptmann, Dostoievski, Nietzsche, Tolstoi, Maupassant, Zola, Andreiev, Flaubert, Gorki. Pasaba las noches puliendo línea por línea con la obsesión de un orfebre. Citar a esos escritores me hacía sentir parte de una familia gloriosa. De vez en cuando introducía una reflexión proveniente del materialismo dialéctico. A pesar de mi obstinada resistencia a ciertos postulados, Marx y Engels estaban ganando mi corazón.

—Reconozco que escriben como científicos —confesé a la suspicaz Alexandra—. Quieren llegar al fondo; su metodología es árida, pero seria.

Había advertido que se podía utilizar el materialismo dialéctico para descifrar muchos jeroglíficos desde un ángulo novedoso, incluidos el amor, la muerte, la amistad, el pesimismo. Porque el hombre ama, odia o espera de distinta forma según la época y las condiciones en que se mueve. Así como el árbol nutre a las hojas por medio de las raíces hundidas en la tierra, la personalidad humana extrae de los fundamentos económicos el alimento de sus ideas y emociones.

Testimonio enamorado

Lo contemplaba dormido, con un mechón de pelo cubriéndole la frente. Su respiración apenas movía ese mechón. Se lo corrí hacia el matorral de su cabellera bronceada, como una caricia. Me gustaban sus pómulos fuertes, su insolente nariz, los labios rosados que podían enloquecerme. Seguro que soñaba, era una máquina que jamás se detenía. A veces me contaba sus oníricas peripecias, que incluían debates, nostalgias esteparias y una intensa ternura hacia los animales. En sueños recordaba largos párrafos de sus lecturas, en especial las que serían objeto de un próximo comentario; su memoria era excepcional, incluso dormido. Ciertas noches se agitaba y se refería a los monstruosos profesores del Instituto, a la turba que en Bobrinez quiso matar a la hija de un ladrón de caballos, a una legión de ciegos sobre el horizonte. Cuando lo agitaba una pesadilla, le besaba la boca hasta despertarlo. A veces instalábamos a la beba entre nosotros, para darle más calor, a veces teníamos necesidad de prolongar durante casi toda la noche nuestro abrazo en la cama y la ponía de mi lado, protegiéndola con un alto almohadón para que no resbalase al suelo.

El marxismo se iba convirtiendo en una moda dentro de Rusia. ¿Se trataba de un fenómeno pasajero? También los críticos europeos del marxismo encontraban gran mercado en Rusia. El revisionista Eduard Bernstein fue uno de los más conocidos. Liova lo había elogiado para llevarme la contra. Sostenía que Bernstein tenía razón al afirmar que Marx había errado algunos pronósticos, “porque los obreros empiezan a vivir mejor que antes; avanza una legislación social progresista y más humana; las clases sociales se tornan más complejas y permeables de lo que Marx ha descrito”. Bernstein sostenía que en lugar de una revolución, había que luchar por una evolución sostenida; los grandes cambios son graduales, no súbitos. Los cambios súbitos explotan con gran estruendo, pero no duran. También decía que el sufragio universal aumentaba el poder de las masas sin necesidad de verter sangre. ¡Las masas adquieren protagonismo político!, afirmaba exaltado.

Debatimos mucho la puja entre marxismo y revisionismo. Yo consideraba que el

revisiónismo sólo servía para confundir y demorar la revolución, no era aliado de un cambio real. Liova quizá pensaba lo mismo, pero se divertía apoyando el revisionismo para llevarme la contra, como en la huerta. Por momentos parecía más Bernstein que Bernstein. Era su forma de enojarme y hacer que lo amase con más furia. También le encantaba criticar a Marx, dejando a un lado la admiración creciente que sentía por sus trabajos. Lo criticaba a partir de los más irrelevantes datos que cayesen en su poder. Por ejemplo, no haber visitado una sola fábrica en su vida, ni siquiera la de su amigo Engels. Y yo lo refutaba diciendo que para una cabeza como la de Marx no hacía falta ver una fábrica por dentro, así como un buen médico no necesita despanzurrar a un paciente para diagnosticar qué pasa en su interior. “¡Fue un pequeño-burgués resentido!”, contestaba.

Pasábamos horas para determinar si era mejor la revolución inglesa o la francesa. Yo decía que la francesa, y él me tendía su índice acusador: “¡También eres resentida, te gustan las decapitaciones, el griterío de los fanáticos y la purga de los aristócratas!” “¡Sí, por eso mismo!”, le respondía antes de enredarnos en un beso que terminaba en la cama.

Llegó a Werjolensk un maestro de escuela que habíamos conocido en la cárcel de Moscú. Era solitario y severo. Amaba el anarquismo y sentía una especial predilección por los presos por delitos comunes. Decía que los delincuentes son los mejores revolucionarios, pero a su manera. Coleccionaba historias de robos y crímenes. “¡Purificarán la humanidad!”, exclamaba. En una de las polémicas que se iba a convertir en una batalla a garrotazos, Liova le preguntó cómo el anarquismo, en su más limpia expresión, organizaría y controlaría el sistema de los ferrocarriles, por ejemplo. El maestro dudó un instante y espetó: “¿Para qué diablos necesitare y viajar en tren si triunfa el anarquismo?” Todos nos rascamos la cabeza, algunos rieron y el hombre tuvo ganas de romperle la cara a Liova.

En la época de las grandes inundaciones a ese maestro, borracho, se le ocurrió cruzar el Lena en una barca. El río embravecido arrastraba pedazos de árboles. No obstante, Liova se entusiasmó con la aventura: hacerlo con un borracho en esas circunstancias lo devolvía a las peripecias de Iánovka. Entre grandes remolinos flotaban cadáveres de animales. La piel de algunos sería útil, murmuró, como si fuese de caza. Yo me cansé de rogarle que no se arriesgara con semejante locura. Fue inútil. Será un sacrificio absurdo, le insistí al verlo trepar al bote. Yo sostenía a nuestra niña en brazos y me mordía las uñas. La excursión fue una lucha despiadada de los remos contra la corriente. Penosamente llegaron hasta la otra orilla y emprendieron el regreso, que fue más ímprobo, porque las aguas insistían en alejarlo de nuestra costa. Al volver agotados, el maestro ablandó su ceño y rindió un teatral homenaje a Liova: “¡Eres un camarada excepcional!” Mejoraron sus relaciones, pero ninguno volvió a mencionar el tema de los ferrocarriles.

Poco después llegó una orden para que el anarquista fuera desplazado hacia el norte. Lo querían lejos y bien congelado. Supimos que en el trayecto volvió a defender sus ideas y terminó con una puñalada en el hombro. Perdió sangre, pero consiguió recuperarse. Nos llegó la noticia de que aún vendado, disculpó a su agresor. Dijo que el intento de crimen se justificaba porque era una denuncia contra la opresión del Estado. Nadie pudo convencerlo de que ese sujeto no era el Estado. Ni de que la matanza de inocentes jamás liberaría al mundo. No sé cómo terminó, pero lo más probable es que con su carne se hayan indigestado algunos lobos. Miré a Liova dormido y, pese a mi simpatía por ese anarquista, me alivió saber que no regresaría jamás.

Planes de fuga

Ya teníamos dos hijas nacidas en el exilio de Siberia. Alexandra las cuidaba con más atención de la que ponía en los debates políticos; su instinto maternal demostraba más fuerza que su pasión política. No sólo les cosía ropa con trapos y pieles recogidos entre los vecinos de la aldea, sino que las estimulaba durante horas con juegos y canciones. Alexandra tiene una voz muy melodiosa. Es la voz de la nostalgia campesina, de los sentimientos hondos. Su virtud me hacía recordar a mi propia madre, que no desarrolló su talento artístico por unirse a papá. Papá era rudo. Heredé algo de ambos. Yo la miraba de reajo, entusiasmado por la sonrisa que provocaba en nuestras criaturas, y no sabía cómo agradecerle.

No era un padre completamente ausente sólo porque no tenía adónde ir. Pero me alejaba hacia el interior de lecturas o la carrera de mis artículos, que me tenían ocupado desde la mañana a la noche. Estaba junto a tres mujeres mientras mi espíritu navegaba lejos. Desde adolescente quise convertirme en escritor y lo estaba consiguiendo en esa región inhóspita. Como a mi padre, me interesaban mis hijas, desde luego, y no permitiría que sufriesen. Pero mi obsesión era el trabajo. De vez en cuando abandonaba la pluma, atraído por las iniciativas de Alexandra, que bailaba en el pequeño cuarto delante de las criaturas, les hacía morisquetas, imitaba ruidos, las peinaba y besaba.

—No es para mí —decía mi consoladora mala conciencia.

Entonces la ayudaba a cambiarlas, vestirlas y darles de comer. Pero lo hacía con más sentido del deber que de la diversión. Sólo se me ocurría hacerles cosquillas para provocar sus carcajadas.

Mi esposa decía admirar mis escritos, a los que consideraba cada vez más fogosos. Yo la retribuía diciendo que nadie merecía más admiración que ella: me había introducido en el buen camino de la política, me acompañaba en el destierro, me daba ánimo cuando la vida se tornaba insoportable, me ayudaba a convertirme en un ser más sociable, cargó dos embarazos y se dedicaba a la crianza. En mis sucesivas prisiones aprendí a domesticar la soledad, pero con ella aprendí a no

soltarle la mano a la esperanza.

Faltaba la sorpresa mayor.

El deterioro del régimen autocrático lo llevaba a tomar medidas cada vez más torpes. Recibimos noticias increíbles. Una informaba que en febrero de 1901 el amado y popular escritor León Tolstoi fue excomulgado por el Santo Sínodo de la Iglesia Ortodoxa con la entusiasta venia del Zar. Todos los diarios reprodujeron el absurdo decreto. Se lo acusaba de seis crímenes: “Negar la persona del Dios vivo, entronizado en la Santísima Trinidad”, “Negar a Cristo, Hijo del Hombre, resucitado de entre los muertos”, “Negar la Inmaculada Concepción y la virginidad de María antes y después del parto”, “Negar la resurrección después de la muerte y el juicio final”, “Negar la virtud y la gracia del Espíritu Santo” y “Profanar el misterio de la Santa Eucaristía”. Los metropolitanos brutos y seniles consideraban que el célebre escritor sufría la misma enfermedad que los revolucionarios condenados a perecer en Siberia.

El zarismo crujía. Los estudiantes rompían máscaras y atizaban la hoguera. Acuciados por la impaciencia, pronunciaban sus discursos en las mismas aulas, cosa que poco antes era inconcebible. Aumentaba el número y la intensidad de las huelgas. Muchos intelectuales elevaban su voz para expresar el descontento nacional. Las bombas terroristas parecían un trompetazo de la revolución. Sin embargo, aún no había llegado su hora y por eso rechacé el terrorismo como estérilmente sanguinario y contraproducente. Tras algunas vacilaciones, la mayoría de los marxistas se declararon enemigos de sus métodos. Dije en un artículo que “la acción química de los explosivos no puede suplantar la fuerza de las masas”. Yo empezaba a idolatrar a las masas, sin advertir que a menudo son irracionales. Decía entonces, con buen criterio, que el terrorismo generará una lucha heroica, pero sin beneficios para los campesinos y los obreros.

—Nuestra gran misión no se limita a perforar el pecho de ministros y hasta el de un determinado Zar, sino cambiar el sistema.

El genuino movimiento revolucionario salía poco a poco de las catacumbas y se derramaba sobre las calles. Hasta en Siberia se formaban a lo largo de la línea ferroviaria o el cauce de los ríos pequeñas organizaciones socialdemócratas que recibían proclamas y manifiestos mientras mis hijas jugaban con Alexandra.

Los desterrados que ya no soportábamos seguir enterrados en el exilio empezamos a explorar rutas de huida. Cada cual armaba su proyecto y aguardaba el turno. Supimos que por una paga en efectivo o algunas botellas de vodka, ciertos aldeanos se convertían en cómplices. Habían adquirido la habilidad de trasladar presos en barcazas, trineos y carros por sendas que desconocían los gendarmes. Nombres y direcciones pasaban de uno a otro con voz susurrante. Ante el fenómeno, que recién empezaba, la policía se doblegaba impotente: prefería ocultar el número de

fugados para que no se castigase su incapacidad. Es claro que las fabulosas distancias constituían un inconveniente y proporcionaban un beneficio. Esa contradicción era fácil de entender. El inconveniente consistía en morir bajo la hostilidad del clima o devorado por los lobos. El beneficio era llegar a una posta, pasar a la siguiente, y la siguiente, hasta brincar hacia la libertad.

Con Alexandra analizamos una y otra vez los capilares de huida. Pero el trayecto no sería soportado por nuestras hijitas, ni siquiera con tubos que hicieran de chimenea entre las pieles. Estudiamos diez opciones posibles, analizamos dos mapas, inventamos quince trayectorias. Al final los papeles borroneados terminaban en las llamas de la estufa. Debíamos esperar aún, quizás a la primavera impregnada de lodo e invadida por las crecientes del deshielo, quizás al verano ensombrecido por los enjambres de insectos. La realidad informaba que entre los deseos y las posibilidades existía un abismo.

En esos días escribí que se debía crear un partido centralizado. Mi texto circuló por las aldeas. Era notable cómo se había energizado la siniestra *Katorga* por acción de numerosos prisioneros y cómo nuestros escritos alcanzaban bastante difusión.

En el verano de 1902 recibí unos volúmenes apolíticos que me sorprendieron por la calidad de sus tapas. Bajo la cuerina, en papel finísimo, llegaban escondidas las últimas publicaciones de los emigrados rusos en Europa. Por esas hojas supe que se había fundado en el extranjero un periódico marxista llamado *Iskra* (Chispa), cuya misión era servir de órgano central a los revolucionarios profesionales. Sonreí ante la concreción de mi sueño. El envío incluía la obra de un tal Lenin que acababa de publicar en Ginebra bajo un título oportuno: *¿Qué hacer?*

Alexandra lo devoró. No tardó en confesar que, por su estilo, Lenin era diferente a los demás: conciso y con la mirada puesta en el futuro.

—¡Es un genio! —agregó.

Me dio envidia y dolió un poco. Con ese libro en la mano me miró fijo.

—Tienes que huir.

—Sí, claro. *Tenemos* que huir. Pero, ¿cuándo? ¿Cómo?

—Debes reunirte con Lenin.

Callé, perplejo. Enseguida tartamudeé preguntas.

—¿Yo solo?... ¿Dejarte? ¿Dejar a las niñas?

—Sí —me abrazó—. Aquí pierdes el tiempo. Tu trabajo no rinde.

Se separó para seguir mirándome y su alma penetraba en mi alma. Pero sus palabras carecían de sentido.

—¿Estás borracha?

—Liova, tu talento da para más. Vegetamos en un pozo, tu acción no llega adonde debe llegar.

—Sin ti no me muevo.

—Tenemos una causa, querido. Siberia no ayuda.

—Tu talento no es menor al mío. O fugamos juntos o nos quedamos juntos.

—Ahora soy madre y no puedo irme. Sabes que no puedo. Tú lo harás. Los deberes revolucionarios son más importantes que nuestras necesidades personales, bastante mezquinas.

—No son mezquinas...

La menor de las dos niñas estaba por cumplir cuatro meses. Argumenté que, sin mi compañía, aumentarían sus dificultades. Ella respondía que las iba a poder soportar mejor sabiendo que ambos, cada uno desde su lugar, contribuía de un modo más eficiente a la revolución. Seguía siendo tan revolucionaria como buena madre, yo me había equivocado al suponer que una pasión superaba a la otra. Insistí en refutarla.

—La cuota del sacrificio no será pareja.

Ella respondía que en esos asuntos no cabe un balance perfecto.

—¿Quién puede medir las cuotas del sacrificio?

Polemizamos durante varios días, con intervalos tensos. Y volvíamos a polemizar. Finalmente ella se impuso. En las jornadas siguientes me iba a caminar solo, y lloraba. Volví a sentirme el niño asustado que solía refugiarse en el sofá de Iánovka para derramar su desconsuelo.

6

Abandono del hogar

Se acercaba el otoño, mala época para emprender la huida. O tan mala como las demás épocas, claro. En otoño los caminos se hacían intransitables por el barro mezclado con nieve. Le dije a Liova, sin embargo, que partiese cuanto antes. Si esperaba que mejorasen los caminos, empeoraría la persecución de los gendarmes.

Mientras él escribía y las niñas dormían, me dediqué a sobornar policías con la más hábil de mis artes: contar cuentos. Y hasta aceptar sus abusos. Me duele recordarlos. Nunca se enterará Liova sobre los niveles de asco a los que me sometí para facilitar su fuga. Lógica y urgente. Nunca sabrá que ofrecí mi mejilla, mis labios, mis pechos y mi cuerpo para conseguir los favores que necesitaba. Mi cuerpo, sí. Me aplasta la vergüenza. Pero no había un recurso mejor.

Desde San Petersburgo llegaban advertencias sobre los castigos que se aplicarían a los agentes que parecieran distraídos ante esas fugas. Era obvio que los agentes despreciaban a los exiliados, pero la soledad y las privaciones los habían corrompido. Los prisioneros solían proporcionar algo de dinero, algo de vodka, algo de sexo. Desde las centrales querían aumentar los controles y la intolerancia. Todas las cartas eran abiertas sin excepción y muchas terminaban en el fuego sin que sus destinatarios se enterasen. Fue justamente para que los imprescindibles mensajes de Liova llegaran a destino que me humillé. Esas cartas anunciaban su arribo e imploraban un fuerte respaldo logístico.

Escribía epístolas cifradas, por supuesto, que debían atravesar el más compacto de los muros: las autoridades de Werjolensk. A esas autoridades y su círculo de genuflexos me puse a seducir. Los mensajes tenían que llegar a Irkutsk, era el primer paso; y de allí saltar sucesivas postas. Exigía que lo esperasen con buena ropa, con dinero y con documentos falsos. Contaba sobre sus luchas y exageraba sus méritos. Sobre varias de esas misivas Liova ni tuvo noticias.

Mi marido escuchó sobre un aldeano que había sacado de la aldea a otro recluso. Tras varios golpes de vodka en calidad de prólogo, pudo convencerlo de repetir la hazaña. El hombre, en su media lengua siberiana, confesó temer que acabaría

fusilado. Se llamaba Yuri. Liova le dijo: “Yuri, estoy dispuesto a partir esta misma noche, o mañana a la noche, pero no esperemos una semana”. El hombre se metió el índice en la nariz para extraerse un moco endurecido, lo miró, sopló, y dijo que estaba bien. Estaba bien significaba conformidad con el pago que le había propuesto Liova con lo ahorrado durante sus trabajos para aquel feroz y pícaro dueño de “tungusitos”. Le alcanzaba para este soborno, para otros futuros y para dejarme un buen resto. Pretendía ser conducido hasta la primera estación de ferrocarril.

El aldeano propuso llevarlo con una viuda que le daba otro tanto. Si eran descubiertos —cosa bastante probable—, podría decir que sus pasajeros no fugaban, sino que se habían regalado una noche de sexo fuera de los controles indiscretos. Ella era una mujer condenada a la *Katorga* desde hacía cinco años por traducir a Marx.

Nuestra despedida fue horrible. No cesábamos de llorar. Liova besaba a las niñas dormidas y me besaba a mí como si nunca más fuera a vernos, como si le esperase la muerte antes de alcanzar la libertad. En un momento tuve que armarme de todas mis fuerzas para exigirle que no siguiéramos con ese libreto. Le pedí que repasáramos el itinerario y los trucos que desplegaría en caso de ser reconocido. O en el caso de que fallasen los auxilios en las postas. Bebimos té sin cesar, como si fuese una droga. Mirábamos el lento girar de las agujas en el reloj a péndulo que colgaba como adorno central en la cocina. Cuando se acercó el momento, casi nos quebramos. Un giro violento del plan nos empezaba a enloquecer. Hasta especulamos que valdría la pena aguardar unos meses, cuando despuntase la primavera. No se trataba de un año, sino de unos meses. Pero cuando las agujas del reloj alcanzaron la espesa medianoche, Liova se levantó, besó de nuevo a nuestras hijas, me abrazó fuerte y salió con su equipaje. Una ráfaga helada nos transmitió la enemistad del clima.

Sabía que no me iba a dormir. Luego de un rato caminé hasta la cama e instalé en el lado de Liova un maniquí armado con pieles, para que no se notase su ausencia. En algún momento estallaría la alarma.

Los espías no vinieron esa noche, la más triste de mi vida. Vinieron dos jornadas más tarde. Les dije “Mi esposo está enfermo; ya le ha bajado la fiebre, pero sigue muy débil; por eso lo dejo dormir”. Rogué que no lo despertasen. Miraron la cama desde lejos, vaya a saber qué peste había contraído semejante criminal revolucionario. En el tercer día descubrieron mi ardid. Se abalanzaron sobre el lecho, quitaron la colcha y dieron patadas al muñeco formado con pieles. Después, a los gritos, exigieron detalles sobre la huida. Me largué a llorar y no hizo falta simular dolor. Las lágrimas brotaban con sólo pensar en el destino de nuestro matrimonio. A los gendarmes les dije que no volcasen sal sobre mi herida: “Me basta sufrir el cobarde abandono de mi marido, dejándome sola y con dos criaturas”.

Intermezzo antes del salto

Fuga hacia Lenin

Transiberiano

Yuri esperaba con su aprovisionado trineo en una hondonada más negra que una cueva de hurones. A la mujer la había visto en varias ocasiones. Esa noche la reconocí por su voz, sólo podíamos ver sombras. Nos acercamos y palpamos. Yuri nos tendió sobre un colchón de paja seca y tapó con una montaña de heno. Arriba desplegó un toldo de lienzo duro que ató como si fuésemos mercaderías. A paso lento, la troika de caballos dejó el poblado. Noté que los patines del vehículo pasaban del barro espeso a las piedras irregulares, saltaban sobre troncos podridos, luego de nuevo rodaban entre piedras y se deslizaban hacia el lodo. Al cabo de una media hora de marcha lenta y en apariencia despreocupada, azuzó los animales.

Los caballos empezaron a correr al estilo siberiano, unos veinte kilómetros por hora. La ruta elegida no era pareja y todos mis huesos crujían. Me adormecí por tramos y por tramos me entretenía —si a eso se puede llamar entretenimiento— con los insultos que Yuri lanzaba a sus animales. El olor del heno me hacía recordar las largas estancias en diversas prisiones, donde aprecié su diversidad de consistencia, abrigo y las emanaciones vomitivas. Por momentos chocaba de lado con el bulto que formaba mi compañera, también arropada con pieles bajo el acolchado espeso. Durante horas el trineo avanzó en línea recta. Los zigzagueos sólo se debían a las irregularidades del piso.

En el amanecer grité a Yuri.

—¡Déjame sacar la cabeza ya! ¡Que me ahogo!

Rió con su boca desdentada y frenó. Esperó que nos reacomodáramos.

—Deben seguir cubiertos.

—Nadie podría vernos aquí —protesté.

—¿No? Los bosques están llenos de ojos.

—¿Lobos?

—Lobos y también gendarmes.

Conseguimos incorporarnos un poco y respirar el aire congelado. Nos entregó el desayuno, que consistía en carne de reno desecada y trozos de pan. Para él era prematuro detenerse y encender una fogata.

Continuamos viaje hasta un caserío que sólo un personaje de esas latitudes podía descubrir. Era un punto donde vivía un grupo de aldeanos con sus animales y altos

montículos de leña recogidos durante el verano. Yuri se ocupó de cambiar el tiro mientras la traductora y yo dábamos un acelerado paseo. Nos urgía recomponer los músculos y la circulación de la sangre. Le pregunté sobre las obras de Marx que aún no se conocían en Rusia y me habló de ellas con entusiasmo. La aliviaba conversar de nuevo tras horas de silencio. Dijo que Marx también había evolucionado de un escrito a otro. Fue un genio, pero sensible a su propia autocrítica.

—Fue un hombre como cualquier otro hombre, sólo que muy agudo y creativo — la apoyé, aunque aún no me había enamorado de él con la intensidad de Alexandra.

Continuamos la travesía. Tuvimos más cambios de tiro y el consuelo de las postas, donde podíamos mover las extremidades. Seguro que en Werjolensk ya se habría develado nuestra desaparición. Y correría por telégrafo la orden de captura. Desde el trineo giraba la cabeza para cerciorarme de que en el horizonte no se alzaban aún los jinetes de la muerte.

Las noches se alargaban. Al cerrarse la oscuridad empezaban a escucharse los aullidos de los lobos. Primero uno, como marcando el inicio de la demostración, más tarde otro y de inmediato varios. Provenían de un extremo y eran respondidos, como haciendo eco, del opuesto. Parecían convocarse, como legiones de un vasto ejército circular. Éramos el objetivo. Y se acercaban en medio de la negrura, atraídos por el olor de carne fresca. Yuri traía dos rifles y una buena cantidad de municiones. El círculo se cerraba. A mi compañera le saltaban los ojos de miedo. Entonces nuestro conductor frenó y pidió que lo ayudásemos a encender una gran fogata. Era la misma técnica que había usado Sasha cuando nos devolvió a Usti-Kut.

—El fuego los mantendrá lejos.

Pero no fue así. Algunos hociquearon tanto que pude distinguirlos cuando aumentaba el anaranjado resplandor de las llamas. Eran bultos más pequeños que los de los perros, tenían una pelambre hirsuta, ojos fosforescentes y dientes que resplandecían como dagas. Abrían sus fauces para emitir horribles aullidos de guerra. Yuri coincidió conmigo.

—Les vino el hambre al comenzar el invierno. Están flacos. Se desesperan por comer.

Uno se acercó tanto que pude ver cómo su piel se estiraba sobre el costillar. Me produjo tanta angustia que levanté el rifle para dispararle.

—¡No ahora! —me bajó el arma—. La fogata es suficiente. Les tiraremos antes de seguir viaje, para que no estorben nuestro camino.

En efecto, antes de partir unos pocos disparos ahuyentaron la jauría. Reacomodamos el trineo, se enganchó la troika y proseguimos el largo viaje.

A un día de la llegada a la primera estación del transiberiano coincidimos con la traductora en separarnos, para evitar sospechas. Los telegramas debían estar describiéndonos como “una pareja fugada”. En cada pueblo y en cada estación la

policía debía estar aguardándonos. Empezamos a cruzar chozas aisladas que despedían columnas de humo. Yuri detuvo por señas a un vehículo. Le propuso que me llevase a la estación. El hombre olfateó peligro y se alejó sin contestar. También fracasó con el segundo y tercer carro. Por fin pudo negociar con el cuarto, cuyo conductor había pasado una temporada en Werjolensk. Pero quiso un cambio de pasajero: se ocuparía de la mujer por una jugosa retribución. Juró que la llevaría a un refugio y dos días más tarde la instalaría en otro tren. Tal vez necesitaba una hembra por una o dos noches. Ella aceptó. Antes de mudar de vehículo nos despedimos con un largo abrazo. Ojalá pudiésemos volver a encontrarnos —dijimos—, lo cual era difícil de saber en ese momento.

Yuri me acompañó al espacioso andén. Sin haberlo proyectado, habíamos caído en el lugar poco antes de que arribase el convoy. Mucha gente de variada traza circulaba en redondo, esperando la hora. Unas gigantescas mujeres cargaban gallinas, lechones asados, botellas de leche y montes de pan recién amasado. Era una disonante exposición de la abundancia en aquella tierra desolada. Policías de rostro grave controlaban los movimientos sospechosos. La mezcla de gente en harapos y gente bien vestida se purificaría al distribuirse entre los vagones destinados a los pobres y los destinados a los ricos.

Un joven se acercó vacilante a mi hombro y pronunció la palabra esperada.

—Oto.

Le miré su barba roja y sus órbitas profundas.

—Antid —contesté.

—Siberia es Siberia —agregó.

—Siberia será siempre Siberia.

—El viaje alegre —sonrió.

—El viaje cansa.

Ese intercambio de palabras fue suficiente. Me entregó una maleta.

—Hace rato que lo esperaba; buen viaje.

Antes de expresarle mi agradecimiento se esfumó entre la multitud. Hizo bien, porque las lupas del régimen no se distraen en ninguna estación de Rusia.

Tenía pocos minutos para cambiar mi atuendo y subir a un vagón destinado a los ricos. Busqué el toilet. Adentro, el olor que exhalaban las canaletas llenas de orina y los agujeros para defecar no me derribó por la fortaleza que había adquirido en las prisiones. Me oculté tras un tabique. Abrí la maleta y descubrí el tesoro que me mandaban los amigos de Irkutsk: dos camisas almidonadas, una corbata celeste, medias, botas y otros lujosos atributos de la civilización. También un volumen de Homero traducido a hexámetros rusos y un pasaporte extendido a nombre de Trotsky, el nombre que les había propuesto al azar, sin imaginarme que habría de quedar para siempre. Trotsky había sido el intrascendente ayudante de mi psicótico gendarme-

teólogo. No supe cómo deshacerme de los harapos que me cubrían desde Werjolensk. No los debía dejar ahí. Entonces los enrollé y guardé en un ángulo de la maleta, podían servir más adelante.

Regresé el andén lleno de angustia. Podían identificarme y frustrar los sacrificios realizados hasta ese momento. Simulaba mirar con despreocupación las columnas, el techo, la gente. Los gendarmes que aparecían de golpe me producían un sobresalto. Por suerte arribó el tren. La estación fue sacudida por sus roncós gruñidos, las explosiones del vapor y el chirriar de los frenos. Era el providencial transiberiano que me retornaría a Occidente. Todo el mundo empezó a moverse. Yo estaba vestido de señor y usé mis mayores dotes teatrales para parecer más distinguido aún. Fui hacia los vagones de primera clase. Rocé distraído a un gendarme, pero al verme tan elegante y seguro casi me hizo una reverencia. Transpiraba pese al frío y subí al coche. Busqué un apartamento. Mientras avanzaba por el pasillo asocié su confort con el que había conocido en Odesa. El piso alfombrado, las paredes enchapadas y las lámparas limpias evocaban un palacete. Acomodé la maleta sobre la red del portaequipajes y me senté con el libro de Homero sobre mi regazo, tras secarme la frente con mi pañuelo, estirar los pantalones y mi chaqueta para que no se arrugasen. Un amplio ventanal permitía ver a los pasajeros que aún corrían en busca de su respectivo sitio. En el banco de enfrente se había acomodado una pareja entrada en años que traía una cesta llena de provisiones. Habrán advertido mi hambre, porque la mujer enseguida me ofreció panecillos untados con grasa. Le produjo felicidad advertir mi entusiasmo y en el curso de las horas me regaló más panecillos acompañados por lonjas de tocino, pepinillos en vinagre y una media docena de manzanas. Quise disimular mi nerviosismo retribuyéndoles el té que se obtenía de un samovar instalado al final del corredor. Me preguntaron sobre mi actividad, que describí como la de un docente, en base a mis recuerdos del Instituto. Para descansar leía el libro de Homero, apropiado para mi odisea en tiempo real.

Volábamos sobre los rieles cuando ingresó el guarda. Apoyé el volumen sobre mi rodilla, ligeramente oblicuo, para que viese su tapa: debía parecer un joven profesor.

Cruzamos los Urales, dormimos sentados, cada cuatro o cinco horas estiraba las piernas caminando por el corredor y charlando vaguedades con quienes se me aproximaban. Llegamos a la fértil planicie del río Volga. Estaba acercándome a mi destino. Al anunciarse la proximidad de Samara, recuperé mi maleta. Di la mano al generoso matrimonio y caminé hacia la salida. El tren lanzaba bramidos y eructaba vapor.

Samara era una ciudad importante donde residía el comando de la *Iskra* rusa. Esta *Iskra* no debía confundirse con la de los emigrados en Inglaterra, Francia, Suiza y Austria. En una hoja escrita en código, que guardaba en el fondo de mi bolsillo, tenía su dirección. En el andén abundaban los gendarmes, más vistosos y arrogantes de los

que observé en las paradas anteriores. Saqué pecho y caminé despacio hacia la calle, donde me esperaba un día melancólico. Descubrí una fila de coches de alquiler. Disponía de dinero para pagarme el viaje, y era la forma más segura de llegar a destino sin levantar sospechas. Tuve que bordear el charco que quedaba de la última lluvia y un mozo me ayudó a trepar en el coche luego de acomodar mi equipaje. Un gendarme me miraba con excesiva atención.

El llamado

El corcel del coche que elegí estaba adornado con campanillas. La edificación de Samara me hizo recordar a Odesa, con sus bulevares, hermosos edificios y filas compactas de árboles. Atravesamos la zona gubernamental y al cabo de unos veinte minutos llegamos a un edificio de dos pisos, con puertas y ventanas de estilo francés. No era una casa de lujo, pero tampoco de gente pobre. Dije al cochero que en realidad me dirigía a la cuadra siguiente, donde descendí. El disimulo era imprescindible. Pagué la cifra que me pidió. Escondí mi cara bajándome el gorro y subiéndome la bufanda. Haber llegado en el transiberiano y dirigirme a un domicilio en el que funcionaba una organización política debía generar sospechas, incluso al cochero. Aguardé hasta que desapareció en la esquina. Con paso tranquilo, por si me estuviesen espiando desde algún rincón, fui hacia la puerta e hice sonar la aldaba.

Apareció una mujer de pelo gris, cuyos ojos recorrieron todo mi cuerpo. Su examen fue rápido pero minucioso, y acabó en sonrisa.

—¿Antid?

—Oto —repuse.

—Lo esperábamos —agregó mientras me dejaba pasar.

Me guió por un pasillo hasta una escalera forrada con una gastada alfombra de color azul. En el primer piso había varias puertas. Se dirigió a la última. Apareció un hombre bajo y morrudo, de unos cincuenta años, con una pipa en la boca. Su calvicie le había perdonado algunos pocos cabellos, que se mantenían erectos como cables de electricidad.

—Bienvenido a Samara. Soy Claire.

Al rato me explicó que ése era su seudónimo político, pero en la ciudad lo conocían como El Ingeniero. Con su mujer habían cultivado la amistad de Lenin desde las vehementes reuniones de la socialdemocracia en San Petersburgo. En aquella época los partidarios de la *Iskra* eran unos intelectuales que luchaban por unificar la oposición.

—Algo así como un ensayo de sólida organización que, a fuerza de templarse, atacar y retroceder, algún día tendría que adueñarse del poder —sonrió con picardía, haciendo referencia a uno de mis artículos.

Claire ofreció incorporarme enseguida con un nuevo seudónimo: “Pluma”. Era un

homenaje a mi trayectoria periodística en Siberia, que fue intensa, según había subrayado Alexandra en sus misivas. Convenía dejar atrás el “Antid Oto”. El seudónimo de “León Trotsky”, en cambio, debía ser cuidadosamente protegido por la calidad del pasaporte que me habían entregado. Perplejo ante tanta rapidez, dije que mi trayectoria era incipiente.

—¡No nos hacen falta los modestos! —exclamó.

—No es modestia, es la realidad.

—Para serte franco, tu estilo me gusta. Es fogoso y directo. Atrapa. Los textos que he leído tienen esos rasgos, de ahí que hayamos contribuido a tu fuga. Serás útil a nuestra misión.

—Quisiera no defraudarlos.

—¡Todo es posible! —rió—. ¿Estás muy cansado? ¿No? Entonces te llevaré a tu alojamiento provisional. Te bañarás, comerás, dormirás y después nos dedicaremos a diseñar un plan de trabajo.

Al día siguiente supe que el plan era distinto al que había supuesto. No permanecería en Samara, sino que haría viajes de propaganda. En base a mis escritos, los miembros de la *Iskra* opinaban que estaba capacitado para enamorar multitudes. Lo dijeron de esa forma y tuve que protestar de nuevo. El ingeniero volvió a descalificar mi modestia. Además, sugirió modificar mi rostro con barba y bigotes recortados de un modo diferente, usar otro tipo de anteojos y hacerme un corte irreconocible del pelo. La organización se ocuparía de mi ropa, dinero y pasajes, dijo. Quedó firme que la identidad de mi pasaporte seguiría siendo León Trotsky, pero en mis escritos usaría el seudónimo Pluma.

—Ojala fuera una pluma de ave y pudiese volar —ironicé.

—Sí, volar... cuando estén por atraparte. Te servirá para recordarlo de noche y de día —afirmó Claire con una seriedad preocupante.

Viajé a Poltava y Kiev. Ciudades populosas, llenas de obreros, profesionales y estudiantes. Fermentaban algunos revolucionarios. Tenía que persuadirlos de ingresar en el grupo de Samara. Había que evitar la dispersión de esfuerzos. Pero al llegar a cada sitio mi decepción se repetía: no me habían preparado reuniones multitudinarias, porque despertarían el celo de los gendarmes. Los encuentros fueron clandestinos, con unas pocas decenas de personas.

—Mucho esfuerzo y escasa cosecha —se burlaría papá, cuyas críticas se hicieron frecuentes en mis sueños.

Suscitaba desconfianza mi juventud. Hasta se susurraban burlas. Yo debía inflar mi tolerancia para no mandarlos a la mierda. Respondía a las objeciones, algunas irónicas, con argumentos que se me ocurrían en el instante, lo cual tuvo un beneficio: aumentar mi confianza en el arte de improvisar.

Al cabo de la gira Claire estuvo a punto de reconocer que yo había tenido razón:

los estaba defraudando. Pero lo sorprendí al pedirle con una sonrisa irónica que no se deprimiese. Claire alzó los oscuros párpados. Agregué: es el comienzo, no el final; debemos perseverar; escasea la gente... por ahora.

—¿Seguirás viajando, entonces?

—Por supuesto.

Mientras tanto, Lenin sostenía una activa correspondencia con Samara, donde había pasado una temporada y conocía bien a sus habitantes. En dos mensajes me nombró. ¿Qué sabía de mí? ¿Quién lo asesoraba? Dijo que para reclutar voluntarios en las poblaciones vecinas a Samara había otros oradores; no era sensato limitarme a esa actividad. Quería que Pluma fuese a su lado, que viajase a Londres.

—¿Y dejar la hospitalaria Samara? —vacilé.

Claire subió sus anteojos a la frente.

—Mira —dijo—. Desde que conozco a Lenin, pocas veces le pude descubrir errores tácticos. Si él entiende que serás más útil en Londres que aquí, pues viajarás a Londres.

Me molestó ese sometimiento. Lenin era un hombre inteligente e informado, sin duda, pero no infalible.

Claire añadió:

—Ha escrito que te espera un trabajo importante en el exterior.

Me aflojé en la silla. Era demasiado. “¿Trabajo importante?” ¿Qué más podía hacer? Yo era un joven prófugo que estaba aprendiendo los palotes de la acción revolucionaria. Incluso recién percibía los beneficios de la disciplina en una organización de riesgo. Claire me explicó que esa disciplina incluía el deseo de Lenin. Le dije que no me gustaba tanto sometimiento. Encogió sus hombros y me entregó más rublos para cruzar la frontera e ingresar en Austria.

Antes de dirigirme a la estación redacté en código la más extensa de mis cartas. Iba dirigida a mis tres mujeres abandonadas en Siberia. Algunas lágrimas cayeron sobre el papel y las sequé de inmediato con la manga para no delatar mi quiebre.

A través de Europa

Debía llegar al andén en el último minuto, porque ni mi buena ropa me impediría ser reconocido. Por eso Claire había encargado a un estudiante que me reservase un asiento en el vagón de lujo y esperase adentro con una maleta llena de materiales que no debían caer en manos del régimen. Miré el gran reloj y escuché la señal de partida. La locomotora empezó a moverse con escandalosos resoplidos. El estudiante, desesperado por mi ausencia, saltó del vagón con la valija en la mano. Varios policías lo rodearon. Pero se dieron vuelta al escuchar mis tacones, que se abrían paso a la carrera. Me abalancé sobre el chico y quedaron paralizados. Tomé la maleta, perforé el anillo de gendarmes, salté al estribo del vagón en marcha y desaparecí en su interior mientras los policías trotaban junto al tren rojos de furia. Uno intentó subir, pero se cayó y se hubiera roto el cráneo de no haber sido sostenido por sus compañeros. La velocidad de la locomotora ya me brindaba suficiente protección.

Respiré aliviado, introduje la camisa dentro del pantalón, estiré mi chaqueta, devolví su forma a la corbata y busqué mi asiento. Acomodé la maleta en el portaequipajes. Por suerte mi escaramuza no fue advertida por el guarda. Los demás pasajeros de ese vagón no me hicieron preguntas porque yo simulaba querer dormirme. Luego, con el dinero que me había ofrecido Claire, pude comprar comida y disfrutar el trayecto. Evité bajar en las sucesivas paradas por si me estuviesen buscando. En el toilet me cambié la chaqueta y la corbata por otras de diferente color. Modifiqué mi peinado y afeité mis bigotes. Al llegar a la última estación de Rusia, en el límite con Austria, el tren finalizaba su itinerario. Debía bajar. Un agente de policía pidió mi pasaporte. Figuraba como León Trotsky, con una foto similar a la de mi nuevo aspecto. Pero grande fue mi asombro al advertir que ese burócrata no miraba mi documento: le bastaba verme bien vestido.

A la frontera la cruzaría con la experta ayuda de otro estudiante llamado Ilia. Me debía esperar en el andén vestido con un capote gris, gorra negra y botas altas. Nos aproximamos sigilosos. Las lámparas mortecinas permitían distinguarnos entre los pasajeros que se movían apurados en esa avanzada hora de la noche.

—¿Oto? —murmuró.

—Antid.

Su mirada expresaba fastidio y no lo pude entender hasta más adelante.

—Sígame —dijo.

Caminamos hacia el interior de la vieja ciudad. Parecía desierta. Algunos faroles iluminaban las casas que zigzagueaban de forma paralela a la viboreante calle. Antes de llegar me informó que debería pasar esa noche en la habitación vacía de un viajante de comercio que no regresaba hasta la semana siguiente. Cuando estuvo cierto de que nadie podía escucharnos, en voz baja confesó que cumplía esta misión por orden de su jefe. Pero que me odiaba: odiaba mis artículos y mis ataques a los métodos terroristas.

—¿Cómo diablos podremos derribar al régimen? Dígame, ¿cómo?

—Si has leído mis artículos, en ellos explico que el terrorismo sólo consigue demorar la caída del régimen.

—No estoy de acuerdo.

Cuando llegamos hurgó en sus ropas. Volvió a resoplar con enojo y puteó por haber perdido las llaves.

—Seguro que las he dejado en algún sitio para no ayudar a un saboteador como usted —ironizó.

Dimos vuelta a la manzana mientras resolvía la forma de entrar. Nos detuvimos de nuevo frente a la casa. El farol de la calle estaba bastante lejos para que se descubriesen sus maniobras. Ilia trepó al marco de la ventana. Usó un puñal para separar el costado. Por fin logró abrirla. Entonces me hizo señas para que lo siguiera. No tuve dificultades en llegar al interior. Mi guía aconsejó que cerrase con cuidado y prometió volver antes de las ocho. Me dio unas rencorosas buenas noches.

Evité prender la luz, por si los vecinos sabían que esa vivienda estaba desocupada. Palpando muebles y paredes ubiqué la cama y el baño. Me desvestí, higienicé y acosté, abrigándome con espesas mantas. Hacía mucho que no gozaba la posición horizontal.

Habría dormido unas horas cuando una luz se clavó en mis ojos. Me enderecé asustado. La lámpara se corrió para dejarme distinguir a un hombre inclinado sobre mi cabeza. El resplandor lo teñía de amarillo. Era bajo, con un sombrero de copa en la cabeza y un bastón en su puño.

—¿Quién es usted? —exclamé enojado.

—¡Vaya, no está mal! —respondió—. ¡Lo encuentro en mi cama y pregunta quién soy!

Me froté la cabellera. Increíble. Sin salir de la cama procuré convencerlo de que me habían asegurado que el dueño no regresaba hasta la semana siguiente y que podía alquilar su habitación por una noche.

—¡Yo sé mejor que nadie cuándo tengo que volver! ¡Esta es mi casa! ¡Y no la alquilo por una noche!

La situación se había tornado bufa y dramática.

—¡Ya comprendo! —exclamó por fin el propietario—. Es otra broma del Iliá ése. La acaba de repetir por tercera vez. ¡Ya nos entenderemos mañana! ¡Le quebrará la nuca!

Sentí alivio de que la culpa recayese sobre el estudiante que me había ayudado. El viajante susurró que no tenía corazón para echarme a la calle fría y propuso acostarse a mi lado. Yo le agradecí, no era frecuente toparse con tanta bondad. Él empezó a roncar, pero mi cansancio era más intenso que mi fobia a los ruidos. A la mañana se despertó antes que yo y hasta me preparó un té.

Iliá llegó a las ocho, tal como había prometido, pero debió soportar la ira del dueño, que agitaba su bastón con ganas de quebrárselo en la nuca, tal como había prometido. El estudiante zanjó la disputa entregándole un mazo de rublos. El viajante hesitó, movió la cabeza, deslizó los rublos en su bolsillo y le advirtió que no lo volviese a hacer, porque lo mandaría a la cárcel. En contraste, por considerarme también víctima de ese joven bribón, estrechó mi mano como gesto de despedida.

Mientras caminábamos por la calle, Iliá informó que no me llevaría al otro lado de la frontera. Había discutido de nuevo con su jefe. No arriesgaría el pellejo por un escritorzuelo reaccionario como yo. Ante mi protesta añadió que me transferiría a otra persona. No me gustó el cambio, porque podía terminar en un calabozo. Aseguré que su sucesor era confiable. Llegamos a una choza en las afueras y apareció un gigante fornido, rústico, con la barba enredada, sucia, y unos harapos llenos de mugre. Iliá ya lo había instruido sobre su misión antes de venirme a buscar. Delante de mí le entregó unos billetes. Dijo adiós y se alejó con rapidez.

Mi nuevo conductor era un contrabandista. Se rascó los pelos, carraspeó flema impregnada de vodka y me llevó a un granero donde escondía su destartalada volanta. Pero no íbamos a partir enseguida, dijo.

—Este viaje sólo se hace durante las noches cerradas.

Por lo tanto, debía pasar todo el día escondido bajo parvas de heno. Me alimentaría con unas sandías amontonadas en un rincón. Lo miré asombrado, pero no había réplica alguna; estaba en sus manos, únicamente en sus manos. Y ojalá que pudiese llevarme fuera de Rusia. Me saqué la ropa elegante, la doblé y acomodé con arte en mi maleta. Debía estar en buenas condiciones para mi trayecto por Austria. En cambio, para el tramo inminente, me puse andrajos parecidos a los de mi nuevo guía.

Por la noche empezó a llover. Creí que suspendía el viaje. El contrabandista dijo que no. La lluvia era su amiga, porque espantaba a los guardias. Subimos a su vehículo y nos tapamos con lonas. Marchamos por un sendero enlodado y las ruedas caían en hondonadas. El caballo conocía el terreno y zigzagueaba para evitar más pozos. Parecía que no íbamos a llegar nunca. El camino era estrecho y recorría una floresta salvaje. El contrabandista mantenía muy abiertos sus ojos, mientras por momentos yo me adormilaba. Las gotas golpeaban sobre la lona. Pasaron varias horas

y la lluvia cesó. El caballo aceleró la velocidad, estaba entrenado para estos viajes y seguro lo entusiasmaba llegar a destino. Mi guía anunció que, en efecto, ya estábamos cerca. Detuvo la volanta y ató las riendas a un árbol. Yo no entendí.

—Baja y sube a mis espaldas —ordenó—, debemos pasar un arroyo.

—¿Cómo? No soy un niño.

—Sube. Tengo fuerzas para llevarte.

—Puedo cruzar con mis propias piernas.

—Es que no te conviene aparecer del otro lado con una mojadura.

El arroyo era la frontera con Austria.

No tuve más alternativa que viajar sobre la enorme espalda de ese cíclope, con la maleta colgada de mi mano. Pese a su esmero, me entró agua en los zapatos. No importa, dijo. Me bajó y caminamos por entre los árboles hasta dar con un sendero angosto, casi un túnel en medio de la floresta. Amanecía.

—Por aquí —indicó poniéndose adelante.

Llegamos a la cabaña de una familia que ya había empezado a desayunar junto al hogar crepitante. Mi guía fue reconocido y nos hicieron lugar para compartir pan con manteca, quesos, huevos duros y té. La fragancia del bosque mojado y el fuego encendido esparcían bienestar. Nos entendimos mezclando palabras en alemán y ruso. Antes de marcharse, el contrabandista me alejó de nuestros anfitriones para advertirme que tuviese cuidado con “esos judíos”, porque me pedirían el triple de lo que valían las cosas; pero igual me llevarían sin riesgo a la estación de trenes. Luego me dijo que debía abonarle unos rublos adicionales por el cruce del arroyo. Sorprendido, pagué a regañadientes y agradecí su información. Regresé a la mesa para terminar mi desayuno. El dueño de casa informó que un obrero me conduciría a la estación de trenes, pero debíamos esperar de nuevo la noche porque el trayecto corría junto a la frontera. También me preguntaron dónde mi guía ruso había dejado su volanta y les conté que al otro lado del arroyo. Se rieron y explicaron que lo hizo para sacarme más billetes.

Mis recursos se estaban agotando. Mi nuevo guía (¿cuántos iban ya?) trajo un carruaje destartalado con el que empezamos a recorrer los dieciocho kilómetros que nos separaban de la estación. Los más difíciles eran los primeros tramos, hasta la carretera. En mitad del trayecto salió de la ruta y fue hacia un cobertizo junto a una choza solitaria. Sin explicar sus razones metió el carruaje y el caballo en el cobertizo.

—Aquí podrá dormir, si desea.

—Yo quiero llegar a la estación cuanto antes, no dormir.

Dijo que debíamos esperar otra vez la noche, porque unos guardias merodeaban la zona. Se tocó la nariz para darme a entender que los olía antes de verlos. Maldijo su suerte.

—Un día acabarán quitándome lo que tengo por meterme en esto. ¿Quién me

manda llevar gente perseguida? Los soldados gritan ¡alto! Si no contestas, disparan.

—Ganas buen dinero por esto. Y los perseguidos no siempre son mala gente — dije.

—No siempre... —miró hacia el cielo encapotado—. Por suerte tendremos una buena noche. La llovizna mantendrá alejada a la policía.

Partimos cuando la oscuridad fue suficiente, envueltos en capotes. Yo llevaba mi eterna valija con trajes, camisas y papeles explosivos.

Las gotas rebotaban sobre los capotes. Las herraduras del caballo se hundían en el lodo. Las ruedas del desvencijado cochecito crujían al resbalar en los abismos de los baches. A cada rato parecía que íbamos a volcar y yo me agarraba de todo lo que tuviese a mano. El presagio se transformó en hecho y volcamos con un giro irrefrenable. Caí de vientre sobre el barro. Puteé al clima, al camino, al caballo, al guía. Sentía dolores en los hombros y caderas. Me apoyé con ambas manos, sucias hasta los codos y me incorporé de a poco. Advertí que había perdido los lentes. Tanteé desesperado a mi alrededor. De pronto el aire fue atravesado por un grito penetrante. Pegué un respingo. No tenía los lentes, no veía a distancia, la penumbra apenas me dejaba distinguir el carruaje. Ese grito vino de cerca. Y se repitió con más fuerza aún. Se me pusieron los pelos de punta. ¿Clamaba auxilio? En el centro de ese agujero lluvioso no tenía manera de saber de dónde provenía el grito horrible.

—¡Ya verá usted cómo nos trae la desgracia, ya verá! —protestó el viejo—. ¡Ya verá cómo nos pierde!... Llamará a los guardias.

—Pero, ¿qué es?

—Es un maldito gallo que mi mujer me encargó para el carnicero kosher. Debo hacerlo degollar antes del sábado.

Los chillidos se sucedían por intervalos regulares.

—¡Este maldito gallo nos va a perder!... —seguía gimiendo—. Estamos a doscientos pasos de un puesto de vigilancia. Aparecerá un soldado.

—¡Retuérzale el pescuezo, entonces! —ordené furioso.

—¿A quién?

—¡Hombre, al gallo!

—¿Y cómo quiere que dé con él, si debe estar bajo no sé cuántas cosas?

Nos pusimos a buscar a gatas, en medio de la noche, palpando los objetos mojados en todos los rincones del vehículo. Acompañamos la tarea insultando al gallo y la mala suerte. Por fin, el viejo liberó a la desdichada víctima, que estaba enredada en una manta. El animal, agradecido, dejó de chillar. Luego nos empeñamos en sacar el coche del pozo y enderezarlo. Durante esas maniobras mi pie tocó un objeto en el barro: eran mis gafas. Sucias como si las hubiera empañado una diarrea. Respiré feliz.

Cuando por fin llegamos a la pequeña estación corrí a higienizarme y cambiar la

ropa. Luego, siempre con mi maleta en la mano, fui a cambiar el dinero ruso por moneda austríaca y compré un billete a Viena.

Encuentro con Víctor Adler

En Viena decidí entrevistar al legendario Víctor Adler, jefe de la socialdemocracia austríaca. Mis conocimientos de alemán, adquiridos en el Instituto San Pablo, me permitieron actuar con bastante soltura. Bien vestido, ingresé en el primer café cercano a la estación de trenes y fui al mostrador para preguntar su domicilio. Los parroquianos bajaron los periódicos que leían en sus confortables butacas y dijeron casi al unísono que había muchos doctores Adler.

Me refiero a Víctor Adler, líder de la socialdemocracia.

—Ah, el *sozi*...

—Sí, el socialista.

Entonces dos dijeron que lo conocían, pero ignoraban dónde vivía. Su amabilidad los llevó a discutir entre ellos posibles direcciones. Mientras esto ocurría, sonreí para mis adentros, porque era la primera vez en años que hablaba en voz alta y sin temor. En Austria no era un prófugo y tenía en mi bolsillo un pasaporte que parecía legal. Un viejito de barba puntiaguda y bastón de mango dorado se ofreció para acompañarme hasta la sede del periódico que dirigía el *sozi* Adler. Anduvimos por espacio de una hora hasta dar con el sitio. Me asombraron los edificios bellos y los emblemas que colgaban de muchas paredes. Numerosos bares ofrecían sus periódicos a quienes deseaban relajarse en su interior. Predominaba un clima de bienestar, la famosa *gemütlichkeit vienesa*. Cuando llegamos, se nos informó que la redacción se había mudado hacía tiempo. Mi gentil cicerone se frotó las sienes y recordó la nueva sede del periódico. ¡Cómo lo despistaba la edad! Marchamos otra media hora. Llamé a la suntuosa puerta de acceso. Se asomó un portero asombrado, porque —dijo— no era día de visita. Sentí que la frustración me iba a desmayar. No podía recompensar a mi acompañante con dinero y estaba muerto de hambre.

—Cómo que no es día de visita —protesté.

Antes de retirarnos bajó por la ancha escalera un caballero delgado que nos lanzó una mirada hostil. Su estrabismo divergente sobre una nariz cortante y labios muy finos le conferían un aire de amenaza. Pregunté por Víctor Adler.

—¿No sabe usted qué día es hoy? —replicó, seguramente furioso por mi acento ruso.

—No, no lo sé —entre tantas aventuras había perdido la cuenta de los días.

—¡Hoy es domingo! —exclamó y se dispuso a seguir su marcha.

—Lo mismo da. ¡Necesito verlo!

—¡Cómo lo mismo da! ¡En los domingos el doctor Adler no recibe!

—Pero es que traigo un asunto urgente.

—¡Espere hasta mañana!

—¿Es usted un colaborador del doctor Adler? —lo increpé—. ¿Cómo se llama?

—Mire joven, no dispongo de mucha paciencia y...

—Es fácil darse cuenta que no dispone de paciencia.

—Y no tengo tiempo. Sí, soy colaborador del doctor. Y mi nombre es Fritz Austerlitz. Déjese de molestar. Adiós.

—¡Ah, el famoso Fritz Austerlitz, el terror de las redacciones socialdemócratas, cuyos artículos hieren como puñales! —le disparé a la espalda.

El hombre quedó inmóvil. Luego giró para clavarme sus ojos de serpiente. No supo si mis palabras lo halagaban o ponían en ridículo. Pero era evidente que yo lo conocía, que no era un maldito cualquiera.

—Usted viene de Rusia, ¿no? Bueno, ni aunque nos traiga la noticia del asesinato del Zar, o que ha estallado la revolución, no tiene derecho a perturbar el descanso del doctor Adler en un día domingo.

Su posición me resultaba absurda. Un revolucionario no podía actuar de esa forma. ¿Cómo era posible que durante el descanso semanal dejase de ser importante la revolución? No iba a ceder. El hombre se puso rojo y crispaba los puños. Iba a darme un golpe cuando, de súbito, quizás impresionado por la imagen que se iba a llevar el anciano que lo contemplaba con el dorado bastón en alto, accedió a darme las señas de Víctor Adler. Las repetí para memorizarlas. Austerlitz huyó con pasos de siete leguas.

Miré a mi acompañante, quien se ofreció a seguir orientándome por las pintorescas calles de Viena. No estaba lejos. Al llegar, activé la campanilla de la puerta. Al minuto abrió una empleada doméstica. Le di mi mensaje, pidió que aguardásemos y regresó para comunicarme que el doctor me iba a recibir. Liberé a mi generoso cicerone, le agradecí con todas las palabras tiernas que acumulaba mi alemán y estreché con fuerza su mano artrítica.

En un salón lleno de cuadros me recibió un hombre encorvado, que respiraba con dificultad. Las arrugas de su rostro bien afeitado eran las huellas de las luchas que sostenía desde hacía años. Tenía la nariz larga y los párpados hinchados, con una inquietante expresión de fatiga. Dijo que en Viena se estaban celebrando las elecciones para el Congreso. En la noche anterior había hablado en varios mitines y luego se quedó hasta tarde escribiendo proclamas. En sus labios se notaba bondad y en sus ojos una llamativa dulzura.

—Perdone, doctor, que venga a interrumpir su descanso en un domingo.

—¡No importa! ¡Cuénteme!

—Soy ruso... —dije mientras le miraba con lástima las arrugas.

—No necesitaba decírmelo —sonrió.

Le narré la belicosa conversación que había tenido en el portal del periódico con Austerlitz.

—¿Ah, sí? ¡Este Fritz! ¿Gritó mucho? ¡Siempre grita! No le dé importancia, es un volcán en erupción. Sabe que si me traen noticias importantes, pueden llamar a mi puerta cualquier día y a cualquier hora... ¡Katia! ¡Katia!

Enseguida acudió su nuera, que era rusa.

—Con ella se entenderá mejor, aunque su alemán es bastante bueno —dijo Adler, saliendo del cuarto por unos minutos.

Consideré que el viejo ya había decidido la continuación de mi viaje.

El comienzo de un paseo trascendental

Provisto con la ayuda monetaria adicional que me proporcionó Adler, fui hacia mi nueva meta. Estaba cada vez más ansioso. Hice escalas en Zurich y París. Por fin llegué a Londres en el otoño de 1902. Nuestra organización, aunque incipiente, ya demostraba eficacia en algunos asuntos. Uno de ellos era lograr que un joven convocado por un líder pudiese atravesar todo el continente, pese a enrevesados obstáculos, y llegar a destino en un tiempo razonable.

El análisis objetivo diría que yo era un joven revolucionario con más reputación de la merecida. Mis obras habían tenido cierto éxito, pero no era conocido. Por momentos me quebraba la nostalgia por mi esposa y mis hijitas abandonadas en el hielo, a las que quizá volvería a ver recién dentro de muchos años. O nunca. En ese momento me desplazaba hacia el extremo occidental del continente, alejándome cada vez más de ellas.

En el trayecto había mirado con avidez las populosas ciudades, ahítas de tesoros artísticos. Se sucedían pequeñas y grandes concentraciones urbanas que la estepa y los helados espacios de Siberia no tenían. Desde Pedro el Grande, en Rusia se anhelaba incorporar esta Europa, con su admirada cultura, sus hábitos modernos y su creativa visión del mundo.

Llegué a Londres de madrugada. Aún estaba oscuro. Alquilé un *cab* con más gestos que palabras. El inglés aún no había franqueado mi cerebro. Como el chofer no entendía ruso ni francés ni alemán, escribí la dirección en un papelito. El hombre asintió y azotó apenas su caballo. Yo estaba nervioso y desvelado. No había podido cerrar los ojos durante el cruce del Canal de la Mancha, ni en el trayecto por tierra desde Dover. Iba al encuentro de un hombre diez años más grande y que era motivo de idealización en varios países.

Al descender del carruaje estudié la zigzagueante calle empedrada en la que se alineaban casitas parecidas, todas de ladrillos, puertas negras y herrajes dorados. La luz del amanecer pujaba por imponerse a la niebla y pintar de rosa los tejados.

En el borroso extremo de la calle apareció el contorno indeciso de alguien que detuvo su marcha al verme. Durante un minuto me estuvo contemplando desde lejos. ¿Me habría reconocido? Lo enfundaba un gabán que llegaba hasta sus tobillos. Estaba cubierto por un gorro de piel siberiano. No podía distinguírle el rostro. Agucé la

mirada y el hombre, en lugar de acercarse, cruzó a la acera opuesta. Aguardé otro minuto. Ante mi sorpresa, se introdujo en una pared de ladrillos. ¿O había cruzado una puerta? Me restregué los párpados. Estaba cansado y quizá sufrí una alucinación.

En Zurich me habían dado instrucciones acerca de cómo llamar a su puerta: cuatro golpes con una pausa entre el primero y el segundo. Me latía el pecho. Volví a examinar la calle desierta, sin asomo de otra alucinación esta vez. Giraron la llave y corrieron el pasador. Apareció Nadeida Krupskaja, arrancada de su sueño. Mantuvo entornada la puerta. La envolvía una bata gris y sus cabellos estaban sujetos por una gorra de dormir. Sus pupilas somnolientas miraban desconfiadas. Me estudió de la cabeza a los pies. La saludé en ruso, me excusé por haber llegado tan temprano y le di mi nombre. Ella asintió, abrió más la puerta y me invitó a entrar.

La sala era un living y comedor de dimensiones modestas. La mesa rectangular estaba cubierta por un mantel floreado y la rodeaban ocho sillas. En un ángulo había un sofá de cuero lustroso con almohadones de color. Apretados anaqueles llenos de libros tapizaban todas las paredes, desde el piso al cielo raso. Una gran alfombra azulina cubría casi toda la sala.

—Está todavía durmiendo —lo excusó Nadeida.

—Disculpe, llegué muy temprano —insistí—. Me quema la ansiedad de los fugitivos y vine directamente de la estación de trenes.

Sonrió y su cara severa adquirió ternura.

—¿Aceptaría un té?

—Con gusto, gracias.

En París me habían informado sobre ella. Era una educadora convertida en propagandista del marxismo. Conoció a su hombre en 1894. No pudieron estrechar su relación entonces, porque enseguida fue arrestada y enviada al exilio. Se reencontraron en Siberia. Después lo acompañó a Munich y ahora lo ayudaba en Londres como la más eficiente y confiable de las secretarias. Era bien parecida, de cutis nacarado y mirada saltona. La asocié con mi distante Alexandra y me invadió una ola de emoción.

Escuché ruidos en el dormitorio. El gran hombre estaba por aparecer. Bebí otros sorbos de té para relajar mi garganta.

Lenin ingresó con marcha reposada.

De un golpe registré su pantalón oscuro con tiradores y la camisa blanca. Tenía mediana o casi baja estatura. Su frente olímpica, abultada y llamativa como una cúpula, resplandecía bajo la luz de la lámpara y estaba levemente arada por algunas arrugas. A ambos lados del rostro emergían los bloques de piedra de sus pómulos. Por debajo las mejillas parecían chupadas, sin sangre, y descendían hasta el matorral de su barba prolijamente recortada. Bajo su bigote asomaban los labios firmes, de un dibujo perfecto, que se continuaban con el mentón vigoroso. Su cara unía las diversas

etnias de su origen y de nuestro país: europeo y asiático, ario y mogol, judío y báltico. Su mirada hendía como si le salieran lanzas, o como si mordiese al interlocutor. Las cejas negras le otorgaban un encuadre que armonizaba con el oscuro pelo de sus sienes. Era la cabeza que encendía polémicas —me habían dicho—, que se inclinaba durante horas de abstracción en el estudio severo de datos objetivos, que hablaba con registro seductor o perentorio, que generaba respeto, hostilidad y dudas al mismo tiempo.

Me paré, conmovido por su majestuosa presencia. Más que una persona, era una personalidad. Recibí el apretón de su mano firme.

Tuve la sensación de un enamoramiento a primera vista. Bromeamos por mi arribo de madrugada. En torno a la mesa empezamos a desovillar los temas políticos, salpicados con anécdotas personales. Nunca olvidaría esa primera conversación con el hombre que encabezaría un cambio mundial. Las palabras que se desprendían de sus labios eran moldeadas por ademanes elocuentes.

Mientras nos entusiasmábamos con la charla, Nadeida preparó el desayuno. Instaló una bandeja con panes, manteca y dulces junto a renovadas tazas de té. Luego me ofreció su baño y dormitorio para cambiarme y acomodar mi ropa provisoriamente. Acepté feliz. El agua y el jabón me renovaron. Cuando volví al comedor, Lenin sonrió por mi nuevo aspecto.

—No creo que puedas dormir ahora, así que te invito a dar un largo paseo.

Libro Dos

El camino a Octubre

Quinta etapa
Cosmopolita
Europa
(1903-1905)

Tras las pesadas huellas de Marx

Salimos a recorrer Londres. Caminar al lado de Lenin me despabiló. Explicaba sereno la conformación de la ciudad. A cada sitio lo salpicaba con referencias históricas, políticas y artísticas. En poco tiempo me puso al día sobre las grandes cabezas que habían vivido y trabajado en Londres. Se refirió a la democracia inglesa y al desarrollo de sus fuerzas productivas a partir de la Revolución Gloriosa de 1688. Pasamos ante el Museo Británico, donde Karl Marx había consumido años de estudio e investigación.

—¿Quieres visitarlo?

—Sí, por supuesto.

—Bien, vamos.

Llegamos al *reading room*, en el corazón del edificio. Vastos anaqueles de madera exhibían los lomos de incontables libros encuadernados. Los estantes emitían aroma a cuero, papel y tabaco. La enorme sala de lectura acogía como la nave central de un gran templo. Los sillones eran mullidos y había mesas donde se podían abrir cuadernos, planos y hasta amontonar volúmenes sin molestar al vecino. Cerca de la entrada, a la derecha, se conservaba el pupitre donde había trabajado Marx. Nos detuvimos por unos minutos, como ante el altar de un santo. Imaginé verlo, con su espesa barba gris, inclinado sobre los documentos que inspiraban sus obras. Nadie ocupaba ese pupitre, sin embargo. Y supuse que lo mantenían libre por respeto o por si ese viejo volvía a presentarse. Miré hacia arriba y observé la cúpula impresionante de la que bajaba una tierna luz azulina.

—Es la cúpula más grande el mundo —explicó Lenin—, después de la del Panteón, en Roma.

Los carritos que repartían las solicitudes de los lectores producían un rumor amortiguado y sedante. Caminamos por las limpias baldosas hasta que mis pulmones se sintieron llenos del aire mágico que allí reinaba. Lenin me dirigió hacia la salida.

Desde un puente señaló la Abadía de Westminster, con sus agujas doradas y el famoso reloj. Con ganas de bromear me introdujo en un club exclusivo, tras explicar al conserje que yo era un estudiante que escribía una tesis sobre la historia de Londres. El conserje nos hizo acompañar por uno de sus ayudantes para que no espiásemos en los rincones íntimos, reservados para los socios. Pisé sobre espesas

alfombras, admiré las paredes forradas con maderas oscuras, de las que colgaban grandes cuadros con escenas de la antigüedad clásica y batallas navales. Las poltronas de cuero verde, negro y marrón invitaban al ocio que ninguno de nosotros sabía disfrutar.

Las palabras de Vladimir Illich no eran vanas. Como una fuente apacible derramaba su cultura, el aprecio por las nuevas conquistas de la ciencia, su admiración por el arte, el tesoro de algunos libros que había leído recién y su conocimiento sobre los grandes periódicos europeos. Yo lo escuchaba fascinado, porque era mucho más que un líder político. También me sorprendió su información sobre la artillería alemana y la aviación francesa. ¿Era un nuevo Diderot? Para alguien que acababa de salir de Siberia, ese hombre causaba vértigo.

De vez en cuando, como en las pausas en una lectura, interrumpía su exposición para formularme preguntas. Es claro, necesitaba conocerme. Hasta él habían llegado informes sobre mis cualidades, que exageraban los méritos. Ese largo paseo fue un examen. Cuando me tocó hablar puse énfasis en las carencias de la organización partidaria rusa. Le narré mis choques con los anarquistas de Irkutsk. También le hablé sobre los dolores de cabeza que me producían los argumentos del revisionista Bernstein. Confesé haber estudiado su libro *El desarrollo del capitalismo en Rusia* y que me había asombrado la masa de documentos que contenía.

En esa primera conversación esquivó revelar la causa por la que pidió a Claire mandarme a Londres. Tampoco supe si había aprobado el examen. Sólo me aconsejó seguir con mis estudios.

—¿Nada más? ¿No es perder el tiempo? ¿No convendría regresar a Rusia y entrar de nuevo en la acción revolucionaria?

Lenin esbozó una sonrisa de aprecio, pero no contestó. Fatigados, regresamos a su casa.

Londres revolucionario

Nadeida me buscó un alojamiento permanente. Lo consiguió calles más abajo, en una casa donde vivían Vera Sasulich y Yuli Márto, entre otros revolucionarios, a quienes fui presentado con mucha amabilidad. Las habitaciones, siguiendo la costumbre inglesa, no estaban en el mismo piso. Quedaba en lo alto una especie de buhardilla, que me fue asignada. El edificio poseía una suerte de sala común en planta baja, donde se tomaba café o té, se fumaba y charlaba. La vez que fue allí el famoso Georgi Plejánov dijo que el desorden de ese sitio era más repugnante que el de una cueva. Y los residentes, a las carcajadas, repetían esa afirmación como un mérito. En mi buhardilla había un lecho confortable, una pequeña mesa para escribir, una butaca giratoria y un perfecto espejito redondo encima de la cómoda. Casi la residencia de un príncipe.

Así comenzó mi etapa londinense.

Durante las primeras noches no pude dormir bien. A lo lejos ladraban perros. Los cascos de un caballo golpeaban a menudo el empedrado y me imaginaba que arrastraban un coche con las ruedas enllantadas. Me concentraba en su ritmo, que se apagaba de a poco. En ocasiones lo sucedían voces borrachas que intercambiaban risotadas. El insomnio aguza los sentidos y uno es capaz de captar sutilezas que en la vigilia se pierden. Daba vueltas en el lecho y golpeaba la almohada para hacerle desaparecer el hueco que le había dejado mi cabeza. Recordaba tramos de mi largo viaje por ciudades de Europa. Recordaba el rostro de Alexandra y el de nuestras hijas. Recordaba el irreal clima siberiano. El loco ataque de Félix Dzerdzinsky. Los ojos cansados de Víctor Adler. Mi paseo por Londres con Lenin. El pupitre de Marx. En mi desesperación por dormir empecé a sufrir latidos en las sienes. Con el pulgar apretaba la arteria bajo la raíz de la patilla y con los otros dedos comprimía mis órbitas. Me dije: son los celos del pasado, indignados por mis presurosas zancadas al futuro. A veces surgían imágenes de la lejana Iánovka, mi madre leyendo, papá dando instrucciones a los peones, Iván en su taller. ¿Cómo era posible que hubiese dormido en las condiciones inhumanas de las prisiones y no lo pudiera hacer en este confort casi nobiliario?

Encendía la lámpara y me aplicaba a devorar los números viejos de *Iskra* y volúmenes de *Aurora*, editados por la misma redacción. Contenían trabajos

magníficos, dotados de profundidad y pasión. Sentí vergüenza por mi ignorancia. Mastiqué cientos de páginas como un animal hambriento. Al cabo de unos días fui a visitar la redacción misma y me encontré con montañas de papeles, carpetas y libros que impedían caminar. En ese desorden había unos escritorios de madera. Los muros sostenían anaqueles combados, llenos.

—Es un laberinto, ¿verdad? —dijo Vera—. Pero lo conocemos bien.

Asentí sorprendido.

Me propuso trabajar en el periódico.

—¿En serio?

Sentí tanta alegría que le besé las manos. Al principio, redacté con enorme tensión unas notas breves. A las dos semanas me invitó a brucear en los torrentes más sustanciosos del ensayo político. La miré pasmado.

Vera Sasulich era fascinante, de voz profunda, mirada intensa y un cutis surcado por las arrugas de su admirable historia. Sirvió de enlace con el viejo Frederick Engels, a quien había frecuentado en sus últimos años. Escribía con gran autoexigencia y corregía sus textos de forma obsesiva. Fumaba sin cesar y en su cenicero no sólo había colillas, sino cigarrillos que apagaba antes de tiempo, como si en ellos descargase su enojo. La ceniza le agrisaba la chaqueta, la blusa, la falda, los brazos y hasta caía sobre sus manuscritos y dentro de los vasos de té.

Su padre había sido un noble empobrecido que falleció cuando ella tenía tres años. Al terminar los estudios secundarios se empleó como oficinista. Grupos radicales la sacaron de la asfixia burocrática y empezó a enseñar en las horas libres a obreros de fábricas. Esa actividad fue considerada subversiva. Entonces, indignada, buscó los grupos anarquistas. Supo de un prisionero político que no aceptó quitarse la gorra ante el odiado coronel Trepov, quien ordenó que fuese humillado con azotes hasta que, tendido en tierra, implorase perdón a los gritos. Una corriente anarquista decidió asesinar a Trepov. Vera, sin comunicar sus planes, se apropió de un revólver que introdujo en un bolso del que no se separaba ni dormida. Estudió los trayectos habituales del oficial, lo siguió de a pie y en coche hasta que lo tuvo cerca. Entonces, con la calma de un cirujano metió sus dedos en el bolso, acomodó sus dedos en el mango y el gatillo, apuntó y, en el momento que disparaba, la custodia cayó sobre ella como un alud. A Trepov consiguió producirle heridas de consideración, pero no la muerte. El hecho estalló como volcán. La prensa dedicó primeras planas y numerosos artículos al juicio. El jurado, aunque recibía presiones del gobierno, sentía que la opinión pública simpatizaba con la acusada. Las reformas judiciales que había impuesto el liberal Alejandro II garantizaban una mayor independencia de los magistrados. El abogado de Vera pudo llevar el litigio a un punto en el cual parecía que la condena iba a caer sobre el oficial. En efecto, Vera fue declarada inocente. ¡Inocente! Pero esa victoria la indujo a cambiar de postura, manifestándose contra los

asesinatos.

—¿Nunca más apoyaste la violencia? —pregunté.

—Mira, Kant decía que los sabios pueden equivocarse, y entonces cambian. Los necios no cambian nunca.

Aunque sus admiradores le reiteraban cariño y solidaridad, entendió que no podía seguir en Rusia. Viajó a Suiza y allí se convirtió al marxismo. Fundó un grupo político con Georgi Plejanov y Pavel Axelrod, que después trasladaron a Londres.

Como Vera dominaba el alemán y el inglés, tenía la trascendental misión de traducir al ruso las obras de Marx y Engels. Llenaba decenas de páginas diarias. En Suiza se unió a Vladimir Illich Lenin y Yuli Márto, que por entonces parecían inseparables. Todos se mudaron a Londres y fundaron el diario *Iskra* del exilio, paralelo al *Iskra* de Rusia.

Una noche Lenin y su mujer me llevaron a una de las discusiones que tenían lugar en la legendaria Whitechapel, ubicada en la horrible calle del mismo nombre. Había sido parte de la antigua vía romana y allí se construyó una iglesia que pronto fue rodeada por albergues para los viajeros. Estaba fuera de las murallas y de los controles. Surgieron cervecerías, curtiembres, mataderos y hasta fundiciones. Los pastores religiosos no daban abasto en medio de una multitud carenciada y violenta. Entre sus glorias figuraba el haber fabricado la Campana de la Libertad de Filadelfia y el Big Ben de Londres. Las chozas se multiplicaban y apretaban como animales flacos. De esa forma se dibujó el abigarrado East End, enmohecido y hacinado, en el que se acumulaba basura y florecía la delincuencia. Una tienda de campaña erigida en medio del cementerio por un predicador tuvo la virtud de orientar muchas almas y atrajo al Ejército de Salvación, cuya actividad fue reconocida como una presencia que nadie se atrevía a mancillar. Numerosas mujeres no encontraron otro recurso que la prostitución. Justo allí, en Whitechapel, llevó a cabo sus proezas Jack el Destripador, que inspiró mucha literatura.

Ante la mirada silenciosa de Lenin discutí con un patriarca de la emigración rusa y con un fogoso anarquista. Me asombró la puerilidad de ambos y con cuánta ligereza pretendían pulverizar las teorías de Marx. El debate fue irrelevante. Un grupo de curiosos nos escuchó con más diversión que ganas por entender la verdad. Volví a mi cuarto con una extraña alegría. ¡Si éstos eran mis adversarios!

El domingo me llevaron a una iglesia, donde alternaba un mitin socialdemócrata con el recitado de los salmos. Otra rareza. Subió a la tribuna un trabajador que había llegado de Australia y habló sobre la revolución en ese país. Luego la multitud se puso de pie y empezó a cantar: “¡Oh, Dios todopoderoso, haz que no haya reyes ni haya ricos!” A la salida dijo Nadeida:

—En el proletariado inglés los elementos revolucionarios se combinan con ideas teológicas. Es una rara mezcla que deberíamos tener presente.

Comimos en la pequeña cocina de su casa.

Lenin mantenía una vida ordenada. Comentó que lo estructuraba una mentalidad de monje. Pasaba jornadas enteras en ese retiro, donde estudiaba y escribía. Reunirse con él, aunque fuese en las sesiones oficiales, constituía un pequeño acontecimiento. No participaba de la bohemia, que conocía de lejos, incluidos los nombres de muchos revolucionarios atrapados por su seducción intelectual. Algunos días se encerraba en la biblioteca del Museo Británico.

En vista de mi buen desempeño en Whitechapel, aconsejó que fuese a dar conferencias en Bruselas, Lieja y París. ¿Ya? Sí, ya. Debía defender el materialismo histórico de las ridículas críticas que le formulaba la escuela subjetivista rusa. De esa forma empezaría mi misión en Europa occidental. Los viajes serían agradables, aunque desprovistos de lujo. En cada sitio me esperarían y sería alojado en casa de exiliados y obreros, donde la pobreza era compensada por una digna solidaridad. La iniciativa me puso nervioso, pero me gustó como desafío. Estábamos avanzando hacia una gran batalla, aunque aún no se distinguía el horizonte. Sin decirlo, creo que Lenin sospechaba lo mismo.

El ciclo de disertaciones acabó pronto, sin embargo. Se había evaluado que mis virtudes eran más necesarias en Rusia. Debía regresar al zarismo. Allí habían aumentado las detenciones en masa y no se contaba con suficientes hombres para foguear la resistencia. Me hubiera gustado proseguir la tarea de disertante por las hermosas ciudades europeas, pero no hice objeciones porque ansiaba lograr la libertad de Alexandra y mis hijas, aún en Siberia, cosa que era imposible desde el exilio. Incluso empecé a urdir planes con ese propósito, haciendo largas listas de parientes, amigos, profesores y funcionarios que podrían ayudar.

Cuando se acercó la fecha de mi partida, Lenin me llamó a su casa. Bebimos té y efectuó un rodeo con otros temas para no herirme. Por fin dijo que otra vez se habían cambiado los planes.

—¿Qué?

La cúpula revolucionaria instalada en Londres volvió a examinar mi caso y, por mayoría de votos, decidió que seguía siendo más útil dando conferencias en Europa. En París, por ejemplo, se había formado una gran colonia de estudiantes rusos que urgía reclutar. Mis credenciales de heroico camarada joven fugado de Siberia eran un buen anzuelo. Comenté que me dolía no poder impulsar la liberación de mi esposa y Lenin apoyó su mano sobre la mía.

—Comprendo. Y hoy mismo escribiré a varios camaradas para que muevan el caso con la máxima intensidad.

Cambié el contenido de mi maleta. No regresaba a Rusia, sino a Francia.

Las trampas de París

Me consiguieron un cuarto tan pequeño y oscuro que parecía un calabozo, aunque por la ventana podía espiar la calle. Cansado, me dejé caer sobre la única silla. Quedé dormido un rato y desperté de golpe, asustado. La jofaina estaba llena de agua y me lavé de pies a cabeza. Salí con un abrigo, gorra y bufanda. En un bistró pedí el desayuno. La algarabía de gente simple me caldeó el ánimo. Imité a los parroquianos que mojaban su *croissant* en el café con leche. Otros bebían vino rojo para acompañar una *baguette* con queso. Después salí a caminar. Crucé una fuente y miré los edificios de paredes blanquecinas, balcones de hierro y tejados de pizarra. La famosa París me pareció una ciudad vieja y sucia. Había zanjas en el pavimento y algunas aceras estaban cubiertas de lodo. A medida que me aproximaba al centro aumentaban el atropello y el desorden. Circulaban carruajes de todo tipo y también tranvías a vapor y eléctricos. Empezó a caer una garúa. Aunque ya era media mañana, el gas seguía encendido en muchas tiendas.

Tenía las señas de Jacques Mirabeau, gerente de una librería, y quizás descendiente del famoso revolucionario. Ingresé en su establecimiento, donde los volúmenes estaban distribuidos con gusto; había mesitas y sillones para que los visitantes pudieran leer. Con un golpe de vista distinguí el sector de obras modernas y otro de las antiguas. Había espacios con volúmenes gruesos, de lomos dorados, que sólo comprarían los clientes de fortuna. Pregunté por Jacques y un hombre de librea dijo que no lo conocía. Pensé que lo había pronunciado mal. Mi insistencia no cambió la situación y me sentí desconcertado. Volví a la puerta y en ese momento alguien me llamó. Era Jacques, que se acercaba sonriente, con las manos extendidas.

—Te preparé esta sorpresita para ambientarte. Atención, ¡París es muy tramposa!

Tenía abundante cabello rubio y un cutis graso con pecas. Compensaba su fealdad con una levita enteramente abrochada y una camisa marfil con corbata a rayas azules y rojas. Hablaba casi a los gritos. Por consideración a mi francés poco fluido, lo hacía con cierta lentitud. Expresó que algunos me esperaban con entusiasmo: eran quienes, como él, habían escuchado alguna de mis disertaciones. Pero —tras excusarse por la franqueza—, agregó que otros camaradas suponían que no me sería fácil conquistar al exigente público de París.

Pidió que aguardase mientras atendía a una señora de mediana edad, cabellos

rubios y facciones regocijadas. Charlaron unos minutos y Jacques pidió a un empleado que le alcanzara unos libros. La mujer siguió conversando mientras sus ojos se desviaban hacia mi persona. Advirtió mi incomodidad y tuvo la deferencia de obsequiarme una sonrisa insinuante. Jacques la acompañó hasta la puerta y se deshizo en galanterías.

—Es una escritora de éxito. Mediocre, pero de éxito —comentó con un guiño—. Parece que le caíste simpático. ¿Querías un encuentro?

—Tal vez. Pero antes...

—¡Conocer París! Sólo la viste de pasada. Arreglo unos asuntos y salimos.

En las animadas calles Jacques se detenía para saludar. Describía los edificios y me ponía al tanto de la literatura francesa. Opinaba que se había saturado de autores superficiales. La crítica había perdido su rumbo cuando se interesó con excesiva pasión en los amores de la esposa de Víctor Hugo con Sainte-Beuve o en los exóticos amantes de George Sand. Algunos, para justificar esa “nada creativa”, propugnaban “el arte por el arte” que, en realidad, era “el arte por el dinero de los idiotas”.

Jacques opinaba que los escritores se tomaban mucho trabajo para imponer la falsa percepción de que abrían una nueva etapa literaria. No. Eran conservadores. ¡Puro ingenio onanista! La Academia Francesa era peor que la Cámara de los Lores. Bastaba ver sus trajes bufonescos en las ceremonias oficiales.

Mientras almorzamos en un bodegón, señaló afligido que muchos compañeros se negaron a solventar mi viaje. Decían que era demasiado joven para meter en los universitarios mis ideas revolucionarias. No bastaba haber sufrido en Siberia ni padecer un simulacro de fusilamiento. Mis antecedentes eran más raquíticos que ese perro hurgando en la basura de la calle. No obstante, accedieron a probarme por la insistencia de Londres. Le pregunté entonces a Jacques si quería meterme miedo. Su respuesta fue una nerviosa risita.

Cuando al día siguiente me condujo al aula donde debía hablar, algo de miedo tuve, claro. Trepé con vacilación los escalones que me llevaban al proscenio. El público no era numeroso. La presentación estuvo a cargo de un camarada local, que mencionó algunas de mis peripecias. Yo lo miraba con rabia, porque parecía querer rogar que no me arrojasen tomates y repollos.

Carraspeé. Agradecí la oportunidad que me brindaban y narré una anécdota literaria “en el país de la gran literatura”. Un recurso cínico para ganar su simpatía. Me di cuenta de que no los alcancé a seducir. Entonces recurrí a un chiste. Lo conté tranquilo y me salió bien. Al estallar carcajadas supe que había quebrado el hielo. Entonces evoqué la libertad que siempre había reinado en Francia. Hasta en la época de Luis XIV los poetas con pelucas empolvadas se permitían hacer críticas: Voltaire azotaba la religión y se burlaba de la guerra, Molière escarneaba todo. Luego me aboqué a desarrollar los asuntos teóricos anunciados. A cada uno, sin excepción, los

ilustré con ejemplos de la vida cotidiana. Miraba a los ojos de mis oyentes. A veces me quedaba tan fijo en una cara que el resto de la audiencia giraba hacia ella, como si fuese el eje de mi exposición. Al rato apuntaba durante varios minutos a otra cara, y así sucesivamente. En una de mis pausas aplaudieron. Luego aplaudieron de nuevo cada vez que redondeaba un párrafo vehemente. Me regalaron un largo aplauso final. Varios se acercaron para tenderme la mano. Dos gigantes me estrecharon con un abrazo que casi me quebró las costillas. Tuve más éxito del que hubiese querido, porque ahora debía preparar cada conferencia con más cuidado para mantener el alto perfil. Jacques Mirabeau me abrazó y golpeó la espalda un largo minuto, como para disculparse.

—¡Tengo que llevarte a la Academia!... ¡Para que la derribes!

En la siguiente conferencia descubrí a una muchacha de cabellos negros cuyos ojos tenían un encanto diferente al de las demás mujeres. Procuré descender enseguida de la tribuna y alcanzarla antes de que se fuera. Resultó sencillo acercarme, porque me estuvo esperando. Sonreía. Podía ser la sonrisa de una admiradora intelectual. Pero yo había aprendido a distinguir otros ingredientes más sutiles en el dibujo de los labios. Cuando estuve cerca, no supe qué decirle. Ella me tendió la mano y felicitó.

—Muy didáctico... Y apasionado.

“Apasionado”, reflexioné. Palabra que deriva de pasión. ¿Qué pasión cruza por la mente de esta bella muchacha?

Apasionado

Dejé a Jacques y demás admiradores con el apuro de un adolescente. La invité a caminar. Enfilamos hacia el Sena y cruzamos el Puente de las Artes. De reojo observé su perfil delicado, al que un rizo de cabello le acariciaba la mejilla. Casi siempre mantenía la boca entreabierta y se podían apreciar sus dientes pequeños y muy blancos. Conversamos sobre el Affaire Dreyfus y la valentía de Emile Zola. La bruma de la tarde, como una ceniza densa, emitía fosforescencias semejantes a débiles llamas dentro de una lámpara de vidrio. El universo se tornaba armónico, los árboles rodaban hacia el violeta y el cielo hacia un tornasol irreal. La ciudad mantenía su bullicio, pero a nosotros no nos llegaba. La voz de Natasha sonaba musical y su risa tintineaba. Recorrimos varias cuadras del Boulevard Montparnasse y luego regresamos al puente de los Orfebres. Nos inclinamos para mirar las aguas turbias del Sena. Acercamos nuestros cuerpos mientras permanecíamos apoyados sobre la baranda. Nuestras manos enguantadas se tocaron con cierta timidez. ¿Temíamos enamorarnos? Nos miramos con ganas de avanzar hacia el beso, pero un guiño invisible nos aconsejó esperar. Fuimos hasta Les Halles para gozar la típica *soupe a l'oignon*. Después la acompañé a su hotelito y quedamos en volver a encontrarnos al día siguiente en el jardín de Luxemburgo.

El sol fue generoso ese día, porque nos acompañó con un dorado suave, aunque invernal. Nos sentamos cerca de la fuente de Galatea. Miramos a los pájaros que desafiaban el frío y se lavaban en una fuente. Oleadas de pensamientos nos llevaron a sacarnos los guantes y estrechar las manos. Los dedos se acariciaban unos a otros y, por momentos, se apretaban; eran más valientes que nuestras bocas para expresar la atracción. Luego de contarnos algo sobre las respectivas historias —en la que mencioné a mis hijas, pero comencé a ser infiel al no emitir opinión sobre Alexandra—, urgía explorar la etapa siguiente. Nos estudiamos y, poco a poco, haciendo ceder resortes, aproximamos los labios. Los rozamos y separamos, para mirar el suelo, con vergüenza, o con miedo a que todo se echase a perder. Al minuto siguiente la abracé. Con la sangre al galope volvimos a besarnos, esta vez sin frenos, ni cálculos, ni temores. Apreté sus labios entre los míos, estrujándolos para beberle el zumo. Después nos quedamos con las mejillas pegadas. Ambos respirábamos agitados. El beso se repitió dos, cuatro, seis veces. Y ya no fueron suficientes las turgencias de los

labios, sino que nuestras lenguas se convirtieron en un ejército invasor.

Reconozco que Natasha era tan entusiasta de la naturaleza que pronto logró despertar mi interés aún embrionario. Describía los árboles, los arbustos y las flores con poesía. A las eternas nubes de París les colgaba metáforas. Y hasta el salvajismo urbano —que alternaba edificios viejos con estructuras palaciegas—, el caos de la circulación y la mezcla infinita de personas le inspiraban frases hermosas. Yo le agradecía que me aportase una dimensión que no había atendido hasta entonces (aunque Alexandra ya me había introducido bastante). Natasha me hacía descubrir en esa ciudad riquezas y contrastes. Las leyendas que atesoraba su historia empezaban a tener justificación. Advertí el gusto por la buena vida que reinaba por doquier. Presté atención a sus restaurantes con extravagancias culinarias y vinos caros, donde ni podíamos asomar la nariz. Esos restaurantes alternaban con bistrós económicos, panaderías —donde se erguían las lanzas de rubias *baguettes*— y comercios para bolsillos pobres. Había más informalidad en la ropa que en ciudades imperiales como Viena y Londres. Cada cual vestía como se le antojaba: los pintores usaban sombreros anchos y chaquetas de un gastado terciopelo negro, las niñeras se distinguían por sus cofias bretonas, los estudiantes se encasquetaban boinas torcidas, mucha gente andaba en mangas de camisa que cubrían con mantas gruesas, los taberneros se ponían delantales. Por todos lados reinaba la animación. Algunos cocheros se trenzaban con insultos y la policía no los castigaba, sino ordenaba que terminasen con un apretón de manos, a menudo sellado con un vaso de vino en el mostrador más cercano.

Había estado tan metido en las cuestiones políticas que era un bárbaro en otros temas. Ella logró vencer mi resistencia a visitar durante horas el Museo del Louvre. La primera vez fui irritado, como obligado a perder el tiempo. Encontré a Rubens demasiado rozagante, *La Gioconda* tenía más fama que la merecida, Rembrandt odiaba la luz, David idealizaba de forma grotesca el mundo napoleónico, las piezas antiguas de Grecia y Egipto no agregaban mucho a mis conocimientos de historia. En realidad, me resistía a aceptar el arte como antes me había resistido a la revolución y el marxismo, como me había resistido a los encantos de Alexandra. Todos mis amores empiezan con el miedo a entregarme. ¿De esa forma indirecta también me resistía a Natasha?

Contó que se dedicaba al dibujo y la pintura. Con los retratos que hacía a mano alzada en algunos restaurantes conseguía un buen dinero. Dije que me encantaría ver su producción. Caminamos por las tortuosas calles hasta su hotelito. Sabía que esa noche descubriríamos nuestros cuerpos. Mientras avanzábamos tomados de la mano, escuchábamos los rumores cada vez más tranquilos de la ciudad. Una lejana música de acordeón parecía remontarse a las pocas estrellas que se asomaban en el cielo. Abrió la puerta y saludó al adormecido conserje, hundido en el fondo del zaguán.

Escalamos varios pisos hasta llegar a su cuarto. Encendió la lámpara y vi su lecho rodeado por tableros de dibujo, rollos de papel grueso apilados en las esquinas y cuadros pequeños colgados en los muros. Me invitó a sentarnos sobre unos almohadones y aportó dos vasos y una botella de vino. Me sentí invadido por una sensación novedosa que, pese a mi excitación, obligaba a disfrutar ese momento con glotonería lenta. Brindamos y bebimos. Después nos abrazamos y rodamos por un gastado trozo de alfombra. Los besos fueron más serenos que en el parque o junto al Sena. Parecían finas corrientes de aire cálido. Besamos nuestras mejillas, orejas, gargantas. Por momentos yo abría los ojos y en la penumbra escarlata miraba sus párpados concentrados, su frente limpia, sus ondulados cabellos negros. Pretendíamos que ese tiempo cargado de contradicciones entre el apuro sexual y el éxtasis de las caricias durase una eternidad. Por instantes nos aflojábamos y permanecíamos quietos. Entonces volvíamos a escuchar los asordados mensajes que afluían desde la calle, en gran medida generados por una orquesta de hojas secas. Hasta que nos estremecía un nuevo beso. Entonces apetecíamos otros besos, más besos y se desenfrenaba la libertad de manos y piernas. Se nos fueron desatando las ropas y asomaban espacios más grandes de piel. Sobre ellos caían en picada las burbujas de los labios. Un creciente huracán incendiaba cada trozo del cuerpo, hasta que nos arrojamos al vacío del terremoto.

Como salvajes extenuados volvimos a rodar, pero sin querer desprendernos. Natasha apoyó su cabeza en el hueco de mi hombro y susurraba algo que no entendí. Ni siquiera tuve fuerzas para preguntarle qué decía. Terminamos dormidos.

Una rompiente de luz, en la madrugada, atravesó las celosías. Nos acariciamos y sonreímos. En mi cabeza volvió a presentarse el rostro de Alexandra. ¿Debía entretejer mi pasado con este presente repentino y poderoso? Era extraña la paz que me invadía. ¿Amaba a las dos?

Botas insoportables

A pedido de varios estudiantes, Lenin fue invitado a París para dictar tres conferencias en la Universidad que habían fundado profesores expulsados de Rusia. Para muchos Lenin no merecía confianza, porque se lo asociaba con el terrorismo. La acalorada controversia terminó con un acuerdo infantil: pedirle que sus exposiciones evitasen la agresividad. Solución estúpida, porque sus frases podrían saltar un enfrentamiento enojoso, pero no dejaría de verter sus ideas. Si no, ¿para qué dar conferencias? Lenin tenía sobrada ductilidad política. Enfatizó de entrada que admitía la pluralidad de opiniones y pudo vencer muchos prejuicios.

Pese al “amistoso” sabotaje de varios profesores, en cada presentación tuvo un lleno total. Habló con simpatía y buen nivel académico. Desplegó estadísticas y enumeró datos objetivos sobre la crítica situación en Rusia, datos que comentaba de modo sencillo, para que lo entendiesen hasta los legos.

Acordamos premiarlo con una función en la Ópera. Natasha se ocupó de conseguir las entradas. Llegamos desde diferentes puntos de la ciudad. Lenin venía acompañado por los anfitriones que lo alojaban en un hotelito cercano a Les Halles. Se presentó con la misma cartera donde guardaba los papeles que había utilizado en sus disertaciones. El magnífico edificio estaba iluminado a pleno. Largas filas de carruajes traían a hombres y mujeres vestidos de gala. Guardias, policías y agentes secretos vigilaban el orden y mantenían alejados a los mendigos.

La veintena de jóvenes que acompañamos a Lenin subimos las altas escaleras para llegar a la galería, pegada a la cúpula del teatro. Los primeros minutos no pudimos hablar, arrobados por las luces y los colores que animaban al grandioso ámbito. Vimos cómo se llenaban las butacas de la platea, forradas en terciopelo rojo y cómo también se llenaban los palcos, donde las damas se sentaban junto al borde del redondo balcón y enseguida se ponían a espiar con sus binoculares de oro, plata o nácar.

De esa noche recuerdo con intensidad el “conflicto” de las botas. Lenin se había comprado en una zapatería de París unas botas de calidad, inusualmente baratas. Luego de caminarlas un día confesó que le apretaban. Yo las miré codicioso, porque también necesitaba renovar mi calzado. Le ofrecí probármelas. Lenin se las sacó e instaló junto a mis pies. Correspondían a mi número y las sentí cómodas. Dije que me

las quedaba y le pagaría su precio. Él se negó, prefería regalármelas. Ante mi protesta, insistió que merecía ese regalo por los esfuerzos que invertí en lograr que lo invitasen. Pero yo insistía en que era un premio desproporcionado. Pisar sobre el calzado de Lenin me hacía sentir fatuamente poderoso. Las botas, sin embargo, no correspondían al tamaño de mi pie. Llevó horas descubrirlo, quizá porque mi mente deseaba conservarlas. Hasta llegar al teatro las pude tolerar, pero luego de trepar las escaleras y sentarnos en la galería empezó el martirio. Lenin me contemplaba con lástima y diversión. Lanzó una risita cuando, desesperado, me saqué las botas. Lo hice con disimulo, como si me rascase la pierna. Él no se dejó engañar y me espiaba de reojo. Mantuve los pies libres y felices hasta terminar la función. Después tuve que sudar como un caballo para ponérmelas de nuevo; usé como calzador el programa de cartulina varias veces doblado. Las escaleras se convirtieron en un tormento. Bajé peldaño tras peldaño reprimiendo los quejidos. No me atreví a descender descalzo en medio de la espesa multitud. En la calle ya no podía hablar. Lenin estalló en carcajadas. Nunca le escuché una risa más abierta y sonora. Contagió a los demás camaradas, que hasta se apretaban el estómago al enterarse del motivo. Entonces no pude frenar la bronca y di una patada en el trasero a un amigo. Grité que si no se callaban les tiraría las botas a la cabeza.

—Es lo mejor que puedes hacer —exclamó Lenin secándose las lágrimas.

Me las quité con odio y marché descalzo por los fríos adoquines de París.

Dos días después tuve la sorpresa de encontrarme con Lenin en la puerta de mi pequeño cuarto. Propuso que tomásemos un café con *croissants* en una de las terrazas que había descubierto a la vuelta. Quería hablar a solas conmigo antes de regresar a Londres. Empezó preguntándome con seriedad si me había comprado nuevas botas. Me cruzó un relámpago, pero advertí que su preocupación mezclaba burla y afecto.

—No, no tuve tiempo.

Dijo que las necesitaría, porque me esperaban viajes y largas caminatas. Con su admirable capacidad de síntesis expuso el panorama político de Rusia bajo un gobierno desesperado. Los acontecimientos avanzaban rápido y nuestro mensaje revolucionario debía expandirse con más fuerza. La trágica guerra ruso-japonesa, trágica como toda guerra, llegaba a su fin con horribles pérdidas de ambas partes. La habían inspirado absurdas ambiciones imperiales que ahora podían convertirse en el sepulturero de la autocracia zarista.

Al despedirnos puso en mis manos una caja. La abrí curioso. Era un nuevo par de botas, más grandes y más bellas. Lo miré sorprendido. Tanto, que no pude articular mi agradecimiento. Además, me entregó un sobre grande cuyo contenido debía leer con atención. Pero sus labios no sonreían. Me sentí confundido. Su gesto podía interpretarse como el de un hermano mayor, afectuoso e incondicional, o el de un jefe implacable. Ambos a la vez.

Varios papeles me informaban sobre el programa de conferencias. Debía viajar a Bruselas, Lieja, Heidelberg, Friburgo y Zurich. Ya estaban ultimados los detalles de pasajes, recepción y alojamiento. Había datos sobre muchos de mis anfitriones y características de los grupos a los que debía reclutar. Propuse a Natasha que me acompañase. Ella pensó varios minutos; el tema le parecía complicado. Más complicado que a mí. Entonces me expuso, con dolorosa sinceridad, los inconvenientes que me acarrearía su presencia. Yo no podría robar minutos para ella y ella no se sentiría bien quitándome tiempo y energía. La misión que me encargaban era un fuego de metralla para generar revolucionarios. Me rasqué la nuca al comprobar que las dos mujeres más importantes de mi vida coincidían en el valor de la tarea que se me confiaba.

Antes de partir nos regalamos otra sesión de prolongado y sísmico erotismo, que incluía la angustia de no volver a vernos.

Debates, disputas, divisiones

La *Iskra* era un mundo fascinante.

El desaliñado Mártoov sobresalía como redactor. Escribía con la misma fluidez que hablaba. Pero no se sentía cómodo junto a Lenin, pese a que era su colaborador más íntimo. Mantenían relaciones frías, por el contraste de sus temperamentos. Mártoov amaba la bohemia y se dedicaba a los temas cotidianos, además de los políticos: mujeres, literatura, frivolidades. En cambio Lenin ejercitaba su pensamiento con el rigor de un científico. Mártoov era hombre de ocurrencias ingeniosas, de hipótesis alocadas y de proyectos que ni él mismo volvía a recordar. Lenin sólo se dedicaba a reflexiones útiles, profundas y, a menudo, difíciles de asimilar enseguida. Las ideas que caían de la boca de Mártoov parecían las aguas de una esclusa, mientras las de Lenin se asemejaban a las que fluyen de un manantial transparente. Lenin meneaba la cabeza cuando Mártoov se despachaba con un proyecto absurdo. No obstante, lo quería. Hasta en sus reproches se filtraba la vieja amistad. A veces descubrí a Lenin mirando entristecido a Mártoov, que parecía adormilarse tras sus lentes torcidos y siempre sucios.

Mártoov había nacido en Constantinopla, hijo de una familia judía de clase media. Tantos judíos en el campo revolucionario me hizo pensar muchas veces sobre la causa del fenómeno. Y no lo encuentro difícil de explicar. Son el grupo humano que ha padecido la más larga y tenaz persecución, discriminación y opresión de la historia. Los mismos judíos atribuyen su comienzo a una etapa de esclavitud. Sea mito o historia, los cuatrocientos años de cadenas en Egipto constituyen el carozo de su identidad. Y esa identidad se fortaleció con la epopeya del Sinaí. ¿Cómo no van a enamorarse de una revolución liberadora quienes desde niños se la pasan repitiendo anécdotas sobre la opresión primigenia y las maravillas de la libertad?

La secretaría de redacción estaba a cargo de la vivaz Nadeida Krupskaja, la mujer de Lenin. Se había convertido en el centro de nuestra organización, recibía a los camaradas que llegaban del extranjero, despachaba mensajes, controlaba la imprenta y daba instrucciones a los que partían. Su rincón siempre olía al papel inservible o comprometedor que quemaba en el fuego de la estufa, para no dejar huellas. A veces se quejaba por las pocas misivas que llegaban de Rusia y el resto de Europa. A menudo efectuaba cambios de códigos para evitar filtraciones. No se cansaba de

recomendar tinta química y el uso de ciertos jeroglíficos para cerrar el acceso de los espías.

Lenin deseaba sacarse de encima a los viejos. Con el veterano Plejánov ya había tenido varios choques. El duelo entre esos gigantes se volvió peligroso y tuvieron que intervenir los conciliadores Vera y Márto. Vera se puso al lado de Plejánov y Márto junto a Lenin.

—Georgi Plejánov es un lebrél —susurró Vera a Lenin en un amistoso aparte—. Fíjate: es un perro de labio y orejas caídas. Sólo sirve para cazar pequeñas liebres. Aunque las muerde y zamarrea, las suelta. En cambio tú eres un perro de presa, que da zarpazos mortales. Por eso te digo: no hace falta que lo destroces.

A Lenin le gustó la comparación y repitió entre dientes lo de “zarpazos mortales”. Vera le hacía burla a su erre arrastrada.

—Debe provenir de tus ancestros mongoles —dijo una vez.

Lenin me pidió más escritos.

—No corrijas tanto, Liova: afloja tu pluma. Ya es hora de aportar tus conocimientos teóricos y sacarle provecho a tu habilidad literaria. Se viene algo grande.

Vera, por indirecta solicitud de Lenin, propuso elevarme al rango de redactor permanente de *Iskra*. Era un ascenso fenomenal. Significaba instalarme en la élite constituida por media docena de personalidades. ¡Demasiado en tan poco tiempo! Era previsible que mi nombre fuese cuestionado por Plejánov. Entonces Lenin pidió a Vera con una sonrisa taimada que fuera Márto quien respondiera, para suavizar las cosas, porque ella le pegaría duro.

Vera se incomodó.

—El que pega duro eres tú, amigo mío —y giró hacia Plejánov—. Quisiera clarificar este debate. Usted cuenta con nuestro merecido respeto. Apreciamos su opinión y su presencia. Pero a Liova lo necesitamos. ¡Aunque usted se oponga, lo traeremos a la acción!

El viejo palideció. Temblaron sus labios y retorció sus dedos largos, pero no opuso una palabra. Se incorporó, alzó su abrigo y se fue sin saludar. Comencé a oler de cerca los efluvios de las intrigas políticas.

Al día siguiente Vera me instaló frente a una mesa como si fuese mi hermana mayor. Quiso saber si me gustaba la silla y tenía suficiente luz. Yo no sabía cómo agradecerle, era excesivo tal derrame de privilegios. Tenía entonces veintitrés años y me convertían en el redactor más joven del aguerrido grupo.

Plejánov siguió tratándome con frialdad. Me dolía su desprecio, porque era un hombre que había realizado notables aportes al marxismo en el campo de la filosofía, el arte y la religión. Amplió nuestros conocimientos sobre los vínculos entre la base y la superestructura. Difundió las virtudes de varios demócratas revolucionarios. Su

Concepción monista de la historia ya se consideraba una obra maestra. Refutó muchos argumentos del populismo, el terrorismo y la anarquía. Estuvo entre los organizadores de las primeras protestas políticas que tuvieron lugar en Rusia. ¿Cómo no iba a importarme su falta de cariño?

La fecha del gran Congreso se acercaba y, en sus vísperas, acordamos trasladar la redacción de *Iskra* a Ginebra, donde la vida era mucho más barata y más fácil la comunicación con Rusia. Lenin tuvo que asentir, aunque a disgusto. También debía mudarse.

Mandé cartas y telegramas a Natasha. Le imploraba que se me uniese en Ginebra. No podía olvidar la intensidad de los encuentros que convirtieron mi descubrimiento de París en el descubrimiento de un amor huracanado. Accedió y nos encontramos en esa ciudad. Nuestros abrazos, besos y el manjar que nos proveía mirarnos impulsaron la busca frenética de una modesta buhardilla en los suburbios. Quitamos horas al sueño para devorarnos. El Congreso tendría lugar en Bruselas, por desgracia, y tendríamos que volver a sufrir el desgarró de la separación. Ya habían empezado unos trabajos preliminares en varias ciudades. Lenin, asistido por su mujer, controlaba esa tarea, aunque no siempre de un modo visible. Una parte de las discusiones se consagraría al establecimiento del estatuto. Su aspecto más conflictivo era la relación entre *Iskra*, el órgano central del partido, y el Comité Central residente en Rusia. No era un tema liviano, porque fijaría el corazón del poder. Yo sostenía que la redacción debía estar sometida al Comité Central en Rusia, éramos rusos y pretendíamos hacer la revolución en Rusia. Natasha me apoyaba.

—No, no puede ser —replicaba Lenin—. Las fuerzas tienen demasiada desproporción. ¿Cómo van a poder dirigirnos desde Rusia? Nosotros formamos un centro fijo en el extranjero, tenemos más libertad y somos más fuertes ideológicamente.

—¿Entonces convertiremos nuestra redacción en una dictadura? —objeté sin medir la insolencia de mis palabras.

Se produjo un silencio incómodo. Pero lo siguió una sorpresa.

—¿Y qué se pierde? —replicó Lenin—. En las circunstancias actuales, no hay otro camino.

Quedamos mudos. Se acababa de lastimar mi culto a Lenin: ese hombre no reparaba en la legitimidad de los medios. Luego supe que negociaba con la poco sólida Liga Siberiana con el propósito de aumentar su fuerza en el Congreso. Era una persona que descubría recursos políticos en elementos donde pocos se fijarían. Su pupila era la más potente de todas. Pero, ¿siempre lo llevaría por el buen camino? Hasta el más lúcido de los científicos puede fallar alguna vez.

Decidimos que Natasha esperase mi regreso en Ginebra. Dijo que había suficientes buenos restaurantes como para hacer retratos a mano alzada a damas y

caballeros vanidosos; no debía preocuparme por su dinero. Su desprendimiento me produjo un remezón, porque evoqué mi despedida horrible de Alexandra en la congelada Usti-Kut. Otra vez me distanciaba de una mujer amada con un puñal en el estómago. Otra vez abandonaba a mis seres queridos. ¿No tenía yo alguna responsabilidad en ese drama? ¿No abandoné a mis padres, a mis hermanos, a mi esposa, a mis hijas, a mis parientes de Odesa? Era un maldito abandonador.

El Congreso

Partí hacia la capital de Bélgica con el hermano menor de Lenin, que era médico. Yo tenía el pasaporte de un ciudadano búlgaro a quien no conocía; era conveniente preservar en el fondo de mi equipaje al documento mejor, que estaba a nombre de León Trotsky. Para que no se nos pegase algún espía evitamos tomar el tren en la misma Ginebra y lo hicimos en la estación siguiente, donde los rápidos sólo paraban medio minuto. Como experimentados fugitivos no esperamos en el andén y, cruzando las peligrosas vías, nos lanzamos sobre el estribo del último vagón. Al jefe de la estación se le cayó la mandíbula y pitó la señal de alarma. La locomotora se detuvo con horribles ronquidos y escapes de vapor. Sin perder un segundo penetramos en el corredor y tratamos de esquivar al guarda que corría tras de nosotros. Nos escondimos en un toilet, pero fuimos descubiertos. El guarda gritó que nunca había visto idiotas semejantes. Sin importarle las excusas que dábamos en inglés y ruso nos aplicó cincuenta francos de multa. Simulamos no entender una palabra de francés. Recurrió a gesticulaciones y signos, casi nos metió los dedos en los ojos, pero al final el teatro que desplegamos surtió efecto. Escupió maldiciones, hizo un gesto de repugnancia y se fue. Palpé mi bolsillo: nos habíamos ahorrado cincuenta francos, era una victoria mayor.

El Congreso empezó en un local de las asociaciones obreras llamado La Maison du Peuple. Era un espacio en la periferia de Bruselas oculto por fardos de lana que impedían descubrir su amplio interior, lleno de bancos y sillas. Pero en la sala acribillaban más pulgas de las que había sufrido en Siberia. Se metían en los ojos, en las orejas, picaban la nuca, herían la frente. Consiguieron que las sesiones se convirtiesen en un tormento donde las manos no dejaban de agitarse para espantar las hélices de los insectos. Además, los congresistas descubrimos que éramos vigilados por espías provistos de gorras, echarpes y pañuelos con los que se cubrían el rostro para evitar las pulgas. Venían mejor armados.

Durante el receso salí con Vera a recorrer la ciudad. En una esquina nos topamos con su símbolo máximo. Que es una interesante miniatura, porque se trata de un niño desnudo que orina sobre una fuente. El *Manneken Pis* —tan famoso— resultó ser una estatuita protegida en un nicho rococó. Se la supone muy antigua, y robada varias veces. Me contó Vera, que ama todas las historias, una leyenda del siglo XII. El jefe

de Bruselas era un bebé de dos años de edad. Lo pusieron en una cesta y colgaron de un árbol para que animara a las tropas. No sólo lo hizo, sino que orinaba sobre los enemigos, cegándolos. Otra leyenda surgió siglos después, cuando la ciudad fue cercada y pusieron explosivos alrededor de sus muros. Un niño orinó oportunamente sobre la mecha.

—¿No será que su fama proviene de un agravio al puritanismo? —reí.

Caminamos hasta la Gran Plaza. Me impactó su forma cuadrangular rodeada por los edificios de las corporaciones medievales, el ayuntamiento y la casa del Rey. Las paredes derramaban luz. Recordé que Víctor Hugo la había considerado la más hermosa del mundo. No exageraba. Allí, además, la Inquisición hizo quemar a los primeros herejes protestantes. Valía la pena quedarse unos minutos para reflexionar.

Noches después nos dimos el lujo de cenar en un pequeño restaurante. Vera me habló durante una hora sobre el polémico Eduard Bernstein. Era hijo de obreros judíos alemanes, frecuentó a Engels y conocía en profundidad no sólo el marxismo, sino a Kant y los reformistas ingleses. Tuvo el coraje —o la locura— de afirmar que varias predicciones de Marx fueron erróneas. Por eso lo detestan ahora. Pero es serio y debería ser tenido en cuenta.

—Mira —agregó—, sostiene provocativamente que el capitalismo se está fortaleciendo y ha perfeccionado la legislación social. Dice que la burguesía no es inalterable, no es la serpiente, y posee rasgos distintos a los de tan sólo medio siglo atrás.

—¿Entonces?

—Hay más. Opina que el voto universal brindará fuerza a los trabajadores. Y se conseguirán cambios sin una violencia que, ya sabes, detesto. No hará falta una dictadura del proletariado para cambiar el mundo. Todas las dictaduras oprimen. Al revés, Bernstein dice que se debería fortificar la democracia y no entrar en otra dictadura, porque casi siempre terminan mal. Fíjate en la Revolución Francesa, en sus comienzos maravillosos, pero que desembocaron en el terror y después en la tiranía napoleónica.

—Esa concepción cambia todo.

—Todo no. Pero sí la estrategia.

En medio de la comida nos rozó un delegado de Odesa que, sin detenerse ni mirarnos, susurró unas palabras:

—Los siguen. ¡Sepárense!

Ese delegado me había comentado días atrás que se alojaba en el primer piso de una casa enfrentada al restaurante y había montado en su ventana un puesto de observación.

—Vete ya mismo —ordenó Vera.

—¿Y dejarte?

—Las mujeres no somos tan buscadas. ¡Vete, por favor!

La besé en ambas mejillas y salí a la calle. Llevaba en mi bolsillo el pasaporte búlgaro y cinco francos. Me alejé rápido, pero advertí enseguida que un hombre caminaba detrás. Lo examiné con golpes de vista cada vez que se acercaba a un farol. Era alto y flaco. Las calles estaban vacías y me dije que no tenía sentido prolongar ese juego. Giré de súbito y casi chocamos. Lo enfrenté.

—Monsieur, ¿qué calle es ésta?

El espía retrocedió sorprendido hasta golpear su espalda contra la pared.

—*Je ne sais pas.*

Tal vez esperaba que le soltase un tiro, porque los revolucionarios teníamos la fama de criminales. Seguí andando en la dirección que me alejaba de mi domicilio, por si el espía perseveraba. En una torre sonó la medianoche. Al llegar a una bocacalle torcí de súbito y eché a correr. Pero venía detrás el mismo hombre, sin preocuparse por el ruido que hacían sus propios zapatos. Persecución absurda. Di la vuelta a una manzana e ingresé en un bulevar, cuya arboleda densa podía brindarme un escondite transitorio. Pero no fue así. El espía era tenaz y, pese al cansancio, se mantuvo a mis espaldas como si lo arrastrase con una soga. Volvimos a mirarnos en una parada de coches de alquiler, donde pensé tomar uno, pero de nada me hubiera servido porque el espía se habría encaramado en el siguiente. Proseguí la marcha; no debía revelar mi domicilio. El bulevar se me hizo inacabable, ya alcanzaba el extremo de la ciudad y me iba a tener que lanzar a los extramuros. En la puerta de una pequeña taberna estaba parado un solo coche de punto. ¡Era mi oportunidad! Salté a su interior.

—¡Vamos, de prisa!

—¿Adónde vamos?

Le di el nombre de un parque a diez minutos de la casa en la que vivía. Por la ventanilla posterior alcancé a ver que mi enemigo entraba corriendo a la taberna y salía con un camarero, que debía ser otro espía. Apuntó con el dedo hacia mi coche en el instante que doblaba la esquina. ¡Conseguí liberarme! En media hora pude llegar a mi cuarto sin extraños a la vista. Encendí una vela y encontré sobre la mesita de noche una carta dirigida a mi nombre búlgaro.

Era un aviso de la Policía, que me ordenaba presentarme con el pasaporte a las diez de la mañana. Ya había sido localizado. ¡Qué frustración! Mi carrera nocturna por Bruselas fue una ridícula y estéril escaramuza, incluso para el espía.

A la madrugada me enteré de que varios delegados habían recibido la misma citación. Fallaron nuestras previsiones de seguridad. Estaba seguro de que el espionaje ruso, sólidamente instalado en Berlín, había prendido las alarmas de Bruselas y vendido el dato de que iba a ser invadida por extranjeros afiliados al anarco-terrorismo.

Los congresistas que se presentaron en la policía recibieron la orden de cruzar la frontera de Bélgica en el término de veinticuatro horas. Yo ni me molesté en cumplir con ese trámite, sino que fui a la estación de trenes y puse rumbo a Londres. Hacia allí se trasladó todo el Congreso. De inmediato le escribí en código a Natasha, que permanecía en Ginebra, haciéndole saber esta novedad. Mientras, Alexandra había quedado varada en Usti-Kut.

El caucasiano

En Londres se reanudaron los debates como si un hacha no hubiese producido una dramática interrupción. La sangre revolucionaria mantenía su taquicardia pese a los tropiezos. Volvieron a trepidar discursos, negociaciones y hasta puñetazos. La pulseada entre los bandos crecía de minuto en minuto. Lenin se esforzaba por ganar mi apoyo. Me invitó a otro largo paseo. Bordeamos el Támesis y, sin darnos cuenta, aparecimos de nuevo frente al Museo Británico, como si el viejo Marx nos hubiese convocado. A Lenin le gustaba conversar mientras caminaba, como Aristóteles.

—Las pisadas hacen resonar mejor las ideas.

Enumeró varios errores del pobre Mártoov. No le gustaba su posición, ni la de Vera, ni la de ningún moderado. Lo miré perplejo, porque su firmeza parecía la de un fanático, no la de un sabio. La charla me cayó mal y aumentó mi desencanto. No pudimos llegar a un acuerdo. Al despedirnos en la puerta de su casa, donde yo había llegado en aquella lejana madrugada, encendido de excitación, murmuró triste que bordeábamos la ruptura. Sus ojos oblicuos me miraban fijo, como si intentaran hipnotizarme. Nos dimos la mano con tensión. Le dejé saludos para Nadeida.

Al día siguiente vino a buscarme su hermano médico, con quien había viajado a Bruselas. Conversamos en un parque.

—Voy al grano. Tengo órdenes de retenerte con nosotros, sea como sea.

—Y yo tengo la necesidad de serte franco. No me atrae la excesiva intransigencia de los bolcheviques.

Dialogamos más de una hora. Tampoco en esa oportunidad pudo convencerme. La escisión del partido puede ser grave, tengamos cuidado, dijo. Estuvo en lo cierto, porque se produjo la división y amenazaban graves consecuencias. Ningún congresista había esperado que las sesiones terminaran con ese desastre. Tampoco lo había esperado Lenin. Se lamentaba lo ocurrido, pero nadie tuvo la osadía de aflojar.

—Nadie cederá —confirmó un georgiano de baja estatura y mejillas picadas por la viruela. Tenía ganas de hablar conmigo. Usaba bigote, barba corta y pelo largo, de un rojo oscuro que adquiriría por momentos el color de la pizarra. Era delgado, fuerte y esquivo. Vestía siempre la misma camisa escarlata de satén brillante, un abrigo gris y un sombrero negro. Me pareció que su brazo izquierdo era más corto que el derecho.

—Proveeré el dinero que ayudará a disminuir la pesadumbre —confesó orgulloso

—. Me lo ha pedido Lenin y en el Cáucaso tengo poder. Varios hombres trabajan bajo mi mando. Asalto bancos y otras fuentes de recursos.

Hice una mueca. Su crudeza me produjo escalofrío.

—Robas... —atiné a comentar.

—¿No es la propiedad también un robo? Robo lo robado. Y para una buena causa. Me froté las mejillas.

—Espera. Hay robos y robos. Queremos que rija la ley, más justa desde luego, pero que haya ley. Por ahora nos basamos en ciertos derechos de la propiedad.

—Con tus escrúpulos no podría conseguir fondos para nuestro partido. Debes elegir: los fondos o los escrúpulos.

—Eso es terrorismo y el terrorismo no tiene escrúpulos. Nuestro movimiento no es terrorista.

—Lenin tampoco aprueba el terrorismo. Pero aprueba mis métodos. Y agradeció los fondos que traje. Tanto, que me pidió más.

Quedé mudo.

—También recito y compongo poesía —agregó, para licuar el efecto que me habían provocado sus palabras.

—¿Cómo te llamas?

—Josef Dzhugashvili. Me dicen Soso. Pero prefiero el seudónimo de Toba, que es mi héroe georgiano favorito. ¿Has oído hablar de él? Fue magnífico, un gigante de inteligencia y picardía. Pero hace poco firmé artículos con un nombre nuevo: Stalin.

—Cuéntame de tu vida en el Cáucaso. Y cómo llegaste al marxismo.

—Soy marxista desde hace mucho. No conozco otro pensamiento mejor desde que dejé el seminario teológico de Tiflis.

—¿Cómo fue tu camino de Damasco? —dije de repente, como si hubiese retornado a la maravillosa huerta de Franz y los días de mi deslumbramiento por Alexandra.

—¿Mi camino de Damasco? No sé... Pero se aceleró mi decepción religiosa cuando un amigo reflexionó sobre el infierno. Dijo que si existía Dios, también debía existir el infierno. En el infierno arde un fuego que jamás se apaga. Para mantenerlo encendido, ¿quién proveería la suficiente leña? se preguntó. Tendría que existir una cantidad infinita de leña. ¿Dónde se guardaría tanta leña? Me asombró su razonamiento y lo felicité por su agudeza filosófica. Entonces quien se asombró fue mi amigo, porque dijo que en su razonamiento no había filosofía, sino preocupación por la falta de leña.

Nos reímos.

Josef entonces agregó una frase que nunca olvidaré.

—El fuego del infierno puede encenderse con otros tipos de leña, por ejemplo la derrota de nuestros enemigos. ¿Sabes cuánta leña contiene el alma de la aristocracia,

la burguesía y los campesinos?

Nos separamos con una extraña sensación. Pese a los esfuerzos de Josef, no surgió simpatía entre nosotros. Quizá se debió a una referencia que hizo al pasar sobre la cantidad de judíos que forman el movimiento revolucionario. También dijo que la violencia es buena “cuando los fines son buenos”. Pero me puso en guardia su desprecio por los mencheviques: “No tienen ideas, sino miedo”.

Yo estaba más cerca de los mencheviques, porque eran moderados. Pero la división entre mencheviques y bolcheviques, cada vez más rencorosa, daba vértigo. ¿Había pasado a ser un opositor de Lenin? ¿Influyó en mis ideas el desorden de Márkov? ¿Y los interrogantes de Vera? Yo seguía admirando al robusto Lenin, pero me preguntaba con tristeza si el centralismo severo que él propiciaba —y que yo discutía— no era el sistema que más necesita un verdadero partido revolucionario. El viejo y amargo Georgi Plejánov descalificaba ese camino. Movía sus mostachos y decía: Lenin tiene la madera de los Robespierre, pero los Robespierre, muy heroicos y admirados, terminan bajo la guillotina que ellos mismos instalan.

—En la guillotina acaban los que se dejan derrotar —refutó Josef Dzhughashvili-Soso-Toba-Stalin, mirándome fijo; sus ojos relampagueaban de un modo inquietante.

Bisagra histórica

En Rusia el año 1905 fue huracanado. Se multiplicaban las huelgas y la agitación del campo crecía de mes en mes. Las universidades hervían. Los periódicos horadaban la hermética censura. Aumentaban los ataques terroristas, entre los que se contaba el asesinato de un príncipe. La represión no se hizo esperar, desde luego, y desembocó en el trágico Domingo del pope Gapon.

La residencia central de *Iskra* prosiguió en Ginebra. Allí pude normalizar mi vida con Natasha, quien dedicaba algunas horas a dibujar retratos y pintar. Recorría bares y restaurantes de buen nivel para ofrecer su arte. También leía algunos de mis artículos antes de que los mandase a la imprenta y me sorprendía con lúcidas observaciones. Le dije que en algún momento la propondría de redactora. Contestó que bastaba con uno como yo. Hacíamos el amor en cualquier sitio, con bastante irresponsabilidad, y estirábamos nuestras piernas mediante caminatas en torno al lago. Varias veces reflexionamos acerca de cómo fue posible que ante paisajes tan bellos hubiera tenido éxito un represor como Calvino.

Cada mes hacía algún viaje de conferencias. En una ocasión, apenas regresado, compré el diario y me enteré de la procesión obrera que se realizaría frente al Palacio de Invierno en San Petersburgo, conducida por un pope con fama de santo. No me di cuenta que era un número atrasado. Fui a la redacción y encontré a Márto descompuesto, con los sucios anteojos colgándole de la nariz.

—Es la procesión —supuse—, ¿no se ha realizado todavía?

—¡Cómo que no! —hundió sus uñas en las mejillas—. Hemos pasado toda la noche ordenando telegramas. Fue algo espantoso. ¿No estás enterado? Lee, lee, lee... —me tendió un fajo.

Las noticias causaban horror.

El pope Yuri Gapon había nacido entre campesinos y fue educado en un seminario teológico. Enviudó a los pocos años de casarse y se trasladó a San Petersburgo con el alma en pena. Luego fue enviado a enseñar en un orfanato. Mostraba una profunda sumisión, pero bajo la piel se le iba prendiendo la rebeldía. Citaba con frecuencia las páginas bíblicas referidas a los marginados. Para no irritar a sus superiores, en forma secreta visitó fábricas y se introdujo en las casas de las familias pobres. La amarga realidad incrementó el fuego de su sangre. Para que no lo

etiquetasen de subversivo —mote que se aplicaba con rapidez a quienes expresaban lástima por los sufrientes— hizo gestiones ante la *Ojrana*. Dijo que deseaba ofrecer a los trabajadores un continuo apoyo espiritual para desactivar las tendencias anarquistas y convencerlos de que mediante la oración y las buenas acciones mejorarían su vida. Dispuso que sólo podrían concurrir a sus misas los miembros de la religión ortodoxa rusa.

En pocos años lo empezaron a seguir millares de personas. Yuri Gapon se sintió poderoso. Y se mareó. Hasta se animó a decir que odiaba a la autocracia. El domingo 9 de enero encabezó una fantástica procesión hacia el Palacio de Invierno para entregar un pedido de reformas al zar Nicolás II. Entre otras cosas, pedía una jornada laboral de ocho horas, el fin de la guerra ruso-japonesa y la introducción del sufragio universal. En ese momento significaba una bofetada al régimen. San Petersburgo acababa de sufrir una huelga de ochenta mil trabajadores, la más grande de toda la historia. El día previo la ciudad se había quedado sin electricidad. El inteligente ministro Witte manifestó a sus íntimos que no atacaría esa procesión porque tenía un carácter pacífico. En efecto, las columnas portaban iconos y cantaban himnos mientras caía la nieve cuyos copos se fundían al tocar el suelo, haciéndolo más barroso. Enronquecían al cantar con fuerza piezas patrióticas como *Dios salve al Zar*. Venían hombres, mujeres y niños, algunos con las manitas moradas por la helada. Ciertos cálculos afirmaban que a la procesión la engrosaban ciento cincuenta mil personas, un maremoto. Su éxito establecería un grave precedente.

Cuando la masa humana se acercó demasiado al Palacio, los soldados procuraron detenerla. Pero no pudieron frenar su avance ni con gritos de advertencia, ni con disparos al aire. La gente seguía llegando por oleadas. Creía que su respetuosa solicitud no ofendería al “Padrecito Zar”. Alzaban los iconos y los niños por sobre sus cabezas y elevaban el volumen de sus cánticos. Entonces los soldados bajaron el cañón de sus armas, apuntaron a la gente y tiraron a matar.

En torno a Gapon, que avanzaba adelante, empezaron a caer varios cuerpos. Por decenas, por centenas. Unos encima de otros. Los desordenados alaridos llegaban al confín de la ciudad. El mismo pope estaba en la mira de los fusileros, qué duda podía haber. Un socialdemócrata infiltrado en la multitud se le arrojó encima para salvarlo. Las municiones rayaban el aire. Se arrastraron entre cadáveres, heridos y charcos de sangre hasta llegar a una esquina y alejarse a la disparada. El sacerdote decidió buscar refugio lejos de su iglesia, porque lo irían a buscar sus ex aliados de la policía. Se sintió confundido, impotente. Nunca hubiera imaginado ese final. Los telegramas insistían que mucha gente le aconsejaba huir del país antes de que lo cortaran en pedazos dentro de una cárcel. Nos mirábamos perplejos y paralizados.

En los meses sucesivos trascendió cómo terminó su aventura. Nadie, en la redacción, pudo en aquel momento haberlo imaginado.

Con ayuda de contrabandistas cruzó la frontera y se arrojó en los brazos de eminentes personalidades rusas. Los periódicos exaltaron su coraje en varias lenguas. La cifra de muertos que había generado su embestida heroica superaba los cuatro mil, tal vez más. Fue un crimen que nadie podía ocultar. El zarismo había sufrido una derrota moral de proporciones. Pese a que ordenó barrer con urgencia las huellas de la masacre, sus consecuencias crecían dentro y fuera de sus límites. Brotaron huelgas de repudio que llegaron a comprometer en pocos meses a casi medio millón de personas. La oleada rebelde se extendió a Polonia, Armenia, Georgia.

Para evitar una nueva masacre, el Zar se avino a firmar un Manifiesto sobre la Constitución y algunas urgentes reformas, que le escribió el hábil ministro Witte, de quien desconfiaba sin embargo. Meses después, ante los resultados débiles, lanzó otro Manifiesto en el que prometía un parlamento nuevo. Pero no avanzó con sinceridad hacia la democracia. La añosa estructura absolutista prefería los métodos de la represión salvaje. Las Centurias Negras desencadenaron un festival de muerte en ciudades y aldeas. Asesinaron a millares de trabajadores e hirieron a muchos más. En un solo día fueron muertos en Odesa quinientos judíos; el propio Zar estimulaba la dirección de las agresiones al afirmar que casi todos los revolucionarios eran judíos. Una huelga en Moscú dejó el saldo de mil cadáveres y porciones enteras de la ciudad quedaron en ruinas.

Esos crímenes energizaron al Soviet de San Petersburgo, que en las semanas y meses sucesivos formó milicias obreras y se empeñó en conseguir armas por todos los medios legales o ilegales a su alcance. Entre los militantes del campo revolucionario se tenía la impresión de que por fin venía algo distinto. Mi pecho mantenía una taquicardia permanente y tuve que consultar a un médico, que me prescribió sedantes. Ese año prometía dar una vuelta de página a la historia.

Mientras, Yuri Gapon recorría varios países. Se entrevistó con Plejánov, Lenin, Kropotkin y también con otras figuras no rusas como Jean Jaurès y George Clemenceau. Repetía los detalles de su trágica epopeya como un poema aprendido de memoria. Fundó un santuario en Ginebra, al que ninguno de mis amigos quiso acercarse siquiera, y otro en Londres. En septiembre le otorgaron permiso para volver a Rusia, gracias a que no había interrumpido su discreta correspondencia con la *Ojrana*. El gobierno le garantizaba su seguridad si no irritaba al régimen y facilitaba la delación de revolucionarios. Yuri Gapon estaba encadenado a una contradicción: era un sincero pope de la reaccionaria iglesia ortodoxa, pero deseaba mayor justicia social. El pobre creía que su ambivalencia beneficiaría a los trabajadores y sería grata a los ojos de Dios.

Años después, en un encuentro con Víctor Adler en su confortable estudio, me sorprendió con una reflexión dura.

—¿Sabes? Yuri Gapon se ha declarado socialdemócrata. ¡Un pope

socialdemócrata! No me alegra. Al contrario, me da lástima... Si hubiera desaparecido para siempre en la masacre del Domingo Sangriento, habría dejado una hermosa leyenda. En el destierro, en cambio, hizo el ridículo. Mire usted —añadió, y el fuego que había en sus ojos explicaba la crueldad de su ironía— ...a hombres como ése conviene tenerlos de mártires, no de compañeros en el partido.

Como si sus palabras hubiesen sido adivinadas previamente por el diablo, a las pocas semanas de regresar, Gapon fue ahorcado en un cottage cercano a San Petersburgo. Se dijo que lo liquidaron sus propios seguidores, indignados por la continuidad de sus vínculos con los represores. Otros afirmaban que fue obra de la implacable *Ojrana*, famosa por sus maldades, no por su clemencia.

Sexta etapa

Fugitivo

Rusia-Finlandia
(1905-1906)

Ensayo de revolución

Decidimos correr el peligro de regresar. Primero nos dirigimos a Ucrania, con pasaportes falsos, desde luego. Yo no ocultaba la emoción de volver a respirar el aire de mi infancia. Pero tuvimos que peregrinar de ciudad en ciudad y de cuarto en cuarto. En Kiev conseguimos pasar unos días en la casa de un abogado loco que tenía miedo hasta de su sombra y nos espiaba de día y de noche. Nos despertó con una vela para verificar si éramos los mismos. Natasha se incorporó de golpe y la vela cayó sobre la sábana, que en el acto empezó a arder. Pegué con mi almohada al centro del fuego y enseguida Natasha me ayudó con otra almohada, hasta que desapareció el peligro. El abogado pidió temblorosas disculpas mientras sus dedos sudados tanteaban las paredes para encontrar la puerta. A la mañana siguiente salimos en busca de otro alojamiento. Lo encontramos en casa de un profesor de la Escuela Técnica. Pero la habitación era una buhardilla de techo tan bajo que había que caminar con la cabeza encorvada hasta la pelvis. Había una gotera y descomponía la humedad. Entonces nos mudamos a la vivienda de una viuda que decía ser liberal y nos recibió con infrecuente simpatía. Una semana después llegaron de improviso sus sobrinos de Crimea y, con las manos en oración, pidió que le dejásemos el cuarto.

Un camarada me advirtió que la policía tuvo noticias de nuestra presencia y nos andaba buscando. Cambié de nuevo el corte del pelo y me afeité bigote y barba: parecía más joven. Lo único que no podía abandonar eran los anteojos. Natasha consiguió a bajo precio vistosa ropa usada para ambos, así lucíamos como burgueses adinerados. Actualizamos la foto de nuestros documentos con la ayuda de un hábil falsificador. Por suerte ocurrió algo providencial.

El director de una clínica de ojos donde tuve que hacerme examinar por una herida en la córnea se dio cuenta de nuestra filiación real y dijo que era un discreto revolucionario.

—¿Discreto?

Tras media hora de charla, emocionado por el nomadismo que estábamos sufriendo, propuso darnos refugio transitorio en su clínica.

—¿Cómo?

—Déjenlo en mis manos.

Nos prescribió a los dos un tratamiento especial, que explicó en su jerga a los

colaboradores de la institución. Dijo que le interesaba nuestro caso y quería atenderlo de forma exclusiva. Fuimos instalados en un pequeño cuarto con olor a medicamentos. La enfermera venía cuatro veces por día a darnos baños de pies y lavarnos los ojos. Me curé de la herida, pero no aguantaba el encierro. Natasha bromeaba diciendo que nunca tuvimos los pies más limpios. Retomó sus dibujos y acuarelas, yo pude reiniciar mis lecturas.

En Kiev funcionaba una imprenta clandestina que, a pesar de la furia de las pesquisas y detenciones, seguía produciendo hojas ante las narices de la autocracia. Allí se imprimían las proclamas que comencé a escribir en el sanatorio. Pero cuando eran extensas pasaban a manos de un ingeniero que disponía de otra imprenta más sofisticada en el Cáucaso. Había confeccionado una red de vínculos que lo ligaban con los barrios obreros de varias ciudades. Era un artista de las relaciones públicas. También dirigía empresas de alto riesgo: grupos de choque, compras de armas y preparación de explosivos.

Antes de marcharnos a San Petersburgo, ese ingeniero-impresor nos hizo llegar una lista con nombres y direcciones. La personalidad más conveniente en la capital imperial era Alejandro Litkens, médico de la Escuela de Artillería, nada menos. Partimos con la satisfacción de haber activado la lucha obrera en Ucrania.

En el tren acaricié la mano de Natasha.

—Ahora nos esperan más sorpresas —dije.

—Tus sorpresas ya no me sorprenden...

—¿No estás arrepentida de haberme conocido?

—¡Ésa sí fue una sorpresa!

El departamento del doctor Litkens estaba en el mismo campo de la Escuela de Artillería. Nos recibió con afecto y una irreal seguridad. Dijo que tenía dispuesto un cuarto para nosotros.

—Pero vivir aquí es como hacerlo en la casa de un comisario leal al gobierno.

—Yo tengo fama de ser leal al gobierno.

—Lo felicito. No debe ser fácil, recibiendo gente como nosotros.

—No es fácil. Pero deberán cumplir con la serie de recaudos. ¿Están dispuestos al sacrificio de la simulación?

—El teatro me fascina desde la adolescencia.

—¡Buen dato!

En esa residencia vivimos el resto de ese año crucial. A veces llegaban por sorpresa, rozando los ojos de la guardia, tipos que jamás habían pisado la Escuela. Quizás el mayor secreto consistía en que todo el personal simpatizaba con este médico por su bonhomía y caballerosidad. ¿Ésa era su armadura de acero? Con Natasha susurramos con preocupación que no terminaría bien.

Me puse a trabajar con los grupos revolucionarios. Salía vestido de aristócrata y

llegaba a los encuentros clandestinos haciendo dos o tres postas que desorientasen a probables espías. Cediendo a mi insistente presión, tanto bolcheviques como mencheviques se unieron para impulsar el boicot a la Duma, rebajada a mera institución consultiva. Era un modo de hacerle saber al régimen que se pretendía una democracia en serio.

Natasha fue detenida en un parque. Litkens trató de averiguar su paradero.

—Mientras —me dijo con inusual nerviosismo—, usted tiene que hacerse humo.

—¿Y abandonarla?

—Cientos de hocicos husmeaban los alrededores. Váyase a Finlandia, yo seguiré los rastros de su mujer.

—¿Lo promete?

Asintió con la cabeza y me dio su mano.

En menos de una hora ya tenía el pasaje y esperaba en la estación de ferrocarril. En mis pesadillas sufrí los tormentos que tal vez aplicaban a mi dulce retratista. Apenas pude, envié mensajes a Litkens y el polivalente ingeniero-impresor para que no cesaran en sus esfuerzos de liberarla. Luego de cruzar la frontera e instalarme en un albergue, daba largos paseos por los bosques y un lago próximo. Intentaba concentrarme en las bellezas naturales —como me había enseñado Alexandra— para distraer mi mente. Devoraba los periódicos que llegaban desde lejos y muy tarde, pero me permitían seguir la caprichosa formación de partidos revolucionarios en diversos lugares de Rusia. En esos días avanzaron mis ideas sobre las fuerzas que latían en la sociedad rusa y las perspectivas de una inminente revolución. Me parecía que, poco a poco, se estaban abriendo las compuertas de un salto hacia la democracia.

Quien ha visitado Finlandia sabe que regala paisajes de ensueño: suaves colinas, bosques, lagos de un azul intenso, aire transparente. En octubre fui a instalarme en una pensión recoleta llamada Rauha, que quiere decir “descanso”. Era grande y permanecía desierta durante el otoño. Un escritor sueco y una artista inglesa de teatro se habían marchado sin pagar. El dueño partió en su busca con una escopeta. La dueña estaba enferma de muerte en su cama y el corazón sólo funcionaba con sorbos de champán, según prescribió un curandero. Falleció cuatro días después de mi arribo, mientras su esposo corría tras los fugitivos. Sobre mi cuarto, pues, yacía su cadáver, porque el único empleado que había quedado en la solitaria pensión era un hombre viejo que, para colmo, había partido a Helsingfors para convencer a su propietario de que debía regresar. Sólo me acompañaba un chico adoptado por los dueños, que se pasaba la noche y el día en una cocina excavada unos metros bajo tierra. Le pregunté qué haría con el cadáver y me dijo que ya lo había metido en un cajón.

Empezó a nevar. Los árboles quedaron envueltos por un sudario. Los días se acortaban con rapidez. No se oía un solo ruido. El muchacho, por suerte, cocinaba

para ambos con las provisiones que sobraban en el almacén de la pensión. Yo seguía escribiendo y daba paseos con una montaña de pieles sobre los hombros. Al anochecer llegaba el cartero con periódicos de San Petersburgo. En ese momento se me aceleraban los latidos. Las huelgas se multiplicaban por todas partes. Era innegable que avanzaba la revolución. Un telegrama me hizo saltar de alegría: Natasha estaba a salvo.

Pedí la cuenta al chico, busqué un caballo y dejé esa burbuja de paz. Fui a la estación más cercana y regresé a San Petersburgo por tren. Ya en el viaje olfateé un ambiente de revuelta. Hablé con varios pasajeros, que me colorearon el paisaje político, las huelgas, la inseguridad, la represión. Apenas descendí y, antes de dirigirme a lo del doctor Litkens, apuré mis pasos rumbo al Instituto Politécnico, donde solían realizarse los mitines más rabiosos de la capital. Empujé hasta subir a la tribuna. El fuego me quemaba la garganta y enardecí a la audiencia. Mi oratoria se había fortificado con el descanso en Finlandia.

La cadena de huelgas que había arrancado en Moscú se extendía por todo el país. Sus reivindicaciones dejaban a un lado la prudencia inicial y manifestaban una clara intención política. En muchas ciudades hubo choques con tropas. El arcaico absolutismo comenzaba a perder fuerza y, para ganar tiempo, efectuaba transitorias retiradas tácticas. El ministro Witte, en un raptó de sinceridad, denunció que el Palacio de Invierno era “un nido de cobardía y ceguera, de estupidez y felonía”. Yo me froté las manos, nadie lo pudo describir mejor.

El Soviet de San Petersburgo era presidido por un abogado temeroso, una suerte de suma algebraica entre el pope Gapon y referencias socialistas. La detención de ese infeliz por parte de la *Ojrana* fue providencial, porque imponía elegir una nueva Junta. Como resultado de mis incendiarias piezas oratorias, sucedió algo que no se había dejado ver ni siquiera en mis sueños. ¡Fui elegido presidente del Soviet! ¡Yo, un jovencito, Presidente del Soviet! No podía dar crédito al resultado de la elección. Ya mi candidatura me había parecido alocada, pero obtener el primer lugar no entraba ni en los registros de una fantasía. Sobraba gente más capaz y experimentada. Debía haber errores, un nuevo escrutinio los develaría. Iánovka, Bobrinez, Elizavetgrad, Nikolaiev, Odesa y los monstruos del Instituto, la granja de Franz, Usti-Kut y los lobos de Siberia aullaban asombro dentro de mi cerebro convertido en un hirviente caldo. Llegábamos a la culminación de ese curioso 1905, imposible de olvidar en el futuro.

Natasha había sufrido un encierro durante unos meses, al cabo de los cuales fue enviada a una aldea solitaria bajo vigilancia policial. Las gestiones de Litkens y el ingeniero-impresor lograron hacerla retornar a San Petersburgo. Convenía alejarnos de la Escuela de Artillería y alquilamos un cuarto en lo de un caballero especulador de Bolsa por recomendación de un cochero que asistía a nuestros mitines

clandestinos. Nos recibió desconfiado. Vestía con elegancia, pero sus negocios iban de mal en peor. A veces aparecía con la corbata desanudada y la chaqueta en la mano. Odiaba a todos los inquilinos que había aceptado en su casa para ganarse unos rublos. Ni siquiera gastaba en periódicos, sino que los pedía prestados a Natasha. Un día ingresó en nuestro cuarto hecho una furia. Agitaba el diario y chilló apuntándome.

—¡Usted, usted, es un maldito!

Arrojé a mis pies el diario que contenía un artículo que yo había publicado con seudónimo. Se titulaba “¡Buenos días, porteros de San Petersburgo!” Era una crítica irónica y mordaz sobre la vida cotidiana.

—¿Lo ve? ¿Lo ve? ¡Hasta con los porteros se meten ya! ¡Si tuviese delante al presidiario que ha escrito esta basura, le digo que ahora mismo lo dejo seco! —sacó un revólver del bolsillo y lo blandió iracundo. No tenía idea de que ese presunto presidiario lo estaba mirando con desprecio y se alojaba en su propia casa.

Mientras, en el Soviet yo había adoptado el nombre de Ianovsky, por la aldea donde había nacido. En los periódicos había empezado a usar la firma de León Trotsky, que no abandonaría jamás. Colaboraba en tres diarios a la vez. La otrora pequeña *Russkaia Gazella* (Gacela Rusa) se convirtió en un órgano de prestigio. Su número de ejemplares vendidos ascendía brioso y llegó a cien mil. Un milagro. Pronto pudo rascar las alturas del medio millón. Las imprentas no alcanzaban para responder a la creciente adiposidad de las tiradas. ¿Quién vino a sacarnos de ese ahogo? El gobierno. ¿Cómo? Sí, el gobierno, porque prohibió su impresión y difusión. Como respuesta nació de inmediato otra iniciativa. Nació el ambicioso *Natchalo* (Comienzo), cuya tirada creció de manera fulminante y ya el gobierno no se animó a prohibirlo. Sus colaboradores parecíamos magos que convertíamos en oro cada artículo. En las esquinas y las estaciones de trenes impresionaban las filas que reclamaban ese periódico.

Aunque los regimientos de cosacos, la guardia palaciega y el grueso de las fuerzas armadas se mantenían leales al régimen, crecían los indicios de levantamiento. Al día siguiente de publicarse el segundo Manifiesto del Zar se estacionó frente a la Universidad de San Petersburgo una columna integrada por miles de hombres y mujeres. Estaban ávidos de lucha. Informado de esta manifestación, corrí al interior del edificio, subí escaleras salteando peldaños, empujé a la gente que me cerraba el camino y salí a un balcón. Desde allí hice gestos para atraer las miradas y empecé a gritar una arenga. En pocos segundos rastrillé la atención de la mayoría. Provoqué aplausos. Tuve que extender mis brazos para suplicar silencio y poder continuar el discurso. Aullé que el Manifiesto del Zar era un triunfo parcial, casi una trampa para ingenuos. Agité una copia del Manifiesto y, con un gesto solemne, lo rompí en cuatro pedazos y lo arrojé al aire. Los fragmentos flotaron por encima de las cabezas provocando más vítores y aplausos.

A nuestras monacales oficinas del Soviet llegaron rumores de que las Centurias Negras preparaban un *nuevo pogrom*. Dejé correr la voz, seguro de que indignaría a mi gente. Los delegados obreros afirmaron estar decididos a usar las armas que estaban consiguiendo de forma ilegal. Otros blandieron navajas, llaves, puñales y porras. Repetían que desde el infame Domingo Rojo, nunca más tolerarían que se mate a la gente de forma impune. Pero los bravos gestos no eran suficientes para detener la máquina asesina. Los animaba más el entusiasmo que el entrenamiento. Suponían que los gritos y las banderas alcanzaban para desactivar un ataque. No asumían del todo que la lucha era a vida o muerte, que el “Padrecito Zar” no era un padrecito, sino un criminal. Recién tomaron conciencia de la real situación en las jornadas que vinieron enseguida y ensangrentaron el mes de diciembre de 1905.

Durante la noche del 3 el Soviet fue cercado por las agresivas tropas de la Caballería y Artillería. Con rapidez bloquearon las entradas y salidas. Estábamos en una sesión multitudinaria, bajo mi presidencia, cuando un ayudante vino a comunicar a mi oído la catastrófica novedad. Me puse de pie, fui a lo alto de la tribuna y grité a la sala donde se apiñaban cientos de delegados:

—¡Escuchen! ¡Tengo una noticia preocupante! ¡Nos han rodeado y vendrán por nosotros! Les pido que no ofrezcan resistencia, para no dar excusas a su amor por la sangre. ¡Pero tampoco entreguen las armas!

Algunos obreros empezaron a palidecer, mientras otros sacaron de sus ropas las navajas, llaves, porras y puñales. Algunos levantaron sus pistolas, como si fueran instrumentos de una orquesta. Un Máuser se elevaba por arriba de una Browning, una Browning por arriba de un Máuser. Querían exhibir su coraje, porque entendían que ya no quedaba aire para las bromas.

Las tropas pujaron por ingresar en el salón atiborrado. Sus ruidos produjeron el eco de la repulsa. Desde todos los rincones les escupían insultos. Los soldados se abrieron camino por entre los obreros y avanzaron hacia mí. La gente, con rabiosa solidaridad, hacía lo posible para bloquearles el avance con hombros, barrigas y zancadillas. Terminaron por cercarme, me levantaron por los brazos y las piernas y me hicieron flotar hacia el exterior. Este trato me resultaba familiar y trajo a mi cabeza fogonazos de otros combates. Pero no quería distraerme, para impartir las órdenes correctas, si las cosas empeoraban.

Fui metido en un coche blindado y conducido a la cárcel. Reconozco que me trataron mejor que otras veces, quizás agradecidos por mi gesto de impedir que el operativo degenerara en masacre. Parece que el régimen no quería repetir la tragedia de aquel Domingo. Hasta tuve el privilegio de ser empujado a una celda individual — siempre empujado— que tenía una silla y una pequeña mesa con hojas de papel. Verdadero lujo. Estaba sucia, eso sí, pero de inmediato me puse a redactar un *Manifiesto financiero*, en el que me burlaba del texto zarista y proclamaba la

bancarrota de la hacienda rusa. Como presidente del Soviet, anunciaba que el pueblo victorioso no reconocería las deudas contraídas por el régimen. En cuarenta y ocho horas conseguí la complicidad de un guardia y filtré mis papeles al exterior. Ese guardia fue pronto enviado al paredón de fusilamiento y decidimos hacer un minuto de silencio en su memoria. Me agobió la culpa. Los engranajes de la historia hacen doler.

Debate en el encierro

En los meses de cárcel alterné con reclusos que querían dejarse morir mientras otros no cesaban de inventar planes de fuga. Los instantes rescatables se abrían cuando circulábamos por el patio y tratábamos de entender mejor qué sucedía alrededor. Unos presos hasta me preguntaron qué significaba la palabra “soviet”. Yo entonces recuperaba mi costado pedagógico y explicaba que es una “asamblea o consejo de obreros, soldados y campesinos rusos”.

—El Soviet de San Petersburgo, por ejemplo, tuvo su primer lucimiento en octubre. Pero todos hemos visto cómo las tropas lo disolvieron en diciembre.

—¡No sirvió ni para alimentar chanchos!

A las tristes risotadas contesté serio.

—Se equivocan. Esa palabra ya tiene una dimensión mítica, es la prueba de lo mucho que puede conseguir una efectiva unión de los pobres. La palabra soviet se está volviendo más común que el té, el vodka o el trineo. Nos representa.

—¿Somos parte de un soviet? ¿Aquí, encerrados, hambrientos y muertos de frío? —se burló una mujer canosa mientras se desenredaba el cabello.

—Entre todos los sufrientes de Rusia, somos un gran soviet. ¡Claro que sí!

—¡Eres un chico divertido, Liova! —se mofó un hombre de amplia barba.

—Fíjense —me puse de pie para ser mejor escuchado—. Desde hace unas décadas la lucha del pueblo está consiguiendo que se liberalice la vida social, la cultura y la prensa. No con rapidez, pero sí de forma constante. Hay progresos. Piensen en este dato: la guerra contra Japón al principio dio ventajas al Zar y ahora el Zar no sabe cómo sacársela de encima. Los campesinos queman granjas por todas partes, y no las queman porque sí: las queman porque están hartos de injusticias y de hambre. Los obreros han empezado a quejarse como nunca antes, con proclamas y con huelgas; descubrieron que por sus venas circula el coraje. Al ejército le ordenan dedicarse a la represión y sólo consigue aumentar la antipatía de la gente. Toda Rusia ha entrado en una roja nube de protesta. Aunque cada grupo con sus propios objetivos y...

—¡Es el reino de la anarquía, entonces! —me interrumpieron.

—No es buena la anarquía, porque con ella perdemos al final.

—Entonces, ¿quién nos dirige? ¿Dónde está el timón de tu amado soviet?

—El soviét acaba de inaugurarse y ya no será borrado —grité—. ¡Verán cómo crece! Crece en el alma de cada obrero y cada campesino y cada intelectual.

—¿Desde el soviét se apoya la ocupación de tierras, con violencia y con incendios? ¿se apoya el saqueo de granjas? ¿la tala ilegal de bosques? ¿los asesinatos? —insistió irónico el hombre de la ancha barba.

—Ya dije que todo eso no es recomendable, pero es la consecuencia del furor que producen los engaños del gobierno, de la aristocracia, de los terratenientes. Nos venden falsas promesas de reforma agraria, haciendo creer a muchos que era inminente y los campesinos la quisieron aplicar enseguida, pero sabemos cuáles han sido sus trágicas consecuencias.

—¡Eres un doctorcito! ¡Un intelectual! Hablas bien, pero no representas a los pobres.

—Gracias... Pero te informo que varias universidades fueron obligadas a cerrar para impedir que los estudiantes, los doctorcitos, los intelectuales, como dices, se unieran a los trabajadores en huelga. El Soviet de San Petersburgo, durante su breve existencia, armó huelgas en doscientas fábricas. De no haber sido disuelto, ya estarían paralizados los ferrocarriles de toda Rusia. ¿Te parece poco? Ese Soviet estimuló motines en Sebastopol, Vladivostok y Kronstadt. Y en medio de semejante caos estalló la insurrección del acorazado *Potemkin*, cuya represión terminó con más de dos mil víctimas.

—¡Qué buen resultado! —se burló.

—¡Es la guerra del pueblo por sus derechos, por su libertad! —me encrespé—. El maldito Zar, para limpiarse la culpa, destituyó a su ministro del Interior. Y, ¿sabes qué? ¡Acordó algunas concesiones!

—De las que se arrepintió.

—Seguirá arrepintiéndose de cada medida liberadora que conceda, porque es un tirano.

—Después de esas concesiones que elogias, mis parientes fueron asesinados en Odesa —saltó un joven.

—¡Quinientos judíos fueron asesinados en un solo día en Odesa! —confirmó otro.

—El propio Zar afirmó que el noventa por ciento de los revolucionarios son judíos.

—¡Es una bestia! —chilló la mujer que acababa de arreglarse el cabello y lo envolvía con su pañuelo gris.

—Mis parientes me contaron de la masacre que se produjo en Moscú. Para reprimir una huelga fue todo un regimiento de artillería, que disparó contra los manifestantes y bombardeó edificios. Los huelguistas tuvieron que rendirse con un saldo de ¡mil muertos! ¿Dónde estaba el soviét en ese momento?

—¡El soviét somos todos nosotros! Los que estamos prisioneros y los que estamos libres. ¡Formamos el gran ejército de la libertad!

La Revolución castigada

Temí deprimirme. La actividad que había desplegado en los últimos tiempos debía reducirse a una quietud estéril, salpicada por debates que no llevaban a ninguna parte. Entonces también me obligué a urdir imposibles planes de fuga.

De ese calabozo me trasladaron a la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Tuvieron la gentileza de comunicarme que antes de reenviarme al suplicio de Siberia —donde tal vez pudiese reencontrarme con Alexandra y mis hijas— debía pasar un año de ablandamiento tormentoso.

Decidí entonces aprovechar cada hora para sacarle frutos al estudio. Quería analizar la renta del suelo y las condiciones sociales de Rusia. Pedí los libros que se referían a esos temas y me entregaron, como era de suponer, los que resultaban favorables al gobierno o planeaban en un difícil nivel técnico. Creían que mi falta de título universitario me impedía comprender ecuaciones matemáticas. En base a la información que logré procesar escribí un largo trabajo sobre la renta. A ese texto lo perdí más adelante, y fue como la muerte de un ser querido. En sus páginas había volcado observaciones, ideas y críticas respaldadas por una extensa documentación. Fue mi libro más concienzudo después del que había compuesto sobre la masonería, que también perdí. Cadáveres abandonados en el camino. En cuanto a las condiciones sociales de Rusia, llené varios cuadernos que fundamentaban, de un modo más o menos completo para aquella época, mi teoría de la revolución permanente, una suerte de anuncio sobre la globalización que ya empezaba a cambiar el mundo.

En la cárcel me enteré de que Natasha había dado a luz nuestro primer niño. Exigí verlo, pero los malditos me negaron ese privilegio para que sufriese una tortura adicional. Grité al corredor, pateé las rejas, volqué la comida. Inútil. Durante horas me agredí tirándome los pelos.

Me pasaba el día estudiando y llenando páginas. Los abogados que habían conseguido acceso a las prisiones se encargaban de sacar en sus maletines mis escritos entre los folios de sus aburridos sumarios. De aquella época proceden las crónicas que hice sobre el heroico Soviet de San Petersburgo, el alzamiento armado de Moscú y el desarrollo del movimiento revolucionario en varias partes del país. Supe que la prensa bolchevique no ocultaba su simpatía por mis textos, mientras los periódicos mencheviques permanecían impasibles. Paradójico. Me pregunté si tenían

miedo.

En mi celda aumentaba la pila de libros. Por momentos me decía que el encierro era una bendición, porque se parecía a la celda de un convento donde podía trabajar como un monje del medioevo. No debía ocuparme de conseguir abrigo, ni comida, ni pasármela huyendo de los perseguidores. Comprendí mejor a Lenin, que también gustaba de esos aislamientos.

Pedí obras de los clásicos de la literatura europea, para descansar de las áridas teorizaciones. Tendido en el camastro, devoré autores franceses, alemanes, ingleses e italianos con la voluptuosidad de un gourmet. Eran las horas más bellas del día. Por eso mis trabajos de esa época abundan en citas y referencias a esos nombres. Asumí la convicción, tal vez errada, de que el arte de contar es un arte francés por excelencia. Y aunque conocía mejor el alemán, la amena literatura francesa me producía un solaz incomparable. Hasta me aliviaba del dolor que sentía por no ver a mi nuevo hijito que Natasha había decidido ponerle mi propio nombre: León.

—Ustedes forman una cadena de leones, desde tu abuelo en adelante.

—Pero no corresponde a la tradición askenazi, que sólo usa los nombres de quienes ya fallecieron. Por ahora estoy vivo...

—¿Desde cuándo te has convertido en un custodio de la tradición askenazi? El nombre es bello y elocuente. Será tanto o más aguerrido que tú.

Me ordenaron abandonar la celda individual para incorporarme a una hedionda cárcel de depósito. Empezaba el anunciado “ablandamiento”. El contraste era vomitivo. Tuvieron que empujarme entre cuatro. Algunos de mis nuevos compañeros estaban condenados a muerte y en sus verdosos semblantes se acumulaba una luciferina mezcla de resignación y odio. Los alimentos eran pésimos, aunque varios, desesperados de hambre, agradecían con un susurro. Algunos sostenían el cuenco y lo olían antes de vaciarlo, como para estar seguros de que no era materia fecal. Otros lo tragaban enseguida, apurados, antes de percibir su sabor horrible y quebrarse en arcadas.

Supe que la flamante Duma, aunque irrelevante, comenzó a estimular de nuevo la actividad política. En los periódicos surgían voces nuevas y aparecían editoriales de coloración marxista. Pese a su debilidad, esa Duma pudo humanizar un poco el régimen carcelario. Ordenó que las celdas de los prisioneros menos peligrosos se mantuviesen abiertas durante varias horas del día y que los presos saliésemos a caminar por el patio dos veces por día. También se permitieron algunos juegos como saltos y carreras. Hasta disminuyeron los tormentos contra los desgraciados condenados a muerte.

Natasha, tras gestiones agotadoras, consiguió un permiso para visitarme. ¡Era una conquista impresionante! La esperé con ansiedad, los sobacos húmedos y las uñas comidas. Ingresé en el locutorio con el pecho al galope. Me instalaron en una

hermética cabina. Podía ver a mi visita, pero ni siquiera rozarla con los dedos, no vaya a ser que le transmitiese mensajes en código morse. El vigilante me miraba atento. Cuando ella apareció, anegada en lágrimas, tuve que agarrarme de las paredes para no pegar con la frente en el muro de barrotes que nos separaba. Nos comíamos con los ojos sin poder articular palabra. Por fin, ella me dijo que la autorizaron a seguir viniendo dos veces por semana. Pegué un salto. Y comenzamos a intercambiar informaciones en catarata.

Ella regresaba con puntualidad. A la segunda semana advertí que el guardia miraba hacia otro lado: nos daba permiso para tocarnos los dedos e intercambiar papeles. Decidimos llegar a las citas con mensajes bajo la ropa. Nuestra causa estaba ganando simpatías hasta entre los verdugos. Uno de los policías era un hombre entrado en años y especialmente amable. Una tarde me rogó que le dedicase un libro y un retrato. Abrí tan grandes los párpados que se me cayeron los anteojos.

—¡Tengo hijas estudiantes! —me susurró al oído.

Empezó la causa contra los integrantes del Soviet. El patio de la Audiencia y todas las calles adyacentes se convirtieron en un campamento militar. Fue movilizada la policía de San Petersburgo. La vista jurídica cursó con una libertad novedosa en el país. Se citaron unos cuatrocientos testigos, de los cuales se tomó declaración a más de la mitad. Los obreros, fabricantes, gendarmes, ingenieros, mandaderos, burgueses, periodistas, empleados de Correos y Telégrafos, comisarios y agentes de policía, estudiantes de bachillerato, diputados de la Duma, porteros, senadores, vagabundos, profesores y soldados, en caótica secuencia, debieron responder a las preguntas de los jueces. Llegó la hora en que los acusados hiciéramos también nuestras declaraciones.

Mis padres asistieron a la vista. Tuve una conmoción al verlos. Habían llegado desde la lejana Iánovka. Me contemplaban a distancia. Mamá se secaba las lágrimas mientras papá me hizo el guiño más cariñoso del que tuviese recuerdo. Seguro que ya no consideraban mi conducta como la de un muchacho aturdido, el que vivía en la huerta del checo Franz y después cometió estupideces en Nicolaiev. Mis padres sabían que era redactor de periódicos exitosos, que había sido presidente del Soviet y que mucha gente leía mis folletos y mis libros. Mamá se armó de coraje y fue a hablar con uno de los defensores.

Cuando llegó mi turno opté por pronunciar un discurso desafiante. Explicué la legitimidad de un levantamiento que desea mayor justicia política y social. En la sala se extendió el silencio ante la contundencia de mis palabras. Los abogados y los jueces dejaron de pestañear. Mi madre, en cambio, bajaba la cabeza, porque no podía ni deseaba comprenderme, lloraba con un pañuelo apretado contra su cara; presentía que se estaban liquidando mis perspectivas de libertad. Su llanto arreció cuando papá le pidió que mirase a los veinte defensores que desfilaban delante de mí para estrecharme la mano al terminar mi discurso. Los miré por arriba de las cabezas que

nos separaban y en mis ojos se dibujaba un claro mensaje de amor. Uno de los abogados solicitó una pausa en vista de la emoción que barría la sala.

Durante el intervalo mis padres procuraron arrimarse a los codazos, pero los guardias levantaron una barrera de sables. Papá discutió con uno de los gendarmes y estuvo a punto de ser expulsado. Sus imprecaciones mojadas en lágrimas consiguieron que los dejasen llegar junto a mí. Entonces nos abalanzamos hambrientos y nos llenamos de besos y caricias. Mamá tartamudeaba entre sus mocos y aseguraba que yo sería absuelto. Y que me darían una medalla.

—Tal vez me manden a la *Katorga* —dije para bajarle las expectativas.

Me miró fijo y supe leer qué ideas circulaban por su mente. Para ella era un muchacho hermoso con anteojos de doctor; no podrían mandarme al infierno de la *Katorga* por segunda vez. ¡Yo había hablado con tanta elocuencia, había emocionado a tantas personas! Papá, siempre realista, estaba pálido, orgulloso y descorazonado al mismo tiempo.

Cuando se reanudó la vista conseguimos una victoria inesperada. En efecto, el tribunal en pleno se negó a llamar como testigo a un senador que había descubierto en el departamento de Policía una imprenta dedicada a reproducir llamados a la matanza de judíos. Esa complicidad asesina de los magistrados con un régimen criminal deshacía el respeto que se les otorgaba. Los abogados empezaron a pronunciar insultos contra los jueces, algo insólito en la historia de Rusia. La pelea forzó a que se interrumpiese la sesión. En medio de la batahola fuimos devueltos con empujones a las celdas mientras se forzaba la evacuación de los estrados.

Horas después los jueces, con una sala más llena que nunca de uniformados, dieron lectura a la sentencia sin la presencia de los reos. Mis padres, atornillados a las baldosas del marmóreo corredor, sintieron una puñalada cuando fue pronunciada la sanción implacable. Éramos condenados a perder los derechos civiles y ser desterrados a Siberia. ¡A la *Katorga*! El diminuto consuelo consistía en que la pena de cuarenta y cinco latigazos que solía completar esta sanción, había sido suprimida por la Duma. Los gritones y llorosos fueron expulsados por nuevas oleadas de militares.

Nos embutieron en ofensivos trajes de presidiarios, pero por suerte permitieron que retuviésemos nuestros propios zapatos. Era importante para mí, porque dentro de la suela llevaba escondido un pasaporte y monedas de oro. Hacía rato que había aprendido a no olvidar estos recursos.

Un guardia susurró que me enviarían a la aldea de Obdorsk, en el círculo polar ártico. Quedaba a mil quinientos kilómetros de la última estación de ferrocarril, casi fuera del planeta. El correo, en el mejor de los casos, llegaba cada quince días. Podía considerarme hombre muerto. Y marcharía muy lejos de Usti-Kut, donde seguían presas Alexandra y mis dos hijas.

Antes de que se insinuase el primer movimiento de fuga me encontré rodeado de gendarmes que nos zambulleron con otros camaradas en un coche para conducirnos a la estación de trenes. Nos habían etiquetado de “sediciosos” y la nerviosa escolta traspiraba. Nos empujaron al interior de los vagones. Éramos casi un centenar de reclusos. Los suboficiales se distribuyeron en cada coche con los sables desenvainados, que refulgían al cambiar la luz. No pude despedirme de mis padres desesperados, ni de Natasha, ni conocer a mi hijito. Me repetía de forma incesante, para contener mi desesperación: ¡Escaparás! ¡Escaparás! ¡Escaparás!

Recién al segundo día de viaje nos quitaron las esposas. Le escribí a Natasha que la cortesía de los soldados fue una sorpresa. Se habían enterado de mi discurso desafiante en la caótica vista y mi rebelión los había seducido. Responden a la disciplina, es verdad, pero sombreada por una conciencia culpable. Los escuché susurrar que debían estar orgullosos por escoltar a “diputados obreros”, no delincuentes. Algunos se ofrecieron para echar nuestras cartas a escondidas en los buzones del trayecto. Conté a Natasha, a mis padres y hermanos los pormenores de este viaje interminable. Les expresaba mi amor con hojas llenas de detalles, como si fuesen crónicas literarias. También le decía a Natasha cuán preocupado estaba por ella, que había quedado sola y con un niño. Por último, rogaba que preparasen libros para enviarme a la distante Obdorsk.

Cuando se terminó el ferrocarril proseguimos la marcha en carruajes tirados por caballos. Nos dividieron en varios grupos. Yo integraba una partida de catorce prisioneros, para la cual se destinó una escolta de cincuenta y dos soldados, más el capitán, el oficial de policía y el sargento. ¡Debía estar orgulloso de mi peligrosidad! La caravana poseía cuarenta trineos.

El camino bordeaba las aguas del río Ob, cuyo nombre se usaba de prefijo para todas las diminutas y aisladas *isbas* que dejábamos atrás. Porque salíamos de la civilización, si cabía hablar de civilización en esas latitudes. Cruzamos de prisa una comarca apestada de tifus. Nos alimentábamos con pescado seco y algunas piezas de caza. En agotadores treinta tres días llegamos a la villa de Beresof. ¡Bendita Beresof, como explicaré enseguida! Allí nos concedieron veinticuatro horas de descanso. Aún faltaban otros quinientos kilómetros para alcanzar el destino final. Los gendarmes ya no temían nuestras fugas, porque escapar era morir.

Escape por el desierto de nieve

En Beresof vivía desterrado un agrimensor de solemne barba blanca dividida en dos triángulos. Lo encaré con mis mejores dotes diplomáticas y, al advertir que podía confiar en su discreción, me lancé a preguntarle sobre las posibilidades de una fuga. Me devolvió una sonrisa amarga.

—Si resultase tan fácil, yo mismo me habría hecho humo.

—¡Debe haber alguna forma! Usted hace tiempo que está aquí, conoce a la gente.

—No es fácil desaparecer —agregó—, pero si prefieres morir luego de un intento, varias veces pensé en ese peligroso camino.

—¿Un camino?

—Llamémoslo una senda alternativa.

—Explíqueme, le ruego.

—Todos andan fijados en el río Ob, porque es el que se usa como referencia. Pero no lejos corre el Sossiva, más angosto. También fluye hacia el oeste, ¿me explico? Luego, ya cerca de los Urales, podría orientarte hasta unas minas. Si llegas a ese punto... Repito, si llegas a ese punto, pese a la nieve y los lobos, diría que ganaste la partida. Porque no sería difícil ubicar un ferrocarril de trocha angosta que parte de las minas y desemboca en la línea general.

Nos quedamos en silencio. Después le dije que admiraba su minucioso dominio de la geografía.

—Se explica: la vengo estudiando desde hace mucho. También soñé con escapar.

Le propuse huir juntos. Se negó, ya no le quedaban fuerzas para semejante aventura, seguro que moriría en el camino. El sendero junto al Sossiva era irregular y poco apto para zafar de una persecución con perros. Si me salvaba ahí, después comenzaría la soledad más terrible del planeta y los gendarmes preferirán dejarme perecer solo. Nadie sobrevive. No encontrará un poblado ruso ni por casualidad, insistió, sólo alguna que otra *isba* de ostiacos más parecidos a las bestias que a la gente. También podría extraviarse durante las tormentas.

—¡Estamos en febrero, en el corazón del invierno!

Convencí a uno de los médicos que nos acompañaban al exilio que me enseñase a fingir un ataque de lumbociática. De esa forma podría quedarme hospitalizado en Beresof por unos días e intentar el escape. El médico tuvo pena de mi ingenuidad,

también hubiera querido huir, pero sabía que era imposible. Aprendí rápido y mis virtudes histriónicas convencieron a los guardias de que no podía dar un paso ni acomodarme en un trineo. Me internaron en el rudimentario hospital. Daba gusto hacerme el discapacitado. Había algo de calefacción y la comida, aunque escasa, era más nutritiva. Después de una semana, cuando mis compañeros ya habrían sido devorados por el desierto blanco rumbo al polo, simulé comenzar a restablecerme. Daba pasos rengos y me autorizaron a respirar el aire frío del exterior. En esas cortas excursiones estudié la vigilancia que controlaba los alrededores. Era mínima, casi siempre impregnada de vodka. Una tarde demoré más de la cuenta mi regreso y no me dijeron una palabra. El médico me estimulaba a moverme lo más posible para vencer los restos de la ciática. Sólo un loco intentaría huir en esa época del año.

El agrimensor se rascó las dos cascadas de su barba y dijo conocer un hombre que podría llevarme hasta un caserío ziriano, más allá del alcance que tenían las persecuciones perpetradas por los gendarmes de Beresof. Los zirianos eran primitivos, pero expertos: me conducirían hasta esas minas próximas a los Urales si les pagaba bien. Siguiendo sus indicaciones, en uno de mis paseos llegué a la cabaña del hombre solitario, cuyo nombre era Igor. Aunque la temperatura interior era agradable porque ardían unos leños, me invadió la asfixia por el cúmulo de malos olores. Simulando un resfrío me tapé la nariz con un trapo y le dije que venía de parte del agrimensor. Nos sentamos sobre un banco cubierto con pieles crudas. Igor era bajito y seco. Mientras hablábamos se cortaba los extremos del pelo y la barba a golpes de cuchillo. Me estudió en silencio. Sus ojos cargados de alcohol me interrogaron sobre la firmeza de mi propósito. Yo tenía lentes doctorales y una juventud que no le inspiraban confianza. Luego de una larga hesitación aceptó conducirme a cambio de una buena paga. Llegamos a un acuerdo y arrojó otro leño a la estufa, que reventó en un enjambre de chispas.

—Trato hecho... —suspiró.

A la mañana siguiente busqué al agrimensor.

—Es un borracho —me quejé, tal vez para que me disuada de asumir el riesgo.

—¡Por supuesto! El vodka lo mantiene de pie, le abre la cabeza. Lo he visto tirado en el piso contorsionándose. Después se paró y dijo que esos movimientos le hacían circular la sangre. Aquí muchas cosas no se entienden.

—Podrá dormirse en el camino.

—No tienes nada mejor, Liova. O ese hombre, o intentas que te dejen aquí hasta que pase el próximo convoy de reclusos.

Resolvimos salir el domingo a la medianoche, porque las autoridades habían organizado una función de aficionados. Me presenté con renquera. El jefe del distrito esperaba con ansiedad el comienzo de la obra y le transmití que me sentía mejor; pronto reanudaría mi viaje hacia el infierno de Obdorsk. Agradeció la deferencia y

me invitó a gozar del espectáculo. Luego volví a mi lecho de hospital.

A las doce alcé mi bolso escondido bajo la cama y me escurrí hacia la choza de Igor. Su trineo ya estaba listo. Me acomodó sobre una gruesa piel de oso que cubría la base del vehículo. Después me tapó con una parva de paja, que desparramó de forma pareja. Ató la paja conmigo adentro. Estaba a salvo de miradas ajenas y también del frío impiadoso. Recordé la fuga anterior, con la traductora de Marx.

El trineo se deslizó sereno durante varios minutos. Después Igor azuzó a los animales hasta conseguir gran velocidad. Supongo que cubrimos varios kilómetros, porque en mi duermevela empezó una lumbociática de verdad. Por suerte el trineo se detuvo. Mi guía aflojó las correas y pude salir del escondite. Mis botas se hundieron en la nieve. Froté la dolorida espalda y miré hacia la oscuridad que aún nos envolvía. Las estrellas parecían bolitas de hielo. Igor lanzó una serie de silbidos que me parecieron responder a un código. En efecto, al rato escuché voces.

Aparecieron dos ostiacos dando tumbos. La cosa iba a ponerse fea, porque estaban más borrachos que Igor. Los miré con rabia. Cruzaron unas palabras y mi guía tendió su mano para que le pagase. Dije que así no había sido nuestro acuerdo: no me podía dejar en manos de unos irresponsables. Sonrió apenas, pero quedé perplejo al escucharle las mismas palabras del agrimensur.

—Aquí muchas cosas no se entienden.

¿Debía continuar mi aventura con los ostiacos?

—Ya estás fuera de la persecución, para los de Beresof te has muerto —carcajeó como despedida. Y se esfumó en la oscuridad.

Froté mis manos enguantadas. Los brutales ostiacos me dieron una palmada en el hombro y me invitaron a seguirlos. Caminaban haciendo ochos. Por lo menos conservaban la orientación. Acomodé mi equipaje en el nuevo trineo, donde encontré dos abrigo más de piel; uno, con el forro para afuera y el otro, para adentro. También había medias de piel cruda, botas mejor forradas, un gorro y grandes guantes que calcé sobre los que llevaba puestos. Ese equipo de invierno me devolvió algo de serenidad. En el trineo había, además, varias botellas de vodka y paquetes con pescado seco. Uno se hizo cargo del trineo y de mi persona, mientras el otro se disolvía en la oscuridad.

En Beresof, tras mi fuga, los vigías debían informar si habían visto salir a alguien. El astuto Igor me explicó en su media lengua que había solicitado a un amigo que partiese a la misma hora por el camino usual, llevándose en el trineo una ternera sacrificada. En la torre se debían preguntar por qué llevaba la ternera a esa hora.

—El frío vuelve loca a la gente —habrán comentado a las risotadas.

Al descubrir mi huida —porque la iban a descubrir— seguro que saldrían en busca de la ternera muerta, convencidos de que yo me había escondido bajo su cuerpo. Así había hecho otro recluso, al que después fusilaron. Pero su amigo iba a

llevar la presa a una choza alejada, donde confirmarían la compra. Esas idas y vueltas le harían perder el tiempo que necesitaba para llegar hasta los ostiacos. El vodka no le afectaba su picardía.

Mi nueva etapa no exigía ocultarme por completo, cosa que tampoco me exigía el ostiaco. Miré la oscuridad a punto de deshacerse en el dudoso amanecer. Aliosha, mi nuevo guía, hablaba en dialecto urofinés mechado con palabras rusas. Pude comprender sólo una parte de sus largas historias. Por momentos aflojaba las riendas y empezaba a dormirse. Los magníficos renos se detenían. Aliosha pegaba un brinco y los azuzaba de nuevo. Llevaba una botella al costado, como un arma, y cada diez minutos, casi por reloj, le daba un sorbo. En las frenadas provocadas por su adormecimiento yo lo zarandeaba con furia y gritaba en la oreja. A veces reaccionaba enseguida y a veces parecía en estado de coma. En una oportunidad me miró con odio, se quitó la gorra y el viento helado le agitó la enmarañada cabellera. Se sentó derecho, se dio bofetadas en las mejillas y dirigió una marcha regular de varias horas.

La jornada nos regaló poca luz. Mi guía dijo que debíamos acumular madera para esa noche, porque había escuchado aullar a los lobos.

—¡Lobos otra vez! —maldije.

La oscuridad se cerraba y aumentaba el espanto. Volví a escuchar ese aullido horrible, largo y convocante de las fieras, bien marcado en mi memoria. Enseguida nos rodeó un coro desafinado. La fogata que habíamos prendido al detenernos lanzaba llamas altas, como era deseable. Algunas chispas llegaban a mi rostro, porque estaba pegado al fuego para compensar el frío. Los renos conocían el peligro más que nadie y apretaban sus costados para protegerse. Me doblegaba el cansancio. Pese a los aullidos, caí en un sueño corto. Aluciné dientes sobre mi cara y pegué un salto. A pocos metros se movía una sombra y en su cabeza ardían los terribles carbones del hambre. Agarré el hacha. Sacudí a Aliosha y le ordené que empuñase su rifle. Le costó abrir los ojos y más aún encontrar el arma. Las sombras ya eran numerosas y se movían en torno nuestro con excesiva confianza. Formaban un círculo cada vez más estrecho, impacientes por devorarnos. Una de esas sombras se detuvo delante de mí y se sentó provocativa.

—A estos malditos los envía el Zar —balbuceé.

Sin pensarlo agarré un tizón de la fogata y lo arrojé al hocico del lobo que se había sentado como un desafiante comensal. Le chamuscó la pelambre y disparó un grito que estremeció al resto de la jauría. Las famélicas sombras se alejaron. Aliosha terminó por despabilarse y apuntó con su rifle. Pero ya no tenía a quién disparar.

Rumbo a la salida

Dormimos otro rato y levantamos el campamento antes del amanecer. Durante ese día tampoco apareció el sol. La claridad era de un gris ferroso. Procuré darme ánimos gozando la reciente victoria contra esas bestias. Amedrentaba el desierto congelado. No se veían huellas, ni siquiera de animales. Las pezuñas de los lobos habían sido borradas por una suave nevada matinal.

Al cabo de varias jornadas empezaron los atisbos de vegetación. Negras manchas de abetos se asomaban en el horizonte. Si bien las ráfagas no cesaban de soplar y calar los huesos, muchas veces lo hacían en la dirección favorable y los renos corrían aliviados, casi felices. Por momentos los animales chocaban sus costados, por momentos unos iban delante de otros. Pero no se estorbaban. Eran admirables, con una legendaria resistencia a la fatiga. Cuando hacíamos una pausa, ellos mismos se encargaban de buscarse el pasto; no hacía falta acercárselo a la boca extrayendo manojos de las reservas escondidas en el trineo. Aliosha les ataba una tablilla de madera al pescuezo y los soltaba. Sus hocicos descubrían el musgo bajo la nieve, escarbaban con la pezuña, hundían la cabeza en el hoyo y se ponían a comer. Yo los observaba con cariño: sus majestuosas cornamentas eran como banderas de la libertad.

Al cabo de otra jornada el reno que iba delante empezó a cojear con la pata trasera. Se había lastimado y el conductor tuvo que cambiarlo de lugar. Seguimos otro tramo. Aliosha dijo que andábamos cerca de un campamento. Aunque tuviese su cerebro nadando en alcohol, sabía descubrir señales invisibles. Dimos vuelta durante horas en torno al humo que sólo captaba su nariz. Por fin fui testigo de un cuadro maravilloso. Emergieron unos zirianos haciendo girar lazos sobre sus cabezas, como si estuviesen a punto de cazar animales. De súbito apareció un rebaño de renos en desesperada huida. Los hombres enfundados en pieles crudas consiguieron atrapar varios animales. Mientras los serenaban ofreciéndoles manojos de hierba, nos acercamos. Mi guía los saludó con exagerada felicidad y propuso un trueque regado con monedas. Regatearon a los gritos en un lenguaje ininteligible. La operación parecía destinada al fracaso. Entonces les ofrecí una pequeña moneda de oro que saqué de mi zapato. La hicieron brillar a la menguante luz y mordieron con su dentadura amarilla. Contentos, accedieron a cambiar dos de nuestros animales

agotados por los nuevos que acababan de cazar. Como la paga era enorme, mi guía les exigió en compensación diez botellas de vodka.

Seguimos viaje. En el siguiente descanso, luego de encender la fogata, Aliosha liberó a los animales con las tablillas que impedían su fuga. Se puso a asar un trozo de cordero que había guardado como un tesoro en la base del trineo. Vaciamos una de las recién adquiridas botellas de vodka y nos dormimos por un rato bajo la caricia de las llamas. Antes de que se clarificase el techo de nubes reanudamos la marcha. Los animales se sentían frescos y vigorosos. En pocos minutos se desplazaban como pájaros. Ganamos muchos kilómetros. Yo repasaba los segmentos de viaje que aún me esperarían cuando dejase este vehículo. De pronto mi guía tiró su espalda hacia atrás para frenar con todas sus fuerzas.

—¡Qué pasa!

—¡Un pantano! Hay un... un... un pantano bajo la nieve —tartajeó ronco de susto.

Miré sin descubrir diferencias. Ese hombre tenía una visión sobrehumana. Señaló los restos de un pequeño bosque incendiado, y cerca de ese bosque había pantanos, lo sabía de otros viajes. Propuso que prendiéramos otra fogata para ahuyentar lobos, calentar agua y hacernos algo de té antes de cubrir el tramo siguiente. Buscó otra botella de alcohol. Yo le apreté el brazo e intenté quitársela.

—¡Debes estar lúcido! ¡Ahora confórmate con té!

Me la arrancó enojado y bebió ruidosamente casi un tercio. Con un eructo burbujeante me hizo saber que el vodka le aumentaba la lucidez. Se secó con el guante y bebió una jarra de té. Miraba su hirviente contenido, miraba la jarra llena de abolladuras, miraba el bosque incendiado y trataba de leer en el suelo, como si pudiese ver qué había bajo el edredón de nieve. Se paró.

—Ya está. Ya sé por dónde ir.

Subimos al trineo. Azuzó a los animales y fuimos en la dirección contraria a la que llevábamos. Hizo un amplio rodeo en torno al raquítico bosque. Después avanzamos hacia los Urales, que se asomaban en el horizonte. Yo temía que en cualquier instante las finas patas de los renos se hundiesen en la trampa de otros pantanos. Quizá mi deseo hacía que los viese más ligeros, como si apenas rozaran la lactescente superficie. En vez de renos parecían gacelas. Sus patas me hipnotizaban de a ratos, porque levantaban un polvillo que el viento empujaba hacia mis ojos. Pese a la ingravidez de sus cascos, empecé a detectar el sonido que generaban, como provocados sobre la piel de un tambor.

El bosque incendiado iba alejándose a nuestra izquierda y pronto desapareció. Habíamos sorteado el peligro. Estuve tentado de proponerle abrir otra botella para brindar. Pero mi optimismo era falso. Uno de los animales se hundió en la nieve hasta la barriga, frenó a sus compañeros y casi me derribó del trineo. Movía azorado sus

astas y lastimaba las costillas de los vecinos. Aliosha tiró de varias riendas, maldijo en ruso y ostiaco. Me puse al lado suyo y, con ayuda de los demás animales, pudimos sacarlo del pozo.

Más adelante la marcha volvió a tornarse penosa, porque los renos se hundían con frecuencia, aunque no en profundidad. La nieve estaba más blanda. Muchas veces tuvimos que descender para sacar los animales de los huecos. En una de esas maniobras yo mismo me hundí. Comencé a pensar que estaba llegando al final de mi vida y el agrimensor fue sabio al no querer acompañarme. Al cabo de otra jornada en la que nos detuvimos en dos oportunidades para comer otro pedazo del cordero y dormir unas horas, llegamos a una extensión más regular. Los animales recobraron su ritmo.

La vegetación aumentaba. Ya había bosques de verdad y algunos árboles alcanzaban altura. Pese a esos cambios, no podía adivinar por dónde iba el camino. Me había resignado a confiar en el borracho de Aliosha y, a veces, cuando pasaba un tiempo sin que lo viese empuñar la botella, me venía la tentación de recordárselo. Tendido boca arriba y cubierto por todas las pieles disponibles, miraba con la esperanza de que se abriese el toldo de nubes y asomara el sol. Las coníferas se apretaban entre sí y sus ramas negras alternaban con los abedules de troncos calcáreos.

El viaje con este Aliosha ya llevaba ocho días. Gracias a que tenía grabadas en su mapa mental las espaciadas aldehuelas de la región, pudimos reaprovisionarnos a cambio de poco dinero. Alcanzamos el pie de los montes Urales y en mi cara, después de muchos meses, se dibujó una sonrisa. Apareció otro trineo. Por sus características, provenía de una ciudad. Lo seguí con la vista mientras se alejaba hacia el horizonte. Me pregunté si se dirigía al mismo punto del que yo venía huyendo. Aparecieron otros vehículos, mensajeros de la más extraordinaria noticia: en pocas horas reingresaría a la civilización. Una ráfaga de entusiasmo me evaporó la somnolencia que traía de noches pavorosas y días lechosos.

Apareció sobre una colina un grupo de trineos. Fuimos hacia ellos dando gritos. Nos preguntaron nuestra procedencia y Aliosha se ocupó de mentir de forma convincente. Nos invitaron a compartir su comida. Venían de las minas que eran el punto de referencia buscado. Hubiera preferido agradecerles y seguir la marcha, pero mi guía se apresuró en aceptar, tentado por los manjares y las botellas.

Yo me hice pasar por uno de los ingenieros de la expedición polar del barón de Toll, sobre el que había tenido noticias leyendo los diarios en el hospital. Esa picardía tuvo mala suerte. En el grupo había un viajante de comercio que había servido en esa empresa y conocía a los expedicionarios. Se alegró de conocerme y quiso enterarse sobre el curso de las investigaciones. Me acribilló a preguntas. Pero por suerte, estaba bastante borracho para no quedar fijado en un tema ni sacar conclusiones de mis

evasivas respuestas.

Ahora el camino que bordeaba los Urales podía recorrerse a caballo. En una cabaña me hice pasar por funcionario público y conseguí prestado un animal. Me despedí del eficiente Aliosha, le pagué con otra moneda de oro y volví a preguntarle sobre el camino que me llevaba hasta el ferrocarril de trocha angosta. Galopé hacia una pequeña población, cuyas chimeneas despedían enroscadas columnas de humo. La vista de casas, calles y gente me produjo un hormigueo de dicha. Había atravesado el largo abismo donde muchos quedaban enterrados para siempre.

Marché hacia la estación, ubicada en el centro del poblado. Simulé la jerarquía de un recaudador de impuestos que recorría el distrito. Mi precoz amor por el teatro daba frutos en cadena. Me informaron que en veinticuatro horas saldría un convoy. Busqué una posada, que resultó ser la única del lugar. Más que alimentos y un camastro, necesitaba que me llenasen una tina con agua caliente para darme el más gozoso baño de mi existencia. Enjaboné cada centímetro de piel como un poseso, lavé mi ropa y la sequé con una plancha a carbón. Luego salí en busca de una vestimenta más formal. Vendí el caballo prestado a un campesino de la periferia y con ese dinero pagué la posada y las nuevas prendas; ya me estaba quedando sin ahorros. Volví a mi cuarto al llegar la noche y rogué que me despertasen dos horas antes de la partida del tren. Hice un bulto con los trapos viejos y me arreglé como un aristócrata. Bebí una taza de leche con trozos de pan y caminé hacia la estación.

Subí al tren y elegí un compartimiento solitario. No me fue difícil, porque el vagón estaba casi vacío. Cuando se puso en marcha resoplé aliviado. El guarda marcó mi ticket sin demorarse en estudiar mi aspecto. Por la ventanilla observé que dejábamos atrás el poblado y corríamos por una zona boscosa. Aún tenía impresa en mis ojos la vastedad de la tundra y el contraste con esta maravilla vegetal me humedeció los ojos. Salí a la plataforma, donde soplaba el viento, y pegué un grito de alegría más salvaje que el de una entera horda de cosacos.

Reencuentro

En cada estación postal mandaba breves cables crípticos al doctor Litkens para informarle sobre mi itinerario. La gente iba cargada de paquetes y golosinas porque se empezaba a celebrar la *maslenitsa*, una suerte de carnaval ruso que vitorea el final del invierno y “donde todo está permitido”. Los vagones se llenaban de pasajeros. Las mujeres cargaban niños, bolsos, y se anudaban las chalinas para protegerse de las ráfagas aún frías. Los varones se ocupaban de las maletas. Las conversaciones giraban en torno a los blinis, el caviar, los esturiones y diversas marcas de vino o coñac. Yo tenía el estómago contraído.

Amanecía cuando llegamos a una periférica estación que había señalado en un telegrama como mi probable último destino, antes de aventurarme por las calles de San Petersburgo. Me dirigí a los servicios mientras advertía que también llegaba otro tren, pero de la capital. El reflejo de las ventanillas no me impidió distinguir a una persona que se había introducido en mi vagón y de ahí pasaba al siguiente. La reconocí y me faltó el aire. Estaba forrada en pieles, pero su perfil era el de Natasha. Corrí por el andén, a su lado, hasta que me vio. Se detuvo de golpe, se le iluminó el rostro, disparó hacia la puerta y se abalanzó sobre mí. Casi rodamos por el suelo. Giramos abrazados, con lágrimas y risitas. Nos llenamos de besos. Mirándonos con voracidad, como si quisiéramos anudarnos, reunimos los respectivos equipajes. Sin despegarnos fuimos a comprar los billetes para San Petersburgo. El tren salía en una hora. Nos acurrucamos en la sala de espera. Por si alguien pudiese reconocernos ella me encasquetó el gorro hasta las orejas. Nos acariciamos por fuera y por dentro de los abrigos. Nos apretamos las manos, los hombros, los brazos, las piernas. Cuando pudimos abordar el tren nos acomodamos en un vagón casi vacío. Pese a los tórridos minutos que estábamos pasando juntos, nos costaba recuperar la voz y contarnos las respectivas aventuras, angustias, sufrimientos, esperanzas. El encuentro nos produjo un desequilibrio que recién luego de una hora empezó a desaparecer. Incursionamos en detalles que nos hicieron temblar y reír. A medida que pasaba el tiempo nuestra voz aumentaba en volumen y claridad. Ella me cruzó el índice sobre los labios.

—Pueden escucharnos...

—Mi desenvoltura es la mejor defensa —sonreí, bruscamente soberbio.

—¡Vuelves a ser el de siempre!

En San Petersburgo fuimos derecho a la casa del doctor Litkens, tras discutir un rato sobre los peligros de semejante decisión. Lo encontramos reunido en familia. Al verme movió la cabeza diciendo: “¡Es increíble!” Su familia nos contemplaba con desconfianza, como si fuésemos un milagro. Después fueron acercándose para convencerse de que no estaban frente a un espejismo. Hicieron anárquicas preguntas, porque algunos me suponían enterrado bajo la nieve del Círculo Polar Ártico. Litkens nos invitó a tomar asiento para compartir el té con blinis, dulces y caviar. Aclaró enseguida que hicimos bien en contactarlo, pero no debíamos bajar la guardia. Seguro que habían llegado misivas de Siberia dando cuenta de la evasión y, aunque me diesen por muerto, los perseguidores de oficio no dejarían de continuar su busca. Mi desempeño en la presidencia del Soviet me había insuflado excesiva popularidad. Como si las paredes fuesen a denunciarnos, todos bajamos la voz y empezamos a intercambiar ideas. Luego nos invitaron a cenar y seguimos analizando qué hacer. Resultaba indiscutible que el cerco de la autocracia se hizo más feroz tras los sucesos de 1905. Litkens resumió las alternativas y dictaminó que el camino más sensato sería alejarnos por una temporada a Finlandia. La autonomía de ese país —como yo mismo lo había experimentado— proveía mayor confiabilidad a ciertos derechos, en contraste con los abusos que barrían al resto de Rusia. El peor riesgo se agazapaba, como siempre, en la estación de ferrocarril. Habíamos tenido suerte en no ser descubiertos todavía.

Decidimos iniciar ese camino. Todo era mejor que ser atrapados en la casa de nuestros corajudos anfitriones. Litkens volvió a demostrar su generosidad y propuso que permaneciéramos con él hasta el minuto previo a la partida. Natasha fue a traer a Leoncito, que había quedado al cuidado de la mujer que le había alquilado un cuarto en la otra punta de la ciudad. Yo nunca lo había visto ni besado aún. Para narrar ese encuentro se me paraliza la mano. Recién empezaba a caminar, pero sus ojitos me miraron con asombro y cariño. ¡Extraña combinación! Le pinté de besos sus tiernas mejillas, la frente, las manitos. Lo levanté en brazos y giré con él como un trompo, haciendo ruidos con mi voz. Parecía un ostiaco celebrando a los renos o ahuyentando lobos. Leoncito empezó a reír y yo me sentí un emperador triunfal: no existe una victoria superior para un padre que ser reconocido y disfrutado por su hijo.

En la estación de San Petersburgo no debíamos volver a cometer la locura de introducirnos en la sala de espera o dejarnos ver por más de un minuto en el andén. Convenía esperar en el coche de alquiler y arrojarlos en el último instante sobre un vagón de primera clase. Así lo hicimos y trepamos cuando el tren se estaba poniendo en marcha. Ingresamos en el pasillo rumbo al compartimiento asignado en el billete. Natasha caminaba delante con el bebé en brazos, era una suerte de escudo. Su cuerpo y un alto gorro de piel me ocultaban en parte, aunque yo también calzaba un sombrero y llevaba en torno a mi cuello una bufanda que sólo dejaba ver mi nariz.

Nos enfrentó una legión de gendarmes que avanzaba en sentido contrario. Tenía que proceder rápido, antes de que alguno pretendiera mirarme mejor. Me quité el sombrero, como para decirles que no tenía nada para ocultar. Pero mi peinado tenía raya al medio y estaba pegado al cráneo con aceite que emanaba aroma francés. Era muy difícil reconocerme. Acto seguido me quité el abrigo para lucir un traje abotonado con camisa almidonada y brillante corbata con un alfiler, todo prestado por el doctor Litkens. La tensión nos devoraba mientras seguíamos abriéndonos paso entre los uniformes. Ante nuestro avance los gendarmes se apartaron corteses y fueron hacia el resto de los vagones.

Finlandia roja

Lenin y MártoV ya llevaban un tiempo en el ducado de Finlandia, beneficiándose de la misteriosa tolerancia que allí se dispensaba a los revolucionarios. Como había dicho el agrimensor de Beresof, también en esta región hay cosas que no se entienden. La vida, la política y el curso de la historia rodaban por las caprichosas correntadas de contradicciones y enigmas. En Rusia las revueltas bajaron su nivel luego de las explosiones vividas en 1905. Pero los revolucionarios suponíamos que era un intervalo y pronto resucitaría la rebelión.

Fuimos a rendirles visita a MártoV y Lenin, acompañados por Leoncito. Se habían instalado en dos aldeas próximas. Les hacía bien sentirse cerca, pero distantes al mismo tiempo. Sus concepciones usaban brújulas diferentes, a menudo hostiles.

En la cabaña de MártoV reinaba un desorden insuperable. En uno de los rincones se alzaba hasta la altura de un hombre la pila de periódicos viejos. De vez en cuando, en el curso de la conversación, MártoV se lanzaba hacia un rincón y sacaba victorioso el número que quería mostrarnos. Sus cuartillas, cubiertas por la ceniza del tabaco, cubrían la extensión de la mesa, y sólo él podía discernir cuál hoja estaba escribiendo. Los grasientos anteojos seguían danzando torcidos sobre su nariz. En la distendida charla MártoV prodigó ideas brillantes, pero sin un desarrollo profundo. Era el chisporroteo de una fogata. Alumbraba, pero sin mantener firme la luz. No obstante, algunas reflexiones llegaron hondo. Dijo que tras la experiencia vivida podríamos ver mejor, y lo que él estaba viendo era que el marxismo contenía un exceso de utopía. La sociedad perfecta a la que pretende llegar no existe, porque el ser humano no es perfecto. En cuanto a conseguir una igualdad absoluta, le sonaba cada vez más ingenuo. ¿Por qué? Porque no hay dos seres humanos iguales, y en las condiciones que se den, cualesquiera sean, siempre volverán a surgir las diferencias que distinguían a uno de otro. Mucho más fuerte me pegó su crítica a la lucha de clases. Era como clavarme una espada en el corazón de mi marxismo.

—Es verdad que existen diferencias y luchas de clases desde que un hombre se convirtió en amo y otro en esclavo —dijo—. Pero esas clases fueron objeto de una evolución. Cambiaron las clases y los métodos de lucha. Ahora existen proletarios que se convierten en pequeños burgueses y nobles que pierden sus fortunas. Las clases no son momias. El proletariado quizá dé lugar a otras clases, que ni podemos

imaginar.

Me acordé de Timoteo, el arruinado noble que nos visitaba en Iánovka y debía servir a sus antiguos sirvientes. Se había proletarizado, sí; pero, si la ocasión le ofreciera en el futuro una oportunidad, ¿no volvería a querer mandar y ubicarse por encima de otros?

No pude estar de acuerdo con semejante lucubración, pero me llenó de dudas. Su puñetazo más doloroso fue cuando se rió de un apotegma que los marxistas considerábamos tan sólido como un dogma. Quizá ni el mismo MártoV ya se acuerda de lo que dijo en esa ocasión. Pero lo dijo. Fue cuando discutimos sobre la legitimidad de la violencia.

—No siempre es legítima —afirmó al instante.

—Pero, ¿no es “la partera de la historia”?

—Bueno, así escribió Marx. Pero, ¿en qué contexto? ¿A qué momento preciso se refería? No olvides que a muchas parteras también les nacen niños muertos.

Salí mareado.

Al día siguiente fui a la casucha de Lenin. Allí reinaba la prolijidad. No fumaba ni tenía montañas de periódicos. Sobre la mesa sólo se apilaban unos pocos libros, el tintero y una resma de papel. Pese a su carácter de prófugo, irradiaba seguridad y hasta cierta placidez. Afirmó que la situación en Rusia no estaba aún definida y que era necesario prepararse para la próxima batalla. Había que asimilar las experiencias recientes y formar cuadros más capaces para las acciones que sobrevendrían pronto. La marcha del capitalismo no se detenía y las erradas maniobras del régimen zarista lo conducían a una explosión.

Mientras bebíamos té con unos exquisitos blinis, puso una mano sobre la mía y aseguró que le habían gustado los artículos que yo había escrito antes de ser llevado a Siberia. Volvió a elogiar mi estilo y la precisión de los datos. Sólo reprochó, con una paternal carcajada, que aún no me hubiese afiliado a los bolcheviques.

—¿Me consideras un aliado de MártoV? —protesté.

—MártoV es mi amigo. Pero encabeza a los mencheviques, que andan confundidos o son demasiado temerosos. No sé cuál de esos calificativos les calza mejor. No podemos ser blandos ni ingenuos mientras tengamos el propósito de conquistar el poder.

—Yo también quiero llegar al poder. Pero sin que ese objetivo arruine nuestra esencia humanista.

—¿Qué es el humanismo? Sólo habrá más humanismo cuando el proletariado se adueñe de los medios de producción y desaparezca la división de clases.

—¿Será tan automático? ¿No podrán formarse nuevas clases a partir de quienes comanden la sociedad?

—No, claro que no. Quienes comanden serán los representantes del proletariado,

de la inmensa mayoría, no los representantes de los nobles, o los burgueses, o los terratenientes. Serán representantes, Liova, jamás dueños del poder, como sucede ahora. No tendrán títulos de nobleza ni de nada parecido a eso.

—Temo que se nos ha infiltrado algo de utopía.

—¿Utopía? Si luchar por un mundo mejor es utopía, ¡bienvenida sea! La utopía remite a las mejores intenciones del hombre, es algo que impulsa, que genera pasión. ¿Y eso te molesta?

—Me molesta que en la nueva etapa alguien, o un grupo, más que formado por representantes, esté formado por gente que se considere iluminada. Pasó con los jacobinos y pasó con Napoleón. El fruto no fue bueno. ¿Tendremos la dictadura del proletariado o sólo una dictadura en “nombre” del proletariado? El proletariado sería entonces una excusa, no el protagonista —dije, reproduciendo palabras de Rosa Luxemburgo.

Lenin me palmeó el hombro.

—Amigo mío: no deberían preocuparte esos asuntos, porque serán resueltos a su debido tiempo. Te adelantas demasiado, quieres conocer el futuro como si ya fuese un trozo del pasado. ¡Ni siquiera te acordarás de esta charla! Tus dudas provienen de la incertidumbre que genera la transición donde estamos inmersos, y que no permite ver con claridad.

Llamó a Leoncito y lo sentó sobre sus rodillas. Con paternal afecto le dio a probar un trozo de blini, mientras le susurraba algo a la oreja.

Yo miraba su rostro macizo, la frente amplia, los pómulos rocosos, la corta barbita negra, los labios perfectos. Era el rostro de un profeta bíblico. ¡Cómo lo admiraba! Era duro, pero no tenía espíritu de tirano.

Antes de despedirnos, la siempre diligente Nadeida nos ofreció una lista de los camaradas confiables que residían en Helsingfors. También incluía a personas estrambóticas, como un comisario de policía que se declaraba nacionalista y revolucionario. Gracias a esa lista Natasha y yo pudimos encontrar alojamiento y ayuda económica en la pequeña capital del ducado. No había muchos sitios donde distraerse, con la excepción de algunos albergues y bodegones. Algunas semanas de paz y recogimiento me permitieron escribir un pequeño libro sobre mi viaje a Siberia y la posterior evasión, que se parecía a una novela de aventuras, según sentenció Natasha. La titulé sin inspiración: *Ida y vuelta*.

Los derechos de autor de esas páginas vendrían bien para mudarnos a otro país. Analizamos con Natasha si convenía hacerlo juntos. Habría más privaciones y yo me sentiría cercado por las obligaciones de proveer techo y comida al niño. Resucitaron argumentos parecidos a los que usó Alexandra en Usti-Kut y la misma Natasha en París. Era preferible que ella regresara a Rusia con Leoncito. Tenía familiares y amigos en una aldea próxima a San Petersburgo, donde podría gozar de seguridad y

quietud. Seguiría ganando dinero con sus dibujos y pinturas, realizados con más prudencia y un desconcertante nuevo seudónimo. Nos volveríamos a unir apenas consiguiese instalarme de forma holgada en una ciudad de Europa occidental. Esa idea nos entusiasmó al principio. Sólo al principio. Al día siguiente cambiamos de parecer. Y lo cambiamos cada día y cada noche durante una semana. La probabilidad de volver a sufrir el conocido divorcio transitorio nos producía fiebre. Apenas Leoncito se dormía, nuestros cuerpos empezaban a buscarse con hambre. El sexo se volvía insaciable. Sólo nos deteníamos para comer, jugar con el niño, leer, escribir. Pero en cuanto se abría la rendija de una nueva oportunidad volvíamos a unir los labios y los dedos se lanzaban a recorrer toda la extensión de nuestras pieles. Por último, extenuados, llegamos a la conclusión de que habíamos aceptado la reedición del divorcio transitorio, propio de los buenos revolucionarios. Esa voracidad erótica develaba que pretendíamos saciarnos antes de emprender una larga abstinencia.

Dedicamos los últimos días a pasar muchas horas con nuestro hijo. Jugábamos a ser la “sagrada familia”. Queríamos beber litros de afecto, la mejor proteína del alma. Natasha escribió a familiares y amigos con las elipsis de costumbre. Partiría en cuanto recibiese buenas garantías de recepción. Yo conseguí que una joven bolchevique de Helsingfors, recomendada por el comisario amigo, me condujese hasta el puerto. La despedida fue dramática y no quise mirar hacia atrás. Cualquier paso que diese me iba a provocar una sorpresa. Llegué a un muelle donde pude comprar el billete de un vapor sueco. Subí a la embarcación, blindado por un artístico pasaporte falso y ropa muy elegante. Ya en cubierta, con las manos sobre la baranda fría, me pregunté hasta cuándo el imbécil régimen zarista seguiría creyendo que los revolucionarios sólo visten ropa de miserables. Si en ese momento me hubiese acompañado un adivino, habría sospechado que a partir de ese momento faltaban diez años, sólo exactos diez años, para que estallase la revolución del siglo.

Séptima etapa

Expatriado

Europa y América
(1906-1917)

Admiración recíproca

Tras semanas de navegación y cinco cambios de barco llegué a Londres. Esa bullente urbe ya me resultaba familiar y enseguida recogí la información que necesitaba. No tuve dificultades para encontrar alojamiento, conocía barrios enteros. En una iglesia se realizaba otro congreso del partido, que era largo y caótico, quizá porque el interés hacia el socialismo crecía en todas partes y no se sabía de qué forma encauzarlo. Hasta se infiltraba en la política inglesa local. Los liberales invitaban a sus casas a los delegados que más se desatacaban en las sesiones. Era una mezcla que hubiera dado argumentos al revisionista Bernstein, quien observaba más cambios en la sociedad de los que fueron evidentes en los tiempos de Marx.

En uno de los primeros días se me acercó un hombre alto y huesudo, con cara ancha, pómulos salientes y un sombrero redondo. Su cabello bien cortado brillaba como oro sucio. Lucía un bigote tupido y avanzado bajo su nariz breve.

—Soy un admirador de usted —dijo con una sonrisa.

—¿Un admirador?

Supuse que se refería a mis obras escritas en la cárcel. De todas formas, resultaba extraño que ese hombre maduro admirase a un joven. La sorpresa fue mayúscula cuando me dio su nombre. Quedé pasmado.

—Soy Máximo Gorki.

Lo veía por primera vez. Moví los labios sin que me brotaran sonidos. Por fin pude contestarle.

—Yo soy quien desde hace rato lo admira a usted. ¡Y con pasión! —respondí emocionado.

Por entonces Gorki simpatizaba con los bolcheviques, pero no hizo alusión a nuestras posibles divergencias. Lo miré con hambre, para descifrar el inmenso contenido de su mente y el virtuosismo con el que unía las palabras. Había supuesto que, como autor de obras geniales y tristes, debía ser un hombre acongojado, sombrío. Para nada. De sus mejillas blancas salía una feliz luminosidad. Los ojos pardos eran alegres y curiosos. Se parecía a un fuerte campesino eslavo, como los que poblaron mi infancia. Charlaba tranquilo y separaba cada palabra, para que se le entendiese mejor. Nunca lo abandonaba el deseo de ser comprendido. Así era también en sus obras. Lo acompañaba la bellísima actriz Andreieva, que dominaba un

perfecto inglés.

Acordamos salir juntos a recorrer Londres. En el paseo criticamos desviaciones del congreso, incoherencias de muchos camaradas, ausencia de información en varios asuntos y soltamos algunas confesiones personales. Gorki abordaba los temas con precisión. Era más objetivo de lo esperable en un creador de ficciones. Charlaba con pareja serenidad, sin que sus enojos lo excitaran. Tal vez esa objetividad imprimía tanta fuerza a sus relatos, pensé. Le dije que también Natasha hubiera estado encantada de conocerlo, porque había leído todas sus novelas. Todas, en serio.

—¿Habla idiomas? —preguntó Gorki.

—Sí, algunos.

Apuntó hacia su amiga, meneando la cabeza.

—Mi querida Andreieva aprendió muchos idiomas. Es un portento. En cambio yo soy un primitivo que sólo puede hablar en ruso.

Me contó que había adoptado el seudónimo Gorki porque significa “amargado”, justamente. Muy amarga había sido su infancia. Tuvo que soportar un padre autoritario y trabajar como sirviente de un pintor, luego ayudante de panadero, más adelante cargador de barcos, siguió como empleado de ferrocarril y terminó vendiendo bebidas en una taberna. Nada me gustaba, agregó. Incapaz de seguir viviendo, intenté suicidarme. Me encontraron sangrando tras un disparo en la cabeza. Me llevaron a un hospital, donde un médico me cubrió la herida con un apósito, diagnosticó que era un caso perdido y se fue a dormir. Un enfermero se indignó por esa actitud, pidió ayuda a otro y pudo sacarme la bala. ¡Un enfermero! Me desinfectó a conciencia y aplicó un vendaje firme. ¿Crees en los milagros? Yo tampoco. Pero me recuperé en un par de semanas. Todavía no le pongo velas al enfermero, soy un desagradecido.

Su abuela había sido el único remanso entre las faenas brutales. Era una mujer culta que le narraba cuentos cargados de histrionismo, al extremo que siempre le arrancaba lágrimas o aplausos.

—Como mi madre.

—¿Sí? Bueno, a mi abuela debo mi interés por la lectura, que se incrementó al ingresar como ayudante en un estudio de abogados. Como simple ayudante, nada más.

Pero sus escritos obtuvieron rápida aceptación, más rápida de lo habitual. En pocos años se expandió a casi toda Rusia y fue traducido en varios países europeos. Describía áreas rústicas y dolorosas. Obras teatrales como *Pequeños burgueses* y *Los bajos fondos* fueron muy exitosas. En Kazan y San Petersburgo contactó a militantes marxistas que lo indujeron a ingresar en el campo de la revolución. En paralelo fue nombrado miembro honorario de la Academia Imperial de Ciencias, pero en 1902, hacía muy poco, fue anulada esa distinción por sus declaraciones políticas. Entonces

se sintió más libre para jugarse. Brotaron de su pluma varios dramas fuertes: *Los veraneantes*, *Los hijos del sol*, *Enemigos*, *Los bárbaros*. Al mismo tiempo cultivaba la poesía. Muchos camaradas recitaban de memoria sus versos. Eso le resultaba muy gratificante.

Hablaba en tono de confesión, nada de orgullo ni de vanidad. Percibí hasta cierto tono de culpa.

Por motivos de salud debió mudarse a la isla de Capri. Allí compuso su novela cumbre: *La madre*. Aún resonaban en mi corazón varios de sus pasajes.

Volvimos al congreso en los terribles momentos en que se daba a conocer la disminución de recursos. No había fondos ni para pagarle a los delegados el viaje de regreso. La noticia resonó bajo las bóvedas de la iglesia como un réquiem. Muchos nos miramos con susto. ¿Cómo proceder? Desde luego, no quedarnos metidos en la iglesia. Había que conseguir dinero en cualquier sitio y con métodos poco santos. Pero antes de que se cometiesen errores, apareció la solución. Completamente impensada. Un liberal inglés de gran fortuna reveló estar dispuesto a conceder un empréstito de tres mil libras a la revolución rusa. Pero exigía la firma de todos los congresistas. El debate fue corto, porque la situación no dejaba margen para reticencias. Se aceptó la exigencia del donante y el documento del préstamo circuló junto al tintero y la pluma que usaron todas las manos.

En ese congreso, además de Gorki, pude encontrarme con Rosa Luxemburgo. Otra maravilla. Pequeña, delicada y enfermiza, tenía rasgos de gran nobleza y unos ojos magníficos. Nació en Polonia y desde la adolescencia bregó por las reformas sociales. Me impresionó al primer golpe de vista. Huyó a Suiza para estudiar matemáticas, filosofía, ciencias políticas, historia y economía en la única universidad mixta que entonces había en ese país. Allí vivió un romance con su camarada León Jojiches del que dejó huellas emocionantes en su libro *Cartas de amor*, que yo había leído de una sentada, sin poder levantar los ojos. Esa historia se había convertido en el gran romance del movimiento revolucionario. Pero después se separó de Jojiches. Fundó el partido socialdemócrata de Polonia y Lituania. Pese a su irritante cojera, Rosa se imponía por la fuerza de su carácter, la belleza de su rostro y la audacia de sus pensamientos. Tenía un estilo despiadado. Su naturaleza era compleja: vibraba con muchos diapasones y le daba igual importancia a la revolución, su interés por el hombre concreto y el valor grandioso del arte. Amaba la naturaleza, los pájaros, las hierbas y las flores. Tenía sentido del humor y repetía que, en realidad, no había nacido para estas luchas, sino para criar gansos. Cuando me conoció y supo dónde había nacido, me hizo bromas en ídish. Hacía mucho que no lo escuchaba y sonó como un alemán defectuoso.

—No te avergüences —aclaró pellizcándome con inusual confianza la mejilla—. Es el lenguaje de mucha gente oprimida.

Desde entonces no perdí oportunidad para acercármele y criticar juntos —en ruso y alemán— los debates que escuchábamos. Sus opiniones eran filosas. Le confesé que lamentaba vivir lejos de su mente tan lúcida. Me miró con sus ojazos perforadores y consideró que a menudo la distancia es sólo producto de la subjetividad. Temí comenzar a enamorarme, aunque era mucho mayor. Pero también me había enamorado de Alexandra, que era mayor. ¿Seguía siendo un niño con nostalgias por el abrigo de una madre? Cuando la veía entrar me daba un golpe en el pecho y empujaba descortés a los delegados para instalarme junto a ella. Sonreíamos y nos abrazábamos en medio de las llamas. Yo sentía una vergonzante erección. Ella se daba cuenta y no insinuaba rechazarla. Le besaba la mejilla y mi boca, de prolongarse el contacto, iba a terminar prendida a la suya. No obstante, el respeto que me generaba esa mujer excepcional —suma de mi madre, Alexandra y Natasha— me frenaba el loco avance. No quería ponerla en apuros frente a los camaradas envidiosos. Era uno de mis prejuicios de pequeño-burgués. Miraba su rostro expresivo y me asaltaban deseos de exprimirle los labios. Pero me limitaba a besarle las tersas mejillas una, dos, tres veces, hasta que ella también quería poner fin a ese prólogo sin consecuencias. Como al descuido le acariciaba la cabellera, que siempre olía bien; tampoco perdía excusas para tocar sus dedos. Un testigo me habría juzgado idiota, porque le enumeraba una lista de asuntos mediante el estiramiento de cada uno de sus largos y perfectos dedos, no los míos. Y la miraba queriendo devorarla. Cuando le besaba sus mejillas cálidas —cálidas porque también me deseaban— comprimía sus delicados hombros con más intensidad de la recomendable entre simples amigos. Después me sentía estúpido. ¿Cómo no me atrevía a llevarla hasta mi buhardilla? ¿Por qué no propuse visitarla en la suya? No pude soportar, por ejemplo, que Lenin la criticase ante un grupo de camaradas.

—Sus problemas derivan de las dificultades que tiene para hablar bien en ruso —dijo.

—En cambio —repliqué—, habla magníficamente el marxismo.

Todos se echaron a reír.

Rosa fue a prisión muchas veces, a pesar de que era pública su oposición a toda forma de violencia. El sistema dominante la hubiese debido usar como aliada táctica. La única arma que aceptaba para mejorar la situación de los trabajadores, eran las huelgas pacíficas. No me costó coincidir con ella, aunque sólo en teoría: mi sangre caliente turbaba mis pensamientos y empujaba hacia acciones más rotundas. Pocas veces me había pasado algo así. Más aún, ella llegó a cuestionar la dictadura del proletariado.

—Puede llevar a una situación en la que el proletariado sea la excusa de una dictadura infame y brutal. ¿Me entiendes? ¡Una dictadura! ¡Una tiranía! Ejercida por un individuo o un grupo de individuos, “en nombre del proletariado”.

—Sería terrible. Sería una traición.

—Por supuesto. Pero, ¿quién garantiza que no suceda?

—Iría en contra de las leyes históricas. Cuando el proletariado tome el poder...

—Liova, es imposible que millones de personas tomen el poder: lo harán algunos “en nombre” de esos millones. Y a esos pocos les puede tentar conservarlo. ¿No se usa desde hace siglos la frase “en nombre de Dios”? ¿Y no se hicieron en ese “nombre” las peores fechorías?

—Debe existir una forma que lo evite.

—Sí, la democracia, las libertades públicas, el pluralismo de ideas.

—No es el pensamiento de Marx ni de Lenin. Sin dictadura, ¿cómo nivelas las clases? Nadie regalará sus actuales privilegios.

—Mira, Lenin es quien puso énfasis en la dictadura del proletariado, porque Marx sólo lo trató de manera superficial. Lenin tiene fibra de líder, de conductor y, por lo tanto, sabe y necesita mandar. Pero no rechaza la democracia. Lo has comprobado en nuestros debates. No sería él, precisamente, quien instalase una tiranía para beneficio propio. Pero Lenin no es eterno. Y puede surgir otro que haga de la dictadura del proletariado una dictadura que no tenga el objetivo de llegar a una sociedad de libres e iguales. Los hombres, por ahora, siguen siendo hombres con debilidades.

—La dictadura del proletariado no está programada para mucho tiempo, sólo hasta conseguir la superación de la lucha de clases.

—¿Y crees que esa superación se conseguirá en unas semanas, en unos meses? ¿Qué bastarán unos cuantos palos? O será un proceso.

—Me dejas confundido.

—Gracias por tu sinceridad.

Unos meses más tarde viajé a Berlín para reunirme con Natasha y mi hijo, que venían de Rusia. El caudal de marcos que había cobrado por los derechos de mi obra *Rusia en la revolución de 1905* alcanzaba para dar fin a nuestro “divorcio transitorio”. Necesitaba mucho sexo para sacarme de la cabeza a Rosa, “la más atractiva rosa del planeta”. Le había escrito a Natasha que el dinero me alcanzaba para una excursión turística a Bohemia, celebrar nuestro reencuentro y tener aún reservas para el futuro. Cursaba el final del verano, las hojas de los árboles se habían teñido de oro y carmín, los días eran claros y por las mañanas soplaba un aire delicioso. Nos encontramos en la estación de tren, nos besamos y apretamos como posesos. Fuimos a un pueblito cerca de Praga. Allí di rienda suelta a toda la energía acumulada en mis castos encuentros con Rosa, más la nostalgia por la sacrificada Alexandra, más el amor que, sin duda, me ligaba a esta sabrosa Natasha, bella y prudente. Nos atiborramos con los frutos del bosque, bebimos leche al pie de la vaca, recorrimos senderos bordeados de flores, cenamos apetitosos gulash rociados con kirsch y jugué con Leoncito como el mejor de los padres. Escalamos montañas,

saltamos sobre las piedras de arroyos transparentes, nos llamamos a la distancia para gozar el sonido del eco. En las pausas escribía artículos para los diarios que pagaban enseguida mis contribuciones. ¡Qué tranquilizador es tener dinero en el bolsillo! pensé aburguesado.

—Tranquilo —me dije—, más dinero ha ganado Gorki, y no siente culpa por ello. Ciertas contradicciones tardarán en resolverse.

Herr Doktor

Decidimos que el mejor lugar para instalarnos por muchos meses, o quizás algunos años, era Viena. Sus comunicaciones la ligaban a todo el continente. Y tenía una vida cultural que tanto a mí como a Natasha nos causaba fascinación. Allí podíamos encontrar una casa más confortable. A poco de llegar la descubrimos. Estaba junto a frondosos bosques y tenía ventanas grandes. Podíamos salir al campo por una puertita trasera, sin necesidad de pisar la ruta. Durante los domingos de invierno los vieneses se iban de excursión y pasaban cerca con sus esquíes, bufandas, gorros y jerseys de colores. Junto a Leoncito nos dedicamos a esquiar y pocas veces me reí tanto. La nieve era una vieja conocida por sus crueldades, y allí pude descubrir su lado bueno y divertido.

Natasha se embarazó nuevamente. El invierno resultó más placentero que los vividos en otras partes. Fueron, además, meses muy productivos. Sólo interrumpía mi pasión por la escritura cuando iba a cortar leña o caminaba hasta el almacén que nos proveía los alimentos. Por desgracia en abril concluía nuestro contrato y debíamos desalojar la casa. Fue penoso, porque empezaban a florecer las violetas del jardín. Antes de irnos, nació mi cuarto hijo, Sergio. Leoncito simulaba sentirse feliz y ayudaba a cambiarle los pañales, pero en una ocasión evitamos que lo estrangulase.

Viena era una ciudad donde el orgullo colectivo se había orientado hacia las artes. Competía con París. Y con buenas razones. La sede de los Habsburgo procuraba ser digna de sus orígenes lejanos, cuando Roma la había fundado para defender la civilización mediterránea de los bárbaros provenientes del norte oscuro y misterioso. También por el Danubio navegaron los nibelungos. En Viena se establecieron los pilares de la música occidental: Gluck, Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert, Brahms, Strauss. Había placidez y elegancia en las calles, en los teatros, en los cafés. Edificada en torno a un núcleo central, no perdía contacto con la naturaleza. Las últimas casas llegaban hasta el río, o se escondían en los bosques, o miraban las praderas ondulantes. La ciudad había crecido anillo sobre anillo, con viviendas modestas junto a pomposos palacetes. La mayoría de sus habitantes aprendió a disfrutar los deleites, sean del espíritu o de la carne. Me llamó la atención que los diarios diesen menos importancia a los debates políticos que a las novedades teatrales, musicales, pictóricas o literarias. El entierro de un actor repercutía más que

las elecciones. Natasha no perdía una exposición, donde se abrían camino las nuevas tendencias.

Nos mudamos al democrático barrio de Sievering. Los niños hablaban ruso en casa y alemán con sus amiguitos. Cuando nos dirigíamos a ellos en alemán se quedaban perplejos y contestaban en ruso. Les gustaba visitar la casa de unos vecinos que les convidaban *strudel*, *sachertorte* y golosinas. También se encariñaron con un investigador marxista que los entusiasmaba con sus habilidades gimnásticas.

Al inscribirlos en la escuela tuvimos que enfrentar el tema de la enseñanza religiosa. Según la ley, los niños menores de catorce años debían ser educados en la religión de sus padres. Pero como en nuestros documentos no se indicaba religión alguna, elegimos la protestante, por entender que era la que mejor podía soportar el alma de niños judíos en un clima tan católico e impregnado de un sutil (o a veces nada sutil) antisemitismo. Viena, pese a sus tesoros culturales, cultivaba ese milenarismo prejuicio. El compositor Gustav Mahler tuvo que convertirse para ser director de la Ópera.

Mis padres decidieron salir de Rusia para conocer algo del mundo. ¡Por fin! En nuestras cartas yo los estimulaba. Se habían pasado la vida encadenados al trabajo y la austeridad. Los conminé a visitarnos en Austria y traer con ellos a Zina, mi hija mayor, que iba por largas temporadas a Iánovka. Ya por entonces se habían resignado a que su amado Liova se dedicase a las dementes tareas de un revolucionario. Los aguardamos en la estación de trenes con Natasha y mis dos muchachos. Al vernos explotamos con lágrimas y risas. Los abrazos, los besos y las caricias prosiguieron mientras el coche más grande que pude conseguir nos llevaba a casa. Zina era toda una mujer, parecida a su madre, y no pude reprimir contarle una y otra vez el viaje que habíamos hecho por la infinita Siberia cuando ella era una beba ahogada en pieles para que no la matase el clima congelado. Le demostré con un canuto cómo la hacíamos respirar a través de su espeso envoltorio. Leoncito me quitó el canuto para probar su efecto.

Entregué uno de mis recientes libros a mamá. Bastó que mirase su tapa para que se le cayese la mandíbula. Sus ojos se nublaron. Su pequeño y querido Lióvushka se había transformado en un autor que desbordaba las fronteras de Rusia. Era un escritor de verdad. Sin soltar el volumen me dio un abrazo tan largo que pudo evolucionar de palabras emotivas a un sollozo con hipo. Noté que estaba enferma y me asustó. Papá nos miraba triste, también impresionado, pero asociaba mi triunfo a la condición de perseguido. Detestaba las persecuciones, era una fobia consolidada por generaciones de masacres.

Durante los siete productivos años de Viena puse atención en la política alemana. Además de frecuentar a Víctor Adler, conocí a Otto Bauer, Kart Kautsky, Max Adler, Karl Renner. Todas eran personas cultas, pero que no simpatizaban con la brillante

Rosa Luxemburgo. Nos trezamos en debates que ellos procuraban mantener en un clima cordial. En lo referente a Rusia estaban dispuestos a respaldar —allí sí— posiciones más radicales. Entonces se daban la mano mi ímpetu con sus alambicadas construcciones teóricas. Me di cuenta de que podían desempeñarse como diputados, escritores, periodistas, pero sin pisar el barro de la acción concreta. Terminaron por parecerme unos buenos señores dedicados a estudiar el marxismo, como podían estudiar el arte helénico o la historia de Bizancio. En la Viena imperial y jerárquica, los marxistas se daban unos a otros el título de “Herr Doktor”. Los obreros, muchas veces, hacían una graciosa amalgama y decían: “Camarada Herr Doktor”.

No me fue posible hablar de forma sincera con ninguno de ellos. Asistí a encuentros, tomé parte en manifestaciones, escribí en sus periódicos y, de vez en cuando, pronuncié pequeños discursos. Pero las relaciones con los jefes del partido se agriaron cuando, en el año 1909, manifesté mi rechazo al chauvinismo que se había infiltrado en la socialdemocracia de Austria y Alemania. Ese orgullo nacionalista era peligroso y sabotaba la lucha por una creciente fraternidad de los pueblos. Les confié mi decepción, que no entendieron.

Asistí a una polémica formidable entre la maravillosa Rosa Luxemburgo y Karl Kautsky. Kautsky era un viejito simpático, sereno. Rosa lucía joven, bonita y vehemente. Aunque se tuteaban con aparente afecto, no era difícil percibir mucha rabia en las contestaciones de Rosa. En otra oportunidad, Rosa, Kautsky, Natasha y yo fuimos juntos a una manifestación callejera. En el camino Rosa y Karl se sacaron chispas. Él deseaba contemplar la manifestación como un espectador y Rosa quería meterse en sus entrañas. El antagonismo avanzó hacia una abierta ruptura que se produjo más adelante, cuando discutieron la forma de conseguir el sufragio universal en Prusia. Kautsky defendía su “estrategia del agotamiento” y Rosa la “estrategia de la conquista”. Esa polémica desnudó la divergencia de fondo. Kautsky predicaba una contención que Rosa consideraba idiota y funcional al régimen.

Rosa tuvo razón. Cuando en 1914 estalló la Gran Guerra, la elegante estrategia del agotamiento fue arrollada por la locura nacionalista de las trincheras.

Diferencias y desgarros

Viajé a Copenhague para asistir a otro congreso. En una estación de trasbordo me encontré por casualidad con Lenin, quien llegaba desde Francia. Teníamos que esperar una hora. Ambos estábamos ansiosos por volver a acercarnos. En un principio hablamos de manera afectuosa en torno a generalidades. Él me apreciaba y yo le tenía admiración y gratitud. Pese a nuestros desencuentros tácticos, siempre me escuchaba con interés. Ambos corríamos hacia el poder y cada uno prefería un camino distinto. Cercanos, es verdad, pero no idénticos.

Le repetí de memoria un artículo que acababa de enviar a la prensa. Ahí criticaba a mencheviques y bolcheviques por sus respectivos errores. Uno de los pasajes se refería a las expropiaciones. Las consideraba peligrosas y hasta contraproducentes. Sostenía que después de una revolución fracasada, las expropiaciones y los asaltos terroristas aumentarían la desorganización, aun del partido más sólido. Ya en el congreso de Londres se había decretado, con los votos unidos de mencheviques, polacos y una parte de los bolcheviques, la prohibición de expropiar con violencia. No era bueno, trastornaba la productividad. Y sin productividad no había progreso ni trabajo, pero sí hambre.

—¿De veras crees eso? —reprochó Lenin—. Estás equivocado. Mejor retiras tus cuartillas cuanto antes, por telégrafo, si hay tiempo.

—No hay tiempo, porque aparecerá mañana. Tampoco retiraría el artículo. Sigo pensando que las expropiaciones son un remedio peor que la enfermedad.

—Disculpa, pero eres un ingenuo —dijo.

Nos despedimos angustiados.

En el congreso Lenin quiso generar una amplia condena a mi artículo. Fueron los instantes de mayor hostilidad. Por otro lado, Lenin padecía un dolor de muelas y aparecía con una venda en la cara. Le costaba hablar, pero su postura fogoneó antipatías contra mi persona. Los mencheviques, contra quienes se dirigían los principales disparos, tampoco andaban satisfechos. Plejánov, que no me podía ver, aprovechó la oportunidad para pedir un juicio que podía terminar con mi expulsión. Pero el efecto resultó paradójico, porque el encendido debate produjo curiosidad por mis ideas, que sonaban diferentes, o más provocativas. Muchos delegados sólo conocían mis artículos de oídas. Zinoviev, pegándose a Lenin, quiso demostrar que

no era necesario leer mi último artículo para darse cuenta de que era un riesgoso veneno. Pero fue leído y traducido para quienes no sabían ruso ni alemán. Adquirió más relieve del que pudo haber logrado en circunstancias normales. Por un pasillo se murmuraba que era un texto horrible y en otro que merecía mucha reflexión. Yo insistía que la ignorancia política del aldeano lo lleva a saquear al terrateniente, sin saber qué hacer luego con sus campos; y cuando a ese campesino le ponían un uniforme militar, a menudo disparaba contra los obreros. Esa mentalidad miope —agregué— contribuyó a frustrar la grandiosa revolución de 1905. Había que poner las cosas en su sitio y no caer en la trampa de la violencia.

La condena a mi trabajo y a mi persona fue rechazada. Sentí tanto alivio como si me hubiesen sacado del fondo del mar. Pero me dolió la mirada sombría del derrotado Lenin. Quise acercarme para darle un abrazo y decirle que le perdonaba todo, incluso el mal momento que me había hecho pasar. Pero no ocurrió. Nuestro vínculo se había alterado y no sabíamos qué curso iba a seguir.

De regreso en Viena asistí al lanzamiento de un nuevo periódico ruso llamado *Pravda* (Verdad), destinado al gran público obrero. Sería enviado a Rusia por circuitos ilegales, parte por la frontera de Galitzia y parte por el Mar Negro. Aunque sólo aparecía dos veces al mes, imponía un trabajo agotador. Las comunicaciones con Rusia quitaban mucho tiempo. Mi principal colaborador en *Pravda* fue Adolf Joffe, que luego habría de hacerse célebre como diplomático. De aquella época data nuestra amistad. Joffe era muy sensible y entregado por entero a la causa. Padecía una enfermedad nerviosa y se trataba con Alfred Adler, que había empezado su carrera como discípulo de Sigmund Freud. Joffe me inició en las teorías del psicoanálisis, que me fascinaron a pesar de considerarlo un terreno inseguro. Su vida tuvo un fin trágico. Serias enfermedades hereditarias le minaron la salud. No pudiendo luchar contra ellas, más adelante puso fin a su vida.

La industria rusa, pese al oprobioso régimen, crecía rápido. Ese crecimiento vino acompañado por muchas huelgas. El fusilamiento de varios trabajadores en las minas de oro tuvo una resonancia gigantesca. En 1914 la crisis ya era innegable. San Petersburgo volvió a llenarse de barricadas. El belicoso Raymond Poincaré, flamante presidente de Francia y huésped del Zar en vísperas de la guerra, pudo ser testigo y recordar las desestabilizantes protestas que habían estallado en Francia décadas atrás. Los artículos de *Pravda* le sacaron ronchas al Zar y a su corte de imbéciles.

En Viena seguíamos manteniendo nuestra vida cotidiana con modestia. Los ingresos provenían sólo de mis artículos, porque Natasha no podía competir con la miríada de pintores, dibujantes y copistas que ofrecían sus productos en palacios, palacetes y lujosas avenidas. Desovillaba su tiempo para ayudarme en el recorte de notas y estadísticas; también revisaba mis textos y subrayaba repeticiones innecesarias o porciones oscuras. También era la que hacía el camino hasta la casa de

empeños para vender algunos de nuestros volúmenes en una librería y, de esa forma, mejorar los recursos.

El *Kievskaja Mysl* (El Pensamiento de Kiev) me ofreció un puesto de corresponsal en la guerra que acababa de estallar en los Balcanes. La propuesta me cayó bien porque ansiaba regresar a la aventura y desintoxicarme de las aburridas intrigas que mantenían apoltronados a los socialistas de Austria.

Como despedida, salimos a dar largos paseos por los bosques y las riberas del Danubio. A veces llevábamos a nuestros dos hijos, que retozaban como liebres. Un regalo final consistió en degustar el té con una genuina *sachertorte* en un café del centro.

La retaguardia y el frente

Mi tiempo en los Balcanes fue una pesadilla. La locura ya se había desatado. Antes de emprender viaje pude ver muchas paredes de Viena ensuciadas con frases que llamaban al asesinato de los serbios. Unas horas después ya era un grito que aullaban hasta los niños en la calle. Sergio, nuestro pequeño, alentado como siempre por el espíritu de la contradicción, tuvo la ocurrencia de exclamar “¡Viva Serbia!” Volvió a casa lleno de moretones y con una buena lección sobre política internacional.

Cuando ya se percibía que la guerra era inevitable y se extendería como un incendio, me dirigí al sudeste. En Belgrado desfilaban entusiastas columnas de reservistas y me convencí de que no había escape. La psicosis bélica había demolido todos los diques. Supe de algunos amigos que habían partido hacia la frontera con el arma en su espalda, obligados a matar y morir. Enteros regimientos de Infantería marchaban inconscientes hacia su propia fosa. Lucían uniformes de paño gris y kepis adornados con ramitas verdes. Me parecieron ofrendas al dios de la muerte: las ramitas verdes confirmaban su consagración a este sacrificio absurdo. Sentía dolor e impotencia. Se producirían millares de víctimas, no hacía falta ser adivino.

Desde fines de 1912 hasta casi el final de 1913 recorrí Serbia, Bulgaria, Turquía, Grecia y Rumania, cuyas poblaciones se habían enredado en una venenosa telaraña de odios sin atenuantes. Pocos sospechaban que sería la escuela más espantosa de la historia, cuyas enseñanzas darían peores frutos pocos años más tarde. Redacté crónicas antimarciales que agrietaban los embustes del nacionalismo, patológico por donde se lo mirase. La dirección del periódico tuvo la valentía de publicar mis columnas sin censuras, porque describían por igual las bestialidades cometidas por los búlgaros contra los turcos heridos o prisioneros, así como las represalias que infligían los turcos.

En una tienda de primeros auxilios casi vomito al acercarme a un soldado embadurnado en sangre que gritaba de dolor. Los médicos y enfermeros corrían de una camilla a otra, sin tiempo para atender a todos y ni siquiera atenderlos bien. Junto al soldado me enceguenció una cesta de alambre con la pierna que acababan de amputarle. Rogué que le inyectaran un calmante.

—Ya le di uno —contestó un enfermero exhausto—. Ese hombre es un desastre. ¿No vio que una bala le reventó también los ojos?

Todas las camillas estaban ocupadas y los nuevos enfermos eran depositados sobre mantas, en el suelo. Algunos tenían el rostro cubierto de sangre, varios ya habían sido vendados y otros entablillados. Otros parecían cadáveres. Uno tenía la cadera abierta, con un trozo de hueso al aire. Resonaban en mis orejas los estertores, como provenientes de un pantano donde se hervían animales. Me acerqué a una camilla sobre la que estaban operando a un herido. El médico, enfundado en un delantal que había cambiado su blancura por el rojo de la sangre, cortaba con una tijera la piel necrosada de un vientre. De pronto saltó un chorro rítmico, escarlata, que danzó en el aire y me manchó la cara. Había seccionado por error una arteria. El enfermero aplastó un apósito para detener la hemorragia mientras el cirujano buscaba la pinza que le permitiría cerrarla. Me sequé con la manga de mi camisa y salí descompuesto. El aire, pese a su olor a pólvora y cloroformo, me enderezó algo. Bullían en mi cerebro las consignas idiotas que tanto se habían repetido en favor de esta carnicería. ¡Tendrían que ver esto, imbéciles! A poca distancia continuaba el combate de las tropas enfrentadas, que producía esta macabra cosecha de heridos. Tableteaban las ametralladoras y sobre el horizonte cabriolaban cohetes. No lejos estalló un racimo de chispas. A un costado empezaba un incendio. Un oficial con sangre seca en la frente ordenó que me alejase.

—Ya vio suficiente. ¡Váyase!

Asentí, cabizbajo. Palpé mi cuaderno doblado en un bolsillo y me fui a escribir otra nota.

Mis asqueados artículos provocaron indignación de uno y otro lado. Pero en lugar de refutar las evidencias que describía, apelaron a la infamia de asegurar que tras mi seudónimo se ocultaba un agente a sueldo del enemigo, o un doble agente. Después consideré que había sido demasiado blando en las acusaciones. Yo anunciaba que esos choques tan horribles eran el prolegómeno de algo más espantoso aún. En 1914 estalló la Guerra Mundial y se confirmaron mis palabras.

¿Qué provocaba en aquellos días tanto entusiasmo letal? ¿No se daban cuenta de que iban hacia una inmolación? Me parece que el mundo estaba lleno de seres cuya vida transcurría en el hastío, y fue el clarín de la movilización militar quien les enardeció el alma. Echaba por tierra lo cotidiano y deprimente, para traer en su lugar un aire nuevo. En el horizonte se perfilaban cambios llenos de luz. ¿Para mejor o para peor? Para mejor, ¡por supuesto!

De regreso en Viena caminé por sus calles entusiastas. La gente borraba sus diferencias, porque todos coincidían en darle más gloria a la patria (¡gloria! ¡gloria! ¡gloria nacional! ¡qué infantilismo!). Obreros, lavanderas, zapateros, mucamos, cocheros, sirvientes y hasta raquícticas figuras de los arrabales se amontonaban felices en las lujosas calles sintiéndose sus dueños. La guerra incorporaba a todos, también a los oprimidos. No en vano la guerra ha sido muchas veces una madre de

revoluciones. La guerra ruso-japonesa facilitó la revolución de 1905. ¿Qué vendría ahora?

En París fue asesinado el elocuente pacifista Jean Jaurès. Como los periódicos venían plagados de mentiras, muchos dudamos que fuera cierto. No tardó en confirmarse. Jaurès había sido muerto por sus enemigos y traicionado por sus partidarios. A los socialistas vieneses también se les habían alterado las neuronas. Algunos expresaban un odio ancestral y prejuicioso contra rusos o serbios, considerados la pesadilla de los austríacos; con rapidez olvidaron sus anteriores votos humanistas. Otros ni se atrevían a denunciar el pavor de la guerra, por miedo a las represalias. Hasta el tranquilo Herr Doktor Víctor Adler la aceptaba como una catástrofe a la que no había más remedio que resignarse.

El 2 de agosto Alemania declaró la guerra a Rusia. Fue un día fatal. El 3 de agosto por la mañana consulté la opinión de unos diputados socialistas. Mi pregunta era simple: ¿qué debíamos hacer los emigrados rusos? Víctor Adler, sentado ante la suntuosa mesa de su despacho, revolvía libros, papeles y contraseñas para el Congreso Socialista Internacional que pronto debía reunirse en Viena. Su confusión era tan grave que no caía en la cuenta de que el Congreso no podría tener lugar, sepultado por el fuego de las armas. Le dije, burlón, que más que una guerra había comenzado un sangriento carnaval.

—Sí —contestó sombrío, sin molestarse por mi tono agravante—, los que no necesitan empuñar las armas están contentos. En el caso suyo, Liova, para contestar a su pregunta, le sugiero hablar con el jefe de Policía.

—¿Cómo?

Lo quedé mirando, pero él esquivó mis ojos, aparentemente atraído por las hojas de un manuscrito. Contemplé por última vez su aspecto de anciano apacible y tolerante, pero al cabo de un rato suprimí de mi cabeza eso de apacible y tolerante y le dije con respetuosa pena que era sólo un viejo, un viejo muy viejo, tanto de carne como de espíritu. Di media vuelta y partí sin dar la mano a nadie.

El jefe de Policía me recibió enseguida cuando dije que venía recomendado por Herr Doktor Adler. Sin rodeos me informó que al día siguiente se firmaría una orden para detener a todos los rusos y serbios residentes en territorio austríaco.

—¿De modo que me recomienda marchar de inmediato? —dije, atacado por una súbita tos.

—Sí, de inmediato.

—Entonces mañana saldré con mi familia para Suiza.

El oficial reflexionó.

—¡Hum!... Creo que mañana será tarde. Mejor parta hoy mismo.

La conversación tuvo lugar a las tres de la tarde. A las seis y diez estábamos sentados en el tren rumbo a Zurich, con la lengua afuera por la angustiada velocidad

con la que reunimos nuestras pertenencias y las de los chicos. Dejaba siete años fructíferos en relaciones y amistades. Como no podíamos llevarnos todo, dejamos en casa de amigos vieneses, que no se habían contaminado aún, libros, archivos y trabajos empezados, entre ellos una rica polémica que mantuve con el profesor Tomas Masaryk, futuro fundador de Checoslovaquia.

Atravesamos la frontera sin dificultad. El jefe de Policía fue correcto al proponerme huir de inmediato. Otros camaradas cayeron en desgracia y no pudieron salir. De todos modos, ese brusco cambio volvió a hacer presentes recuerdos de otras huidas, más fronteras, variados pasaportes y abundancia de agravios, disimulos y amenazas.

Suiza daba la impresión de querer mantener una firme neutralidad. Las diferentes etnias, culturas e idiomas de su estructura federal la inclinaban a evitar los choques padecidos centurias antes, y que ya reposaban en el panteón de los mitos.

Hacia el segundo mes de la Guerra Mundial me encontré en una calle de Zurich con un socialista alemán cuyo nombre prefiero tener borrado de mi cerebro. Le pregunté cómo iba a desarrollarse la contienda. El hombrón sacó pecho y no demoró en responder.

—En pocas semanas liquidaremos a Francia. Luego nos lanzaremos sobre el frente oriental para acabar con el ejército zarista. Y a la vuelta de tres o cuatro meses impondremos en toda Europa una paz duradera, bajo el mando de los mejores, que somos nosotros, los hijos de Wotan.

En Suiza —dentro de cuyas fronteras me veía obligado a esperar el término de la conflagración—, recordaba aquel tranquilo albergue finlandés, con un cadáver en la planta alta, donde en el otoño de 1905 viví las vísperas del movimiento revolucionario. La principal preocupación que, en broma, considerábamos tener en Suiza era el exceso de quesos y la falta de papas, la abundancia de kirsch y la ausencia de vodka.

En noviembre crucé a Francia en calidad de corresponsal de guerra del *Kievskaja Mysl*. No tendría objeciones, porque Francia era aliada de Rusia. Acepté de buen grado la oferta del periódico, puesto que me atraía la posibilidad de ver en la cara a esa maldita guerra que no tenía ganas de terminar.

Primero me abofeteó la tristeza de París. No era la que enmarcó mi romance con Natasha ni me puso en contacto con lo mejor del arte. Al caer la noche las calles se hundían en tinieblas por falta de combustible. De vez en cuando hacían una terrorífica visita los zeppelines germanos. La prensa filtraba a disgusto las malas noticias que llegaban del frente, para no bajar la moral de los soldados y sus familias. Los hospitales no daban abasto. Presencí desfiles hacia los cementerios. En ninguna parte escuché fanfarrias, cuyos sonidos habían sido tan vanidosos al comienzo de la conflagración. Ni asomo de la alegría que caracterizó la cotidianeidad de los años

anteriores. La triunfal *Marsellesa* se tragaba sus notas con pudor, casi ni se la cantaba. Después de la batalla feroz del Marne aumentó el odio. La carnicería se tornó cada vez más despiadada. La gente moría de a millares. En medio del caos que devoraba Europa, los trabajadores defraudados no se atrevían a protestar y contribuían como autómatas a reproducir los instrumentos de la autodestrucción. La civilización caía con más rapidez y brutalidad que durante la invasión de los bárbaros. Cuando los alemanes empezaron a acercarse a París, los otrora exaltados patriotas iniciaron su evacuación. Tan vergonzoso detalle no fue escatimado en mis informes, por supuesto.

En un café de los Champs Elysées conocí a un par de emigrados que habían fundado un periódico ruso local. Querían mantener ligados a nuestros compatriotas para impedir que la solidaridad internacional se extinguiese del todo. Antes de lanzar su primer número tenían una caja con treinta francos, ni uno más ni uno menos. Nadie que estuviese en su sano juicio podía fundar un diario con semejante falta de recursos, opiné. Pero querían llevar adelante esa epopeya, dar vuelo a una mariposa fosforescente en la oscuridad. El periódico navegó entre las dentelladas del déficit o la censura. Consiguió vivir un mes, dos, luego un año, dos años. Acepté escribir algunas notas para esas pocas páginas valientes. Por otro lado, la necesidad de redactar notas sustanciosas me obligó a actualizarme en asuntos bélicos, tácticas de avance y retroceso, las diferencias entre las armas comunes y las armas nuevas. Esa experiencia me prestó un magnífico servicio más adelante, cuando tuve que tomar en mis manos la guerra revolucionaria.

Natasha vino con los chicos a Francia y nos instalamos en Sèvres, famosa por sus porcelanas. Era una pequeña localidad al sudeste de París, bella y tranquila. Un pintor conocido de Natasha, de origen italiano, nos facilitó una casita. Los niños concurrieron a la escuela pública que estaba a la vuelta. Nos separaba una buena distancia del frente, pero sus ecos llegaban igual. Cada vez era mayor el número de familias enlutadas. Los compañeros de mis hijos se quedaban sin sus padres. Las legiones arrojaban al sepulcro millares de combatientes. El mundo se había convertido en un infierno y no se encontraba la salida. El vigoroso Clemenceau no ocultaba su desesperación. Los opositores ya preparaban un golpe de Estado, pero sin consenso en cuanto al rumbo que adoptarían.

Peregriné en París al Café du Croissant, donde habían asesinado a Jean Jaurès. Permanecí quieto, rindiéndole mi homenaje. Era imposible no sentir atracción por su personalidad. El mundo de Jaurès estuvo hecho de tradiciones, principios morales, amor a los oprimidos, una vasta cultura y envidiable inspiración poética. Aquel hombre derribaba montañas, conjuraba el trueno, estremecía el bosque, pero no se embotaba jamás. Su fino oído percibía hasta los ecos lejanos y oponía réplicas despiadadas. Muchas veces su voz era bondadosa como la de un hermano mayor,

otras más sonora que los truenos de Júpiter. Supo mejor que nadie sobre el imperdonable crimen de la guerra. Por eso los idiotas prefirieron asesinarlo. Y con su muerte se multiplicaron las guadañas.

La organización de una nueva Conferencia Socialista corrió a cargo de un dirigente de Berna, que por entonces se esforzaba para superar las limitaciones de su fracción política (y las suyas propias). Había elegido un sitio ubicado a diez kilómetros de Berna, un pueblito llamado Zimmerwald, en lo alto de las montañas. Un pueblito irrelevante en un rincón desconocido. Para una Conferencia que podía terminar en velatorio.

Fui pues a Suiza.

Me oxigenó recorrer las tiernas calles de la humilde Berna. Gocé la vista de torres históricas, sonoras fuentes y unos kilómetros de medievales arcadas que protegen de la nieve. Berna es un pequeño museo al aire libre. Crucé el río Aar y me sumergí en el Jardín de las Rosas. Fue inevitable recordar a Rosa Luxemburgo. Con unos camaradas decidimos disfrutar el *Bernerplatte*, como un premio que podíamos darnos en la cena. Devoramos la contundente versión de carne con chucrut y a la mañana siguiente nos apretamos en cuatro vehículos para encarar el zigzagueante camino de la montaña. Íbamos sentados unos sobre otros, porque resultaba más barato viajar así que alquilar otro coche. La poca gente que cruzamos en la ruta miraba con curiosidad esa breve y apelotonada caravana, sin imaginarse que allí se concentraba la dinamita de una revolución. A nosotros mismos nos hacía gracia (o daba pena) que medio siglo después de haberse fundado la Primera Internacional, todos los internacionalistas del mundo pudieran caber en cuatro coches. Pero nos entusiasmaba la irracional certeza de que marchábamos hacia una victoria. Muchos logros humanos empiezan con un sueño o, para ser más francos, con una alucinación. Y a esas alucinaciones, cuando tienen la suerte de convertirse en realidad, después se las llama milagros. Tal vez nos impulsaban unos microbios de la gran locura que devastaba a Europa pero, en nuestro caso, tomaría un rumbo más productivo.

Cruzando fronteras

Los días que duró la Conferencia en la insignificante Zimmerwald fueron agitadísimos. Costó mucho avenirnos a un manifiesto común. Escribí un borrador que satisficiera las posiciones del ala revolucionaria representada por Lenin y el ala pacifista a la que pertenecía la mayoría de los delegados. El manifiesto no expresaba todo lo que había que decir. Pero ensayaba un consenso. Frente a una serie de puntos, Lenin se quedaba solo. Yo lo miraba inquieto, luego de habernos saludado con cariño, porque nos unía algo más profundo que las ideas. Ese hombre templaba su acero para las iniciativas internacionales que acometería más adelante, como lo supe después. Podría decir que en Zimmerwald, cerca del cielo, se pusieron las columnas de una nueva internacional que sería genuinamente revolucionaria.

En pocos meses el nombre de Zimmerwald, hasta entonces ignorado, empezó a sonar en el mundo. Esto produjo gran felicidad en el propietario del hotel donde nos alojamos. Ese honorable suizo nos mandó cartas donde confesaba su esperanza de que aumentase de forma vertical el precio de su finca y que, en agradecimiento, estaba dispuesto a contribuir con una “sabrosa” donación. Porque allí, en efecto, en ese sitio que ni marcaba el mapa, había nacido la trascendente Tercera Internacional, sobre la que correría tanta tinta.

Nuestra conferencia impulsó el movimiento antiguerrero en varios países. En Alemania contribuyó a intensificar la acción de los espartaquistas. En Francia se creó el “Comité para el fomento de las relaciones internacionales”. Y la colonia rusa de París se avino a cargar sobre sus hombros parte de la indigestión financiera.

Las diferencias de opinión que otra vez volvieron a separarme de Lenin en Zimmerwald se borraron en el transcurso de unos pocos meses. Nos escribíamos con renovado afecto. Pero mientras, sobre nuestras cabezas confluían nubes cada vez más hostiles. Arreciaban los anónimos. Sabíamos que tanto las acusaciones como las amenazas procedían de las obstinadas embajadas zaristas. No podíamos descartar un atentado.

Regresé a Sèvres. El Gobierno francés, luego de vacilaciones, decidió prohibir el esforzado periódico ruso por su excesivo tono pacifista. No conforme, el ministro del Interior quiso darle más contundencia a su gesto y firmó mi expulsión del país. Mi expulsión, porque yo era un bocado fácil de masticar. Bramaba la guerra y el Zar era

un gran aliado. La Policía me informó con hipócrita gentileza que podía irme al país que eligiese; pero se sentía obligada a prevenirme que tanto Inglaterra como Italia renunciaban al honor de darme asilo.

—¡Gracias! ¡Qué honor!

Esbocé una sonrisa torcida que reprodujo en espejo la sonrisa del acartonado oficial. Después de pensarlo un minuto le dije que retornaría a Suiza. Fui al consulado de ese país para que me visaran otra vez el pasaporte, puesto que las medidas burocráticas de seguridad crecían al ritmo de las balas. Con una gentileza copiada de los franceses, un oficial suizo me informó con pena teatral que por ahora no podía satisfacer mi pedido. Contuve mis ganas de largarle un salivazo a los ojos. Golpeé la puerta al salir y mandé un telegrama a mis amigos de Zurich y Berna. Me devolvieron una respuesta tranquilizadora: allí no me estaban persiguiendo, debía insistir. Regresé al consulado, pero ya ni quisieron atenderme. Peor aún: un oficial se cruzó en la puerta con las manos en la empuñadura de su arma. La embajada rusa también presionaba sobre Berna.

En medio de esa maldita guerra que fragmentaba Europa, no tenía modo de llegar a Escandinavia sin pasar antes por Inglaterra. Revisé por centésima vez el mapa, sus ensangrentadas trincheras y las líneas de fuego. No me quedaba otra opción que dirigirme a un país que jamás había pisado: España. Era la península marginal que pobló algunas de mis lecturas juveniles con historias de moros, judíos y toreros. ¡Bueno, que sea España!

Tampoco esa opción fue sencilla. Durante un mes y medio transpiré ante la policía de París para que me autorizaran cruzar los Pirineos y tomar ese nuevo destino. ¿Por qué semejante freno? No había respuestas para las muchas preguntas. Su amabilidad era una ensalada de titubeos, simpatía y desprecio. Hiel y azúcar. Espías rusos controlaban mis movimientos tras los árboles, en las esquinas o bajo los escritorios. También montaban guardia delante de mi modesta vivienda en Sèvres. Un psiquiatra me habría diagnosticado paranoia. Pero Natasha, para disminuir mi rabia, opinaba que debería sentirme orgulloso por ser tan importante.

Dos policías franceses vestidos de civil se presentaron de madrugada en mi domicilio. Mostraron sus credenciales y saludaron con solemnidad militar. Dijeron que había llegado el fin de mi permanencia en el país. Debía marchar a España antes de que cayese la noche. El Gobierno había decidido que cruzara los Pirineos. Pero yo solo.

—¿Yo solo? ¡De ninguna manera! ¡Tengo esposa y dos hijos!

—Solo.

—Dije que no acepto.

—Se irá solo. Por las buenas o por las malas, distinguido señor.

—¡No me diga distinguido! ¿Ha vuelto el terror a este país? ¿Gobierna

Robespierre?

—Le sugerimos no perder tiempo. O viajará con la ropa que tiene puesta.

Se ofrecieron a llevarme hasta la estación de trenes en un auto oficial. Su amabilidad sólo me generaba puteadas en ruso, alemán y francés. Hasta me burlé de ellos pidiéndoles que se ocuparan de hacer mis maletas y preparasen una comida para el viaje. Como respuesta se acariciaron los mostachos y mordieron los dientes.

—Vuelvo a preguntarles: ¿y mi esposa e hijos?

—Se quedan aquí.

—Es absurdo. Me niego. ¡Váyanse!

Como desquite me empujaron hacia el coche que esperaba afuera. ¡Otra vez empujado! Me llevaron a la comisaría, donde fui encerrado en un calabozo más o menos limpio. Unas tres horas después me exigieron regresar al coche y viajamos hacia la estación de ferrocarril. En el andén los relevó otro par de policías, pero uniformados. Yo estaba descompuesto de ira. Me acomodaron en un vagón de segunda clase, con un agente al lado y otro frente a mí. Les reproché que no me hubiesen dejado despedirme de mi familia. Asintieron, para no discutir. Era peor que haberme insultado y casi me arrojó sobre el que estaba enfrente. Me obligaron a sentarme de nuevo. Una hora más tarde me acaricié el abdomen y confesé la necesidad de orinar.

—¿A cuál de los dos mojo?

El de al lado se levantó y me guió al toilet.

—No hace falta ser tan violento, *monsieur*.

Durante el largo viaje uno de los policías demostró ser un buen geógrafo. Para captar mi atención dijo que hablaba castellano y conocía muy bien España. Expuso una breve pintura de sus ciudades y regiones. El otro, más joven, se mantuvo callado; recién salió de su mutismo cuando tuvo la oportunidad de quejarse sobre la raza latina.

—¡Ahí tiene usted! —exclamó—. ¿Cuál es el estado de la literatura francesa, española, italiana? Las tres, latinas, son pura decadencia. Lo mismo pasa con la filosofía. Desde los tiempos de Descartes y Pascal, no se ha producido nada valioso. ¡Nuestra raza está condenada a ser la mierda del mundo!

Asombrado, le formulé preguntas que no contestó. En agrio silencio se dedicó a engullir fetas de tocino con pan. Pensé que le hubiera gustado ser profesor de literatura en vez de policía.

El más viejo, irritado por el alarde que acababa de vomitar su colega, cambió de asunto y empezó a explicarme la importancia del ferrocarril transiberiano. ¿También conocía el mapa de Rusia? Le conté que había recorrido algunos de sus segmentos, lo cual le causó tanta alegría que se le humedecieron los ojos.

El más joven retomó la palabra para volver a lo mismo.

—Los latinos carecemos de iniciativa. Todo el mundo quiere vivir del presupuesto. Es triste, pero es así. Tome por ejemplo la gran Revolución Francesa. ¡Formidable movimiento! Catorce años después, el pueblo vivía peor que nunca. Lea usted a Taine. El escepticismo es la única filosofía que nos conviene. Eso de la libertad es una mentira. Todo está predeterminado. Estaba predeterminado que usted sería expulsado de Francia, por ejemplo.

Comenzó a beber vino rojo del pico de su botella. Después de reinstalarle el corcho y secarse con la manga, volvió a insistir.

—Las pocas ideas nuevas que producimos sólo sirven para limpiarnos el culo.

El viejo, en lugar de contradecirlo, que es lo que buscaba su colega, se dedicó a contarme cómo es el pueblo vasco, el primero que conocería en España. Se refirió a sus orígenes misteriosos, la exclusividad de su idioma y la calidad de sus comidas.

En la estación de frontera me condujeron a un puesto policial para que me extendieran un salvoconducto. ¡Otro trámite! El viejo hizo una seña masónica que yo conocía, para que se aceleraran los pasos. Después me acompañaron a otro andén.

—*C'est fait avec discrétion... N'est-ce pas?* —dijo el más joven.

Los dos eran masones, evidentemente.

Los despedí con otro gesto masón, que les iluminó la cara.

Tierra de toros

Cuando llegué a San Sebastián sin escolta procuré darme aires de turista. ¿Sabía la policía de España por qué me habían expulsado? Recorrí la pintoresca ciudad, admiré su mar y me espantaron los precios. Pero no debía distraerme, sino restablecer contactos. Para eso nada mejor que llegar a la capital, Madrid. Mi ignorancia del idioma español era absoluta. Jamás me sentí más aislado. Con señas y muchas palabras en francés, alemán e inglés pude comprar el billete. Tenía dinero para aguantar unas semanas. Me insumió largas horas de tren llegar a Madrid. Busqué una pensión barata con gran esfuerzo y decidí acogerme a las bellezas del arte mientras esperaba la llegada de auxilio. Natasha me había enseñado mucho en museos y exposiciones de París y Viena, pero en los últimos años casi había olvidado que aún existía arte en el mundo.

Me lancé sobre los tesoros del Museo del Prado. Volví a sentir las ráfagas de la eternidad. Estaba vivo, conservaba mi sensibilidad artística. Los milagros de Rembrandt, Murillo, Goya y Velázquez me llenaron de energía pese a mi precaria situación. Las pinturas de Hieronymus Bosch, genial en su simplista goce de vivir, y los horribles castigos del infierno, me volvieron a poner en contacto con los alambiques del espíritu. Contemplé en esos cuadros, con unción, las figuras de los aldeanos, la tristeza de los asilos y la vida que muestran hasta los perros. Me sentía provisto de los ojos que permitieron a mi admirado Máximo Gorki penetrar en el fondo de la miseria y de las heroicidades que pueblan el planeta. En esas obras no se hablaba de la guerra que en esos momentos consumía a Europa, sino de las guerras que corroyeron desde siempre la historia de la humanidad. No dejaba de concurrir casi a diario a ese museo, donde me detenía frente a determinado cuadro para descubrir los detalles microscópicos que le había impuesto una mano genial.

En la pequeña pensión, oculta en el centro de una manzana olorosa, leía con un diccionario los periódicos españoles y aguardaba respuestas a mis cartas. Aún me alentaba la expectativa de regresar a Suiza y reunirme allí con Natasha y los chicos. Recibí una carta desde París con la dirección del socialista francés Gabier, a cargo de una compañía de seguros. Fui a verlo de inmediato. Tenía mediana edad, vestía elegante, estaba bien afeitado y lo ennoblecía una frondosa cabellera de cobre. Pese a su destacada posición, Gabier criticaba la inclinación guerrera de su partido. Los

socialistas españoles habían sido envenenados por el chauvinismo francés, dijo. No había más oposición seria que la de los anarquistas. ¡Los anarquistas! Conversamos mucho y me prestó dinero.

Usé cada rato libre para seguir estudiando palabras españolas. Las escribía en un cuaderno y repetía todas las mañanas. Al principio debía repasar su traducción, después las tapaba con una mano y me esmeraba en recordarlas sin ayuda. Poco a poco aumentaba mi caudal de nuevos vocablos. También charlaba con Gabier en francés y trataba de mechar mis frases con voces castellanas, lo cual provocaba su risa y algo de sorpresa.

Un día la mucama de la pensión me hizo señas para que me escondiese. Habían ingresado unos policías. No tuvieron dificultad en descubrirme y ordenaron que los siguiese. ¿Adónde? Me subieron a un coche. Llegados a destino, fui sentado en el rincón de un despacho neutro.

—¿Estoy... detenido? —pregunté con la lengua trabada.

—Sí, por una horilla.

—*Horilla...* —busqué en el diccionario.

Me hicieron esperar siete horas. ¿Una técnica para demoler defensas? Más tarde me llevaron escaleras arriba. Ingresé en una sala con mosaicos en damero y un techo rebosante de filigranas. No imaginé que iba a comparecer ante un numeroso tribunal. ¿Tanta gente sólo para mí? Demasiado honor... O demasiadas calumnias sobre mi peligrosidad.

—¿Por qué... me detienen? —volví a esforzarme con palabras recién aprendidas.

La pregunta causó perplejidad. Yo me asombré de su asombro. Los jueces no parecían navegar por los cielos, sino que hablaban de forma directa, como en los cafés. Comentaron aspectos de mi vida y de mis actos que nada tenían que ver con mi vida y mis actos. Les habían informado que era un tirabombas. Transpirando, no encontraba palabras para refutar una sola de sus mentiras.

—¡Si supiera usted el dinero que nos cuesta perseguir a nuestros propios anarquistas! ¡Como para dedicarnos también a los rusos!

Rogué ser escuchado. Pronuncié una palabra tras otra con el diccionario abierto y una admirable paciencia por parte de esos jueces. ¿Empezaba a querer a los españoles?

—No tengo nada que ver con los anarquistas.

—¿Qué ideas profesa, entonces?

—No soy anarquista.

Quise explicarme en francés, pero se miraron entre sí, inquietos. Les hablé de la paz, del socialismo humanista.

Cambiaron opiniones en voz baja y, al cabo de un rato, uno de ellos pronunció la sentencia: debía salir de España cuanto antes; era lo mejor que me podían brindar.

Pero mientras tanto, confiados en mi palabra, someterían mi libertad a ciertas restricciones.

—Sus ideas son *trop avancées* para España, ¿comprende?

A la medianoche dos agentes me sacaron del adusto edificio y condujeron a una cárcel ubicada en las afueras de la ciudad. Antes de entrar me palparon de armas, lo cual era ridículo a esa altura de los acontecimientos, pero la burocracia es la burocracia. Después ordenaron que subiese unas escaleras de hierro y recorriese un pasillo iluminado por bombitas mortecinas. Regresaba al infierno de las prisiones. Todo eso me era familiar: los olores rancios, la angustia que emitían los muros, el aire infecto. Se abrió la puerta de un cubículo y fui empujado, otra vez empujado, pero con menos violencia que en Rusia. El ruido de la cerradura golpeó en la profundidad de mi cerebro. ¿Cuántas veces había sufrido la misma historia? Me paré en puntillas y conseguí abrir un ventanuco cruzado por barrotes. Sin desvestirme, me abandoné sobre la sucia paja del suelo. Estaba más allá de mi última resistencia ¡Encarcelado en Madrid! Tendido e impotente, de súbito me eché a reír como un loco, hasta que el sueño me venció.

Al otro día, en el paseo por el patio, un prisionero que hablaba francés me reveló que había celdas gratis y celdas pagadas. Una celda de primera categoría costaba peseta y media; la de segunda, la mitad. Pude comprender que mi celda era de primera clase, con restos de la mierda dejada por el preso anterior. ¡Cómo serían las demás! También me informó que los moradores de los cubículos caros podían pasear dos veces al día, como era mi caso.

En la tercera jornada fui a una oficina donde me ordenaron poner las yemas de los dedos encima de una plancha sobre la que habían extendido tinta de imprimir, con el objeto de registrar mis huellas digitales. Era un nuevo procedimiento de control que se consideraba la más refinada expresión de la modernidad. Me negué a ser moderno. Entonces me sujetaron entre cuatro, pero sin perder la cortesía que diferenciaba a estos funcionarios de los que servían al régimen ruso. Me aflojé y decidí mirar por la ventana mientras un agente me ensuciaba cuidadosamente los dedos, uno tras otro, y sellaba con ellos varias hojas de papel, primero la mano derecha y luego la izquierda. Después me pidieron que me quitase las botas. Me negué de nuevo. Con los pies la cosa no les resultó tan sencilla. Sudados y molestos, no supieron qué hacer conmigo. Se resignaron a quedarse sólo con las huellas de las manos y me devolvieron a la cloaca de mi celda.

Horas más tarde fui al locutorio, donde aguardaban Gabier y un amigo suyo tapándose la nariz con un pañuelo embebido en colonia. Me dijeron que ya estaban cerca de conseguir mi libertad.

Pasaron otros horribles días que viví casi en estado de coma. Al final se acercó un agente con un papel que leyó solemne ante mis ojos extraviados. Dijo que aquella

misma noche viajaría a Cádiz.

—¿Cádiz?

Preguntó si yo pagaría el billete. Mis pupilas adquirieron un brillo salvaje que lo obligó a retroceder. Regresó más tarde con la noticia de que me obsequiaban el pasaje. ¿Por qué Cádiz? volví a preguntar. Queda en el extremo sur de la Península y de allí me caería en el océano.

Me dejaron bañar en una tina llena de desinfectante y partí de madrugada acompañado por dos agentes. Me dijeron con algunas palabras en francés que era considerado un sujeto de extrema peligrosidad y por esa razón me trataban con respeto. En España se admira el coraje.

Ese viaje me llevó al despacho de la máxima autoridad policial de Cádiz, donde fui recibido enseguida. El oficial me saludó con un apretón de manos. En su espaciosa oficina ya habían instalado a un representante del consulado alemán, quien debía servirnos de intérprete. El jefe miró dentro de una carpeta y dijo con la mirada sombría que, según órdenes superiores, a las ocho de la mañana del día siguiente debía embarcarme hacia La Habana.

—¿Para dónde dice usted?

—La Habana.

—¿La Ha-ba-na? ¿Está loco?

Me miró pasmado.

—Lo siento. Pero mi deber es embarcarle a usted. Y no sólo embarcarle, sino encerrarle en las bodegas. Me desagrada. Lo siento mucho.

El tembloroso intérprete alemán me pidió que aceptase la realidad. No podía luchar contra un país.

—¡No! —respondí—. Es demasiado. No soy un criminal para ir a cualquier parte.

—La Habana no es cualquier parte.

Pedí mandar unos telegramas. El jefe accedió y me acompañaron a una oficina de correos. Caminé apurado, pero mi impaciencia me indujo a trotar y luego correr por las calles, seguido por una fila de uniformados. La gente se daba vuelta para mirar esa extraña competencia deportiva. Entré como una tromba y me acomodé ante una mesa para escribir varios textos a Gabier, al director de la policía política de España, a los periódicos liberales, a los diputados republicanos de las Cortes. Introduje argumentos en formato de telegrama. Después me puse a redactar cartas. Los policías, consternados, se sentaron a fumar. De la oficina de correos disparé de regreso a la oficina del bondadoso comisario. Apelé a mi rudimentario español, y la esperanza de que entendiese algo de francés, para solicitarle que, por razones humanitarias, él mismo telegrafiasse a Madrid.

Un diputado, al enterarse del tratamiento que me estaban aplicando, presentó una interpelación ante las Cortes. Una semana después supe que en los periódicos se

había comenzado a discutir mi extraño caso y alguien ya acusaba a la Policía. Surgió una polémica donde se confundió mi pacifismo con simpatías nacionales: algunos afirmaban que apoyaba a Francia y otros a Alemania. También se hacía referencia a mi “violento anarquismo”, sin saber que lo rechazaba desde siempre. En medio de ese barullo no había manera de entender nada. Sin embargo los cables, las cartas y la gestión del comisario lograron que me fuera permitido esperar en Cádiz la llegada de un barco con destino a Nueva York. ¡Nueva York era otra cosa! Y pude relajar mis nervios. Por primera vez en años regularicé mi correspondencia con Natasha y los niños.

Paseé en la plateada Cádiz varias semanas bajo vigilancia estricta. Pero cordial. No tenía que ocultarme de espías, ni huir en coches de alquiler, ni esconderme en un cine sombrío, ni saltar al último vagón del Metro y de ahí otra vez al andén. La vigilancia española era suave. No tenía las enruladas gentilezas de los franceses, tampoco la brutalidad de los rusos. Ni siquiera fui encerrado en una celda. El máximo responsable de mi vigilancia dijo que se presentaría a determinadas horas en el pequeño hotel donde fui alojado y yo debía estar allí esperándolo. Dejé entender que, fuera de esos momentos, podía ir adonde quisiera. Pero renuncié a moverme demasiado para evitar nuevos problemas. El policía, a cambio de mi buena conducta, propuso acompañarme para hacer compras de ropa, alimentos y libros; hasta me advertía sobre los pozos de la acera e ilustraba sobre algunos edificios históricos. Una tarde me invitó a saborear un café con breves columnas fritas rellenas de chocolate llamadas churros.

Solía completar mis caminatas con visitas a la Biblioteca, donde me familiarizaba con la densa historia de España en los pocos textos franceses y alemanes que allí pude descubrir. Al mismo tiempo me apliqué a mejorar mi inglés. ¡Me esperaba Nueva York, nada menos! De esa forma apacible transcurrieron los días. Las angustias provenían de la guerra, cada día más cruel y fanática. En la Biblioteca yo era casi siempre la única visita. Un empleado adormecido tras su escritorio me señalaba con el índice dónde encontrar ciertos volúmenes.

Leí una serie de cortas biografías sobre los políticos españoles de los últimos años. Me asombraron los inesperados giros de su suerte. Poco antes de triunfar eran aún tachados de insensatos, luego se convertían en jefes gloriosos y, por último, varios se desbarrancaban en la tragedia. Al fracasar, volvían a ser tan insensatos (y criminales) como antes de su peripecia. Me parecieron astutos caballeros que probaban en revueltas sucesivas e intrascendentes. Los llamaban “pancistas”, es decir, gente con el abdomen lleno e impúdico. Me pregunté si la misma inspiración había dado lugar al nacimiento de Sancho Panza.

Me llamó la atención que los periódicos de Cádiz no publicasen casi nada sobre la Guerra Mundial, como si no existiese. La guerra se desarrollaba al otro lado de los

Pirineos. Y los Pirineos funcionaban como una muralla que los aislaba del mundo.

Me informaron que en una semana partiría un transatlántico español rumbo a los Estados Unidos, pero que no haría escala en Cádiz. Debía tomarlo en Barcelona. Barcelona quedaba en el otro extremo del país, cerca del límite con Francia. Salté de alegría al enterarme de que Natasha y los niños habían sido autorizados a reunirse conmigo en ese puerto. ¡No debíamos perder ese barco, entonces! Arreglé con el jefe de Policía para tomar el primer tren, aunque se desplazara más lento que una hormiga. El trayecto me consumiría dos días y sus respectivas noches. ¡Qué importaba frente al premio que me esperaba allí! Devoré tres libros. En Barcelona fui recibido por policías apostados en el andén, ¡cuándo no! Me reinstalaron en el clima de severidad que había olvidado en el afable sur. Surgieron nuevos problemas. Por suerte me había nutrido de suficiente serenidad para no replicar enojado. Volví a sufrir la vigilancia de espías idiotas. Mandé varias decenas de telegramas para que se supiera de mi situación y el maltrato ridículo que me aplicaban, pese a mi conducta de santo.

Por fin llegaron Natasha y los niños. Los esperé en la estación, rodeado por un insoportable enjambre de uniformados. Nos abrazamos como posesos. Gritamos en ruso con tanta fuerza que vinieron refuerzos para formar un anillo constrictor y hacernos callar. Sergio y Leoncito no me soltaban, mis ojos y los de Natasha no podían desprenderse. En el coche que iba al hotelucho donde fijaron nuestro fugaz domicilio empezaron a contarme sus penurias. Natasha había enfrentado más de cien agresiones. Tuvo que sortear trampas y ofertas malignas. Hasta que pudo conseguir los salvoconductos que abrieron su camino a Barcelona.

—¡Ya estamos juntos! —bramé feliz.

Había que celebrar. Perseguidos siempre, recorrimos la hermosa ciudad. A Natasha le produjeron un fuerte impacto las construcciones modernistas de un arquitecto catalán llamado Antonio Gaudí. Quedó prendada de su libertad creativa. Ya había escuchado sobre su escandalosa ruptura con los cánones tradicionales. Los chicos dijeron que eran viviendas para los gnomos y prefirieron contemplar el mar y el puerto. Al pie de su estatua les expliqué quién había sido Cristóbal Colón. Después recorrimos la rambla y apreciamos los pintorescos puestos con frutas grandes y sabrosas. Gastamos buena parte de nuestro dinero en darnos un banquete.

Transatlántico

Subimos a la enorme nave en una mañana fría de diciembre, la peor época para iniciar el cruce del Atlántico. Pronto, entre vómitos y mareos, muchos pasajeros adquirimos una dolorosa conciencia de la finitud de la vida. Bastaba registrar los deprimentes comentarios que circulaban como serpientes invisibles. Al menos navegar con el pabellón neutral de España reducía los peligros. La Compañía había aprovechado esta situación para cobrar una cantidad extra e instaló más pasajeros de lo habitual donde y como pudo. A bordo también venían desertores de Francia y Alemania.

Por mi manejo de idiomas me permitieron hacer breves excursiones a primera clase. Allí descubrí personajes curiosos. Un pintor que se decía célebre, pero cuyo nombre jamás escuché, afirmaba que estaba salvando sus cuadros inmortales del fuego que lanzaban las trincheras, y los tenía guardados en su camarote. Otro era un irlandés robusto que ejercía de boxeador, pero escribía poesías para competir con su presunto primo, Oscar Wilde. Un *gentleman* vestido con chaquetas entalladas decía ser campeón de billar —juego que yo desconocía— y se iba a morir antes de llegar a América. Una mujer evocaba las clases de alemán que le había impartido al rey de Inglaterra. También hablaban sin recato especuladores y delincuentes que competían en el ingenio y volumen de sus delitos. Mis aventuras y los centenares de libros que había devorado no alcanzaban para conocer toda la alienación que reina en el mundo, me dije. Siempre se descubre algo nuevo, a menudo peor.

Pese a que los movimientos del barco eran menos intensos en la parte más alta, también allí los vómitos salpicaban todos los rincones. Varios camareros sólo se dedicaban a recorrerlos con trapos y detergentes.

El pasaje de la hacinada tercera clase, en cambio, exhibía características que hubiesen inspirado a Máximo Gorki, Joseph Conrad y Emile Zola. La gente no hablaba, apenas se movía. Los alimentos eran mezquinos, pero los ojos de esos seres sombríos revelaban esperanza.

Para nuestros chicos el barco era un espacio inagotable de juego y observación.

—Oye, ¿sabes que el fogonero es muy buen hombre? Es un “repúblico” —dijo Sergio.

—Republicano —aclaré—. ¿Y cómo pudieron entenderse?

—Porque dijo muy claro “Alfonso”, y después hizo así con el puño: ¡pif! ¡paf!

—Entonces no hay duda de que es un republicano. Odia al rey Alfonso.

Celebramos en alta mar el comienzo del año 1917. Pronunciamos vivas y buenos deseos, pero sin que hubiese un incremento de la comida, ni de las bebidas, ni disminuyera el hacinamiento. Tampoco sospechábamos que, pese a estar alejándonos de Rusia, el tiempo nos acercaba a los acontecimientos que cambiarían violentamente la historia del mundo.

Las olas bailaron más de lo conveniente en esos días y nos hicieron vomitar hasta la mucosa de los intestinos.

Durante la mayor parte del trayecto siguió la marejada gruesa. El agua saltaba hasta los puentes y a menudo barría las cubiertas. Muchos sillones y reposeras terminaron en el mar. Uno de los marineros se convirtió en el comentario obligado al esparcirse la noticia de que había caído al agua. El fragor del viento y la lluvia no dejaron escuchar sus gritos. Desapareció en medio de la tempestad. No hubo comentarios oficiales, sino rumores, enojo, resignación. La gente prefirió desde entonces sufrir encerrada en los camarotes, con el aire tan infecto y salitroso que quitaba las ganas de respirar.

A mediados de enero se produjo el solemne ingreso en el puerto de Nueva York. Fuimos despertados a las tres de la mañana. Hacía más frío que nunca. Cuando empezó a clarear pudimos distinguir su grisáceo bosque de edificios. ¡El Nuevo Mundo! Una bandada de ideas me acicateaba el cerebro como si fueran los picos de las gaviotas. Estaba frente a la capital del automatismo capitalista, en cuyas calles predominaba la teoría estética del cubismo y en cuyos corazones se entronizaba la filosofía moral del dólar. Nueva York era la expresión radical del espíritu contemporáneo. En pocas décadas había logrado impregnarse de leyendas y fantasías para todos los gustos.

Después de sortear los trámites de inmigración, arrastrando nuestros bártulos, nos dedicamos a buscar alojamiento en los barrios obreros. Conseguimos uno que costaba poco y tenía comodidades infrecuentes para un europeo: luz eléctrica, cocina a gas, cuarto de baño, teléfono, montacargas automático para los víveres y otro para bajar el cubo de la basura. Ese confort ganó de inmediato la simpatía de nuestros niños. Durante un tiempo el teléfono fue el centro de su actividad. Ni en Viena ni en París habíamos tenido ese artefacto en casa.

El portero era un negro de hombros anchos que siempre sonreía. Fue gentil y nos ayudó a instalarnos mientras se burlaba del mal inglés con el que pretendíamos expresarnos. También bromeaba con los chicos, quienes le tomaron afecto de inmediato, como si fuese el personaje salido de un cuento maravilloso. Dadas sus cualidades, Natasha le pagó por adelantado tres meses. El portero dijo que al día siguiente entregaría su recibo. Pero no cumplió la promesa, sino que se fugó con los

importes de varios inquilinos. Nuestra estadía se inauguraba con un chasco. Para colmo, la ofensa provenía de un ser oprimido que había suscitado nuestra inmediata solidaridad. Natasha, además, le había confiado varios paquetes que no quería desembalar enseguida. Pero los paquetes aparecieron después de unas horas. Uno de ellos parecía haber sido abierto. Nos golpeó la sorpresa de encontrar en su interior, envuelto en una hoja de diario, el monto exacto del dinero que le había entregado Natasha. El portero sólo se había llevado los dólares de quienes ya tenían su recibo. No quiso dañar a los que habían confiado en él y no podrían reclamar una devolución. Este accidente extraño me proveyó de una clave provisoria sobre la cuestión racial, que era muy difícil, porque mezclaba resentimientos con nobleza.

Pude haberme dedicado enseguida al periodismo profesional. Había diarios que me conocían y me hubiesen contratado. Pero, después de tantas desventuras, quería concentrarme en las tareas de un verdadero revolucionario. No debía perder más tiempo. Lo había perdido en Francia, en España y en el barco. Me puse a escribir artículos vehementes y hablé en mitines obreros. Discurría en ruso, francés y alemán. Me las arreglaba para trabajar a toda hora, era lo único que calmaba mi ansiedad. Algunas veces me encerraba en la Biblioteca para estudiar la vida económica de los Estados Unidos. Me asombraron las cifras de su exportación desde que empezó la guerra. Anunciaban el papel decisivo que le estaba reservado a esta nación cuando terminase el conflicto. Además, el país se preparaba para intervenir en la guerra, lo cual provocaría un cambio drástico en el equilibrio de fuerzas. Y, en efecto, el 3 de febrero Estados Unidos declaró su ruptura de relaciones con Alemania. De inmediato los estribillos patrioterros llenaron el aire. No era un espectáculo que me gustase: ya lo había sufrido en los Balcanes, en Austria, en Francia. Las llamas del patriotismo no hacían más que multiplicar la alienación.

Los hechos se precipitaron también en Rusia. ¡Y de qué forma! La hambruna hizo estallar revueltas en la Capital. Luego empezaron huelgas en las principales fábricas, seguidas por represiones violentas que dejaban muertos en las calles. Algunos soldados preferían desertar antes que asesinar trabajadores y muchos de esos desertores terminaban en los paredones de fusilamiento. El caos se expandía como un incendio. De súbito Nicolás II, débil y desorientado, prefirió abdicar en favor de su hermano Miguel. Los cambios daban vértigo. Pronto el poder ejecutivo quedó a cargo de un Gobierno provisional que duraría hasta el establecimiento de una Asamblea Constituyente. Resucitó el Soviet de San Petersburgo, que se había considerado un cadáver después de 1905. Hasta se mencionaba mi nombre y recordaba mi presidencia. La opinión pública clamaba por el inmediato fin de la guerra, pero el Gobierno provisional no se atrevía a despegarse de la Entente. Comprendí que se acercaba el momento soñado. Venía la Gran Revolución, porque se repetían las condiciones de 1905, ¡agravadas!

En una asamblea llena de venerables socialdemócratas rusos en el sur de Nueva York demostré que no hacía chistes, que el partido de los trabajadores caminaba hacia la toma del poder. Vivíamos la primera etapa y había que concentrarse en la siguiente, donde obtendríamos el protagonismo central. Lo dije con tanto énfasis que produjo el efecto de una piedra sobre un estanque lleno de ranas. Un individuo que parecía importante procuró refutarme y gritó que yo desconocía las cuatro reglas fundamentales de la aritmética y no merecía que se refutasen siquiera mis alucinaciones. No me amilané. Seguí hablando en otros barrios y pronto comenzaron a seguirme multitudes numerosas y excitadas. La noticia de que en el Palacio de Invierno ondeaba una bandera roja en lugar del símbolo imperial produjo oleadas de estupor y de júbilo por toda Nueva York.

Mi trabajo se volvió huracanado: corría de mitin en mitin y entre ellos escribía un nuevo artículo. No me quedaba tiempo para estar con mi familia. A veces ni siquiera regresaba a dormir. Natasha me apoyaba de corazón e insistía que continuase con mi actividad, ella se encargaba de Leoncito y de Sergio. Me aseguraba que se las arreglaba bien y hasta les conseguía nuevas amistades. Incluso se había relacionado con la esposa de un médico, que los sacaba a pasear en su automóvil. Para los niños el chofer no era un simple mortal, sino un mago que con los dedos podía mover esa pesada máquina. En Viena habían aprendido un perfecto alemán sin olvidarse del ruso; en París incorporaron el francés; a bordo del barco absorbieron mucho de español; después de dos meses en una escuela de Nueva York empezaban a expresarse en inglés. En sus cabecitas se superponían, como en un palimpsesto, las capas de nuestro peregrinaje.

Con Natasha decidimos regresar a Rusia. Me levanté temprano, bebí una taza de café y fui hacia los consulados para actualizar visas y demás papeles. Era obvio que nuestros documentos padecían máculas de varias transgresiones. También averigüé qué barcos partían hacia Europa. Natasha se puso a llenar nuestras maletas. Yo alternaba los trámites con últimas y enérgicas participaciones en los mitines. En uno de ellos se congregaron más de mil personas. Algunos agitadores parecían “americanizados”, porque mascaban chicles.

En el consulado de Rusia seguía imperando el aire a confinamiento de las antiguas comisarías zaristas, aunque ya se había descolgado el retrato de Nicolás II. Un funcionario que provenía de la autocracia no se privó de sembrarme obstáculos, hasta que exigí dando puñetazos sobre la mesa que apareciese el cónsul en persona. Expuesto mi caso, ordenó que me extendiesen los documentos necesarios para volver a Rusia. En el consulado inglés fue parecido, porque tuve que llenar una hoja llena de preguntas capciosas pero, dada la buena disposición rusa, prometieron que no tendría dificultades para hacer una escala en su territorio.

A fin de marzo nos embarcamos en el transatlántico noruego *Christianiafjord*.

Unos amigos nos acompañaron hasta el muelle y despidieron con discursos, flores y lágrimas. Partíamos hacia el país de la Gran Revolución en marcha. Éramos unos privilegiados que pronto gozaríamos la atmósfera del tiempo nuevo. Palpé mi bolsillo: por primera vez llevaba los pasaportes en regla.

Inesperada sorpresa

Nos dirigimos hacia el nordeste, porque había que embarcar pasajeros en Halifax, la ciudad canadiense más grande de la provincia de Nueva Escocia. El barco disminuyó su velocidad al aproximarse a su costa llena de grandes piedras, entre cuyas anfractuosidades se insinuaban algunas playas. A lo lejos saludaban colinas que se esforzaban por sacar a la luz un dormido verdor por entre las sábanas de nieve.

Apenas ancló la nave ingresaron autoridades de la marina inglesa. Tuve un mal presentimiento, quizá porque hasta ese momento casi nada me salía fácil. Los oficiales leyeron de forma superficial los papeles de los viajeros norteamericanos, noruegos y daneses. En cambio los rusos fuimos sometidos a un interrogatorio agobiante sobre las ideas e intenciones políticas que nos animaban. Me pareció un atropello. Le espeté al oficial de más rango que no aceptaba su discriminación. Agité ante sus ojos fríos mis documentos.

El oficial apartó los papeles y dijo que continuaría su interrogatorio. Natasha y los demás rusos que viajaban conmigo contemplaban mi protesta con aprobación; confiaban que daría resultado. El uniformado me dio la espalda y se dirigió a otro grupo de pasajeros para preguntarles si sabían algo de mí.

—¡Esto es ridículo! —grité.

Un idiota quiso destacarse e insinuó que había escuchado algo, pero no se animaba a decirlo. Fue suficiente para que varios agentes lo rodeasen. Agregó que éramos “unos terribles socialistas”. Se expandió un rumor indignado. Una pasajera americana denunció al delator como un “anarquista” que no merecía ser escuchado. El delator fue llevado aparte para ser interrogado fuera de nuestra vista. Hablé con los suecos y daneses para pedirles ayuda. Les expliqué que nos estaban enredando con un método perverso. Nadie podía aceptar esta ofensa gratuita si queríamos seguir en paz nuestro viaje. Un joven propuso que redactásemos una denuncia dirigida al Gobierno inglés. Otro agregó que enviásemos una copia a los gobiernos de los Estados Unidos y de Francia. Añadí que debíamos enfatizar un dato importante: Rusia era aliada de Francia e Inglaterra.

Tras unas horas apareció otro oficial con una orden emitida por el almirante de la base. Exigía que yo, junto a otros cinco rusos, descendiéramos del barco. Prometía que en la ciudad de Halifax sería resuelto el problema.

—Es una orden ilegal. ¡No vamos a obedecerla! ¡No bajaré del barco y no voy a separarme de mi familia!

Varios soldados se lanzaron contra nosotros mientras gran parte de los pasajeros exclamaba ¡*Shame!* ¡*Shame!* Mi hijo mayor tenía once años y le dio un puñetazo en la mandíbula a un oficial. Le ataron las manos mientras informaban que Natasha y ambos chicos permanecerían en la nave. Sergio también quiso pegarle a otro soldado, pero fue reducido antes de que lograra su propósito. En medio de gritos y forcejeos, otra vez nos separaron. ¿Cuándo terminaría este tipo de condena?

Los seis sospechosos fuimos llevados a una gasolinera de guerra, engrillados como delincuentes. No paré de insultarlos. Cuando algún marinero se ponía cerca, le tiraba una patada. A uno pude darle en la entrepierna y me devolvió un puñetazo que hizo sangrar mis encías. La gasolinera, ruidosa y maloliente, nos condujo al interior de Halifax. Pero no ingresamos en la ciudad, sino que nos desembarcaron en una estación de trenes. Fuimos recibidos por hombres con las armas desenfundadas, como si fuésemos pistoleros. Acto seguido nos empujaron hacia un vagón y ordenaron que nos sentásemos en bancos de madera sin quitarnos las esposas. Nos siguieron vigilando de adelante y de atrás. Viajamos hacia Amherst —lo pude leer en un cartel—, donde había un campamento lleno de prisioneros alemanes. ¿Nos consideraban súbditos del Kaiser? ¿Qué locura les alteraba el cerebro a estos militares de mierda? Mis preguntas y las de mis compañeros no recibieron contestación. Antes de meternos en el vasto hangar donde se apiñaban los prisioneros, fuimos sometidos a una inspección corporal minuciosa. Creo que ni para enterrarme en la siniestra fortaleza de San Pedro y San Pablo fui objeto de tanta vejación, sólo faltaba un tacto rectal. Un grupo de impávidos funcionarios ingleses cumplía esa operación mientras otro grupo menos impávido y más concupiscente se dedicaba a mirar. Yo perforaba con mis ojos al uniformado que dirigía el operativo; su cara llena de cicatrices correspondía a la de un verdugo. En francés, alemán y algo de inglés les repetía que de una buena vez debían enterarse de que no éramos delincuentes, sino rusos que regresaban a su país liberado de la opresión zarista. No hubo caso. Nos mantuvieron encerrados en una sala vacía, de pie, hasta que se presentó el coronel Morris, jefe del campamento. Lo recibimos superponiendo nuestras voces indignadas. Extendió sus manos para pedir silencio.

—Ustedes son peligrosos para el Gobierno ruso actual —dijo con voz grave, despectiva, y cara de asesino.

—¡Ridículo! —repliqué furioso—. En Nueva York los agentes del gobierno ruso nos extendieron pasaportes y visados. Además, Inglaterra no tiene por qué meterse en los asuntos de un gobierno extranjero.

El coronel pensó un instante, contempló un punto del cielo raso y movió la fuerte quijada.

—Ustedes son un peligro, *indeed*.

Para este simio la Revolución de Febrero no existía. Le conté haciendo muecas, por si no se había enterado, que el gobierno del Zar fue el que nos había convertido en emigrantes políticos. Y que ese Gobierno fue destruido. No me escuchó: sus tímpanos se habrían arruinado en la guerra contra los bóers o el asesinato de nativos en otros lugares de África. Se restregó los párpados, rascó la papada insolente y se levantó.

—Tendrán que esperar.

—¡Esperar qué! ¡Si alguna vez te pillo en las costas de África, te acordarás de mí, gordo imbécil!

Me miró con desprecio, casi a punto de escupir. Y salió, seguido por dos guardaespaldas. Otros agentes permanecieron cerca de nosotros, apuntándonos con sus ojos y sus armas.

Luego supe que los gendarmes, en el transatlántico, habían querido separar a los chicos de Natasha. Argumentaban que los atenderían muy bien en un asilo. Natasha los aferró de la mano y aseguró que no aceptaría distanciarse de sus hijos a menos que le amputasen los brazos. Su protesta fue tan ruidosa que los tres acabaron juntos en la casa de un amable agente de policía. Pero les aclararon que no podían salir solos a la calle. Luego de unos días en esa estrecha vivienda los autorizaron a instalarse en un pequeño hotel, con la obligación de presentarse a diario y puntualmente, en la comisaría. Para algo había servido su terquedad.

El campamento de prisioneros de Amherst, donde me habían recluido, ocupaba los locales de una antigua fundición de hierro expropiada a un alemán. Instalaron junto a los descascarados muros y por todo el espacio central, camas estrechas y superpuestas, con pasillos entre las filas. Allí consiguieron amontonar a ochocientos hombres. Al anochecer, cuando todos quedábamos encerrados, el aire se tornaba irrespirable.

Pronto advertí que entre los prisioneros había artesanos que pasaban las horas fabricando cestas, como una forma de matar el tiempo. A pesar de los esfuerzos que hacían para mantener su integridad física y moral, algunos caían en el pozo de la depresión. De los ochocientos prisioneros, cerca de quinientos eran marineros de barcos de guerra alemanes hundidos por los ingleses y unos doscientos eran obreros, también alemanes, a quienes la guerra había sorprendido en Canadá. Cien hombres tenían el rango de oficiales.

Esa enojada población se tornó amistosa hacia nosotros cuando se enteraron de que nos habían arrestado por ser socialistas. Algunos me preguntaron si conocía a Rosa Luxemburgo. Pero muchos oficiales (no la totalidad) manifestaron de diversa forma que no simpatizaban con nosotros, precisamente por ser socialistas y rusos, además.

Tuve que permanecer un mes, allí. ¡Todo un mes! Pero no me rendí al ocio. En tres días organicé un primer mitin. Tuve un pequeño éxito, que me estimuló a perseverar. Entonces organicé mitines diarios y pronto hacía uno a la mañana y otro a la tarde. Las diez personas que me acompañaron el primer día se convirtieron en veinte, cincuenta, cien. En cada nueva edición aumentaba el número de asistentes. La monótona cárcel se iba transformando en un arsenal cargado de energía. Les hablé de la Revolución rusa de Febrero, de Liebknecht, de Rosa Luxemburgo, de Lenin y de las razones por las cuales acababa de sumarse Estados Unidos en la guerra.

Muchos prisioneros empezaron a soltar la lengua. Uno dijo:

—No, no puedo tolerar más esto; hay que ponerle fin de una vez y para siempre.

—Sueño con las barricadas —agregó otro—. Quiero recuperar mi libertad.

Un minero silesiano, alto y de ojos azules, confesó:

—Tomaré mi mujer y mis chicos y me iré a vivir con ellos en medio de un bosque. Pondré alrededor cepos para los lobos y no saldré nunca de casa sin un fusil. ¡Nadie se atreverá a acercarse!

Liberen a Liova

Reconozco que varios marineros ingleses se esforzaron por hacer más llevadera mi detención. Incluso me privilegiaban por sobre los alemanes, al extremo de proponer que no hiciera cola para la comida. Les dije que me daría vergüenza beneficiarme a costa de mis colegas de infortunio. Tampoco acepté que me ahorraran trabajos considerados humillantes como pelar papas, lavar los cacharros, barrer y fregar el piso, distribuir las raciones de comida, limpiar los retretes. Pedí, en cambio, recibir noticias diarias de mi mujer y de mis hijos. Hasta insistí que me dejaran hacerles una visita. Martillé tanto con esto que me prometieron transmitir ese pedido al coronel Morris. A los tres días me llegó su contestación negativa. No pude frenar la rabia y empujé con todas mis fuerzas al uniformado que me trajo la noticia, haciéndolo caer al piso. Sus camaradas se apresuraron a brindarle ayuda y los míos a multiplicar los empujones. Empezaron intercambios de golpes entre los prisioneros y los guardias. Sonó un balazo contra el techo.

—¡Es una advertencia! —gritó un oficial—. El próximo será contra ustedes, hijos de puta.

—¡Quiero ver a mis hijos!

—¡Déjenlo ver a sus hijos! —me apoyaron.

Otro tiro al techo disminuyó la protesta. Entre cuatro agentes me contuvieron y esposaron. Habían ingresado otros marineros con las armas desenfundadas. Podía generarse una matanza. El jefe tenía los ojos desorbitados, con ganas de efectuar una represalia ejemplificadora. A cada rato me clavaba su mirada impaciente, que buscaba el lugar de mi cuerpo donde perforarme. Cuando se restableció el silencio, ordenó que nos separasen en grupos, que permanecerían vigilados. Varios prisioneros esperaban alguna indicación mía, pero comprendí que sería suicida una rebelión. Mi súbita quietud indicaba que sólo cabía resignarse por el momento. Esa noche, de cama en cama, nos trasmitimos mensajes. Era una discusión en voz baja sobre las posibilidades de una rebelión que facilitase la fuga. Con los cálculos racionales se cruzaban propuestas llenas de magia y pasión: el encierro alteraba las neuronas.

Entre los pocos rusos que fuimos desembarcados en Halifax y los ochocientos prisioneros alemanes fue creciendo el afecto. Reconozco que también con algunos oficiales ingleses que se confesaban socialistas. Pero entre la mayoría de la gente

simple y los duros militares alemanes belicistas se mantenía la hostilidad. Algunos altos oficiales llegaron a decir que mis mitines los distanciaba de “sus” hombres. Repetían que yo les inculcaba propaganda antipatriótica. Curiosamente, el coronel Morris adhería al patriotismo prusiano y saludaba con respeto a oficiales que lo despedazarían en el frente de batalla. Era una clara ilustración de cuánto absurdo produce la guerra. Más aún: el coronel Morris, influido por sus “colegas” enemigos, me hizo saber que quedaba prohibida mi actuación en público y debía suspender los mitines. Su decisión produjo un efecto inverso. Los reclusos escribieron una carta que firmaron quinientos treinta prisioneros, donde se exigía mi libertad de acción y de palabra. Al enterarme se me nublaron los ojos: no había imaginado que en la pequeña Amherst, y por parte de mis enemigos en la guerra, recibiría semejante medalla.

Las autoridades inglesas, asustadas por el volumen que iba tomando la ola revolucionaria, se resistían a estrechar contactos con el nuevo Gobierno ruso. Este ejemplo determinaba la conducta de todos los mandos. Por eso mis cables a San Petersburgo no salían de Amherst. Morris y sus secuaces ni siquiera se preocupaban de evitar que lo supiésemos. Exigí entonces que remitiesen mi queja al presidente del Consejo de Ministros en Londres.

—¿Usted viene a exigir? —se burló un oficial, que rompió ante mis narices el papel que le había entregado.

Mi puñetazo le deformó la cara. En menos de un segundo fui aplastado por no sé cuántos marineros. Otra vez me sujetaron con las familiares esposas, pero agregaron el tembloroso caño de un revólver sobre mi cabeza.

—Si te mueves, disparo —susurró una voz cargada de furia.

El coronel Morris, enterado de mi nueva trasgresión, mandó decirme que la guerra cubría sus espaldas y podía hacer conmigo lo que sus tripas quisieran.

Entonces decidí volverlo loco retornando al reclamo de encontrarme con Natasha. Era un *ostinato* que hería los tímpanos de cuanto inglés se me ponía cerca. El maligno coronel tenía que aflojar en algún momento. Mis compañeros aprobaban la insistencia perpetua; era dramática y hasta cómica, pero extenuaba y ponía en ridículo a los guardianes. Morris accedió a concederme una sola reunión con mi mujer, pero yo debía prometerle que no mandaría con ella un mensaje al cónsul de Rusia en Canadá. ¿De modo que algo lo asustaba?, pensé. Dije que lo quería discutir con Morris en forma directa. El coronel me recibió en su despacho, yo estaba esposado y él protegido con un par de guardaespaldas.

—No acepto su censura —le escupí de entrada.

—Entonces no habrá reunión.

—Usted procede como un verdugo, avergüenza las mejores tradiciones inglesas.

—No necesito su puta opinión.

—Y usted no merece ese uniforme. Es un monstruo indigno y cruel.

—¡Salga de aquí! —se pasaba la lengua por los labios, incómodo de que hubiera testigos.

—¿Tiene una remota conciencia de lo inexplicable que es mi detención? ¡Le juro que la pagará muy caro! ¡Yo mismo le cortaré las bolas!

—¡Fuera, pedazo de imbécil!

La noticia de mi arresto por fin llegó a la prensa y se difundió en Rusia. Lo supe más adelante, pero corresponde contarlo en este momento. La embajada de Gran Bretaña en San Petersburgo pretendió justificar el embrollo con un imaginativo argumento. Dije que fui detenido por haberse descubierto en Halifax que viajaba con una subvención alemana para derrocar al Gobierno provisional dirigido por Kerensky. El diario *Pravda*, dirigido ya por Lenin, contestó al inescrupuloso sir Buchanan con frases duras: “¿Puede concederse crédito, siquiera por un momento, que León Trotsky, presidente del Soviet de los diputados obreros de San Petersburgo en 1905, se halle complicado en un plan subvencionado por el gobierno alemán? Trotsky es un revolucionario que consagró su vida a la causa. ¡El comunicado de la embajada inglesa no merece más atención que el de una calumnia descarada, inaudita y villana! ¿De dónde sacó usted esa noticia, señor embajador Buchanan? En Halifax secuestraron al camarada Trotsky. Y lo arrastraron por las manos y por los pies... ¿Fue en nombre de la amistad que usted dice profesar al Gobierno provisional?” Esa publicación se propagó como un incendio.

Lo que no era fácil de comprender era la perversa intervención del mismo Gobierno ruso, que en lugar de ponerse de mi lado, quería complicarme del todo. Miliukov, el retorcido ministro de Asuntos Extranjeros, estaba contento con mi detención. Ya lo angustiaba el regreso de Lenin y de otros revolucionarios; no quería más gente de esa ralea. Desde 1905 —¡doce años antes!— venía haciendo una furibunda campaña contra el “trotskismo”, palabra que tuvo el honor de acuñar y que yo no sabía si repudiar o agradecer.

Una mayoría del Gobierno ruso, sin embargo, decidió intervenir en mi caso y Miliukov tuvo que ceder. Se frotó el cabello de las sienes para sacarse la insistente jaqueca. Envió mensajes a Londres y Canadá. El coronel Morris, enterado y rojo de ira, convocó a sus oficiales para impartirles curiosas instrucciones. Le deformó el rostro un súbito bruxismo acompañado de puntadas en el pecho. Se hizo revisar por el médico, que diagnosticó un nerviosismo desenfrenado. El coronel no digería semejante giro de los acontecimientos, iba a ser vencido por un pobre diablo como yo. A los presos rusos que ahora debía liberar los prefería enterrados.

Un alto oficial se presentó en nuestro hangar y nos dijo a la media docena de prisioneros rusos que debíamos recoger nuestras pertenencias y salir escoltados al aire libre. No hicimos lo uno ni lo otro, desde luego. Yo ignoraba que había sido el motivo de un enojoso forcejeo en el nuevo Gobierno ruso y que Miliukov fue

obligado a pedir mi libertad. Por el contrario, suponía que me llevaban al paredón de fusilamientos. Con uno, hace muchos años, había tenido bastante y no me resignaría al rol de un cordero. O quizá pretendían hacinarnos en una prisión más estrecha y maloliente. Exigí explicaciones. A los gritos reclamé la presencia del cónsul ruso. Con los puños en alto y las yugulares hinchadas prometí no moverme del hangar. A uno de los oficiales que parecía más conciliador le dije que tenía el deber de informarme adónde nos llevarían. El oficial dudó un minuto y fue a comunicarse con el coronel Morris. Regresó descompuesto, porque le impartió la orden de sacarnos por la fuerza. Me transmitió esa noticia con tristeza. Unos marineros juntaron nuestras pertenencias y las superpusieron en un carro. Me tendí en el piso y me aferré a las patas de una cama, rodeado por los alemanes, que decidieron apoyarme. Los demás rusos hicieron lo mismo.

Ingresó un enjambre de uniformados dispuestos a quebrarnos las costillas con sus bastones. Los maldije en ruso, alemán y francés. De pronto el oficial con el que había hablado pidió silencio. Se inclinó, me miró a los ojos y movió la cabeza para expresar su propio conflicto. Carraspeó. Se jugaba la carrera. Dijo que no encontraba lógica al procedimiento de su jefe. Miró en derredor e informó que todo esto se hacía para embarcarnos rumbo a Rusia. Quedamos petrificados.

—¿Nos mandan a Rusia y arman este teatro para burlarse de nosotros?

En ese instante, como si hubiese presentido semejante desenlace, apareció el coronel Morris con su cara deformada por el bruxismo. Un temblor le recorría la piel. Lanzó su rayo de odio contra el débil subordinado. A los rusos nos miró con repugnancia, uno por uno, y se marchó haciendo retumbar los tacos. No había permanecido ni un minuto.

Quedamos tan perplejos que empezamos a abrazarnos y soltar lágrimas. Luego de casi media hora en que no cesábamos de expresar la alegría por el fin del absurdo suplicio, surgieron propuestas de los alemanes que permanecerían en Amherst: querían brindarnos una formal despedida. Se ordenaron en una larga guardia de honor que iba desde el fondo del oscuro dormitorio común, salía al patio y llegaba a los altos portones de la muralla. Los oficiales ingleses no lo pudieron entender enseguida, pero después apreciaron el gesto y se emocionaron: alemanes y rusos que estaban matándose en la guerra, ahí se trataban con aprecio. Caminamos de modo lento y zigzagueante, con las rodillas trémulas, sintiendo el calor que brotaba de los prisioneros con quienes habíamos convivido un mes. De pronto una garganta empezó a entonar un himno revolucionario alemán. Enseguida se le sumaron cientos de gargantas. Desde la derecha y la izquierda, manos rudas nos acariciaban los hombros y la cabeza. Cuando llegamos al portón alguien pidió silencio. Y pronunció un discurso breve que se ensanchó por el aire como un toldo. Era un mensaje a la flamante Revolución Rusa y un insulto a la monarquía prusiana. Aplaudimos y

empezamos a estrecharnos en desordenados abrazos y palmadas. Pocas veces sentí un repudio tan elocuente al crimen de la guerra.

Embarcamos en la misma gasolinera que nos había traído a Amherst y fuimos devueltos al puerto de Halifax. Ahí me reencontré con Natasha y los chicos, que me recibieron con besos interminables, llorando de alegría. Pero un fognazo me quitó la felicidad: reconocí al oficial de la gendarmería británica que había dispuesto nuestra detención. Me le acerqué sin cuidar las formas. Natasha corrió a mi lado y tironeó mi manga.

—¡No arruines nuestra partida!

Con los ojos fuera de las órbitas le prometí que en la Asamblea Constituyente de San Petersburgo interpelaría al ministro de Asuntos Extranjeros sobre el injustificable maltrato que nos aplicaron en esta guarnición. Y lo acusaría con nombre y apellido.

—Yo tengo la esperanza —contestó inmutable mientras acariciaba su fino bigote— de que a usted no lo dejarán siquiera sentarse en la Asamblea.

Le escupí las botas y fui arrastrado por varios marineros al interior del barco. Sobre cubierta permanecimos abrazados con Natasha y los chicos para ver cómo nos alejábamos de un país que nos había tratado con innecesaria crueldad. La ciudad y sus contornos rocosos fueron achicándose hasta desaparecer bajo la línea del horizonte.

El viaje en ese barco danés transcurrió sin contratiempos. Incluso las olas fueron menos agresivas, como si ya hubiesen considerado suficiente el castigo que nos habían descargado hasta ese momento. Pasábamos las jornadas leyendo o jugando con los chicos. Había un piano donde dos mujeres solían entretenernos con obras clásicas y románticas. Una de ellas gustaba repetir *Cuadros de una exposición*, de Mussorgsky, una obra que siempre atraía mi atención por sus aromas rusos y la variedad de timbres, ritmos y melodías.

Octava etapa

Soberano

Rusia
(1917)

Una ola incontenible

Sucesivos telegramas informaron a San Petersburgo sobre nuestras etapas oceánicas y terrestres. Nos montaron un desmedido recibimiento en la estación de tren, con flores y banderas. Fui alzado en andas. Tuve que expresar mi alegría con un discurso en el que no dejé de insistir sobre la segunda y verdadera revolución, la que ahora debíamos concretar.

La agitación siguió hasta la calle. Hombres y mujeres me acosaron con preguntas y otros me quisieron transmitir informaciones de primera mano. Pedí ser llevado al Comité Ejecutivo del Soviet mientras Natasha y mis hijos fueron a buscar alojamiento con una columna de personas impacientes por brindar ayuda.

Al ingresar en el salón donde fui presidente una década atrás, me saludaron con frialdad y desconfianza. Había un clima distinto al que respiré minutos antes. Sin embargo, los escasos bolcheviques, contra lo esperable, exigieron mi incorporación. Sabían que yo no comulgaba con todas sus ideas, pero apreciaban mi desempeño. La inesperada decisión alteró a muchos. Yo mismo, aún cansado por el viaje, no supe qué decir. Los mencheviques cuchichearon una fórmula intermedia con los narodniki, ya que entre ambos eran la mayoría. En la rápida deliberación hubo elogios y agravios; por fin se convino admitirme con voz y sin voto. Sea, dije. Entonces mandaron confeccionarme un carnet de directivo e invitaron a sentarme a la mesa. Pusieron delante de mis manos un vaso de té y rebanadas de pan negro con manteca. El frío inicial empezaba a disiparse.

Natasha luego me contó que los chicos se asombraron al oír hablar ruso por las calles y ver en las paredes afiches con caracteres cirílicos. Tampoco Natasha lograba orientarse. La deslumbraron los oficiales con cintas rojas en el pecho cantando himnos rebeldes. Los tranvías se desplazaban con militares afines a la revolución. En las avenidas se desparramaban las tropas para hacer la instrucción: unos soldados se tendían en tierra, luego desfilaban y volvían a tenderse. Esto tenía una lamentable explicación: sobre los hombros de la buena revolución en marcha mordía el monstruo de la guerra. Los líderes de la llamada democracia revolucionaria no se atrevían a proponer su fin por miedo a perder el apoyo de la Entente. Nunca pude reunirme con Kerensky, presidente del Gobierno provisional, que semejaba un perro desorientado en la tormenta. Pero conocía a varios ministros, con quienes me había cruzado en

mitines o congresos, dentro y fuera del país, y que no formaban un equipo lúcido ni valiente.

Lenin sostenía que Kerensky era un charlatán. Lo consideraba irrelevante, apenas un sujeto favorecido por el minuto histórico. Su padre había sido un buen maestro en la lejana Simbirsk, pero su hijo ni para maestro servía. La ola revolucionaria que estalló en 1917 arrastraba a multitudes vírgenes que reclamaban un brazo robusto y creativo.

Natasha encontró lugar en el cuarto de un hotelito. No terminamos de acomodar nuestras pertenencias cuando abrí la puerta a un oficial vestido de gala.

—¿No me conoce usted?

No, no lo conocía.

—Soy Loginov.

Este oficial había sido cerrajero en 1905. Luchó contra la policía del Zar y me protegió en un asalto nocturno. Ahora dirigía dos fábricas metalúrgicas. La reciente revolución democrática enardecía su conciencia. Supo de mi regreso por los diarios y venía a ofrecernos vivir en su casa. Junto con Natasha sentimos gratitud e incomodidad a la vez. Insistió. Para convencernos propuso que antes de llevar el equipaje le hiciéramos una visita. Fuimos en su carruaje, tirado por dos caballos. Llegamos a una mansión que compartía con su joven esposa. Aún no tenían hijos. Un recorrido superficial demostraba que en esa vivienda no nos faltaría nada. Era un oasis en medio de la ciudad ruidosa. Ella prometió mandar al día siguiente dos empleados que nos ayudasen a empaquetar. Natasha me pellizcó el brazo.

—Aceptemos. Podrás seguir tu actividad sin angustiarte por el confort de la familia.

Loginov y su esposa fueron atentos y cariñosos. Pero cuando la conversación rodaba hacia los temas políticos, la situación cambiaba. Loginov era nacionalista y defendía las ambiciones rusas de expansión. Más tarde resultó que odiaba a los bolcheviques tanto como a los alemanes. Y consideraba a Lenin un agente prusiano. Al principio traté de ignorar sus palabras. Después me esforcé por mostrarle que estaba errado. Pero no conseguí aflojar sus prejuicios. Natasha me prohibió seguir discutiendo, porque ofendía a nuestro generoso anfitrión. Llegó un momento en que se me acabó la paciencia y expresé en el mejor tono posible que pensábamos diferente: o evitábamos los temas políticos o tendríamos que abandonar su mansión. Pero la política siguió filtrándose por caprichosas ranuras y decidimos regresar al hotelucho. Loginov y su esposa lamentaron nuestra partida y se ocuparon de que su servidumbre nos ayudase en la mudanza.

En esos meses aumentaron las calumnias contra los bolcheviques, estimuladas tanto por otros sectores revolucionarios como por el Gobierno provisional. La sola palabra “bolchevique” suscitaba desdén. Algunos afirmaban sueltos de cuerpo que

eran peores que los anarquistas, destructores de la nación, saboteadores de los trabajadores, enemigos del campesinado. Cundía la campaña sobre el vagón precintado en que Lenin había hecho su viaje desde Suiza, cruzando toda Alemania sin inconvenientes. Aseguraban que eso probaba su carácter de “agente prusiano”. Pronto me acusaron también a mí de haber obtenido ayuda alemana. Quien asimismo contribuía con entusiasmo a esas descalificaciones era el fantasioso George Buchanan, embajador inglés. Entonces decidí poner en la picota a los difamadores y busqué el momento más contundente. Estaba reunido el Primer Congreso soviético panruso donde los bolcheviques contaban con una ínfima minoría. Ante la sala abarrotada pedí la palabra.

—Nos acusan de ser agentes a sueldo del Gobierno alemán. Pues bien, desde esta tribuna me dirijo a la prensa honrada de Rusia, con el ruego de que recojan estas palabras: ¡Mientras Miliukov no retire su acusación, sobre su frente quedará impreso el estigma de ser un calumniador vil!

Continué mi discurso con referencias a mi odisea en Halifax y la complicidad del ministro con el embajador británico. Logré arrancar una ovación clamorosa. Los aplausos se mantuvieron potentes más allá de lo habitual. Pero ese triunfo duró poco. Miliukov recogió el guante y al día siguiente lanzó la temeraria denuncia. Afirmó que una Liga patriótica alemana de Nueva York me había entregado diez mil dólares para combatir al Gobierno provisional.

Casi exploté de rabia, pero conseguí serenarme lo suficiente para desarmar semejante mentira. Con datos en la mano informé que antes de abandonar los Estados Unidos un nutrido grupo de obreros alemanes —ante quienes había pronunciado varias conferencias—, en unión con amigos americanos, rusos, letones, judíos, lituanos y finlandeses, me organizaron un acto de despedida e hicieron una colecta para ayudar a la Revolución Rusa. Las pruebas constaban en la prensa. La colecta ascendió a trescientos diez dólares, ni un centavo más. También lo documentaba la prensa. Autorizado por los organizadores del acto, distribuí ese importe entre los cinco emigrantes que volvían conmigo a Rusia, y que me acompañaron en la cárcel de Amherst. Para terminar de romper esa construcción embustera, confesé que en ningún momento de mi vida tuve diez mil dólares juntos, ni siquiera la décima parte de esa cantidad.

Derrumbaron la puerta de nuestra habitación a patadas. Nos arrancaron del sueño y no tuvimos tiempo de encender una lámpara. Ingresó una jauría de uniformados que se abalanzó sobre mi cama. Natasha empezó a chillar. Me alzaron en vilo. Parecía que hubiésemos regresado a la época del Zar. Los policías amenazaban con sus armas. Uno de ellos descargó un latigazo sobre las maderas del piso y ordenó que me vistiera, porque debía acompañarlos a la comisaría. Les grité que era miembro directivo del Comité revolucionario. No quisieron escuchar. Exhibí rabioso mi

credencial, pero tampoco la miraron. Fui empujado hacia la calle (¡otra vez!) y no pude despedirme de Natasha y los chicos, que permanecían petrificados.

El Gobierno me acusaba de responder a las órdenes del Kaiser y de Alemania. La instrucción del sumario fue encargada a varios juristas que se habían desempeñado en el zarismo y no perdían tiempo para verificar las evidencias. La única prueba que adujo el hosco presidente del tribunal era que yo había cruzado el territorio de Alemania en un vagón precintado junto con Lenin. Pero ese viejo idiota no tenía la menor idea sobre la verdad. Quien había realizado el viaje junto a Lenin fue el bohemio de Julius Márto, caudillo de los mencheviques. Ignoraba que yo había llegado desde Nueva York un mes más tarde. Pero no se trataba de un juicio ecuánime, así que no interesó escuchar testimonios y fui enterrado en una cárcel.

Urgía al Gobierno demostrar a sus socios ingleses y franceses que controlaba la situación y condenaba cualquier alianza con el enemigo. Desesperado, Kerensky despachó hacia el frente a varios regimientos revoltosos para mantenerlos fuera de la capital. Ya había movilizado quince millones de hombres sin anotarse victorias. La guerra consumía recursos, sofocaba la economía y aumentaba los síntomas de una hambruna inminente. Casi todo el parque móvil había viajado a las líneas de combate. Ya escaseaba el combustible y no había operarios para reparar locomotoras. Se agotaban las reservas de harina. Muchos trabajadores se manifestaron en favor de los soldados que no querían marchar hacia el sanguinario frente.

Kerensky intentó apaciguar el descontento mediante la incorporación de seis ministros socialistas, pero no modificaron nada y sumó otra frustración a la lista que ya le quitaba el sueño. Aumentaron los mítines en las fábricas y en los regimientos de todo el país. Esa suma de quiebres produjo la reacción creciente del partido Kadete, antirrevolucionario, y una Asociación de Oficiales que decía reunir cien mil jefes militares. Muchos terratenientes se recuperaban del pánico que les había producido la instalación del débil Gobierno provisional y celebraron en Moscú un congreso de los propietarios de la tierra, que incluso se atrevió a insinuar la reposición de la monarquía.

El caos se generalizaba y determinó que, de súbito, fuese excarcelado poco antes de las históricas Jornadas de Julio. Mareado por el encierro, caminé en busca de mi familia, a la que podían haber enviado a otra parte. Me reconoció un camarada. Advertido de mi mal estado, se ofreció a guiarme.

Por suerte encontré bien a Natasha y los chicos. Tras un descanso de veinticuatro horas me reuní con algunos camaradas para recorrer fábricas y regimientos. Imploraba serenidad ante la peligrosa creciente del caos. El tiempo no estaba maduro para apretar el torniquete. No bastaba tomar el poder —que ya parecía al alcance de la mano—, sino conservarlo después. Desde los cuatro puntos cardinales amenazaban el partido Kadete, los cosacos y gente imbuida de prejuicios. Mi posición recibió

abucheos, claro, porque la consideraron cobarde y reaccionaria. Tuve que gritar que la impaciencia puede llevar a una contrarrevolución. No obstante, en un debate hasta la madrugada decidí acompañar la manifestación del 4 de julio. Tendría un severo costo político mantenerme al margen. Los obreros de la fábrica Putilov, con sus mujeres y niños, ya constituían una masa de treinta mil personas que recorrían de un extremo a otro las calles de la ciudad. Seguí insistiendo que la manifestación fuese pacífica, ¡basta de ensuciar las calles con la sangre de los trabajadores! A las pocas horas se sumaron a la manifestación otros centenares de miles. Nunca había visto algo semejante. Varios obreros vinieron armados. Esa multitud avanzó hacia el palacio de la Táurida voceando “¡Todo el poder a los Soviets!”

Desde los techos empezaron los disparos. Si bien se dirigían al aire, las corridas podían causar más heridos que las mismas balas. Muchos, arriesgando el pellejo, impulsamos que la manifestación se disolviera, no podríamos vencer a las armas. Y lo conseguimos. La gente tomó diversos caminos y la protesta finalizó derrotada. Pero sin sangre. Cesaron los disparos. Nuestro fracaso, sin embargo, no estimuló la pacificación, sino una represión salvaje del Gobierno, que acusó a Lenin de organizar provocaciones.

Nos llegó otra mala noticia. Las tropas alemanas rompieron el frente ruso y ganaban kilómetro tras kilómetro. Pronto llegarían a San Petersburgo. A los soldados se les mintió que las provocaciones de los revolucionarios en la capital impedían abastecerlos como correspondía. En consecuencia, gente indignada asaltó nuestro local, la imprenta fue destruida, los hilos telefónicos cortados, los redactores apaleados. Todos los dirigentes bolcheviques, con nombre y apellido, fuimos acusados de traición a la patria. Lenin tuvo que pasar a la clandestinidad. Yo no supe qué hacer.

Los macabros partes de guerra obligaron a que el mismo Kerensky, pese a su cobardía, se arriesgase a visitar el frente. Realizó una patética recorrida. Juraba, amenazaba, se arrodillaba, besaba el suelo, hacía payasadas y esquivaba la martillante pregunta de los soldados: “¿Cuándo terminará esta guerra!?” Por el contrario, obnubilado por la angustia, ordenó un ataque sorpresivo a los alemanes. Necesitaba lucir una victoria a toda costa, aunque fuese chica. Pero el ataque terminó en otro desastre. Entonces, con la impudicia propia de un niño, afirmó que los revolucionarios éramos los culpables, sin aportar pruebas que fundamentasen tamaña acusación. Gran parte de la sociedad ya le había quitado su confianza y él resbalaba por un oleaginoso declive.

Fui convocado para arengar en el palacio de la Táurida. Antes de pronunciar el primer vocablo dos compañeros me susurraron que un tropel sospechoso pretendía secuestrar al ministro de Economía en la puerta del edificio. Sin dar explicaciones abandoné el estrado y corrí a la calle. Me parecía absurdo e inconducente matar a un

ministro. Su coche ya había sido rodeado por un cordón de personas que escupían e insultaban. Trepé sobre varios hombros, pisé cabezas y llegué al techo del automóvil en medio de insultos. Me erguí desafiante y produje la deseada sorpresa. Inspiré hondo para usar toda la fuerza de mi voz. Tenía que provocar un giro de la tendencia.

—¡Quien desee asesinar al ministro, que levante la mano!

Estupefactos, nadie levantó la mano ni abrió la boca.

—¡Ciudadano Tchernov! —dije al ministro acurrucado en la profundidad del automóvil—. ¡Usted está libre!

Pedí que me abrieran espacio, salté al piso, abrí la puerta y con cierta solemnidad lo invité a salir del coche. El hombre temblaba: podían romperle la cabeza con un ladrillo. Le di la mano y lo saqué con un leve impulso. Lo acompañé hacia la escalinata del palacio. Subió a los tropezones, exangüe, mientras la gente lo observaba con súbita pena.

En el apurado regreso al salón me esguincé el tobillo izquierdo. Caí al piso, pero enseguida alguien que debía ser enfermero o algo parecido, reclamó pañuelos a las mujeres y me aplicó un vendaje compresivo. A duras penas conseguí pararme y traté de ignorar el dolor. Volví a la sala rengueando. Algunos de los que me habían seguido a la calle comentaban mi salvataje del lastimoso ministro. Pedí silencio y también narré el percance; hacía rato que había aprendido sobre la fuerza de las anécdotas para captar la atención de cualquier público. Enseguida me concentré en el tema programado, que se refería a la grave situación militar.

El dolor del tobillo no cedía y tampoco mi decisión de continuar los debates en la mayor cantidad de ámbitos posible. Ya tarde en la noche me asombraron gritos de victoria. No era un triunfo contra los alemanes, sino que llegaba del frente todo un regimiento para ponerse a nuestras órdenes. ¡Nuestras órdenes! No las del Gobierno provisional, que había reconocido que en la capital no le quedaba un solo cuerpo en el cual fiarse; por eso había convocado a ese regimiento. Pero ese regimiento resolvió darle la espalda y unirse a nosotros.

Los bolcheviques aún éramos impopulares e irritantes. Los *junkers*, aprovechando ese clima adverso, asaltaron y saquearon nuestra sede en el palacio de la Tchessinskaia y destruyeron la imprenta de *Pravda*. También quemaron, entre otros originales, mi folleto *¡A los calumniadores!* Antes de partir sembraron cuartillas con textos injuriosos. Realizaban detenciones arbitrarias y descargaban palizas feroces a todo sospechoso de insubordinación. Cosacos y *junkers* robaban el dinero a los detenidos afirmando que eran sucias dádivas alemanas. Parecía que rodábamos hacia un aplastamiento mortal. El partido sentía la ausencia del sólido Lenin y muchos camaradas prefirieron cruzar los brazos en la espera de los acontecimientos. Un grupo de camaradas me rogó que tomase la palabra en el Comité Ejecutivo para fijar una línea de orientación. Los miré perplejo, porque aún no me había afiliado a los

bolcheviques, aunque me reconocía bolchevique y militaba junto a ellos. Mi hesitación aumentó la fuerza de su pedido. Pensé unos minutos y dediqué mis primeros dubitativos párrafos a expresar que coincidía con las *Tesis de Abril* lanzadas por Lenin pocos meses atrás. En ellas estaban las columnas de nuestra visión y de nuestra fortaleza. No debíamos flaquear en ese momento, porque se trataba de dificultades transitorias. Para ilustrar mis palabras, expuse con detalle los datos objetivos que nos llevarían a la victoria. Estábamos asediados y golpeados, pero no carecíamos de recursos. Mientras hablaba pude ver cómo varios semblantes cambiaban y en muchos ojos asomaban lágrimas y fulgores de gratitud.

Al terminar me senté, doblegado por el esguince que aún seguía mordiendo mi tobillo. El dolor me resucitó los rostros admirativos de mamá y la inteligente sonrisa de Alexandra. Ambas miraban al travieso niño de Iánovka y a un caprichoso joven en la huerta de Franz. Estaban contentas de que ese niño y ese joven dieran tanto ánimo a una legión de luchadores.

La creciente

Cambiamos el hotelucho por un cuarto alquilado a la viuda de un periodista. Era más barato y más amplio. Nos recibió con simpatía. Pero en el nuevo domicilio —con excepción de la dueña— los demás habitantes me esquivaban como a una bestia peligrosa. Nuestra cocinera, cuando iba a buscar el pan, era objeto de ataques por parte de otras mujeres. A Sergio le hacían burla en la escuela llamándolo “presidente”. Natasha, cuando regresaba después de pasarse el día trabajando en el sindicato de la madera, tenía que soportar la despectiva mirada del sucio portero. Trepar las escaleras del edificio era una tortura, porque desde las paredes brotaban insultos. La viuda nos contó que le preguntaban si aún no habíamos destrozado los muebles, “porque los bolcheviques son unos salvajes”.

De súbito acabó esa guerra. En San Petersburgo había estallado una nueva peste llamada locura. El giro de nuestra situación sólo podía ser entendida de esa forma. El portero empezó a saludar a Natasha con una reverencia que sólo dispensaba a los inquilinos influyentes. En la panadería le entregaban a nuestra cocinera su ración sin demora. Nadie cerraba la puerta en las narices de Natasha o de mis hijos, como había sucedido hasta entonces con frecuencia. Algunos se sacaban el sombrero al verme. ¿Qué pasaba? ¿Quién era el mago?

El mago se llamaba Nikolai Markin.

Markin era un artillero de la flota en el Báltico y un bolchevique de la primera hora. Tardó en revelar su preferencia política, porque no le gustaba exhibirse. Tampoco era buen orador; al contrario, hasta en privado enhebraba con dificultad sus palabras. Pero tenía el cuerpo de un titán. Sin que yo lo supiese, tomó la iniciativa de brindarnos su ayuda. Por casualidad trabó amistad con Leoncito y Sergio, porque no tenía hijos y amaba a los niños. Les obsequiaba panecillos untados con manteca y miel. Los buscaba a la salida del colegio y se enteró del maltrato que aplicaban a nuestra familia. Hasta se tomó el trabajo de espiar la discriminación que aplicaban a nuestra cocinera cuando salía de compras. Entonces urdió un plan y se presentó ante el portero y el consorcio del edificio, acompañado por los marineros más corpulentos que pudo reunir. Como no sabía hablar, sus frases sonaron igual que hachazos. Ni siquiera hizo falta repetir una palabra. Tuvieron que pasar varias semanas hasta que Natasha y yo nos enteramos de las razones del cambio. Y convertimos a Markin en

un miembro más de la familia.

Tan pronto el Soviet se proclamó bolchevique, el Gobierno y nuestros rivales se ocuparon de impedir que dominásemos el diario *Pravda*. No había más remedio que lanzar otro. Comenté la situación a Markin, quien me escuchó atento, se dio una palmada en la rodilla y prometió ocuparse. Durante varias jornadas este hombre desaparecía y volvía, siempre callado. Pero pronto tuvimos en la calle *El Obrero y el Soldado*. Markin pasaba mucho tiempo en la redacción que había armado. No era periodista, sino un ser prodigioso que generaba maravillas. Era un equivalente de Iván, que en Iánovka pudo arreglar pianos, expulsar cientos de enemigos con un látigo de seis metros, construir todo lo imaginable y leer los secretos de su poder en el humo de la pipa.

Columnas de delincuentes aprovechaban la anarquía para asaltar bodegas, palacios y comercios en busca de alcohol. Eran empujados por quienes deseaban abortar nuestra revolución en marcha. Markin se lanzó a la lucha. Organizó grupos que defendiesen las bodegas y, cuando no era posible salvarlas, procedía a su demolición, metido hasta las rodillas en lagos de vino. Con la ayuda de marineros leales orientaba el noble líquido hacia las aguas del río Neva. Algunos borrachos se arrojaban sobre las alcantarillas para lamerlas. Markin peleó revólver en mano por librar al pueblo de la embriaguez que lo enajenaría más. Una noche llegó a nuestro departamento empapado en vino. Sergio y Leoncito rieron del olor que despedía su ropa. Se bañó, cambió y dijo que aún le quedaba mucho trabajo. Mis chicos lo acompañaron hasta la puerta, con el amor que sólo se brinda a los abuelos.

En el verano asomaron los colmillos del general Kornilov. Este hombre era peligroso de verdad. Pretendía convertirse en el dictador de Rusia. Lo manifestaba sin pudor. Ante su imparable avance, el Gobierno suplicó ayuda de los marineros de Kronstadt. El crucero *Aurora* enseguida fondeó en las aguas del Neva para brindar su ayuda. Pude observar ese movimiento a través de los barrotes de la celda donde me volvieron a encerrar. ¿Cuántos arrestos ya llevaba? Los marineros del *Aurora* mandaron una delegación a la cárcel para hablar conmigo. Deseaban saber si ante el inminente ingreso de Kornilov debían proteger el Palacio de Invierno o dejarlo caer. Era la residencia de Kerensky. Les dije sin titubear que Kornilov era peor y había que frenarlo.

Natasha vino a visitarme con los chicos, que absorbían rápidas experiencias políticas. Habían pasado dos semanas en el campo con la familia de un Comandante retirado. A esa casa acudían oficiales que, entre trago y trago, despotricaban contra los bolcheviques. Algunos de ellos estaban por partir hacia el sur, donde se concentraban grupos que más adelante integrarían las legiones reaccionarias de los blancos. Un hombre joven se permitió recordar que Lenin y Trotsky eran espías de los alemanes. Leoncito saltó sobre él con una silla en alto, y Sergio blandió un

cuchillo de la mesa. Los tuvieron que desarmar entre varios. En el dormitorio, donde los encerraron con llave, rompieron a llorar. Planearon huir a pie hasta la capital. Por fortuna llegó Natasha, los tranquilizó y los llevó consigo. Más elocuente que aquella aventura les resultó observar cómo su madre me deslizaba una navaja envuelta en un pañuelo por entre las rejas del locutorio cuando el gendarme miraba hacia otro lado.

Desde la cárcel escuchamos los cañonazos del general Kornilov. Ya merodeaba en la periferia de San Petersburgo. Si lograba penetrar, su primera acción sería fusilar a todos los bolcheviques detenidos. El Gobierno provisional pensó de la misma forma y dudó si valía la pena defender la prisión. Pero al fin mandó una escasa tropa, sin advertir que en su mayoría eran bolcheviques decididos a devolvernos la libertad. Apenas salí a la calle avisé a mi familia que estaba bien y me integraba al Comité de Defensa de la Revolución, que acababa de constituirse. Su composición era plural, porque diversos sectores sentían de la misma forma la tragedia que significaría un Kornilov en el gobierno. Me senté junto a los mismos caballeros que me habían enviado a la cárcel por considerarme “un maldito agente prusiano” o “un salvaje bolchevique”. Ahora nos unía el enemigo común. Los miré con sorna y al que tenía junto a mis hombros le palmeé la espalda.

—Las vueltas de la vida, ¿no? —dije.

Los bolcheviques apoyamos defender la ciudad y marchamos hacia los puestos de lucha. Curiosamente, Kornilov frenó su avance. Nadie podía entenderlo, porque ya estaba a pasos de conseguir un triunfo aplastante. Pero, como buen militar, habría averiguado sobre el tamaño de la resistencia. Una resistencia demasiado fuerte no le dejaría tomar el poder con la gloria que ambicionaba.

Tras ese giro, los bolcheviques despreciados y calumniados empezamos a engrosar con nuevos seguidores. Nuestra firme presencia comenzaba a ser apreciada como una garantía. Kerensky, en cambio, bajaba de modo constante la popularidad de sus remotas primeras semanas. Pero aún los bolcheviques no queríamos despojarlo de la presidencia. Mi insistencia en esperar el momento maduro logró convencerlos.

El Soviet era plural, con mil componentes; la votación se hacía con la voz de cada uno y muchos debían hacerlo desde el pasillo, porque no quedaba lugar en la sala. En los recreos yo me paseaba haciéndome lugar a los codazos. Éramos una multitud. De pronto advertí que ya teníamos más de cien votos sobre el total de la coalición formada por todos nuestros adversarios. Es decir, ¡los bolcheviques estábamos adelante! ¿Habíamos vencido dentro del Soviet? ¡Sí, habíamos vencido!

Subí a los trancos hasta lo alto de la tribuna y ocupé el sitio del presidente. Estalló entonces una vocinglería infernal. Mis emociones también se habían alterado y vibraban en el corazón ecos de la Revolución Francesa, cuando los jacobinos se impusieron sobre los girondinos. Me latían las sienes. Pero entre las imágenes felices apareció de súbito, como una advertencia del diablo, la guillotina.

Un menchevique pidió la palabra para reconocer la legitimidad de nuestra victoria. Fue digno y en el discurso formuló votos para que las nuevas autoridades se sostuviesen por lo menos la mitad del tiempo que ellos habían estado al frente de la revolución. Le agradecí y dije que debíamos privilegiar la unidad del campo revolucionario, que nos aproximábamos a la culminación de una gesta.

Luego me dirigí al Instituto Smolny, casi una fortaleza, donde los bolcheviques habíamos instalado el centro de operaciones. Durante esa semana no salí de ese lugar porque desde allí se decidiría el destino de Rusia y del siglo. Me vinieron a visitar Natasha y los muchachos, locos de alegría por mi liberación y por ser el presidente del Soviet otra vez, luego de doce años.

Dormía vestido, de modo intermitente, sobre un sofá de cuero. Mi descanso era interrumpido por la llegada de informantes y de telegramas. El teléfono no detenía sus timbrazos.

El Instituto Smolny, de unos doscientos metros de largo y tres pisos de altura, había sido transformado por completo. Estaba alejado del centro, sobre la orilla del Neva. Tenía cúpulas azules con dibujos en oro. Hasta él se arrimaba un fatigado tranvía. Había sido un pensionado de lujo para señoritas nobles. Por eso a su alto pórtico lo coronaba un blasón imperial esculpido en piedra. Contenía un centenar de habitaciones amplias, pintadas de blanco. Aún quedaban rótulos en esmalte sobre su pasada actividad: “sala de profesores”, “cuarta clase”, “rectorado”. Sobre ellas se habían adherido las nuevas funciones: “Soviet”, “Asuntos Extranjeros”, “Comité de fábricas”, “Comité del ejército”, “Unión de soldados socialistas”. Se abrían largos corredores por donde se desplazaba una multitud cargada con paquetes de boletines y proclamas. Las rústicas botas resonaban como cascos de caballos. Junto a las escaleras anchas se habían instalado mesas que ofrecían folletos. Parecía la insaciable fábrica del dios Vulcano.

En la planta baja funcionaba un sencillo restaurante al que cualquiera podía acudir. Se conseguía comida por dos rublos, pero había que hacer una larga fila hasta llegar a los mostradores donde veinte hombres y mujeres servían sopa de col, que a veces tenía pequeños trozos de carne. También ofrecían una porción de casha espesa y pan negro. El único cubierto era una cuchara de madera que se sacaba de un cesto. Cada uno, desde el más encumbrado al más irrelevante, debía buscar su sitio en los largos bancos de madera.

El antiguo y elegante salón de baile había sido convertido en un estadio de sesiones. Centenares de globos eléctricos enroscados a candelabros desparramaban una fuerte iluminación. En un extremo permanecía un dosel de terciopelo flanqueado por lámparas de varios brazos. Allí se habían realizado grandes fiestas con aristócratas enfundados en trajes relucientes, mujeres embellecidas por vestidos originales y alhajas carísimas, militares cargados de condecoraciones y popes

envueltos por pesadas túnicas con costuras de oro y plata.

Dentro y fuera del Instituto Smolny arreciaban los debates. Entre los oradores, algunos hacían estremecer los muros y otros se llevaban la mano a la garganta por su afonía. La revolución de 1905 me había enseñado a dosificar el esfuerzo de las cuerdas vocales. Todos los días se desarrollaban fogosas concentraciones en fábricas, escuelas, teatros, circos, calles y plazas, y sobre ellas me mandaban pilas de informes. El pueblo burbujeaba hervor, se venía algo grande. Yo regresaba a mi sillón de cuero exhausto —cuando regresaba— después de la medianoche, para dormir un rato. Pero la excitación no me dejaba cerrar los párpados. Cavilaba nuevos argumentos contra mis adversarios, reprochaba a los débiles, urdía consignas. A las siete de la mañana, cuando el exterior aún estaba oscuro y helado, sonaban en la puerta los golpecitos odiosos que me venían a sacar de la improvisada cama, sin importarles si ya me habían llamado por algún cable o una pregunta. Bebía un vaso de té, comía un pedazo de pan y me iba a discursar. No acababa de hablar en un sitio cuando ya me venían a buscar de otras fábricas o teatros o escuelas donde se habían reunido centenares de personas.

Una repercusión superlativa adquirieron las concentraciones en el Circo Moderno. Allí competíamos por trepar a la tribuna y enardecer a su enorme audiencia. Los bolcheviques fuimos ganando espacio y pronto lo consideramos una trinchera propia. Si en el Soviet alguien atacaba a un menchevique o un simpatizante del Gobierno, le gritaban “¡Eh, que aquí no es el Circo Moderno!” Comencé a frecuentar esa tribuna casi todas las tardes y, a veces, también las noches. El público estaba compuesto por obreros, soldados, madres que se ganaban la vida con su trabajo, muchachos de la calle, gente miserable. No quedaba un sitio libre, los cuerpos se apretujaban y los niños se encaramaban sobre la espalda de sus padres. Los bebés seguían chupando pechos mientras sus madres lanzaban gritos de aprobación o rechazo. Nadie fumaba, así yo lo había pedido y tomaron mis palabras como una orden. Existía el peligro de que las atestadas galerías se hundiesen bajo el peso de tanta gente. Para acercarme a la tribuna debía viborear entre los cuerpos y pisar sobre los hombros de algunos camaradas. Hombres y mujeres querían saber, comprender, encontrar el camino.

En una ocasión se me cortó la frase. Tragué saliva y quedé hipnotizado ante un par de caras. Miles de ojos se fijaron en los míos. En medio de la muchedumbre estaban mis dos hijas, a las que no veía desde hacía años. Les mandé un beso con la mano e hice señas de vernos al final. La impaciencia acortó mi discurso. La salida del Circo era más difícil que la entrada. La gente no podía despegarse. Me sacaron por encima de los cuerpos. En la calle cubierta de nieve, azotados por la ventisca, nos abrazamos con desesperación. La mayor tenía quince años y la otra trece y medio. Ambas eran siberianas, productos del destierro, el amor y el sacrificio. Me contaron

que vivían en San Petersburgo, con Alexandra, cerca del Circo. Habían participado en las marchas de Julio, donde una perdió los anteojos y ambas los sombreros y los zapatos durante las corridas. Les propuse visitarme en el Smolny, cosa que hicieron varias veces.

Cientos de personas me seguían por la calle y a menudo me encerraban, agitadas, afectuosas. Algunas hacían preguntas, otras me gritaban en la oreja sus opiniones. En una ocasión fui arrastrado varias cuadras por unos amigos hasta llegar a unas puertas que se abrieron de súbito. Procuraban rescatarme de la multitud. El edificio era otro viejo palacio. Lo había mandado construir un Zar para su bailarina favorita. Ahora cobijaba a un pequeño grupo bolchevique.

—¡Tienen buen gusto! —exclamé.

Contra los tapizados de seda se recortaban los grises uniformes y las botas gastadas de nuestros soldados. De algunos cuadros colgaban banderas rojas. Aún flotábamos en la confusión: pasado y presente, lujo y miseria, cuadros famosos y banderas rojas, calzados rotos y botas militares.

¡Al asalto!

En el otoño la lluvia se tornó continua, alternando garúas con chaparrones. La electricidad sólo se proveía a las viviendas desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche. Durante varios días faltó pan. Por toda una semana desapareció el azúcar. La leche sólo alcanzaba para la mitad de la población. Había que hacer fila durante horas ante cualquier mostrador de alimentos. Algunas de esas filas estaban formadas por gente que se apostaba desde antes que despuntase el alba; varias mujeres llevaban sus hijos en brazos, envueltos con pieles. En otros sitios algunas personas buscaban proveerse de armas para defenderse o atacar. Los precios del calzado subían hasta niveles absurdos y muchos optaron por envolver sus pies con trapos, como hacían los labriegos en el campo o los condenados en Siberia.

No obstante, las funciones artísticas proseguían, incluso los domingos. La cultura, milagrosamente, no aceptaba rendirse. Era una paradoja indescifrable. El famoso bajo Shaliapin cantaba en la ópera. Había programas de ballet. En el teatro Alejandro se representaba *La muerte de Iván el Terrible* con la puesta en escena de Meyerhold. Pero las colecciones más valiosas del Hermitage y de otros museos habían sido evacuadas a Moscú —ante el pánico desatado por el avance de Kornilov—, y allí seguían inaugurándose exposiciones. En San Petersburgo aún concurría gente a conferencias sobre literatura y filosofía. Para fugar de la realidad los poetas componían versos sobre el último estío, los pintores coloreaban óleos sobre paisajes del pasado y los compositores llenaban pentagramas con ritmos alegres.

En el hall de algunos hoteles se paseaban guardias con altos gorros de piel, libreas bordadas y sables del Cáucaso, como si aún gobernase la aristocracia. Las esposas de los funcionarios —en estado de delirio— se reunían a tomar el té en los salones y cada una llevaba en su bolsillo una pequeña caja de oro, en la que guardaban terrones de azúcar. Muchas suspiraban, en secreto o no, por la triunfal llegada de los alemanes: ¡éstos sabrían cómo restablecer la disciplina del servicio doméstico!

En pocos años la Rusia feudal había girado hacia un capitalismo acelerado. Pese a nostalgias diversas, se eliminaron los monogramas e insignias zaristas y las criadas dejaron de ser tratadas como bestias. Ya se había otorgado derecho de voto a todos los hombres y mujeres. Abundaban más diarios que nunca y muchos obreros habían aprendido a leer. Hasta los cocheros tenían su sindicato. Los camareros de los hoteles

y restaurantes también se habían organizado; para elevar su dignidad, resolvieron negarse a recibir propinas; hasta ponían carteles con una explicación ejemplar: “Porque un hombre esté obligado a ganarse la vida sirviendo a otros, no es necesario insultarlo ofreciéndole una propina”.

Rusia entera polemizaba sin descanso. En cada población, aunque chica, se imprimían uno o varios periódicos y revoloteaban por las cabezas proclamas llenas de energía. Del Instituto Smolny salían a diario toneladas de papel escrito que se distribuía en la capital y se despachaba por tren al resto del país. En cada esquina, en las estaciones, en las paradas de los tranvías, en el hall de los teatros, se reunían grupos para discutir. Todos querían saber y se superponían congresos, conferencias, cónclaves.

Alternaban las noticias políticas con asuntos económicos, sociales y filosóficos. En los teatros, circos, clubs, escuelas, salas de reunión, restaurantes, cooperativas, locales de los sindicatos, fábricas y cuarteles no cesaban los encuentros. Se organizaban mitines hasta en las ensangrentadas trincheras porque los soldados, con la piel cianótica de frío, también reclamaban enterarse.

En el sindicato de obreros de la madera, donde trabajaba Natasha, se había conseguido formar una mayoría bolchevique. Su presidente compartía “el punto de vista de Lenin y Trotsky”, dijo con orgullo y esa frase empezó a ser repetida por todas partes. Era inminente un gran alzamiento y yo temía que se me reventase el corazón.

—Hoy en el tranvía —contó Leoncito— unos cosacos iban leyendo la proclama de papá titulada *¡Hermanos cosacos!*

—¿Y qué?

—Pues la leían, los cosacos, se la pasaban unos a otros, era muy hermoso verlos...

—¿Les gustaba?

—¡Sí, mucho!

Un ingeniero que tenía una familia numerosa e hijos de diferentes edades se ofreció a llevarse a los muchachos por una temporada. Hasta que cesara la tormenta, dijo.

—La tormenta recién empieza —corregí.

Lo conversamos con Natasha. Analizamos los argumentos a favor y en contra. Llegamos a la conclusión de que no había más remedio que aceptar esa oferta, porque nuestros chicos casi fueron quebrados a patadas en la escuela por los compañeros cuyos padres nos calificaban de criminales. Los despedimos simulando alegría, pero temimos que no volveríamos a verlos. Yo me fui al Smolny y Natasha regresó a su sindicato.

Llegó el sísmico 24 de octubre de 1917 para el calendario occidental y 6 de noviembre para el ruso. Vísperas del suceso que produciría un giro copernicano en la

historia del mundo.

Un intenso frío quemaba los ojos. En esa exacta fecha yo cumplía 38 años, ¡vaya coincidencia! Pero no estaba para frívolas celebraciones personales. Tampoco me seducían las coordenadas astrales ni otros inventos de ese tipo. Sin dormir, taconeaba sobre las baldosas de cada piso. Se venía la explosión. Olía pólvora en el aire.

Los claustros de ese antiguo Instituto para señoritas aristocráticas convertido en el cuartel del movimiento revolucionario estaban aún envueltos por la niebla de una compacta incertidumbre. Iluminados por antorchas oscilantes rodaban las ametralladoras en los corredores y por las puertas asomaban, asustados, los pocos mencheviques que habían elegido permanecer ahí, por las dudas fracasáramos en la intentona.

Una pareja de mediana edad me detuvo. Acababan de entrar y la agitación no los dejaba respirar bien. Venían envueltos en pieles gruesas y unos hilos de hielo colgaban de sus gorros.

—Estuvimos en la imprenta...

—Sí, qué pasa.

—Llegaron policías y militares... La clausuraron —tartamudeó ella.

—Dicen que el Gobierno ha prohibido el diario de los Soviets —agregó él.

—¡No acepto ninguna prohibición! —repliqué.

Me miraron asombrados. Quizá con susto.

—¿Podemos arrancar el sello? —vaciló ella—. ¿Abrir la puerta de la imprenta?

—¡Claro que sí! Los haré acompañar por una escolta.

De inmediato convoqué al Comité y produje un indignado decreto que hice firmar a todos, incluso a los que aún no podían despegar los párpados. Debían protegerse todas las imprentas y los redactores seguir su trabajo. ¡Nada de prohibiciones! Ordené distribuir ese decreto con la velocidad de la luz.

Al rato me llegó la información de que empezaba un problema en la Central de Teléfonos. ¡Qué incordio! Miembros de la Escuela Militar habían tomado el edificio y cancelaron las comunicaciones del Smolny.

—¡Cómo! ¡Es un sabotaje!

El fuego me subía desde el estómago y enrojecía mi cabeza. Indiqué a un grupo de marineros que instalasen dos cañones apuntando a la Central de Teléfonos, sin importar la magnitud de la respuesta.

—¡Haré añicos cualquier sabotaje!

No se produjo respuesta alguna frente a nuestros cañones y en pocos minutos se restablecieron las comunicaciones.

Aproveché el entusiasmo de esa pequeña victoria para exigir a mis camaradas que saliesen a las heladas calles y tomaran por asalto los organismos administrativos del Gobierno. Había llegado el momento de la acción y necesitábamos actuar rápido. Así

como antes había pedido moderación, ahora exigía velocidad. Debían enterarse nuestros enemigos que ya éramos los señores de la iniciativa.

En el tercer piso, donde el Comité sesionaba con leves intermitencias, por lo menos cinco miembros opinaron que yo me había desequilibrado. Uno dijo que me faltaba sueño y otro que era un irresponsable. No perdí tiempo en llevarles el apunte y distribuí los informes calientes que llegaban a mi mesa, más importantes que sus divagues. Me llegaron noticias sobre extraños movimientos de tropas con agitación en los cuarteles, y que las Centurias Negras iban a lanzar otro *pogrom*. Sin demora y sin permiso de nadie difundí una hoja en la que prometía hacer pasar por las armas a los asesinos de las Centurias Negras. Por milagro, fue suficiente para que ni se asomaran a la calle.

El Smolny se había convertido en un fabuloso embudo que chupaba a todos los informantes que habíamos infiltrado en el Palacio de Invierno. Kerensky seguía deliberando sin advertir que estaba a un paso de la caída.

Por nuestros despachos cruzaban soldados, obreros, políticos, porteros y hasta empleadas domésticas. Algunos balbuceaban hechos estúpidos para ganar protagonismo, otros ofrecían datos que me hacían levantar el teléfono e impartir instrucciones.

La congelada humedad traspasaba los muros. En las calles se extendía un edredón de lodo espeso. Por momentos azotaban ráfagas polares. Las horas se escurrían con agitación creciente. El alzamiento empezaba a rugir como un volcán. Quienes velaban armas se impacientaban, contaban las municiones, probaban sus fusiles y aceitaban las ametralladoras. San Petersburgo temblaría por el impacto de las bombas y el granizo de la metralla. Los integrantes del Comité apretábamos los maxilares cuando nos asignamos los distritos que debíamos conquistar. Había que hacerlo de forma sorpresiva y rápida. Años de debates, congresos, pujas políticas y proclamas llegaban a su punto final. Habíamos alcanzado el centro de la goetheana noche de Valpurgis.

Propuse unirme a quienes se apostarían ante el Palacio de Invierno. Mis camaradas se opusieron y ordenaron que permaneciera en el Smolny, como director de orquesta. Acepté a regañadientes, porque me iba a perder lo mejor del espectáculo. Sin habérmelo imaginado nunca, ahora todas mis energías pacifistas se habían transformado en furor guerrero. Quienes me conocían no hubiesen aceptado que era el mismo. Varios de mis colaboradores se sirvieron jarras con té humeante, se despidieron y salieron a meterse en las nubes bajas de la calle congelada.

Hacia el triunfo

Las ráfagas azotaban sin clemencia. El barro y la nieve obligaban a hundirse hasta la media pierna. Desde el Smolny yo distribuía efectivos, aseguraba las comunicaciones y enviaba armas. Me dolía la cabeza, convertida en un samovar hirviente. No podía darme el lujo de parar. Me informaban que las calles estaban cortadas por estalactitas de hielo. La población no salía de sus lechos por susto o por frío. Sólo avanzaban mis hombres, listos para iniciar el ataque. Cuando llegaban a sus destinos se acurrucaban en torno a improvisadas fogatas, atentos a la orden de ataque.

En las salas de los antiguos palacios imperiales deambulaban los espectros de un Gobierno a punto de hundirse. Algunos partes les anunciaban que la noche fue invadida por cucarachas armadas. Necesitaban creer que tropas del Ejército y la policía no dejarían que fuesen expulsados del poder, porque sería el fin de Rusia. Los telegramas de los aliados de la Entente ratificaban su apoyo contra los impredecibles bolcheviques.

Mientras, nuestros grupos de emisarios golpeaban puertas, ventanas, se introducían en los patios, trepaban escaleras y arrancaban a los perezosos de la cama para mandarlos al combate. Les ponían en la mano un fusil y ceñían a sus cuerpos bandoleras con municiones. Temblaban de susto al principio. Luego se restregaban los ojos, apretaban las manos, daban abrazos y se iban a cumplir las órdenes. Algunos tras caminar varias cuerdas de hielo encendían otra fogata para descongelarse y luego, reanimados, seguían la marcha. Estaba aún oscuro, pero la capital ya era un mar en ebullición.

El Gobierno recurrió a los cadetes de la Escuela Militar para proteger su Palacio de Invierno. Esas tropas llegaron en trineos y carros. Amanecía en esa media mañana y se pudo ver que los oficiales vestían uniformes brillantes. Kerensky ordenó al sospechoso crucero *Aurora* que se alejara de la costa. Pero la tripulación, con mayoría bolchevique, decidió permanecer en el mismo lugar. Esa desobediencia preanunciaba el desastre. Varios generales rechinaron los dientes y contemplaron sus trajes chillones, que ni a ellos mismos ya les impresionaban. Imploraron a Kerensky una estrategia novedosa que confundiera al enemigo. Pero Kerensky estaba paralizado.

Me puse al teléfono para repetir con las venas hinchadas que nuestros agitadores

cerrasen el paso de las tropas que marchaban en auxilio del Gobierno. Debían acercarse a los soldados y oficiales para convencerlos de frenar, porque iban hacia una masacre. Los habitantes del Palacio de Invierno estaban muertos y no era sensato defender cadáveres.

El Gobierno captaba mis conversaciones telefónicas, pero no tenía forma de silenciarme. Nuestro despliegue había sido exitoso. Los hombres de la revolución dominábamos la calle y mi gente tuvo la valentía de acercarse a los soldados. Les hablaron con megáfonos desde atrás de muros y columnas. Se presentaban como heraldos de la paz. Sorprendidos, los militares empuñaron las armas para disparar, pero se contuvieron al escuchar propuestas. Sólo les pedían que no avanzaran hacia el Palacio. Los oficiales empezaron a contradecirse, porque algunos ordenaban seguir y otros detenerse. Las formaciones amenazaban romperse. Por último, el jefe ordenó detenerse. Cuando me llegó el informe de ese triunfo pegué un salto que casi vuelvo a producirme otro esguince. Más tarde me avisaron de que aún permanecían algunos aliados en torno a Kerensky: una parte de los soviets campesinos, monstruosos batallones de la Muerte, fanáticos batallones de Mujeres y decenas de cosacos inquebrantables. La toma definitiva tenía que esperar.

Los sitiados ministros del Gobierno decidieron enviar un grupo de parlamentarios al Instituto Smolny para intentar una negociación. Al llegar en su brillante carruaje, notaron que estaban perdidos. Ni ellos ni el lujo imperial del coche debilitaron la agresividad de nuestros muchachos. Habíamos reforzado la guardia exterior con un fuerte destacamento de ametralladoras. Los visitantes se miraron vacilantes y se comunicaron con los ojos que habían caído en una trampa. Los dejaron entrar y fueron conducidos a mi despacho. Antes de recibirlos había tenido la precaución de ordenar un estricto control de las estaciones de trenes, en especial los transportes de soldados. Quería evitar que un simulacro de negociaciones fuese utilizado para que nos sorprendiesen con un ataque por la espalda.

Los enviados del Gobierno trataron de disimular su carácter de vencidos. Saludaron con cierta solemnidad. Me causaron pena y desprecio. Apenas se sentaron dije que sólo iba a concederles pocos minutos, así que ¡seamos concretos! Se les blanquearon los labios. Ahora enfrentaban al monstruo que habían calumniado de mil formas. Me divertía representar ese papel. Consumí el primer minuto en pedirles con una leve sonrisa sus renunciaciones. Indeclinables.

—No tienen alternativa. Renuncien y váyanse.

Estaban duros como estatuas. Algunos pudieron carraspear, pero sin encontrar una respuesta. Me puse de pie, les di la mano e indiqué la salida.

—Podrán regresar al Palacio sin dificultades. Pero no simulen ser Gobierno. Eso ya terminó.

Humillados, emprendieron la marcha fúnebre. Nunca habían imaginado ese

cierre, menos ante un sujeto como yo.

El teléfono repicaba desde varios puntos de la ciudad. “¡Aquí, nosotros!” “¡Aquí nosotros!” Respiré profundo. Sí, sí, ¡vamos bien! Entonces me aflojé sobre el sofá. Cedía la tensión nerviosa, pero me aplastaba un cansancio de toneladas.

—¡Dame un cigarrillo! —rogué a mi ayudante.

Las chupadas aceleraron mi desmayo. Me fui con un placer inédito. Dejaba la tormentosa realidad y me hundía en un agua tibia, donde sentía el roce amistoso de los peces. Eran cardúmenes que hacían círculos luminosos y jugaban entre las melenas de algas verdes. Un pez acarició mi mejilla. Otro azotó suave mis hombros con su cola. Después con más fuerza. Entendí que querían molestar. Entreabrí los párpados y distinguí una imagen borrosa.

—¿Te busco una medicina? —preguntó alguien, asustado.

—No... no. Mejor sería comer —dije con la lucidez apenas recuperada; había pasado demasiado tiempo sin ingerir un mendrugo; no tenía idea de cuántas horas había dormido.

Me trajeron dos rebanadas de pan negro untadas con manteca y un vaso de té. Mis dedos se arrojaron voraces sobre la comida. Con la boca llena empecé a hojear los diarios afines a Kerensky. No decían una palabra sobre el alzamiento. ¡Malditos lacayos! Antes habían repicado sobre las amenazas que se cernían sobre la ciudad, describían saqueos y derramamientos de sangre. Ahora no sabían del exitoso triunfo bolchevique y el derrumbe del Gobierno provisional.

Entre tanto, soldados, marineros e integrantes de nuestra causa ocupaban un edificio público tras otro. Muchas veces nuestras fuerzas fueron recibidas con exclamaciones jubilosas. La población se despabilaba perpleja. Pese al silencio de los diarios oficiales, galopaba la noticia de que en la pulseada habían ganado los bolcheviques. ¡Esa minoría extremista había conquistado el poder!

Una comisión de la Duma municipal se apresuró en venir al Smolny para preguntar si planeábamos alguna manifestación callejera, porque —esto era increíble por su ingenuidad— debían “tener conocimiento de ello con veinticuatro horas de antelación”. Les sonreí piadoso.

—¿Manifestación callejera? ¡Imbéciles! —les grité en la cara.

Me miraron con ojos de corderos frente al puñal del sacrificio.

Les tuve entonces lástima y propuse que la Duma eligiera un delegado que la representase en nuestro Comité. No entendieron qué decía. ¿La poderosa Duma debía mandar un delegado para ser la ínfima parte de una organización que detestaban? Yo no añadí otra palabra, dije que ésa era mi máxima concesión. Quisieron argumentar con la lengua trabada. Entonces los saludé sin darles la mano, como un maldito pope que imparte su bendición, y les señalé la puerta. Encogidos, balbucearon una pregunta.

—¿Disolverá la Duma por haber sido contraria a la entrega del poder a los Soviets?

—La Duma, como se halla constituida, ya no responde a la realidad. Si surgiese algún conflicto, propondremos nuevas elecciones. Vamos hacia una democracia en serio. Ya viven en otro país. Adiós.

¡Cuánto habían cambiado las cosas! Sólo hacía tres semanas que habíamos conseguido la mayoría en el Soviet de San Petersburgo. Hasta hacía veinticuatro horas Kerensky podía arrestarme. Ahora podríamos arrestarlo a él. No obstante, faltaba el triunfo mayor: ocupar el Palacio de Invierno.

Contra toda lógica, los detritos del régimen caduco pretendían sobrevivir. Decidí cercar la suntuosa residencia, pese a las tropas que la protegían. El resto de la ciudad estaba ya bajo nuestro control. Me dirigí al plenario del Soviet. El salón estaba lleno. Mucha gente presentaba rostros destruidos por las secuelas del cansancio. Algunos se frotaban las piernas y los brazos acalambrados. Inquietos, se ponían y quitaban la gorra. Tosían, escupían en sus pañuelos o en el piso. Me paré sobre la tarima, acomodé los anteojos y arrastré mi crecida cabellera hacia la nuca. Por el recinto se expandió una onda de silencio. Aclaré mi garganta y exclamé con toda la fuerza de mis pulmones que el Gobierno provisional había dejado de existir. Por unos segundos continuó el silencio. Ni de respeto ni de curiosidad, sino de asombro. Estallaron unos pocos aplausos, aún incrédulos, aún vacilantes, pero muchos ojos se llenaron de lágrimas. Mantuve cerrada la boca para dar tiempo a la inevitable reacción. De súbito explotó un tornado de vítores que hizo temblar los muros. Una fila, luego otra, y otra, y otra, se pusieron de pie. La multitud bramaba, lloraba y saltaba. La conmoción se mantuvo intensa durante un minuto, dos, cinco, como si no fuese a terminar nunca. Extendí los brazos para verter más noticias. Unos a otros, los hombres y mujeres se ordenaron callar. Dije que algunos ministros ya habían sido arrestados. Volvieron a repetirse los aplausos y los vítores, pero con más furia. Era ensordecedor. Añadí que el resto de los ministros sería detenido en las próximas horas. El entusiasmo los hacía trepar a los bancos y aullar como dementes. Continué.

—Por orden del Comité revolucionario de guerra acaba de ser disuelto el parlamento que servía a los déspotas.

La sala se convirtió en un bosque de panderetas. Algunos agitaban pañuelos, otros hacían volar sus gorras. Cuando lograba disminuir el ruido les gritaba más novedades.

—Estuvimos comunicados con todas las secciones de soldados y obreros, que cumplieron heroicamente su misión. ¡Un nuevo poder se alza sobre las ruinas del antiguo! Las estaciones, las centrales de Correos, la Agencia de Telégrafos, el Banco Nacional, ya se encuentran ocupados por nuestros hombres.

Un entusiasmo incontenible siguió derramándose en cascadas, llenaba el espacio

y rebotaba contra las paredes y los techos. Esa felicidad sin límites prosiguió después que me retiré del lugar. De esto ya se estaban enterando hasta las estrellas del cielo.

Lenin emerge en San Petersburgo

Lenin había sido obligado a permanecer oculto en la profundidad del bosque y desde su cueva mandaba instrucciones a través de una cadena de intermediarios. Era el bocado más apetecido por el agonizante Gobierno provisional y todos los adversarios políticos que le temían y, absurdamente, exageraban su poder. Las *Tesis de Abril* publicadas apenas llegado desde Suiza en el famoso tren blindado se habían convertido en una de las Tablas de la Ley, una suerte de antorcha que guiaba la acción de sus seguidores. Lenin mismo se asombró por la repercusión que tuvieron. Con sus sensibles antenas para captar los detalles del momento, le sobró inspiración para indicar el mejor de los caminos en pocas páginas. Encarcelarlo o fusilarlo hubiera tenido un efecto demoledor sobre el movimiento revolucionario.

Después del alzamiento del 24 de octubre regresó a San Petersburgo sin pérdida de tiempo. Fue recibido de forma apoteótica. Su calvicie cubierta por un gorro de piel no ocultaba la vivacidad de sus ojos, ni las rocas de sus mejillas, ni la barbita y el bigote que rodeaban a sus expresivos labios. Alzaba una o las dos manos para saludar. Hasta filtraba sonrisas que mostraban su perfecta dentadura. Fue llevado en andas, aplaudido a rabiar y se multiplicaba de minuto en minuto la cantidad de gente que se agolpaba a su alrededor. Lo condujeron al Smolny. Antes de ingresar miró la fachada de esa institución inocente transformada en el castillo de una batalla histórica.

En sus portones yo lo esperaba como a un rey. Corrí a estrecharlo en un abrazo fuerte y prolongado. Me asaltó un ciclón de asociaciones, desde que había escuchado su nombre en Siberia por primera vez, luego mi encuentro en Londres y las enseñanzas que me derramó con generosidad, más tarde las botas que me regaló en París, los reiterados debates, muchas coincidencias, complicidades, alejamientos. También otros camaradas, descompuestos por la emoción, se acercaron a saludarlo antes de que ingresara en el edificio. Balbuceaban frases, felicitaciones obvias, exclamaciones sin sentido. De abrazo en abrazo fue conducido por escaleras y corredores.

Por último lo pude aislar en un saloncito calefaccionado por una estufa a leña. Mientras afuera lo aguardaba una multitud excitada, le serví té y empezamos a desenrollar nuestros relatos. Nos miramos con afecto, como un padre y un hijo. Entre

cuadros de situación y anécdotas, él soltaba su risa franca. Estaba satisfecho, pero señaló que ahora se venía un alud de nuevos problemas.

Esa misma tarde se realizaría el Congreso del Soviet. Ambos debíamos concurrir y la presencia suya provocaría una convulsión. Por lo tanto se imponía un descanso previo. Los dos estábamos deshechos por la fatiga. Lo invité a descansar en un pequeño cuarto adyacente al salón de sesiones. Sólo había cuatro sillas. Dos camaradas se ocuparon de tendernos unas mantas en el suelo y su hermana María trajo dos almohadas y cerró los pesados cortinados. Nos tumbamos exhaustos. Éramos dos aves agotadas por un vuelo más accidentado de lo común. Pese a nuestro deseo, no pudimos dormir. Empezamos a cuchichear. Me reiteró su admiración por la táctica y el despliegue del alzamiento. Le dije que exageraba, que dimos el golpe en el momento oportuno, y la decisión no fue un invento mío, sino producto de múltiples evaluaciones. Insistió en mis méritos, no era justo negarlos. Hasta me tranquilizó al decirme que los enfrentamientos que habíamos tenido no disminuyeron su aprecio, sino que le ratificaron mi independencia de pensamiento. Y eso era bueno en un revolucionario de verdad. Se incorporó para hacerme una pregunta.

—¿Y el Palacio de Invierno? ¿No ha sido tomado todavía?

Yo quise levantarme para ir hacia el teléfono y ordenar su asalto, pero Lenin me retuvo.

—No hace falta, no te muevas. Ya hemos ganado. Caerá solo. Ahora necesitas descansar.

En el salón adyacente comenzaron los ruidos de pisadas y conversaciones. Se estaba llenando de delegados. De repente se abrió la puerta e ingresó María como una tromba.

—¡Se puso a hablar un menchevique, y te llaman! ¡Tienes que venir!

Me calcé los anteojos y corrí tras de ella. Lenin nos siguió. Husmeé peligro. A esta altura, ¿podría sorprendernos un vuelco en el balance de fuerzas?

El orador estaba afónico, pero se había apresurado en iniciar los debates del Congreso. Quería fijar el reproche de “conspiradores” y “golpistas” a quienes habíamos efectuado el alzamiento. Anunciaba un inminente fracaso y exigía formar de inmediato una coalición para armar un frente poderoso de verdad, y que respondiese a los principios de la democracia.

Me encaramé en la tribuna, recorrí con mirada desafiante al auditorio y empujé sin elegancia al tramposo orador. Quiso sacarme a su vez, pero no pudo moverme. Abrí los grifos de mi palabra con más vehemencia que nunca. Quizás me inspiraba el hecho de que tenía a Lenin como testigo, nada menos. Sabía que estaba escondido en algún ángulo oscuro, para no distraer a la audiencia. Conseguí imponerme. Mis manos se movían enérgicas y por momentos adelantaba mi cuerpo como si estuviese por saltar sobre la multitud. Mi histrionismo era tan descarado que las primeras filas

se echaban atrás frente el peligro de que les cayese encima.

—¿De modo —pregunté con una mueca irónica— que los partidos que ayer todavía atizaban la campaña contra nosotros y nos mandaban a la cárcel, ahora quieren una alianza? ¡Hemos derribado al Gobierno provisional y somos los vencedores! Lo conseguimos sin alianzas. Camaradas: no estamos ante una conspiración, como se acaba de decir de forma estúpida, sino ante un alzamiento. Un alzamiento histórico y revolucionario. El alzamiento del pueblo en armas que busca imponer su dignidad. No hemos hecho otra cosa que orientar la energía de los obreros y los soldados. No hemos hecho más que impulsar la voluntad de la gente. ¡No aceptamos renunciar a esta victoria! ¡No aceptamos sellar un pacto ruin! Además, ¿un pacto con quién? —miré con desprecio al orador que había expulsado de la tarima—: ¿Con ustedes, que no son nada, ni representan nada? ¡Mírense! ¡Gente quebrada y desprovista de misión! ¡Serán arrastrados por las alcantarillas!

El salón entero estalló en aplausos y alaridos furiosos.

Después Lenin me confesó que miraba desde un ángulo oscuro, efectivamente, pero con el corazón acelerado. Mi actuación había confirmado las impresiones de excelencia que tenía sobre mí. Yo le pedí que cesara de elogiarme o iba a pensar que me estaba tomando el pelo.

Comisarios del Pueblo

Tres días más tarde Natasha vino al cuarto de las grandes decisiones, donde estábamos deliberando media docena de dirigentes. Dos jóvenes hacían guardia en el pasillo y la miraron de arriba abajo antes de reconocerla. Giró el picaporte y empujó la puerta labrada. La impresionó vernos con las caras amarillas y los ojos hinchados. Llevábamos horas sin dormir y nuestros cuellos estaban mugrientos. Nos rodeaba un círculo de militantes pegados a las paredes, que esperaba órdenes. Pronunciábamos las órdenes con fatiga. Ella avanzó con timidez, temerosa de perturbar. Pero no podía dominar su tentación de verme ejerciendo el gobierno.

Antes de llegar a mi lado fue reconocida por Lenin. Abrió grande los ojos, feliz por la sorpresa. Natasha quedó paralizada. Él estiró su mano hasta la de ella y la acercó a la mesa, donde se amontonaban papeles y carpetas.

—¿Qué te parece?

—Que estoy en otro mundo.

Asintió. Pero enseguida movió lento su cabeza en el plano horizontal y se mordió los labios.

—No sé qué piensas, Natasha... Pero así, tan de repente, en efecto... Ahora el poder está en nuestras manos. ¿Qué haremos? La persecución y la ilegalidad todavía impregnan mi piel, es el pasado reciente. Pero el país está aún lleno de enemigos, es el presente complicado... —se detuvo para buscar una expresión justa—. ¡Me da vértigo! La nueva y repentina situación me da vértigo.

Se quedaron mirándose un largo minuto. Hizo esfuerzos para sonreír, pero en la boca de ese hombre duro no había asomo de sonrisa esta vez. Tampoco paz. Bajó la palma sobre los documentos y dijo que reanudábamos la sesión.

—Puedes quedarte, si quieres —invitó a Natasha.

—No, mejor salgo. Esto no es un espectáculo teatral. Sólo quería verlos, disfrutarlos —se acercó a mi diestra y corrió hasta atrás de mi oreja el crecido pelo que me tapaba la frente y la mitad de los anteojos. Pasó un dedo sobre mi cuello sucio e hizo una mueca de reproche.

En el corredor tropezó con María Ulianova, la hermana de Lenin. Sus brazos cargaban paquetes con volantes. Con una risita cómplice sugirió que el nuevo gobierno debía vestir cuellos limpios.

—¡Sí, sí! ¡Tienes razón!

—Son el Gobierno, nuestro Gobierno —agregó para convencerse a ella misma de la poco creíble realidad.

Lenin decidió quedarse por ahora en el Smolny y ocupar un despacho en un extremo del tercer piso. Indicó que yo me instalase en el otro extremo. Le parecía que, de esa forma, daríamos una sensación de coherencia y unidad.

El pasillo que nos separaba era tan largo que se le ocurrió un día, bromeando, organizar un servicio de bicicletas. Nos comunicábamos por teléfono y, además, nos hacíamos visitas recíprocas para mover las piernas. El corredor no estaba vacío, sino que era un ancho tubo donde hormigueaban apurados nuevos y viejos funcionarios cargados de expedientes. Los secretarios corrían de un cuarto a otro, subían y bajaban pisos, llevaban esquelas escritas a mano, concisas y firmes. En sus mensajes Lenin subrayaba algunas palabras tres o más veces. A menudo nos formulábamos preguntas incómodas, sin reticencias ni secretos; estábamos en medio del mar. En sus esquelas navegaban borradores de decretos y la exigencia de devolver enseguida la opinión que merecían. Procuraba difundir la idea de dinamismo, entusiasmo, creatividad. En los archivos crecía la montaña de los documentos que producía la nueva etapa.

Entre los mensajes que me llegaban presté atención a una carta de Vera. Hacía tiempo que no nos veíamos, porque la postraban sucesivas enfermedades. La abrí contento, era una mujer a quien debía mucho desde mis iniciales pasos en Londres. Siempre emitía pensamientos que hacían pensar. Luego de felicitarme y desear que las cosas marchasen bien, dejó caer una lágrima. Dijo que era una lágrima de verdad, que dejó secarse sobre el papel. Lloraba porque temía que la nueva criatura de la que yo era el partero, nacida de forma violenta, olvidase su misión pacificadora y democrática. Al pie me mandaba un beso fraternal. Mantuve la hoja en mis manos por varios minutos. Creo que mi mano empezó a temblar. No, me dije, está anciana y débil. Débil de cuerpo y mente. Aún sufre por el atentado que perpetró en su juventud. ¿Le muestro la carta a Lenin? Tras pensarlo bien, decidí romperla. Mientras lo hacía, recordé similares palabras de Rosa Luxemburgo.

Esa tarde Natasha fue testigo de una decisión vinculada al lenguaje. La tentaba volver al cubículo donde nosotros, unos magos con fiebre, nos esmerábamos por hacer sustentable el tiempo nuevo. Quienes hacían guardia la volvieron a mirar de arriba abajo, pese a reconocerla; se estaban haciendo burócratas. Pero estaba bien que tomasen recaudos, porque los enemigos aún pugnaban por hacernos trizas. No se acercó a la mesa, sino que se acomodó entre los camaradas pegados a la pared esperando órdenes. Nos hicimos un guiño, pero volví a concentrarme en el debate que ya llevaba una hora.

—¿Cómo llamaremos a los integrantes de nuestro Gobierno? —preguntó Lenin—. Debemos usar cualquier palabra menos “ministro”, ¿no les parece? Ministro

suenan a caduco, para nosotros es irritante.

—Por qué no los llamamos... ¿comisarios? —propuse yo—. Comisarios, es decir comisionados por el pueblo, gente que actúa por mandato, que representan al pueblo. Pero —me corregí—, ya hay demasiados comisarios, y muchos son horribles. Esto podría generar equívocos. Entonces digamos “Altos Comisarios”... Aunque no, eso de “Alto” suena arrogante. Elijamos entonces Comisarios del Pueblo. Así de simple.

—Comisarios del Pueblo... —reflexionó Lenin—. No está mal. Comisarios del Pueblo —repitió—. ¿Y cómo llamar al Gobierno en su conjunto? No más Gobierno provisional, ni definitivo, ni sujeto a los caprichos del Zar o cualquier otro poder.

—Llamémoslo Soviet, naturalmente —propuse al instante—. Soviet es el concejo de los obreros, soldados y campesinos, lo más representativo y democrático que ha tenido Rusia hasta hoy. Es la palabra que más ha resonado en los últimos tiempos. Se la asocia con la revolución y una genuina representatividad. Es novedosa, propia, identitaria. Merece vivir.

—Entonces constituiremos el Soviet de los Comisarios del Pueblo. ¿Qué opinan? A mí me gusta.

Pese a la fatiga, estábamos inspirados.

Más tarde Natasha confesó que nunca olvidaría esos instantes de nacimiento y bautismo. Estaba feliz por habersele ocurrido visitarnos en ese justo momento.

—Recién empezamos —contesté luego, mientras me bañaba en una tina con abundante jabón.

Que recién empezábamos lo confirmó Lenin cuando al día siguiente nos tomó del brazo en el pasillo. Un velo de angustia aún cubría sus ojos. Habló con voz afónica, como si formulara un secreto.

—¿Qué pasará si las Guardias Blancas nos quitan de en medio? —lanzó a boca de jarro.

—¡Hombre! —repliqué con una risita impostada—. ¡Quizá no puedan quitarnos de en medio así nomás!

—Vaya uno a saber —replicó Lenin y se puso también a reír, pero sin convicción—. Las cosas se precipitan mucho, ¿verdad? Bueno, es lógico.

—Es lógico que se precipiten los acontecimientos y que tengamos una montaña de problemas simultáneos. Y que no es fácil mantener la moral si no conseguimos demostrar que lo nuestro es mejor.

Me palmeó.

—Me gusta tu optimismo. Hace bien, ayuda a vivir. Veo que, paradójicamente, tus prisiones y exilios obraron el milagro de aumentarte el optimismo. A la mayoría le produce un efecto contrario.

En la cima

En la sesión del Comité Central del partido, Lenin propuso que se me nombrara presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. Tan desprevenido me tomó esa propuesta, que salté para negarme.

—¡No!

—¿Por qué no? ¿No estuviste dos veces al frente del Soviet de San Petersburgo? ¿No fuiste el que dirigió el gran alzamiento y la toma del poder?

—No debo aceptar.

Miré fijo a Lenin para hacerle comprender que mi decisión era irrevocable. Y que también le agradecía de corazón el reconocimiento que me confería. Esperaba que una comunicación entre nuestras mentes, una comunicación silenciosa y franca, le permitiese comprender la razón de mi actitud. Su filosa pupila se mantuvo sobre la mía, porque captaba que le estaba mandando un mensaje más críptico que los códigos de la policía secreta. Pero no lo podía descifrar. Volvió a insistir y yo a negarme. Tal vez pensaba en algo que también era cierto y sobre lo cual le hablé en varias oportunidades: desde adolescente quise ser escritor. Sólo escritor. Me había enamorado del marxismo tras una fuerte resistencia inicial, y me había enamorado de esta revolución que cambiaría al mundo. Pero nunca menguó mi vocación más honda. Ser escritor era una aspiración indeclinable, venía de mi infancia. No tenía relación con el concreto trabajo administrativo que exige cualquier gobierno.

Sin embargo, la conquista del poder planteaba a Lenin y a mis camaradas la obligación de asignarme tareas acordes con el desempeño que había tenido. Mis textos y estrategias habían ayudado a obtener la victoria y nadie prohibiría que siguiese escribiendo. En consecuencia, no era excusable decir que había cumplido mi tarea y me retiraba a una confortable torre de marfil, como había propuesto. Mi vocación literaria, por intensa que fuese, no tenía el derecho de sepultar mis obligaciones con el pueblo durante esta epifanía. Un periódico me había comparado días antes con una pila eléctrica, porque apenas me tocaban producía descargas. Y esa pila, con sus descargas, era imprescindible en esos momentos.

Yo sentía la ansiedad que asalta a un cirujano cuando se impacienta por terminar una larga y difícil operación. Quería arrancarme las ropas del quirófano, lavarme la cara, el cuello, las axilas, la entrepierna, los pies, y echarme a descansar. Pero era mi

deseo, no el de Lenin. Insinuó que si no aceptaba la Presidencia del Consejo, debía ponerme al frente de los Asuntos Interiores, porque se venía la respuesta brutal de nuestros enemigos.

—Tampoco acepto.

—¿Puedes explicarme tu terquedad?

Me peiné la cabellera con los dedos y empecé a limpiar mis anteojos con la manga de la camisa. No era fácil decirlo. Más fácil me resultaba conmocionar al más grande y hostil de los auditorios que expresar un sentimiento tan objetivo como el que me impedía aceptar esos cargos. El resto de los presentes guardaba silencio.

—Estoy seguro —empecé— de que mi nombre en tan altos puestos no conviene. Dañará nuestra causa.

—Sigo sin entender —suspiró Lenin.

—Soy judío. Un judío en la cumbre del Gobierno es regalarle un argumento fácil al enemigo.

—¡Qué estás diciendo! —se indignó Lenin—. ¿De modo que hemos realizado una gran revolución internacional para que te importen esas minucias? Yo también tengo gotas de sangre judía. Y muchos otros millones de seres, que lo ignoran.

—La revolución es grande, pero no ha terminado con los imbéciles.

—Y qué, ¿nos vamos a plegar al bando de los imbéciles?

—No, eso no. Pero alguna concesión, aunque transitoria, vamos a tener que hacer. ¿Para qué meternos desde el primer día en complicaciones inútiles?

—Concesión... —murmuró Lenin y se intensificó el silencio. Todos me miraban. Percibí sorpresa y algo más emotivo: admiración, quizá gratitud.

El silencio era extraño, porque no se oían palabras, pero sí el teclear de los ágiles dedos de Lenin sobre la mesa. Con lentitud se fue imponiendo la conveniencia de mi negativa. Él tuvo que retroceder, encogió los hombros y meneó su cabeza, disgustado. Era algo más que una derrota, era aflojar ante un prejuicio. Y bueno, accedería a que yo me encargase de la prensa. Pero alguien opinó que ese lugar debía ocuparlo Bujarin. Mi mejor destino, en cambio, era asumir los Asuntos Exteriores. Debíamos negociar con Alemania, nada menos, y establecer cuanto antes la paz. ¡Asuntos Exteriores! Yo hablaba bien el alemán y conocía la pluralidad de opiniones que fermentaban en el imperio del Kaiser.

Lenin aceptó y yo no me atreví a mantener la negativa. Quedó entonces firme mi designación. Debía proceder a poner fin, cuanto antes, a la maldita guerra. ¡Ésa sería una demostración maravillosa del cambio introducido por los bolcheviques! Luego pasamos a otro tema. Teníamos apuro en avanzar con rápidos decretos sobre cuestiones de la vida económica, política, administrativa y cultural. Nadie, en este flamante Gobierno, tenía pasión burocrática, pero deseábamos que el programa del partido se derramase sobre toda Rusia como una lluvia bienhechora. Muchos de esos

decretos tenían demasiada buena intención y sólo podrían ejecutarse en una pequeña parte. Pero estábamos rodeados de amenazas y los decretos servirían para la orientación y la propaganda. Lenin revelaba talento en todos los rubros, para eso se había preparado durante décadas. Entre otras cosas, ordenó editar en ruso los clásicos del socialismo y mantener activas todas las manifestaciones culturales. También urgió levantar monumentos revolucionarios —aunque modestos— por todas partes, incluso en las aldeas, porque ayudarían a comunicar que el país ingresaba en otra etapa.

Aunque lo aceptábamos como el jefe indiscutido, él no quería romper el mecanismo democrático de nuestras reuniones. Exigía que su opinión, en cualquier rubro, fuese evaluada con dureza. Capaz para el mando, pero también para ponerse frenos. Presidía con un celo infatigable, a veces hasta el agotamiento. Nos acostumbró a plantear los problemas sin introducciones estériles, porque escaseaba el tiempo. La cantidad de asuntos a tratar obligaba a ser lacónicos. Lenin mandaba notas en el transcurso de los debates para no interrumpir al que hablaba, y cada uno debía contestarle por escrito su punto de vista. Esos papelitos actuaban como un acelerador. Las respuestas se escribían al dorso y Lenin las rompía después de leerlas. En el momento que consideraba adecuado hacía un resumen de los aspectos cardinales y solicitaba redondear las derivaciones prácticas. En esos primeros días ocuparon nuestra atención tres aspectos graves: la guerra externa, la guerra civil, los víveres y el transporte.

Como responsable de los Asuntos Extranjeros, no tenía más alternativa que pulsar la opinión del mundo. Tomé nota de que ningún país nos había enviado un mensaje de saludo. No los hacía feliz nuestra victoria. O no la consideraban una victoria real y duradera, todavía. Berlín era la única capital que veía con buenos ojos nuestro ascenso porque anhelábamos en serio la paz y debilitaríamos el poder de la Entente. Pero temía que esa paz apuntalara un régimen que infectaría al resto de Europa; ellos tenían en el frente interno a pacifistas como Rosa Luxemburgo. En el coro de voces adversas a nuestra revolución se destacaba, por su furia, la torre Eiffel: en aquellos días empezó a emitir también en ruso para llegar al corazón de nuestro pueblo. Al escuchar esas emisiones francesas me imaginaba cabalgando junto al admirado Clemenceau; lo había conocido como periodista. Pero en sus mensajes había un odio que no calzaba en su calidad humana. Entonces dicté refutaciones enfáticas. Mis conocimientos de historia francesa me bastaron para caricaturizar a los personajes de París. El duelo verbal entre las torres de Tsarskoie-Selo y la Eiffel duró sólo tres días. Ni yo mismo esperaba un triunfo tan rápido. París cambió de tono y, aunque seguía distante, optó por la cortesía. Confesé a mis colaboradores que el mayor de mis méritos era ahora haberles enseñado *politesse* a los franceses.

Lenin apoyó su mano sobre el dorso de la mía en la pausa de una reunión. Su semblante era grave, pero su mirada dulce. En voz baja se dirigió sólo a mí, de una

forma tan insólita que me hizo caer la mandíbula.

—Liova... te llamaban Liova, ¿verdad?

Titubeé.

—Me llamaban... y algunos me siguen llamando todavía así.

—Un diminutivo. Un hermoso diminutivo.

Apoyé mi otra mano sobre la suya. Lo sentía mi maestro, mi protector. Pese a ser judío —dato que en esa época (y en casi todas las épocas) equivalía a lo peor de la condición humana— me había investido jefe de la acción diplomática de su Gobierno. ¿Qué hubieran dicho mis padres? ¿Y mi bravo abuelo asesinado en un *pogrom*? Lenin, curioso por cualquier tema, ya me había preguntado sobre mi infancia y juventud apenas lo visité en Londres, décadas atrás. Suponía que en esas peripecias titilaban los jeroglíficos de varios misterios y explicaban mi necesidad de correr hacia la instauración de la más grande utopía del siglo. Tenía razón. Mi pasado, lleno de aventuras, contradicciones y pasión, todavía me asusta. Por momentos, como ramalazos de una pesadilla, me hace presentir que antes de concretar nuestros deseos giraríamos hacia la catástrofe. Y que el soñado paraíso se convertiría en un infierno.

Reconocimientos

La infancia, adolescencia y juventud de un idealista siempre me han fascinado. Suelo identificarme con muchas de esas personalidades. Pero he conseguido —en especial durante los últimos años— no reprimir ni negar las fuertes contradicciones que llenan de piedras el camino, producen caídas e incluso reversiones.

La primera etapa de Liova (nombre que aplicaban los íntimos a León Bronstein, después convertido en el legendario Trotsky) no ha sido suficientemente tratada y desde hace rato me perseguía como el vibrante núcleo de una novela. Me puse a estudiar las notables biografías que sobre él escribieron Isaac Deutcher, Víctor Serge, Robert Service, Jean Jacques Marie, Pierre Broué e incontables artículos aparecidos en diversas revistas. Pero la gran inspiración me fue provista por el mismo personaje, que dejó numerosas páginas autobiográficas y una voluminosa correspondencia. A pesar de tener materiales de sobra, no quise escribir otra biografía, sino ajustar, corregir, hiperbolizar, perfeccionar y darle más potencia a su temprana trayectoria. Para ello estructuré el libro en dos partes, precedidas por un breve Preludio y separadas por un Intermezzo. En el Libro Uno son distintas las voces y los estilos que brindan su versión de los hechos. Desde el Intermezzo en adelante, sólo habla Liova. Y ahí se iluminan mejor sus pasiones, que a menudo van cruzadas por opiniones adversas y temibles sospechas. A la inversa del maniqueísmo que suele predominar en el tratamiento de grandes personajes, aparecen las resistencias, contradicciones y dudas que habitan en todo ser humano.

Agradezco las críticas, sugerencias y detalles que me proporcionaron mis amigos y familiares cuando les contaba las peripecias de mi trabajo. A veces bastaba la observación sobre una sola palabra para que brotase un nuevo chorro de ideas y hasta se produjese una honda inmersión en paisajes que sólo habitan en mis sueños y fantasías. También reitero mi gratitud a los eficientes editores que me ayudaron a pulir el texto, así como el entusiasmo de mi agente literario y la enorme confianza que han depositado en esta obra los responsables de mi editorial.



MARCOS AGUINIS, (n. Río Cuarto, Córdoba, Argentina, 13 de enero de 1935) es un escritor que se formó en diversas áreas que incluyen la medicina, el psicoanálisis, el arte y la historia.

En 1963 apareció su primer libro y, desde entonces, ha publicado once novelas, dieciséis libros de ensayos, cuatro libros de cuentos y dos biografías.

Ha escrito artículos en diarios y revistas de América Latina, Estados Unidos y Europa. Ha dictado conferencias y cursos en instituciones educativas, artísticas, científicas y políticas en Alemania, España, Estados Unidos, Francia, Israel, Rusia, Italia y casi todos los países latinoamericanos.

Cuando se restableció la democracia en la Argentina en diciembre de 1983, Marcos Aguinis fue designado subsecretario y luego secretario de Cultura de la Nación; apoyó junto a otros intelectuales la “primavera cultural” a través del Centro de Participación Política. Creó el PRONDEC (Programa Nacional de Democratización de la Cultura), que obtuvo el apoyo de la UNESCO y de las Naciones Unidas, y puso en marcha actividades participativas para concientizar a los individuos sobre los derechos, deberes y potencialidades que se cultivan en democracia. Por su obra fue nominado al Premio Educación para la Paz de la UNESCO.

Aguinis es un ferviente liberal y es crítico de la gestión de Cristina Fernández de Kirchner, destacando negativamente su carácter populista.

Marcos Aguinis, ha recibido, entre otros, el Premio Planeta (España), el Premio Fernando Jenó (México), Premio Benemérito de la Cultura de la Academia de Artes y

Ciencias de la Comunicación, Premio Nacional de Sociología, Premio Lobo de Mar, Premio Nacional de Literatura, Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores, Premio Swami Pranavananda, la Plaqueta de Plata Anual de la Agencia EFE por su contribución al fortalecimiento de la lengua y cultura iberoamericanas, el Premio Esteban Echeverría (Gente de Letras), el Premio J. B. Alberdi (Hispanic American Center for Economic Research) y fue designado por Francia Caballero de las Letras y las Artes. Le otorgaron el título de Doctor Honoris Causa, por la Universidad de Tel Aviv (2002), la Universidad Hebrea de Jerusalem (2010) y la Universidad de San Luis (2000). En 1995 la Sociedad Argentina de Escritores le confirió el Gran Premio de Honor por la totalidad de su obra.